



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



**HARVARD
COLLEGE
LIBRARY**



NUEVO. IX, 4084

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

ENERO, 1892.

Núm. 13.

SUMARIO

- I.—CENSO DE LÍNEA. (CARTAS.)
- II.—PABLO ANTONIO DE ALARCÓN.—LOS VIAGES, LOS ANTICUARIOS DE COSTUMBRES, LA CRÍTICA, LAS POESÍAS, EL DRAMA.
- III.—DEL AMOR Y LA ANGSTIA. (A PROPÓSITO DE UN LIBRO RECIENTE.)
- IV.—LA FEO, NOVELA DE ARMANDO PALACIO.
- V.—REVISTA DE TEATROS.
- VI.—CÓMICA LITERARIA.
- VII.—BOZAS DE LIBROS ACEREBOS.



ADMINISTRACIÓN

ANCHA DE SAN BERNARDO, 27. PRINCIPAL
MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE;

obra agotada hace tiempo y que ha visto la luz esmeradamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de Emilio Zola sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA.

TOMO II

El 8 de Enero se pondrá á la venta en todas las librerías.
Lo forma la novela original

LA PIEDRA ANGULAR

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA.

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN,

ANCHA DE SAN BERNARDO, 37, PRAL.

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un vol.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol. (Agotada.)
LA MADRE NATURALEZA, dos vol. (Idem.)
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos volúmenes.
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.^a edición un volumen (5 pesetas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico)
PEDRO ANTONIO DE ALARCON. (Biografía.)

VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

EN PRENSA

- LOS PAZOS DE ULLOA. Novela. (Segunda edición.)
LA MADRE NATURALEZA. (Id., id.)



NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZAN,

AÑO II.

13-18
ENERO, 1892.

NÚM. 13.

SUMARIO

- I.—CRIMEN LIBRE. (CUENTO.)
- II.—PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.—LOS VIAJES, LOS ARTÍCULOS DE COSTUMBRES, LA CRÍTICA, LAS POESÍAS, EL DRAMA.
- III.—DEL AMOR Y LA AMISTAD (A PRETEXTO DE UN LIBRO RECIENTE.)
- IV.—LA FEM., NOVELA DE ARMANDO PALACIO.
- V.—REVISTA DE TEATROS.
- VI.—CRÓNICA LITERARIA.
- VII.—ÍNDICE DE LIBROS RECIENTES.

ADMINISTRACIÓN

ANCHA DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL
MADRID

1272.

~~H. 405~~

~~Span 5868.6~~



~~RFY 5868.8 (13-18)~~

Miss fund

Span 5868.8 (13-18)

—
ES PROPIEDAD
—

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 23.



CRIMEN LIBRE ¹

I

Los tres que nos encontrábamos reunidos en el saloncito de confianza del Casino de la Amistad, nos habíamos propuesto aquella tarde arreglar el Código y reformar la legislación penal con sujeción á nuestro personal criterio. Lo malo era que ni con ser tan pocos estábamos conformes. Al contrario, tenía cada quisque su opinión, inconcilliable con las restantes; por lo cual la disputa amenazaba durar hasta la consumación de los siglos.

Tratábase de un juicio por jurado, en

¹ Este cuento forma parte de la colección de «Cuentos escogidos» que acaba de publicar la casa editorial Pascual Aguilar, de Valencia.

(Recuerde el lector que las 16 páginas de aumento gratuito en cada número del TEATRO, no han de ser forzosamente inéditas.)

que una parricida había salido absuelta: así como suena, absuelta libremente, echada á pasearse por el mundo «con las manos teñidas en sangre de su esposo», exclamaba el joven letrado Arturito Caña-mo, alias *Siete patibulos*, el acérrimo partidario y apologista de la pena de muerte bajo todas sus formas y aspectos. La indignación del abogado contrastaba con la escéptica indulgencia de Mauro Pareja, solterón benévolo por egoísmo, que todo lo encontraba natural y á todo le buscaba alguna explicación benigna, hasta á las enormidades mayores. «Sabe Dios,—decía Mauro—«las jugarretas que ese esposo le haría en vida á su amable mitad.... Los hay más brutos que un cerrojo, créalo V., y más malos que la quina, y el santo de los santos pierde la llave de paciencia, y agarra lo primero que encuentra por delante, y ¡zas! Entre matrimonios indisolubles, existe á lo mejor eso que puede llamarse *odio de compañeros de grillete*.... El Jurado habrá visto muchas atenuantes, cuando absolvió á la

mujer.» «Perfectamente» — refunfuñaba Cáñamo, cuyo bigotillo temblaba de biliosa cólera.—«Ya sabemos lo que son Jurados. En tocando la cuerda de la sensibilidad, capaces de echar á la calle al mismísimo Sacamentecas. Á ese paso, la seguridad, la vida de los ciudadanos llegarán á depender del capricho de unos cuantos ignorantes, que ni han saludado el Código. Ahí tiene V. las consecuencias funestas.... ¡Sí, funestas, no me desdigo, de las lecturas perniciosas, de las nocivas teorías de *Mosicé Lucas*...» Este *Mosicé Lucas* es un abolicionista anterior al año 30, y de quien no se acuerda nadie en el mundo sino Arturito Cáñamo, para impugnarle una vez por semana en el Casino de Marineda. «Pero hombre» — arguyó Pareja — «V. cree que los Jurados han leído á ese *Mosicé*? Ni nada; ni los magistrados tampoco, si V. me apura... Para leer estaban ellos.... Lo que hay es que á veces.... ¡qué demonio! los que parecen crímenes no son, bien miradas las circunstancias, sino delitos.... y yo, Jura-

do, probablemente absuelvo también á la mujer....» «V., Jurado, desorganizaría la sociedad más aún de lo que está....» «Pues Dios nos libre de V., magistrado, que es capaz de ahorcar al Nuncio...» «Y tanto como le ahorco si el Nuncio delinque....»

Cuando la gresca llegaba á enzarzarse mucho, yo intervenía prudentemente para templar los ánimos, adoptando la estrategia de dar la razón á todos, con lo cual lograba no dejar contento á ninguno. «Señores, realmente eso de que una mujer esca-beche á su marido y el tribunal la mande á la calle.... fuertecito es. Con algunos años de presidio....» «¡Presidio!» gritaba Cáfiamo. «¡La casi impunidad! ¡Un fantasma de vindicta pública! ¡Hipocresía y desmoralización!» «¡Presidio!» exclamaba Mauro. «¡Cuando regularmente quien merecía el presidio sería el difunto!» Y ande la marimorena.

Mientras ellos se peleaban, me asaltó con lúcida precisión un recuerdo. «Á ver si les pongo en apuro y doy nueva dirección á sus ideas», pensé, mientras hume-

decía un terrón de azúcar en *Kummel*, y me lo chupaba con golosina. «¿No les parece á Vds.—pregunté en alta voz— que por muy lista que supongamos á la policía y muy rigurosos y sagaces que sean los jueces, siempre habrá más crímenes impunes que descubiertos y castigados? ¿No les parece también que existe un orden de crímenes que no puede estimar como tales la ley, y, sin embargo, revelan en su autor más perversidad, más ausencia de sentido moral que ninguna de las acciones penadas por el Código?» Arturito me miró con sus ojos blanquecinos y turbios, que parecían los de un pez cocido, acabado de salir de la besuguera. Pareja sonrió como si medio entendiese; «¿Quieren un ejemplo?»—añadió— pues se lo voy á dar, refiriéndoles un caso que presencié años hace.» Arturito dijo *que sí* con la cabeza; el sibarita de Mauro encendió un puro con sortija, y yo principié:

—«Era un invierno de esos de prueba que saltan á veces en Madrid. Nunca he

visto días de sol más claro y brillante, ni cielo azul más limpio: aquello era un trozo de raso turquí: de noche, las estrellas resplandecían lo mismo que diamantes; hacía un lunar soberbio; todo hermoso, pero con un frío.... vamos, un frío de los que cuajan la sangre y hielan en el aire las palabras. Por la mañana perdía uno lo menos hora y media, deliberando si echaría ó no la pierna fuera, intimidado ante la perspectiva del cuarto de la posada, en cuya atmósfera ya no quedaban ni rastros del braserito de la víspera, por el terror del lavatorio en agua casi sólida, por la inevitable salida á la nevera de los pasillos ó al comedor, donde tampoco reinaría la más dulce temperatura... y á veces acababa uno por seguir los malos consejos de la pereza, dar al diablo el hato y el garabato, y quedarse entre sábanas, en el cariñoso nido del hoyo del colchón, leyendo algún libro sin sacar fuera más que la punta de los dedos, porque la mano entera se volvería sorbete.

• Sólo que esta debilidad de pasarse la

mañanita en las ociosas plumas, se pagaba cara después. Como al fin y al cabo no había más remedio que levantarse, lo ejecutábamos á medio día, y no lográbamos ya entrar en reacción. El aseo se hacía de mala gana y de un modo incompleto: salía uno á la calle forrado en cobre, con el gabán ruso que aquel año principió á estilarse, y al poner el pie en el umbral, al recibir el primer latigazo sutil de un cierzo afilado como navaja barbera, se le encogía el espíritu, se le ponía la carne de gallina, se le secaban los labios igual que al contacto de un hierro candente, y no tenía fuerzas sino para sepultarse en un café, aguardando la hora de volverse á casa, para arrimar las narices al vaho caliente del cocido. Salida de la atmósfera viciada á la Siberia exterior: romadizo, trancazo ó bronquitis segura....

•Ya verán Vds., ya verán cómo esto del frío se relaciona muchísimo con lo del crimen. Si no les hago á Vds. entender la inclemencia del invierno aquel, que ha dejado memoria, no comprenderían el al-

cance de lo que sigue. Conque revístanse de cachaza.»

—Bueno : ya nos hemos convencido de que hacía mucho frío... ¡pero muchísimo! — exclamó Pareja. — Venga la historia.

—»Á eso vamos inmediatamente....—respondí yo con firme propósito de no suprimir ni un toque de mi *efecto de país nevado*. — Ya se figurarán Vds. que con la temperatura boreal que aguantábamos, no estaríamos sin nieves. Las primeras vinieron hacia Noche Buena ; pero á mediados de Enero arreciaron en tales términos, que los puertos se cerraron completamente, y como entonces no se había terminado la línea férrea, estuve más de diez días incomunicado con mi familia y mi país. En cambio tuve el gusto de ver á Madrid muy pintoresco, sobre todo los paseos, como si los hubiesen espolvoreado de azúcar molido , á ciertas horas del día : á otras, como si los árboles se hubiesen vuelto de cristal, de cristal claro y purísimo. La nevada tuvo también para

mí la ventaja higiénica de arrancarme á mis perezosas costumbres y obligarme á saltar de la cama á primera hora, con objeto de ver, hoy los Reyes de la plaza de Oriente con barbas blancas y flecos y encajes de nieve en los tahalles y en los mantos, mañana la bonita fuente de la Red de San Luis toda cuajada de estalactitas, al otro día la de Antón Martín convertida en garapiñera....»

—Y á todo esto, ¿el crimen?—preguntó Pareja socarronamente.

—«Ya voy... ¡ He dicho que los preámbulos son indispensables! La nieve tiene mucho que ver con el crimen.—Sepan Vds. que más que las fuentes y las estatuas me cautivó el espectáculo del Retiro. ¡ Aquello sí que merecía la madrugona! Los árboles de hoja perenne, sobre todo los pinos, eran pirámides blancas salpicadas de polvo de diamante : los que se hallaban despojados de hoja, tenían, sobre la pureza de la atmósfera, un brillo raro ; parecían de vidrio hilado de Venecia.... No íbamos sólo por gozar este es-

pectáculo bonito y grandioso á la vez : lo que más nos atraía era ver patinar en el estanque, que, enteramente congelado, semejaba inmensa placa de vidrio verdoso.

Aquí me detuve un instante; mojé otro terrón en la copa de Kummel, lo saboreé, y viendo impaciente al auditorio, proseguí sin pararme ya en tantas menudencias:

• No estaba por entonces tan extendida como ahora la costumbre de patinar, y no siempre había valientes que se prestasen á calzarse los patines y á describir curvas sobre la superficie lisa. Apenas se ablandaba unas miasmas la atmósfera, el temor de que se hubiese adelgazado ó resquebrajado la capa de hielo, retraía á los aficionados á ese género de *sport*, impropio de nuestros climas, y los mirones nos quedábamos chasqueados, contemplándonos los unos á los otros por vía de compensación.

• Sin embargo, á uno de los susodichos mirones se le ocurrió una idea sumamen-

te divertida, que podía ayudar á entretener el tiempo mientras no llegaban los patinadores formales. Sacaba del bolsillo calderilla, y la arrojaba á granel á la superficie del estanque, lo más desparrramada y lo más lejos posible. Inmediatamente una horda de pilluelos se precipitaba á recoger las monedas, y teníamos una sesión grotesca de patinaje, de lo más cómico que Vds. pueden imaginar. Las culadas y las hocicadas en el hielo de los chicos, las coreábamos desde la orilla con risas inextinguibles, chanzas y aplausos. De aquellos improvisados patinadorcillos, la mayor parte no llegaba á pescar los cuartos, pero algunos iban adquiriendo singular destreza para evitar resbalones, y sacaban buena cosecha de *perros* grandes y chicos.

• Una mañana de esas de muchísimo bajo cero (porque los grados justos no los sé, y más quiero dejar dudoso el punto que dar una cifra equivocada), estábamos cebados bastantes curiosos en la diversión de lanzar las monedas, y se des-

lizaban tras ellas más de veinte granujas, cuando de pronto se alza un comprimido rumor, uno de esos murmullos hondos de la multitud, que sobrecogida ante la inmensidad de una desdicha, no tiene fuerzas ni para gritar.... Muchos preguntaban, se empujaban y no comprendían; pero yo ni preguntar necesité, porque *habla visto*: había visto romperse la superficie del hielo, como se estrella la luna de un espejo colosal, y desaparecer por la boca recién abierta á dos de los gurriatos que recogían calderilla.... La multitud, lo repito, no gritó: ¿á qué había de gritar en balde? Allí era inútil pedir socorro, y segura la muerte de los dos infelices chicos, sobrecogidos por el frío mortal del agua, sujetos por una losa de plomo transparente á su líquida tumba.... Ni un rumor, ni un eco, ni un quejido venían de la sima que acababa de tragarse á los muchachos....

•De repente se destaca de entre la multitud un hombre, un mozo como de unos veinte años de edad, delgadillo, pálido,

resuelto ; sin falso pudor se quita la chaqueta y el chaleco, se desabrocha los pantalones.... Cobardes, aplastados por la hermosura de la acción, transidos al verle desnudarse en aquella atmósfera glacial, le dejamos hacer.... La verdad es que todo ello fué, como suele decirse, ni visto ni oído. Aún no estábamos convencidos de que se arrojaría, cuando se arrojó, mejor dicho, se enhebró por la rotura del hielo. Pasaron dos minutos, pasaron tres.... ó quizá no fuesen minutos, sino segundos, que á nosotros nos parecían horas.... y por la grieta ensanchada ya, de márgenes degolladoras, salió un brazo, otro brazo, un grupo informe.... Era el salvador.... con las dos criaturas.»

—¿Vivas?—preguntaron á la vez Cána-mo y Pareja.

—«Viva una, y otra.... tiesa ya ; no fué posible reanimarla.—De todos modos, entonces sí que gritamos:—«¡ Viva ! ¡ Olé tu madre ! ¡ Llevarlo en triunfo !—¡ Un beso le quiero dar !»—vociferaba una mujer del pueblo, ronca, trémula de alegría y de en-

tusiasmo.—El pobre aclamado salvador, morado, chorreando, tiritaba y temblaba al sol, con las ropas interiores pegadas á las carnes.—¿Quieren Vds. pasarme mi pantalón? (fueron sus primeras palabras, inspiradas no sé si por el frío ó más bien por la vergüenza de verse así, medio en cueros y abrazado por la chusma). Buscamos el pantalón.... él sabía dónde lo había dejado.... ¡Pero buen pantalón te dé Dios! Ni chaqueta, ni chaleco con el reloj y los cuartos.... Mientras él salvaba al niño, un ratero le escamoteaba su ropa.»

Callé, para apreciar el efecto de mi narración, y Arturito Cáñamo me miró atónito, abriendo más sus vidriosas pupilas.

—¿Y dónde está el crimen? (preguntó al fin.) Porque yo ahí veo una acción humanitaria, digna de una recompensa del Gobierno.

—¿Cuál? (preguntó con sorna Pareja.)
¿La de robar los pantalones al salvador del niño?

—¡Ah!... ¿Hablabas V. de eso? (interro-

gó el abogado.) Como decía V. que un crimen... y ese no pasa de un delito penado por el Código con unos meses de arresto, pues ni hay nocturnidad, ni escalamiento, ni fractura, ni ninguna de las agravantes....



:



PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Los libros de viajes.— Los artículos de costumbres.—Las críticas.—Las poesías.—El drama.

No me sentía inclinada á completar aquí mi estudio de Alarcon; parecíame exceso insertar cuatro artículos sobre un mismo escritor en una publicación misma; para decirlo de una vez, temía cansar á los lectores del **NUEVO TEATRO CRÍTICO**. Me hicieron mudar de propósito las reiteradas preguntas de varios amigos, deseosos de leer el final del trabajo, y la publicación del tomo de *Ultimos escritos* del autor de *La Pródiga*, que restituye al asunto cierta actualidad. Me determino, pues, á redondear mi estudio, y dispénsenme los que ya se diesen por enterados y satisfechos.

Hemos visto que un rasgo distintivo de

la fisonomía de Alarcon es la amenidad, el arte de cautivar al lector en todo caso, siendo indiferente la materia á quien posea tal dominio de la forma.—Por esta condición, propia del genio literario francés, tenía el escritor guadijeño que descollar en un ramo apenas cultivado entre nosotros: las narraciones de viajes.— En España no existe la noción *estética* del viaje! el que hace la maleta para salir de su casa no busca recreo, obedece á circunstancias que le imponen la necesidad de trasladarse, ó á la moda que obliga á un veraneo insípido, formalista, regulado de antemano por la rutina consuetudinaria. Recuerdo que uno de los estudios que más me entretuvieron, en la Biblioteca Nacional de París, fué registrar libros de viajes de los siglos xvii y xviii; con tal motivo, pude observar que abundan los de viajeros franceses por España, tanto como escasean los de españoles por tierra francesa. El poeta que cifró la dicha en no haber visto « más río que el de su patria », español tenía que ser.—Aquí no

se ha modificado aún el concepto *penal*, digámoslo así, del viaje. Viajar es, para la inmensa mayoría, sinónimo de derroche triste, mezcla de padecimientos, privaciones, riesgos y vejámenes.—En esta cuestión como en otras varias, Alarcon no parece español genuino. Mejor que Dumas; tan bien como Teófilo Gautier; antes que Amicis y Loti, supo Alarcon que el *viaje* escrito es el alma de un *viajero*, y nada más; que á los países y comarcas les infunde el escritor su propio espíritu (porque para libros de viajes *objetivos*, ahí están las *Gulas* y las *Descripciones* geográficas, hidrográficas, arqueológicas é históricas); que el viaje escrito es género *poético* (entendiendo la palabra en su sentido más amplio y alto), y que un libro de viajes que comuníque al lector la impresión producida por una comarca en una organización privilegiada para ver y sentir.... lo que no ven ni sienten los profanos, es tan obra de arte como una novela.—De mí sé decir que el *Viaje por Rusia* de Gautier me parece hoy su-

perior, más fresco, más bello que, verbi-gracia, *La Señorita de Maupin* ó *El Capitán Fracasa*.—Y por lo que á Alarcon se refiere, tan gustosa leo su *Alpujarra* como su *Pródiga*.

No me arredra el vago run run crítico que por ahí corre y afirma que son fantásticas muchas de las pinturas encerradas en el *Diario de un testigo* y en *La Alpujarra* misma. No he de comprometerme á salir fiadora de cuanto refieren estos libros: sin embargo, tengo observado un hecho curioso, y es el que sigue. —El lector español generalmente desconfía de sus goces. Por un razonamiento análogo al que induce á poner en tela de juicio la virtud de la hermosa, cree el susodicho lector que el libro que divierte ha de ser un tejido de patrañas. En cambio, de una obra mazorrada, plúmbea, empedrada de notas y apéndices insufribles, nadie osa decir sino que es portento de erudición y monumento de ciencia y seriedad. Y es el caso que en todas partes cuecen habas, y que, bien remi-

rado, apenas se hallará libro sin errores. Sólo que los del librote exigen, para su enmienda, prolija investigación de parte del que impugna, y los de la amena obri-lla se cuentan jugando... Además, no falta quien interpreta mal esa parte subjetiva, esas páginas en que el escritor ve «á través de su temperamento» la comarca. El Japón de Pedro Loti, por ejemplo; aquellas *musmés* semejantes á muñecas de marfil; aquellos niños en caricatura; aquel colorido extraño; aquel mundo de laca y porcelana..., no se encuentran, claro está, ni en el *Bædeker*, ni siquiera en Eliseo Reclus. Son un Japón que pertenece á Loti: tan suyo, como de Teniers los clásicos *Fumadores*, y de Goya las endiabladas imágenes de los *Caprichos*. No todo el que va al Japón puede verlo por los ojos de Loti.

Hablando de su primer relato de viajes, titulado *De Madrid á Nápoles*, manifiesta Alarcon tener conciencia de la virtud especial que había en su pluma para componer libros de esos que el poeta marro-

quí Chorby llamaba «de ver y andar». Con gentil coquetería, Alarcon declara que «todo bicho viviente que tenga ojos, oídos y una pluma, podrá escribir interesantísimas crónicas de viajes», mientras de fijo se ríe á socapa, pensando en cuán inútiles son los ojos, los oídos y la pluma, para quien no ha recibido del cielo el don de servirse de esa pluma como pincel, como buril, como instrumento artistico. —*De Madrid á Nápoles* es una relación de viajes que, adoptando un adjetivo extranjero, pero insustituible, llamaré *prestigiosa*. Lleva en todas sus páginas el sello francés más caracterizado: se ve que el autor se inspira en las picanterías, chispeantes y gaseosas narraciones que nuestros vecinos borrajean con tanta maestría como sus cocineros alzan las tortillas *soufflées*. Que se me perdone el símil gastronómico, y no se lleve á mal que lo prosiga; á nada se parece tanto *De Madrid á Nápoles* como á ese plato hueco y tentador de la cocina francesa, batido con arte, doradito, abunolado,

rociado de azúcar.... También se asemeja á un panorama ó incesante desfile de vistas, que ora nos muestran el volcán de roja cresta y negro penacho, ora el azul canal surcado por las románticas góndolas; ya el *Apolo* de un Museo, ya la selva de columnas de una catedral.... Por los parrafitos desmenuzados, por el chisporroteo de la frase, por lo salteado y vario de los temas, se ve que todavía no ha renegado Alarcon de la influencia y culto del numen literario juvenil, Alfonso Karr.—Resumen: *De Madrid á Nápoles* es el libro de viajes menos castizo y menos sentido de Alarcon, á pesar de la buena acogida que mereció del público, y las encomiásticas frases que le consagró el *Curioso parlante*, haciendo de él «cuantas celebraciones pudiera apetecer el escritor más sediento de aplauso». No niego que sea entretenidísimo, y alguna de sus páginas (como la visita al Papa Pfo IX), encantadora. Detalle singular: hay quien asegura que esta visita es toda inventada, desde el principio hasta el fin,

jurando que Alarcon no conversó jamás con el Pontífice.

Nadie ignora en qué circunstancias trazó Alarcon el *Diario de un testigo*. En la *Historia de mis libros* corresponde al *Diario* esta nota: «El patriotismo de la nación entera se sobrepuso á toda consideración literaria ó artística, y sin reparar, ni aun los escritores más cultos, en los naturales defectos de un libro tan dificultoso, improvisado, ora al aire libre, ora bajo la tienda de campaña, ora en camarines de moros y judíos, prodigáronle aplausos y obsequios que, en puridad de verdad (lo reconozco), no iban dirigidos á mí, sino al heroico ejército cuyas proezas me cabía la gloria de presenciar y referir diariamente.»

Si hay libros adecuados al fin para que se escribieron, ninguno como el *Diario de un testigo*. España tenía puestos en África los ojos y el corazón. Quería vivir la vida del ejército. Á la esposa que con el alma atribulada esperaba noticias; á la novia que se estremecía de esperanza y

de susto; á la madre que encendía velas ante la Virgen, numen familiar siempre invocado, al hermano, al amigo, ¡á todos!, no podían bastarles entonces descarnados boletines de campaña, ó informes noticias periodísticas, sin calor, sin elocuencia, sin el cebo del íntimo pormenor que hace sonreír y hace llorar. ¿Tenían frío nuestros soldados? ¿Pasaban hambre? ¿Fumaban? ¿Cómo entretenían las tediosas horas en el cuartel? ¿Qué aspecto ofrecía aquella región del África donde iba á correr sangre española? ¡Quién pudiera tener alas, como de paloma, y volar hasta el campamento!—Las alas nos las dará la poesía, que en tal ocasión, mas que por boca de rimadores y copleros (pues se escribía mucho verso detestable con ocasión de la guerra), habló por la pluma del insigne voluntario del regimiento de Ciudad Rodrigo.—Él exponía su plan en los términos siguientes: «Confiado solamente en mi sensibilidad, me propongo hacer viajar conmigo al que me lea; identificarle con mi alma; obli-

garle á experimentar mis sobresaltos y alegrías, mis trabajos y mis satisfacciones; comunicarle aquello que más pueda importarle de la suerte de nuestras armas, si no con la pericia militar, que no tengo, de una manera que todos me comprendan. La vida del campamento; sus ocios y peligros; las noches de soledad bajo la tienda; la tarde después de la batalla; el himno de triunfo; las agonías durante el combate; la oración fúnebre de los que sucumban; el aspecto y costumbres del extraño pueblo que tendremos enfrente; lo que no dice la historia, ni refieren los partes, ni adivinan los periódicos; la historia privada, profana, particular, de la guerra; todo esto compondrá el libro vario, desaliñado, improvisado, heterogéneo, que entreví desde que formé la resolución de acompañar al Africa á nuestros soldados.»

No es posible definir mejor el *Diario de un testigo*.—Alarcon sale de Málaga, con el tercer cuerpo de ejército, el 11 de Diciembre de 1859. Vemos los gozosos

preparativos del embarque, la rápida y milagrosa organización de las fuerzas sobre «las ruinas en que se encontraban nuestros arsenales, nuestra administración militar, nuestros parques, nuestros almacenes.» Con un himno de entusiasmo en los labios salta Alarcon en tierra africana y principia su vida militar: vivaquea en Ceuta, durmiendo en una cama de campaña extendida sobre una viga, en el Parque de Ingenieros, teniendo por decorado de los pabellones de su cama la luna y las estrellas.—Y nos guía al Alcázar del Serrallo, y al pavoroso boquete de Anghera, y al valle del Tarajar; y con él subimos al reducto, y nos internamos en la trinchera, y nos corre por las venas ese escalofrío raro, que yo no sé si es de patriotismo, de acometividad ó de ambas cosas, pero que siempre causa la descripción gráfica y hermosa de una carga á la bayoneta.—Entre una y otra pintura de campamento; entre escaramuzas y acciones, degüellos y cargas de caballería, va surgiendo del *Diario* de Alarcon un sen-

timiento especial, que forma parte ya de nuestra tradición psíquica : la *simpatía hacia el moro*. Hay enemigos odiados y enemigos combatidos sin odio : nosotros combatimos al francés aborreciéndole, pero al marroquí diríase que por el contrario le consagramos una especie de ternura fraternal. La costa de Africa la *sentimos* como prolongación de nuestra tierra natal, la Península ibérica : esto no lo escribo en son de chanza, lo digo en serio: afinidades de alma, recreos de imaginación, misteriosos lazos, étnicos probablemente, nos atraen hacia « el infiel » con atractivo que la guerra no puede suprimir : atractivo doble para Alarcon, que era en su físico, en su carácter, en su genialidad, « mucho más semítico que jafético ».—Otro menos artista que Alarcon, al escribir una obra de la índole del *Diario*, tizaría á los moros con feos colores: él no oculta su admiración hacia una gente tan pintoresca, tan primitiva, tan bíblica. Despertara la guerra una musa populachera y pseudo-patriótica, que

hacia reír á cuenta del enemigo, llamando, verbigracia, á Muley-el-Abbas

«Moro de malas costumbres,
Que es una especie de buey
Y sólo come legumbres.»

Alarcon, rehuyendo estos inocentes desahogos, cuando llega á ver un escuadrón de hijos del Profeta, lo describe con pluma digna de Fromentin: «No pasarían de cien jinetes, y llenaban materialmente la llanura: yo no he visto jamás figuras tan airosas, tan elegantes, tan gallardas. Los caballos caracoleaban, se arremolinaban y se dispersaban de nuevo, yendo y viniendo sobre la verde hierba como una bandada de gaviotas sobre las olas del mar. Los blancos albornoces de los moros ondeaban al aire, cual si los hijos del desierto desplegasen anchas alas para volar en nuestra busca... Era un cuadro maravilloso; era el espectáculo soñado por todos los que han nutrido su fantasía con leyendas orientales; yo creo firmemente que hubiera de-

jado llegar hasta mí aquella graciosa y extraña aparición, sin acordarme de que venía en son de guerra, á no haberme sacado de mi arrobamiento la voz del comandante de nuestros húsares, que mandaba avanzar.» Ahí tenéis al Alarcon sincero, al artista, que se lo perdona todo á la soberana Belleza.

Alarcon ha encontrado la verdadera ruta literaria de su libro, lejos de las declamaciones con que principia, en las pinturas de escenas africanas, pinturas capaces de dar dentera á Fortuny. Ved, en prueba, el cadáver de un guerrero moro *manchado* por Alarcon: «Hallábase tendido en el mismo borde de las aguas: sus negrísimos ojos, aunque nublados para siempre, miraban aún enfurecidos, y su correcta y callosa mano, ennegrecida por la pólvora, se remontaba sobre su cabeza como si amenazase todavía. Su barba rala y partida en dos rodeaba como un festón de terciopelo un pálido rostro de singular belleza, sombreando artísticamente su recio cuello, atravesado

por una espantosa herida. Uno de sus pies conservaba una babucha redonda de cordobán, y el otro, completamente descalzo, ostentaba la fortaleza del hierro y las finas proporciones de los pies del Mediodía. Notábase, en fin, en todo aquel hombre medio desnudo, algo que recordaba los contornos graciosos y acerados de los caballos árabes.» Es imposible dibujar en lengua española un boceto que supere á éste tan magistral. Fragmentos así esmaltan el libro, que no cede en animación ni en color á ninguno. Sobre todo, lo repito, al trazar siluetas orientales es cuando Alarcon descuella. Véanse sus donosos amoríos con la «mora de la azotea»; sus conferencias literarias con el poeta Chorby; sus tipos de hebreas, derviches, rabinos y moros de rey. No sé si es rigurosa y minuciosamente exacta la parte histórica del *Diario de un testigo*; pero la impresión africana del libro, si no tan penetrante y quintesenciada como sería al expresarla Pedro Loti, me parece admirable y contagiosa. — El aspecto pa-

triótico del libro perjudicó indudablemente á su estimación literaria. Se hizo antes popular que clásico. De todas suertes, no fué en él donde llegó á la plenitud el ingenio de Alarcon narrando viajes, sino en otra obra menos conocida : *La Alpujarra*.

La misma evolución que como novelista, sufrió Alarcon como viajero, pasando del género afrancesado al neto español; la transición está perfectamente indicada y la percibe todo el que lea, por el mismo orden en que vieron la luz, *De Madrid á Nápoles*, el *Diario de un testigo* y *La Alpujarra*. *De Madrid á Nápoles* es la paginilla dumasiana, la impresión á flor de espíritu, exteriorizada apenas sentida; el *Diario* es ya el viaje vivido, real, incorporado al alma del que lo refiere, pero algo dañado aún por las imposiciones del momento histórico—y aquí cae bien la tan manoseada frase. —*La Alpujarra* es prolongación del *Diario* en lo que éste tiene de más artístico y selecto, depurado de las escorias que arrastraba el torrente

:

patriótico entre sus ondas puras. Siendo *La Alpujarra* un delicioso libro de «ver y andar» es algo más: evocación histórica no indigna de la pluma de un Thierry.— Todo, excepto lo que quiere el autor que sea: «un alegato en favor de la tolerancia religiosa», ni menos, como indicaron algunos críticos, «el engendro más ó menos artístico y literario de un intolerante de siete suelas, inquisidor de tomo y lomo», porque ya sabemos que Alarcon no tenía de inquisidor sino la sombra.

Lo que inspiró *La Alpujarra* (y lo digo en son de elogio muy explícito), fué lo mismo que dictara las mejores páginas del *Diario de un testigo*: la secreta simpatía de Alarcon por la raza mora.— Hay en todo escritor alguna preferencia histórica, cuyo origen no siempre se explica, y que influye de un modo decisivo en él. Todos preferimos á una raza y quizá repugnamos las restantes. Alarcon era, como hemos dicho y como le llamaban sus amigos de la juventud, un moro: la poesía meridional tuvo en él su mejor in-

térprete. El frívolo turista de Italia debía convertirse en el excelso cantor de la Sierra hija del Verano.

De dos maneras se puede viajar : con el cuerpo sólo, y con el cuerpo en compañía de la imaginación y el entendimiento, cultivados y bien amueblados.—La mayor parte de los que viajan llevan consigo el cuerpo no más , y juzgan de un viaje con arreglo á los datos que el cuerpo suministra : si son cazadores, ó andarines, ó les impulsa la actividad física, disfrutan de las fatigas y se recrean en dormir mal y en comer de campaña : si son gente regalona, piensan en el problema del mantenimiento, calculan las horas de sueño que ganan ó pierden, y por la suma de molestias tasan el valor del viaje.—Alarcon no viajaba sólo con el cuerpo, si bien tampoco prescindía de él. Al realizar el viaje por la Alpujarra, estaba Alarcon en la plenitud de la vida y la energía viril (treinta y pico de años), apto para largas excursiones á caballo ó á pie, capaz de correrías como la tremenda de Adra , y apto también su

fresco numen para animar el paisaje de la sierra, poblándolo con las sombras de los moriscos capitaneados por Aben-Humeya, el reyezuelo de infausta historia....

Porque todo el que viaja como artista comete anacronismo; vive con sus órganos en el presente, con su fantasía en lo pasado. Nadie persistió en el viaje retrospectivo como Alarcon. Mientras contempla el Mulhacén, acorazado de nieves eternas, sueña con el triste Boabdil, cuyo suspiro de vergüenza aún resuena á través de los siglos, y recuerda los desafueros de los crueles Monifes; al pie del florido cerro de Beznar ingiere un capítulo maravilloso de novela histórica, con sus puntas y ribetes cómicos: el diálogo del candoroso Beneficiado con el rebelde Don Fernando de Valor, que corre al trono y á la muerte. Los moriscos, cuyos huesos ya son un puñado de cal, surgen y pasan llenos de guerrera furia sobre un telón de selva y montaña, que poco habrá variado desde que lo hollaron los cascos del caballo del Reyecillo. ¡Y qué telón!

El nombre de *Fortuny* acude á mi pluma nuevamente, porque sólo él podría entonar así, graduar la luz de tal manera. ¿Qué prosista no saluda y se inclina ante párrafos como el que sigue, donde se compendia la sensación de la Alpujarra? « Un cielo casi siempre despejado y de un azul puro, intenso, rutilante, empieza por servir de fondo á la decoración, disipando con su viva refulgencia vaguedades, misterios, nebulosos contornos, indeterminadas fantasmagorías. Una tierra cálida y enjuta nutre con la sangre de sus entrañas, y no con el lloro de sus peñas, esos manantiales de luz y fuego que se llaman el olivo y la vid, ó los eliseos frutos que roban sus más vistosos colores al iris. Aquestos valles no contrastan con lo petrificado por el frío, sino con lo calcinado por el sol. Aquestas rocas, lejos de sudar agua, funden y acrisolan metales. Las flores son olorosas y valientes, no obstante la vecindad de los viejos ventisqueros, y el arroyo que baja de las regiones muertas se asombra de encontrarse con las adel-

fas silvestres ó con las ferozmente grandiosas higueras chumbas, orladas de arrumacos verdes y pajizos como las princesas etiopes.» Quisiera no omitir pincelada del rico y jugoso cuadro, y ni me lo permite mi costumbre de citar poco, ni tengo espacio para extenderme tanto hablando de un solo libro. Pero es que en mi concepto este libro, después de *El Sombrero de Tres picos*, es la perla de Alarcon. Novelas mejores por algún concepto que las de Alarcon se han escrito y seguirán escribiéndose: tarde vendrá quien eclipse el original poema de la sierra morisca.

De los *Viajes por España* sólo alabanzas diría yo. Reconozcamos que Alarcon atesoraba singularísimas disposiciones para el género. — En la *Visita al Monasterio de Yuste* resucita Carlos V con el mismo relieve que en *La Alpujarra* y el trágico amante de Zahara y el desventurado Boabdil. — La excursión á Salamanca, con su donoso *discurso preliminar*, me abatió por completo los ánimos, si pu-

diese tenerlos , para describir á *Roma la chica*.... ; Cómo luchar con el recuerdo de la paleta de Alarcon , aun abrigando el convencimiento de que entonaba mejor el paisaje rústico que el urbano!—De *Madrid á Santander* me agrada menos : la tierra santanderina es de Pereda , y nadie pondrá en ella las manos con gloria.... Algo semejante ocurre á *Toledo* , brevemente descrito por Alarcon en el mismo volumen : Toledo perteneció antes á Amador de los Ríos y á Zorrilla ; hoy Galdós ha reclamado su parte alcuota por *Angel Guerra*.—Alarcon, en cambio, permanecerá reinando sobre la Alpujarra con mejor fortuna que Aben-Humeya , porque nadie le disputará el reino.—Acaso lo más lindo del tomo de *Viajes por España* sea el cuadrito brevísimo , primoroso , del *Eclipse de sol de 1860*.... No se puede citar nada de él , á no trasladarlo entero. Es una placa de esmalte.

En los dos párrafos dedicados por Alarcon en la *Historia de mis libros* á sus

Viajes, anunciaba la próxima publicación de otro volumen rotulado *Más viajes por España*. No llegó, sin embargo, á publicarse el libro, al menos bajo el título y sobre el asunto que tenía pensado el autor. En efecto: si el primer artículo de los *Ultimos escritos* (obra póstuma que Alarcon dejó reunida y preparada y con carpeta, á fin de que viese la luz inmediatamente después de su muerte), lleva el consabido epígrafe de *Más viajes por España*, el resto del volumen no trata de viajes; y la misma excursión á Granada y á Cádiz mejor parece fragmento autobiográfico que descripción hermana de las que nos hechizaron en *La Alpujarra* y el *Diario de un testigo*. Sin duda que el desgaste de los años y el estrago de la enfermedad habían amortiguado la sensibilidad exquisita, la intensa y plástica percepción de colores y formas que tanto hermosean los *Viajes* alarconianos. Se ha evaporado la esencia.... — Todo se evapora, y esta es una de las grandes melancolías literarias.

Sin faltar al respetuoso miramiento que imponen de consuno la gloria y la muerte, se han juzgado en general bastante endebles estos *Ultimos escritos*, habiendo quien llegó á creer (un artículo de Luis Alfonso lo desmiente) que son raspicias, rebañaduras de escritorio, aprovechadas con un fin de granjería.—Ya sabemos que no es verdad, y añadiremos que el criterio general peca de riguroso. Yo, por mí, sentiría muy de veras que los *Ultimos escritos* se hubiesen quedado inéditos. Son al fin caídos de aquella mágica pluma, y si no añaden blasones á la ejecutoria literaria de Alarcon, basta su interés biográfico para legitimar la publicación y hasta el éxito. No nos detengamos en los *Ultimos escritos* después de insistir en que ni llegó ni á publicarse, ni por lo visto á escribirse el tomo de *Más viajes por España*, y digamos algo del Alarcon costumbrista, crítico, poeta y autor dramático.... que en todos estos géneros picoteó, aunque sin sacar muchos granos de uva sazónada.

Alarcon tenia puesto cierto puntillo de honor en sus méritos de costumbrista, cifrados en el volumen que lleva por título *Cosas que fueron*; y se quejaba amargamente, calificando de *implacables* á los críticos si no le incluían entre los articulistas de costumbres. — Cierto que fuera injusto omitir el nombre de Alarcon en la lista de los que en España honraron el género iniciado por Don Juan de Zabaleta, y elevado quizá á la suma perfección por distintos estilos en varios artículos de Larra y en las *Escenas Montañesas* de Pereda; mas ha de resignarse quien cultiva diversas ramas literarias á no descollar en todas igualmente, y Alarcon, maestro inimitable en el *cuento* y el *viaje*, como costumbrista no raya tan alto. Son las letras españolas ricas en pintores de costumbres: el esplendor de este género, derivado directamente de Quevedo y de la novela picaresca, principió antes del período floreciente que se inició á mediados del siglo XIX para la novela propiamente dicha: nues-

tro primer novelista realista (cronológicamente digo), Fernán Caballero, fluctuó siempre entre la narración novelesca y el cuadro de costumbres : el afligranado *Solitario*, el castizo y donoso autor de las *Escenas Matritenses*, el cáustico *Figaro*, el sensato Lafuente, el idílico Trueba, el sagaz Antonio Flores, enriquecieron el género, y Pereda, en nuestros días, le debe sus mejores títulos á la admiración de la posteridad : Alarcon no puede destacarse en primera línea entre tan lucida cohorte.— Sus artículos de costumbres son más bien arpegios, variaciones ó *schersos* brillantes, de carácter profundamente subjetivo : dígalo el más celebrado entre todos, *La Noche Buena del poeta*.

Si como costumbrista Alarcon es secundario, como crítico es ó nulo, ó nocivo....—Sin vacilar llamo nociva á la crítica que no obedece á sed de justicia y ansia de conocer, sino á un sistema de denigración, y prescindiendo de examinar el valor y alcance de una idea estética como

tal idea estética, la disloca para encastrarla en las casillas de una ética harto discutible, estatuida á capricho por moralistas de Academia ó de redacción...— que por ventura redacciones y Academias están más próximas de lo que piensan ellas mismas.— Temo resbalar en la pendiente de un examen detenido de las teorías críticas alarconianas, renovando de paso discusiones ya caducas, y entrando en un terreno donde todo habían de ser agrias censuras para el autor del *Discurso sobre la oratoria sagrada*. Y digo que todo habían de ser agrias censuras, porque—estampémoslo con firmeza— yo soy en extremo tolerante para los convictos, y, en cambio, propendo á la severidad con los que no juzgo de entera buena fe.— Esta mala fe á que aludo puede ser á veces, más que deliberada, hija de un impulso secreto de la voluntad, que falsea la razón.— Juzgo además de muy mal gusto y de significación nula ciertos calificativos que Alarcon empleaba, como *mano sucia*, *escuela pornográfica*, *infames*

novelas, literatura indecente, ola de cieno, y otros ejusdem furfuris, los cuales nada prueban, como no sea un estado de ofuscación y arrebató pasional. Y comprobado este *estado de alma*, creo importuna cualquier refutación. ¿Á qué? Dentro de diez años, lo que sobrevivirá de Alarcon no serán ciertamente sus *jui-cios literarios y artísticos*.

Ni le sacarían de la obscuridad, cuando pudiese caer en ella, sus versos, que el benigno Valera *prologueó*, en páginas que serían más lindas aún de lo que son si no pecasen de encomiásticas.—En concepto del autor de *Pepita Jiménez*, aun cuando es altamente favorable á la poesía lírica nuestra edad, hay en ella, como páramo ó erial en medio de florido vergel, un período de terrible prosaismo, en el cual vive ó vegeta hoy toda Europa, y singularmente España. En este período tan prosaico y fatal tuvo la desgracia el Sr. Alarcon de venir al mundo. «¡Cruel destino ha sido el suyo!» — agrega el crítico insigne y zumbón.—«¡Menos mal que,

dando una prueba irrefragable de su valor, ha conseguido vencer hasta donde es posible la saña de los hados!»— Como que la poesía de Alarcon se halla exenta de los vicios de la poesía novísima.... ¿Cuáles son estos vicios en concepto de Valera?—El exagerado *atavismo* ó culto de la tradición, que trastrueca hasta al poeta progresista ó racionalista ó filósofo en destructor de la edad presente y encomiador de las pasadas (esto rezará con Núñez de Arce), y la afectación de un espiritualismo severo (esto no irá con Campoamor). De todas suertes, Valera declara que Alarcon ni peca de asceta ni de retrógrado; que se parece á los trovadores y á los poetas mahometanos de la Edad Media; que ensaya casi siempre con felicidad todos los tonos, y hasta es capaz de hacer sonar con brío la épica trompa. — Bien sabe Dios que á mí me sería muy satisfactorio estar en un parecer con el Sr. Valera, á quien admiro y reverencio, pero el diablo lo añasca, y por más que hago no me convengo de que no sea preferible

Núñez de Arce, vuelto reaccionario, diciendo pestes de Darwin y toda su casta, á un rimador tan mediano como Alarcon....

No tienen más importancia las poesías de Alarcon que haber servido de ejercicio preparatorio á su prosa. Todo gran prosador artista, de forma, empieza rimando. Es la educación musical de la pluma; son las escalas y lecciones de solfeo que prestan agilidad á la garganta. De los nueve á los doce años de edad, y de los doce á los veinte, Alarcon dió rienda suelta á su musa, y si condenó á las llamas aquellas tempraneras inspiraciones, pudo hacer otro tanto con las tardías y maduras, pues ni en unas ni en otras hay revelación de poeta, sino gimnasia de prosista que domina el lenguaje y lo amasa dándole la hechura que quiere. Alarcon mismo robustece esta apreciación mía cuando cita el dictamen de Eulogio Florentino Sanz. «Sientes bien la poesía,—dijo el ilustre intérprete de Heine á Alarcon:—pero reflexionas des-

pués demasiado, y *concluyes por expresarla con sobrada claridad y lisura*. No naciste para cantar, sino para pintar exactamente la vida interior y la exterior. No cantes: escribe. El prosaismo, la falta absoluta de esa lengua de ángeles que en pocas palabras encierra mundos, es en realidad la ligadura que impide á Alarcon volar sobre las alas de la rima al Parnaso.—Nadie pudo observar este defecto como el admirador del cisne de Dusseldorf,—el de los horizontes infinitos y las tristezas ensafiadoras, el POETA LÍRICO, si alguno merece serlo por antonomasia.

Un solo drama escribió en su vida Alarcon, y al parecer le llegó muy al alma, no su *fiasco*, pues declaran los que reseñaron el estreno que el público aplaudió, si no las críticas periodísticas del día siguiente. Alarcon no tenía epidermis de autor dramático; faltábale eso que llaman *correa*, esa dulce y mansa tenacidad, esa íntima y sana convicción del propio valer *quand même*, que permiten resistir sin

morir de un aneurisma las emociones de la noche de estreno, y la brava ola de la censura que de golpe se estrella contra la obra. Si para cultivar cualquier ramo del arte son conducentes la paciencia y la perseverancia, para el autor dramático tengo estas virtudes por indispensables. Ya sabemos que á Alarcon no le asistían. —Creía, sin embargo, en el mérito de su drama, hasta el punto de autorizar, en la *Historia de mis libros*, el que se represente otra vez, «cuando yo pase á mejor vida. Antes, no».

Dudo que, con permiso y todo, el drama vuelva á representarse nunca. Dos veces lo he leído, y las dos me pareció pobre, falso, afectado y mezquino. El *Hijo pródigo* es cierto Miguel, hijo de un hidalgo menesteroso, que para vivir ha montado una herrería. Miguel se aburre en el poblachón; no siente vocación de ciclope; se cree artista; teje ilusiones, y sueña, como otros muchos, con venirse á Madrid y volar. Fáltale el nervio de la guerra, el dinero, y se lo pide prestado á

:

cierto Fernando, que es el personaje simpático del drama, uno de esos tipos caros á los dramaturgos, y que por refinar la delicadeza no hacen más que boberías. Ha de saberse que este Fernando adora á una huérfana llamada Dolores, y tiene tratado con ella el casamiento; pero olfatea que adora en secreto á Miguel, y esto basta para que Fernando se coloque en actitud de generosidad sempiterna. Empieza por facilitar á Miguel un puñado de miles de duros para que se vaya á despabilarlos alegremente á la corte en compañía de una de esas aventureras de la *high life*, coco de virtudes provincianas, la Condesa del Sauce. — Ya está atado el nudo del argumento; Fernando, siempre lleno de abnegación, guardando á Dolores para el tronera de Miguel; el padre rene-gando del hijo pródigo; la madre remitiéndole auxilios en secreto; y él *corriéndola* hasta que el dinero se acabe, y vuelva al paterno hogar. Vuelve, y tenemos la consabida lucha entre dos Quijotes; Fernando que todo se lo quiere regalar á

Miguel, fortuna, novia, cariño paternal; Miguel que, tarde arrepentido y empeñado en sacrificarse á su vez, suelta la *noble mentira* de cajón, se finge casado para que Fernando logre á Dolores, toma para sí el viaje al Nuevo Mundo que Fernando proyectaba, y desaparece.— Todo ello es pueril, y al lector no le convence el conflicto, ni le entusiasman aquellos caballeroscos fantoches.— Ni Miguel al querer ir á la corte incurre en falta tan grave que justifique la cólera y la cuasi maldición de su padre; ni Fernando obra cautamente al darle á Miguel miles de duros; ni Miguel procede como honrado al resolver con un embuste la situación, pues si Dolores llega á enterarse de que no hay tal casamiento, crecerá su inveterado amor, y crecerá cuando ya sea culpable, cuando ya pertenezca á Fernando su mano de esposa.— ¡Siempre la Moral asociada con el Engaño!— Por eso digo que el *Hijo pródigo* no persuade; y como tampoco divierte, ni arrebatada por bellezas de dicción, profundidades de pensa-

miento ó acierto en el estudio de los caracteres , y además su corte es un tanto anticuado, presumo que no podría volver á representarse honrando la memoria de su autor.

.....

Al terminar el estudio sobre Pedro Antonio de Alarcon, necesito condensar mi juicio sobre el escritor ilustre.—Entiendo que algunos de sus *Cuentos* y de sus *Viajes* no tienen par en nuestras letras. Creo que de sus novelas,—sin que lleguen á tanta altura,—no puede prescindir la historia del renacimiento glorioso de este género en la segunda mitad de nuestro siglo. Añado que Alarcon vivirá más por la *forma* que por el *fondo*, y que su mejor título á la inmortalidad es haber crecido en maestría literaria al par que ahondaba en la genialidad nacional : ser más español cuanto más artista.





DEL AMOR Y LA AMISTAD

(Á PRETEXTO DE UN LIBRO RECIENTE ¹.)

VAYAN por delante los textos. Son un párrafo final y una nota final también en la última obra del Sr. González Serrano, pensador muy asiduo, catedrático de Filosofía, colaborador de Revilla, y autor de no pocos folletos y libros, ya de carácter doctrinal, ya de indagación libre y varia; en todo lo cual veo suficientes motivos para que, antes de calificar de extraña una proposición suya é impugnlarla á mi modo, le pida excusa y le salude cortésmente, —rogándole considere prueba de estimación personal este artículo de controversia.—Ahora la proposición ó proposiciones. Son como sigue:

¹ Estudios psicológicos, por Urbano González Serrano. — Un tomo. — Madrid, 1892.

«Lo complejo de los vínculos de la amistad y del amor ofrece su anverso y reverso. Consecuencia de la ceguedad por el amigo, de la abnegación que le acompaña, y del placer que con su trato se siente, es la conexión de la amistad (llevada á sus extremas manifestaciones) con el amor. Y de otro lado el amor, con sus excitantes, que á veces relajan y en ocasiones alteran el vínculo de la amistad, señaladamente entre individuos de sexo opuesto¹, ofrece obstáculos al tranquilo afecto de los amigos. Pero aun así, debe consignarse el parentesco inmediato de ambos vínculos, pues el obstáculo que el primero opone al tranquilo afecto de la admistad queda en parte destruido, cuando se reconoce con Proudhon que «en las almas escogidas el amor no tiene órganos» ó con el poeta que «la belleza (y, por tanto, la bondad) es un ángel que carece de sexo».

Ahora la nota, más explícita :

¹ «Se ha discutido mucho si es ó no posible la amistad entre individuos de sexo diferente. Sacrificada la mujer al

amor y à la maternidad, enferma y sierva de su propia constitución luego que es mujer, no es capaz de grandes amistades. La suya con el hombre tiene además el peligro inminente de ser suplantada por el amor, sobre todo desde que comienza la pubertad (clavo histérico) hasta el amortiguamiento de las pasiones. Aun calmadas éstas, siempre lucharà la amistad con las tendencias opuestas de cada uno de los sexos. Si la mujer se acerca, merced à una educación ficticia que la saque de su medio adecuado, à la condición del hombre (ejemplo las amistades de madame Roland ó la más moderna de Flaubert y J. Sand), ó si el hombre se asimila preferencias y gustos propios del sexo femenino, en ambos casos será la amistad difícil, quebradisa y vidriosa, señaladamente si ha de llegar à aquella intimidad de afectos, que se establece entre amigos verdaderos. »

Aunque el primer párrafo adolece de obscuridad, y ambos son un tanto contradictorios, yo presumo que les he sacado en limpio la substancia, reducida à negar la posibilidad de amistades firmes, puras y sinceras entre hembra y varón. Ó lo que es lo mismo: el Sr. González Serrano, pensador avanzado con sus ribetes de heterodoxo (entre los *heterodoxos españoles* le contó Menéndez y Felayo), cree, con la sabiduría popular, que

«entre santa y santo, pared de cal y canto»; y repite con el poeta que

«Mujer posible, es tentación probable ;
Mujer probable, es tentación segura.»

Harto sé que esta opinión, expresada por los refraneros y la poesía en concisas sentencias, y por el Sr. González Serrano en períodos un poquillo abstrusos, es la más trivial, la que está más á flor de labio, y la que repite el vulgo cuando discute—en términos previstos de antemano—las relaciones sociales fundamentales de los dos sexos, ó sea *el amor y la amistad*. Y sin embargo, ni la experiencia ni el raciocinio militan en favor de esa opinión común, por lo cual, si admito que la muchedumbre irreflexiva y poco observadora la sostenga, no transijo con que la apoye uno de nuestros contados pensadores, nada menos que en unos *Estudios psicológicos*, fechados en 1892.

Esa opinión injuriosa, calumniosa y falta de base, es una de las distintas

armas de mala ley que se emplean para circunscribir á la mujer á un orden limitado de relaciones, no dejándole, fuera de ellas, otro recurso de que echar mano sino el horror de la miseria ó la ignominia del libertinaje. Declarando *ipso facto* sospechoso el trato entre personas de distinto sexo, poniéndole cerca el resbaladero afrentoso de la inclinación meramente sexual, se crea una atmósfera en que la mujer no respira, y se perturba su espíritu y se mancha su imaginación y se la obliga á desconfiar de sí misma y de todos. Las ocupaciones y tareas que no pueden desempeñarse sin roce frecuente entre mujeres y hombres, rodéanse de una penumbra siniestra, oscura, inmoral por eso sólo: la mujer postrada de hinojos ante el confesonario no busca allí luz y guía espiritual, sino que persigue un ensueño sacrílego: la joven discípula, pendiente en el aula de la voz del profesor, no aguarda que baje á su entendimiento el maná de la ciencia, sino que espera apuntar un nombre más en la lista

de sus adoradores.... y así podríamos seguir enumerando casos, como los enumera la rutinaria malicia, perpetuo *Galeoto* de esta sociedad defectuosa y atrasada.

No crea el Sr. González Serrano que me hago la inocente, ni que niego la inmensa potencia de la palanca universal, ó sea la recíproca atracción de los sexos. La reconozco; la concedo cuanto importancia reviste; la acepto como sentimiento cardinal, avasallador; pero no incurro en el ilogismo de pensar que sus efectos pueden ser distintos en un sexo que en el otro, ya que para la propagación de la especie—fin natural á que se ordena la atracción mutua del hombre y la mujer—la naturaleza necesita del concurso de ambos. Por eso yo, que gusto de ir al fondo de las cosas y ponerme los problemas del modo más directo, no escribiría jamás que la mujer «no es capaz de grandes amistades», porque se encuentra «sacrificada al amor»; toda vez que, en cierto modo, «sacrificada al amor» está, no la mujer, sino en conjun-

to la especie humana. De los quince á los cuarenta y cinco, ó más arriba, si á mano viene, suele andar el hombre zarandeado y hecho un azacán tras la mujer, como la sogá tras el caldero; por ella derrocha salud, honra y hacienda; por ella malogra la vocación social, sin hablar de la vergüenza y la conciencia, (pues ya sabemos que es cosa convenida que en estos asuntos, no están obligados á tenerla los varones) por lo cual induzco que ese *clavo histórico* conquie el Sr. González Serrano nos atraviesa como el entomólogo á la mariposilla incauta, también lo deben de llevar hincado en alguna parte nuestros mayorazgos los hombres....

«Enferma y sierva de su propia constitución» declara el Sr. González Serrano á la mujer *desde que lo es*. Parece-me que esta teoría la he leído hace años en un libro muy baboso de Michelet, titulado *El amor*, libro que otro pensador francés, Caro, definió, diciendo que era *la fisiología comentada por la sensualidad*. De hecho no he comprobado nunca

tal estado de enfermedad perpetua en la mujer, sobre todo si lleva vida higiénica y prescinde de la oriental secuestración á que está condenada por los moralistas que aún la ven al través de las venerables preocupaciones de impureza bíblica. El mismo trabajo desempeñan en el servicio doméstico las criadas que los criados; en muchas comarcas de mi tierra gallega, es la mujer quien se encarga de las labores penosas, arrojando la intemperie y adquiriendo un refo y un garbo que envidiaría Dulcinea para ahuchar trigo; y si los datos experimentales sirven de algo en estas cuestiones, y la hembra de la plebe aldeana ó urbana es *mujer* (he observado que casi siempre los escritores toman por tipo de comparación á la burguesa, es decir, á la hembra *más inmediata*), mal parada va á quedar esa teoría que representa á la mujer hecha un emplasto, y fluctuando siempre, cual las actrices de los teatrillos, entre la convulsión y el soponcio.

Proceden en esto los que piensan como

el Sr. González Serrano (y se llaman legión) á la manera de aquel indio de Becquer, que

«... con torpe mano
hace de un tronco á su capricho un Dios,
y luego ante su obra se arrodilla...»

ó como procedería el antropólogo que, al reconocer el cráneo de uno de esos salvajes llamados *Omaguas de cabeza mitrada*, á quienes las parteras desfiguran el cráneo con tablillas, pensase que la *mitra* ó prolongación era natural, y de este supuesto dedujese consecuencias científicas. Antes de resolver si la mujer es capaz ó incapaz de esto ó de lo otro, hay que principiar por averiguar si el estado actual del sexo es fruto precisamente de una educación, no *ficticia* (como supongo que por errata de imprenta reza el texto del Sr. González Serrano), sino *faciticia*, es decir, artificiosa, opuesta á la naturaleza. Lo dice explícitamente Stuart Mill: en el estado social actual de la mujer, no es posible presumir de lo que en

efecto sería capaz, si le fuese lícito, como al hombre, elegir su camino, y desenvolverse con espontaneidad absoluta, física, moral é intelectualmente. En opinión del insigne filósofo inglés, las diferencias que hoy se notan entre el carácter y aptitudes de la mujer y las del hombre, pueden muy bien ser producto de las circunstancias, sin que haya diferencia de capacidad natural. Precisaré algo más para venir al punto concreto de este litigio, porque son tan complejas y varias las cuestiones que por conexión pueden suscitarse, que necesito ceñirme al asunto y no perderme en generalidades.

La mujer no es capaz de grandes amistades, dice el Sr. González Serrano, porque está sacrificada al amor y á la maternidad, y porque está siempre enferma.—De aquí parece seguirse que el hombre es capaz de grandes amistades porque no está sacrificado á la paternidad ni al amor, y porque está siempre sano. No es culpa mía si enunciada así hace sonreír la proposición. En buena lógica ya sabe el señor

González Serrano que quien niega un supuesto afirma el contrario.

Ahora bien: ¿qué ha querido expresar el Sr. González Serrano al decir que la mujer está sacrificada al amor y á la maternidad? ¿Que en la mujer, amante, esposa y madre, estos afectos se sobrepondrán á los amistosos? Regularmente sí, y también los de hija, hermana, etcétera. Lo mismito que en el hombre; porque siempre será caso excepcional el que un amigo resulte preferido, antepuesto, como tal amigo, á la familia. No hay sino fijarse en lo pronto que se desligan y rompen las amistades estudiantiles, y se afloja la intimidad entre compinches y amigos cuando el hombre se casa.—He de añadir que la amistad acendrada y verdadera es sentimiento raro. La antigüedad nos ha transmitido mil leyendas amorosas por una sola amistosa, la de Orestes y Píladés. Á menudo el hombre llama *amistades* á meros *conocimientos y frecuentaciones de carácter ocasional*, y se cree amigo de otro porque los dos son de un

mismo pueblo, ó de un mismo regimiento, ó de un mismo comité, ó inquilinos de la misma casa, ó miembros de tal academia, ó contertulios de tal señora.... He de añadir que por iguales causas se fantasean *enemistades* y odios corsos, y ni la amistan ni la enemistad tienen el menor arraigo: y si no, cambien de regimiento, varfen de comité, múdense de casa, dejen de concurrir á la tertulia.... y verán qué presto cesa la excitación psíquica que acompaña á todo afecto de amor ó de odio.

En cuanto á lo que pueda influir sobre la capacidad amistosa de la mujer su estado de enfermedad, no quisiera insistir mucho, porque para impugnar hace falta materia impugnable, y ahí no la veo. Si el Sr. González Serrano quiso indicar que la mujer es un ser inferior y por eso incapaz de amistad, yo admito provisionalmente su calificación, y le recuerdo que en seres inferiorísimos, en los irracionales, se dan altos ejemplos de amistad desinteresada y pura. La del perro por el

hombre es proverbial: Byron llamó á *Boatswain*, hermoso ejemplar de la raza terranovense, su *único amigo*, y encomió en larguísimo epitafio sus condiciones de desinterés, fidelidad y nobleza. Parece que; lejos de ser la amistad patrimonio exclusivo de gente superior, hay en ella algo de instintivo que hace más apto para la amistad vehemente al pueblo bajo y rudo. Hace pocos años fueron ejecutados en Madrid tres reos de horrible crimen: una pareja de adúlteros y un asesino instigado por ella, que había degollado ó apuñalado al esposo mediante ínfima cantidad de dinero.— Cuando le argüían é increpaban por haber cometido tan negra acción sin más aliante que el de diez ó doce reales, contestaba el muy bárbaro: «Algo se ha de hacer también por un amigo.» ¡Este era un Píldes... á su manera!

Respecto al estado de enfermedad continua de la mujer, ni la experiencia confirma tal aserto, ni los casos que pudieran citarse en comprobación de él se deben-

:

admitir sin examen detenido. Si se demuestra (y la demostración es bien fácil) que el método de vida impuesto á la mujer la predispone á ciertos padecimientos, no habrá que achacarlos á la complexión del sexo femenino, sino al sistema que los fomenta y provoca. El funesto sedentarismo, la claustración enervante, son responsables de las tres cuartas partes de esos malecillos que ya Santa Teresa aconsejaba á sus monjas despreciar. Así y todo, aun con la irracional manera de vivir y de vestirse que sufre, la mujer alcanza por término medio más avanzada edad que el hombre. Hay más viudas que viudos; más viejas acartonadas que viejos recios. No es del caso detenernos en investigar el por qué. Lo que digo es que la maternidad y sus antecedentes y consiguientes en el organismo femenino no son tales enfermedades, sino trámites de una función fisiológica,—igual que la digestión y asimilación de los alimentos, aunque ocasionalmente engendren afecciones del estómago.—Y si la

maternidad es completa ; si en un organismo sano, fuerte, bien preparado, sigue al alumbramiento la lactancia... entonces la normalidad se afirma, el cuerpo se robustece, la vida llega á su plenitud. Yo en esto hablo por experiencia.

Y ¿qué mucho? ¿Había de ser la naturaleza tan inconsecuente que, al atribuir á la mujer la gestación y la lactancia, la afigiese por la misma razón con males crónicos y la clavetease con esas tachuelas históricas tan inconvenientes? ¡Ah! No es la naturaleza ; es la sociedad tal cual hoy se encuentra constituida quien acaso desequilibra á la mujer.

La notoria ilustración del Sr. González Serrano no me permite poner en duda que conocerá las tendencias novísimas, contrarias al viejo criterio de separación y oposición de los sexos masculino y femenino. La *coeducación* se basa en la idea de que ese apartamiento y estado como de guerra era funestísimo á las dos partes beligerantes, exasperando la fantasía, aislando las almas, cargando

de pólvora los sentidos, y estableciendo un orden de distinciones, privilegios, y limitaciones incongruentes que no pueden conducir sino al estacionamiento de la cultura y del adelanto moral y social. Cabalmente la aspiración que hoy late y mañana se revelará con toda su fuerza (pues lo que está en la conciencia descende tarde ó temprano á la ley y á la costumbre) es la fraternidad amistosa como tipo normal de relación entre las dos mitades del género humano. Tolstoy ha expresado varias veces este ideal, sacándolo de quicio y condenando el matrimonio en cuanto relación sexual fisiológica: exageración que no ha prevalecer, pero sí lo que hay de verdadero y justo en su misma exaltada pureza.

Quizá el Sr. González Serrano sólo haya pretendido sugerir que la amistad entre personas de diferente sexo está expuesta á transformarse en amor. Aunque el caso sea menos frecuente de lo que se piensa (si hay en efecto precedentes de *amistad* propiamente dicha), yo no ne-

garé la posibilidad, y sólo diré que nada prueba en contra de la capacidad amistosa femenina. Todos nuestros sentimientos (digo *nuestros* refiriéndome á la humanidad), pueden bastardearse, y se bastardean, por desgracia, cuando Dios nos deja de la mano. Monstruoso es, pero se han visto padres enamorados de sus hijas con nefanda pasión. En las relaciones amistosas entre varones también caben extrañas y morbosas anomalías, y dicen graves historiadores que en ellas se fundaba el valor desesperado de los héroes de las Termópilas.... Aberraciones lastimosas, que no son indignas del análisis de un psicólogo concienzudo, pero no pueden servir de base á clasificaciones generales como la que hace el Sr. González Serrano, declarando á la mujer incapaz de amistad, sólo porque, en algunas, esta amistad llegue á convertirse en otra inclinación menos desinteresada y honesta.

Confieso que me agradaría saber, no para entablar discusión, sino por curiosidad, qué entiende una persona de tantos

conocimientos como el Sr. González Serrano por «educación facticia que saque violentamente á la mujer de su medio adecuado.» No me sorprenderá (¡qué había de sorprenderme!) el que para el señor González Serrano sea facticio y violento en la mujer lo que es natural, honroso y racional en el hombre. Repito que estoy á prueba de sorpresas. De fijo que el Sr. González Serrano tiene á su compañero de profesión y de glorias y fatigas en el cultivo de la metafísica, el Sr. Orti y Lara, por un inquisidor tremebundo. Pues no me admiraría que el Sr. Orti y Lara, preguntado acerca de la capacidad amistosa de la mujer, respondiese: «Ya se ve que creo en ella. Me basta recordar la nobilísima y celestial afición de Santa Teresa á San Juan de la Cruz....»





LA FE,

NOVELA DE ARMANDO PALACIO.

POR esta vez el escritor asturiano ha sabido elegir con más tino y cautela eso que llaman el *medio*. Los desaciertos evidentes y los trazos de brocha gorda de *La Espuma* eran debidos al propósito de retratar de memoria un mundo que los Colones instintivos de la novela nombran Eldorado, Cipango ó Catay, y describen con tan fantásticos tonos como describían á América, antes de verla, sus futuros descubridores. — Árdua es la navegación del gran mundo, y en cambio familiar y practicada mil veces la del pueblecillo chico de provincia, sea de la costa ó del interior, y Pereda y Armando Palacio han entonado en distintas novelas ese fondo, siempre con habilidad, soltura

y entonación verosímil. Digo verosímil, porque no me parece hacedero ir recorriendo uno por uno los pueblecillos de Asturias ó de Santander para cerciorarnos de si efectivamente alientan semejantes tipos y perseveran tales costumbres ; pero así como la más leve tintura del trato social madrileño bastaba para descubrir las incongruencias de *La Espuma*, la más corta residencia en poblaciones análogas á Sarrió y Peñascosa demuestra la exactitud de las observaciones de Palacio en lo referente á casinos, festejos, clero, farmacias, periodiquillos, tipos y caracteres.

Si en *La Fe* no se estudiase otra atmósfera sino la local, podríamos repetir á boca llena la felicitación que ya mereció hace años el autor de *El cuarto poder*. Pero en *La Fe* hay dos ambientes : el externo, en que se mueven y accionan los personajes, y que es el de una villita costeña modestísima, y el interno, que es el de las más altas especulaciones filosóficas y los más arduos problemas religiosos. Y

falta saber si en esta esfera intelectual-mente elevada las dotes del novelista pensador se afirman como se afirmaron en la de la realidad vulgar las del observador minucioso y diestro.

Así como *La Espuma* era hija, hasta en sus errores, de *La Montáñez*, puede decirse que *La Fe* procede directamente de *Ángel Guerra*. Esta influencia de los maestros en los discípulos, de los mayores en los menores, tiene tanto de natural como los parecidos en las familias. El pensamiento individual se moldea y adapta á las sutiles pero irrecusables imposiciones del pensamiento general. Por eso hacen sonreír á veces los alardes de independencia y las protestas contra *escuelas y métodos*, de tan gratuita jactancia como podrían ser los arranques del pez que se alabase de respirar muy á gusto fuera del agua. En el alcance de la palabra *escuela* está el *quid*. Habrá que escoger y adoptar otro vocablo que, sin lastimar las pretensiones de originalidad de los autores, exprese esa inevitable fuerza á que todos

obedecen: las *corrientes* de una época literaria...

Corre hoy el agua por el cauce del realismo espiritualista. Se ha iniciado la reacción, primero en Francia, al influjo de la novela rusa, y después aquí (donde el terreno estaba mejor preparado, porque no tenía el naturalismo sistemático antecedentes tan gloriosos). Recortada y sucinta la descripción, entrelazado con la acción formal un problema de orden psicológico ó una sátira acerba de las costumbres en nombre de las creencias religiosas, ó solamente de la moral privada, la novela hispana ha vuelto á situarse en el terreno que le señalara Alarcon en *El Escándalo* y *El Niño de la Bola*. No diré que no llegue á él enriquecida por grandes conquistas en los dominios de la experimentación y de la verdad en el conocimiento de los caracteres: sólo aseguro que á él regresa, como viajero que habiendo abandonado por espacio de muchos años su hogar y casa solariega, al entrar en ella de nuevo adorna las pare-

des y amuebla las estancias con objetos curiosos de países lejanos....

Volviendo á *La Fe*, que da ocasión á estas consideraciones, repito que la misma ola que impulsó á Galdós á estudiar en Toledo la crisis religiosa de un alma, lleva hoy á Armando Palacio á Peñascosa, pueblecillo de la costa cantábrica, á estudiar los fenómenos del descreimiento y de la duda en dos hombres: un clérigo y un seglar, el hidalgo Álvaro Montesinos y el presbítero Gil Lastra.

Gil Lastra es un curita joven, dulce, casto, modesto, creyente. Las señoras de Peñascosa le han dado por caridad la carrera, y á sus buenos oficios debe la coadjutoría, que desempeña de un modo ejemplar.—Álvaro Montesinos es un hidalgo educado rígidamente, maltratado por la naturaleza, que encerró su alma en un cuerpo feo y raquítico, y chasqueado por el amor y el matrimonio, pues su mujer se le ha huido con un sietemesino, llevándose de viático treinta mil pesos. Con tal desengaño, D. Álvaro se ha vuel-

to un empecatado pesimista, y hasta sería enemigo personal de Dios, si no fuese que, en su opinión, Dios no existe.— Una circunstancia casual pone en contacto al ateo y al creyente: Gil intenta convertir á Montesinos, y, prendiéndose en sus propias redes, contrae la enfermedad de la duda leyendo los libros de donde quiere sacar textos para convencer al desesperado. Lucha con la tentación; y cuando ya se cree vencido por ella, de pronto, y sin explicación satisfactoria, recobra la fe, y con la fe la alegría y la paz del alma.

Tal es el asunto *moral* de la novela de Armando Palacio. El asunto formal tiene más enredo: hay una pseudo beata histórica, que se llama Obdulia, y que, según el patrón oficial de las devotas de novela, se enamora perdidamente de su joven director, le tiende toda clase de lazos, y, por último, en un arranque de despecho, le acusa de haber atentado contra su pudor y le hace condenar á presidio. Esta figura, que ocupa con sus dichos y hechos

la mitad de la novela, me parece, sobre muy conocida y harto manoseada ya, en extremo desagradable, y hacia el final puede decirse que echa á perder el libro, y desfigura el carácter del sacerdote con una escapatoria increíble y absurda. Imagínense Vds. que la devota, la cual tan pronto parece enferma y enajenada como embaucadora ladina, hace creer al Padre Gil, su confesor, que siente irresistible vocación monástica y que necesita burlar la oposición de su padre á que entre en el convento, huyendo de Peñascosa y dirigiéndose á ingresar en uno de Carmelitas existente en Astudillo; y para realizar este intento, reclama la compañía del mismo Padre Gil, quien ha de cooperar á una fuga que se parece á un rapto como un huevo á otro huevo. — Inconcebibles se me figuran varias cosas. Primera: que el Padre Gil no se hubiese hecho cargo, según mil detalles anteriores que el novelista refiere, de que la devotita sentía hacia él pecaminosa y violenta inclinación. Por inocente que finjamos al Padre Gil, la

práctica del confesonario y las murmuraciones del pueblo tenían que haberle quitado de los ojos las telarañas, haciéndole exclamar, ante ciertos transportes de su penitente :

«Pues por amor lo entendiera
El menos entendedor.»

Y dado y no concedido que fuese tan bobalicón el Padre Gil, ¿cómo no se le ocurrió siquiera, al arrojarse á la grave acción de sacar de su casa á una doncella contra la voluntad de su padre y llevársela á un distante convento, cómo no se le ocurrió, decimos, buscar para su conducta alguna garantía, escribiendo á la Superiora y avisándola de que muy pronto llamaría á sus puertas para entregarle una novicia? No suelen los eclesiásticos dejar sin atar estos cabitos. Con tan sencilla precaución bastaría para deshacer la maraña, averiguándose que no existía semejante convento en Astudillo, que todo era un embuste de la maligna histórica. La Iglesia, que siempre recomienda

unir á la inocencia de la paloma la prudencia de la serpiente, diría del Padre Gil que había obrado como muy fanático y necio.

Y si inverosímil es toda esta parte del asunto considerando al Padre Gil como consideraríamos á un sacerdote cualquiera, resalta más la inverosimilitud atendiendo al estado especial de ánimo en que el novelista coloca al Padre Gil á tiempo que realiza la escapatoria con la devota. Ésta ocurre precisamente cuando el sacerdote está fluctuando en el mar de la duda; cuando anda sumido en un piélago de confusiones, dando vueltas al idealismo trascendental y rumiando si la vida será un sueño, una pura representación de su pensamiento, con otras cavilaciones no menos arduas. Siendo el Padre Gil hombre recto y bien intencionado, ¿no habían de influir sus dudas en sus obras y resoluciones? Cuando se extinguía la fe religiosa en su alma, ¿había de acometer la insensata empresa de robar del hogar paterno á una joven, expo-

nerse á la rechifla de los maliciosos, á las iras del padre, á todo género de sinsabores y peligros, para inmolar á una criatura humana en aras de un ideal ya sin virtud ni eficacia ante su conciencia?

Por este modo de proceder extraño é infundado dentro del carácter del Padre Gil, llega el clérigo á parecernos, más bien que un espíritu superior atormentado por hondos problemas, un sandio infelizote, sin fundamento ni sal en la mollera, á quien lleva y trae como se le antoja una loca de atar. Esta inferioridad del entendimiento y del temple de alma del Padre Gil quita todo su valor é importancia al *conflicto* religioso en que anda envuelto, á la *fe* que pierde y recobra.

En el alma fluida y apocada del pobre clérigo no caben grandes batallas. No hay terreno polémico.

Descartemos al Padre Gil por inútil, á Obdulia por traída y llevada y á la vez por repulsiva, sobre todo en la última mitad de la novela, y busquemos el interés de ésta donde realmente se halla, que es en

la figura é historia de Álvaro Montesinos. —Aquí acierta Palacio, sobre todo en el episodio de la llegada de Joaquinita á casa de su esposo. La página es horrible, cruel, más cruel y más horrible que todos los arrechuchos y epilepsias de Obdulia, pero es verdadera y encaja felizmente para explicar y fundar la desesperación del pesimista y sus negros y amargos pensamientos. No por eso se entienda que considero las filosofías de D. Alvaro muy profundas y de muy exquisita elaboración. Para decir lo que él dice y alegar las razones que alega, no se necesita estar versado en metafísica. Y aquí tengo que volver á una indicación anterior, hecha en los primeros párrafos de este breve análisis. Así como del novelista que no ha penetrado en los salones no puede esperarse que los describa con sagacidad y exactitud, del que no posee extensa cultura filosófica no se ha de creer tampoco que aumente con nuevas y fecundas especulaciones el tesoro de esa misma cultura. ¿Se quieren ejemplos, para com-

:

prender mejor lo que intento significar? Pues léase á Pablo Bourget, y nótese en tan eminente artista, hasta cuando traza novelas amorosas ó cuadros de tocador, la presencia de la intensa educación filosófica, la perpetua aplicación de los principios, el enlace riguroso de las deducciones, la lógica victoriosa de los caracteres, todo lo que ha servido de fundamento á su reputación de psicólogo.—No está en este caso Armando Palacio. No diré que no haya abierto en su vida un libro de filosofía, pero se ve que sólo los ha abierto á ratos, y tal vez los que acaba de hojear, para el caso concreto de su novela *La Fe*, no han calado más allá de la epidermis de su entendimiento. Á Schopenhauer, verbigracia, se colige que le ha entendido como le entiende la turbamulta de lectores, modo de entender que en concepto de Wagner es síntoma elocuente de lo que se ha debilitado en nuestros tiempos la inteligencia, puesto que el sistema de Schopenhauer es clarísimo, y no conduce á la desesperación, como cree el

vulgo, sino á un término de esperanza completamente acorde con las más sublimes afirmaciones religiosas.

Si estas observaciones reducen á sus justos términos lo que en *La Fe* puede corresponder al mérito del pensador, y señalan el límite máximo de la trascendencia de la obra, no van contra el novelista propiamente dicho, el cual ha sabido entretener y hacer agradable la lectura. *La Fe* no es pesada ni soporífera, sobre todo en la parte narrativa, y repito que un episodio, el de la llegada de la esposa de Montesinos, merece elogios incondicionales. El lenguaje y estilo de *La Fe* son menos incorrectos y desmadejados que en *La Espuma*. Armando Palacio siempre escribe un poquillo *a la diable*, pero en todo hay su más y su menos. En suma: una novela muy amena, muy dentro de *las corrientes*, y que acrecentará la reputación y el público de lectores que con justicia posee el autor de *El idilio de un enfermo*.





REVISTA DE TEATROS

Julia, de Feuillet.—Estreno de Echegaray : *Comedia sin desenlace*.—Prepárase un gran acontecimiento teatral.—Decoraciones y guardaropa.

ERES aficionado, ¡oh benigno lector!, á las heroínas románticas, *incomprendidas*, pálidas, enfermas de misterioso mal que las ha de llevar al sepulcro en el crítico instante en que le convenga al autor su fallecimiento para despachar de un golletazo el drama? ¿Te gusta á ti, lector candoroso, una actriz bonita, vestida de amazona, con un *peti* que hace resaltar el talle gentil, y un sombrero ladeado que la agracia muchísimo? ¿Dices que no á la primera pregunta, y á la segunda qué sí? Tienes sobrada razón : eres *un crítico incipiente*, lector discreto. Pues si no te gusta lo

primero, bien hiciste en no asistir á las contadas representaciones que alcanzó la *Julia* de Feuillet en la Comedia ; y si te gusta lo segundo, mal hiciste, porque la señora Cobeña parecía, con su traje de montar, un lirio del valle. Y es cuanto puedo decir de la obra de Feuillet.

x^x
x x

La misma amistad y admiración que profeso al autor de *El Gran Galeoto*, y el conocimiento de su mucha discreción y serenidad de juicio, me obligan á hablar de sus dramas y comedias con el alma en la pluma. Para tener el derecho de ensalzar sus aciertos, he de tomar nota de los momentos menos afortunados. En uno de estos últimos nació la obra estrenada el 17 de Diciembre, y que lleva el título de *Comedia sin desenlace*.

D. José Echegaray posee una riquísima complexión literaria, y, cosa menos sabida, un talento muy flexible, dotado de variadas aptitudes. Escribiendo de cien-

cia es un vulgarizador sorprendente, á lo Tyndali; conversando, un ingenio ático, á lo Castelar; y en los dominios de Talla, cuando iba cobrando fama de dramaturgo cruel, de los que siempre tienen á mano el puñal ó el fatídico pomo, se transformó de la noche á la mañana, por su *Crítico incipiente*, en un Plauto,—ya que no en un Terencio, porque el ingenio de este famoso cartaginés es lo más contrario al ingenio de Echegaray que puede soñarse.—La veta cómica era indudable, existía, y el mismo que tantas veces nos había crispado y estremecido con los trágicos choques de la pasión, podía hacernos reír, deleitarnos dulcemente con el espectáculo de la flaqueza y la ridiculez humanas.—Echegaray se renovaba; su *avatar* nos prometía distintos horizontes, y nos abría las perspectivas sin límites del porvenir.

¿Ha defraudado las esperanzas que acariciábamos *Comedia sin desenlace*?

Ni las ha defraudado ni las ha robustecido.—Los datos para la resolución del

problema son los mismos que eran al otro día de estrenarse *Un crítico incipiente*. Sigo columbrando la veta, el filón argenteo que en rotas vislumbres serpea por la ganga ; sólo que, en mi opinión, esta vez D. José Echegaray no ha extraído la plata por onzas, sino por adarmes.

Las personas bien intencionadas y que saben comprender, no necesitan que yo machaque, insistiendo en que Echegaray *no puede*, está físicamente incapacitado para hacer drama ó comedia de absoluta inferioridad. Pero entiéndame la gente aviesa : yo creo que toda obra de Echegaray manifiesta su origen por algo superior, belleza parcial cuando no total.— El primer acto suele ser precioso, y esta regla general no falla en *Comedia sin desenlace*. Nótase que la exposición adolece de laboriosa y prolija : las cartas dictadas por el hombre político y el debate entre éste y su mujer, ella condenando las transacciones de la política y él defendiéndolas, pudieran reducirse á menos espacio; no obstante, salvadas las prime-

ras escenas, entra la comedia franca, viva y sabrosa. Vemos una familia como hay muchas; el padre inflado, lleno de énfasis oratorio, poseído del demonio electoral; la madre llena de un buen sentido vulgarón y corriente, enemiga de que su marido «se meta en esas cosas»; la hija dedicada á urdir la dulce trama de un idilio con un apuesto teniente de infantería; el teniente rondando á la niña como si no tuviese más que hacer; los amigos vividores, el uno, el factotum, el brazo derecho, sangrando inicuaamente la bolsa y comprometiendo el decoro del hombre público; el otro, eterno hambrón del Presupuesto, arrimándose á la sombra del político para no soltar la breva.—Todos convienen en que es delicioso este primer acto, y yo voto con la mayoría, aprovechando la ocasión de decir que, por punto general, la prensa estuvo acertada en sus juicios respecto á *Comedia sin desentlace*.

Llega el acto segundo. Una escena de amor juvenil, fresca como una rosa, lo

engalana, y produce en el espectador impresión gratísima. Para mayor fortuna, Perrín, actor de pocos años, se revela en ella como artista verdadero; ingenuidad, fuego, gracia, todo lo despliega para subrayar aquellas frases encantadoras por su misma sencillez; frases de los veinte años, que tienen sonoridades de himno.—Allí Echegaray derrocha muchos adarmes de la consabida veta de plata.... Sigue el acto y la veta se esconde; la comedia política degenera; los personajes declinan á figurones sentimentales ú odiosos: á trechos parece que vamos á presenciar la renovación del *Tartuffe*, y que D. Santiago Carmona se ocultará detrás de una *portière* para cerciorarse de que el muñidor electoral, el Pescador trucha, requiebra efectivamente á la esposa de su jefe; otras veces esperamos que la acción gire en torno del personaje rural conocido por *llo Virtudes*, pero el *llo Virtudes*, que debía representar la voluntad y la energía moral intacta, frente á la decadencia y bizanti-

nismo del mundo político,—así lo presumimos desde que se anunció su llegada,—no representa en realidad más que un pobre viejo que quiere que le rebajen la contribución..., y que no le peguen un balazo á su chico.—Cosas ciertamente muy naturales; sólo que no bastan para el interés escénico.—Las deficiencias del verdadero protagonista, la extensión de algunas escenas, más notoria por lo mismo que no la justificaron las peripecias de la acción ni la vida interna de la obra, enfriaron al público, desgraciando una comedia bajo tan excelentes auspicios comenzada.

Se ha atribuido el mal suceso á aridez del tema; se ha dicho y escrito que era imposible acertar tomando por base y elemento cómico la vida política.—Yo no lo creo. Comedia política hay en *Numa Roumestán*, de Daudet, y en *Su Excelencia Eugenio Rougon*, de Zola, y si ambas obras se llevasen al teatro interesarían.—Menos creo que Echegaray sea incapaz de hacer una comedia política in-

tencionada, profunda de pies á cabeza, como es en el género dramático su *Gran Galeoto*. Realmente el público anda más severo hogaño que antaño, y no admite la forzosa desigualdad que existirá siempre entre hijos de un mismo padre. Más distintas entre sí son las Comedias de Lope de Vega, que las de Echegaray. Quien hizo aquel primer acto y aquella mitad del segundo en *Comedia sin desenlace*, bien podrá, siguiendo el filón, llegar hasta las entrañas de la mina. En literatura también ha de haber crédito, como en comercio, y la firma de Echegaray es justo que se coticé muy alta, respondiendo lo hecho por lo hacedero.

x
x x

Después de haberlo meditado mucho, retrayéndole su modestia y cautela acostumbradas y animándole el ejemplo de sus colegas los grandes novelistas franceses, se ha resuelto al fin Pérez Galdós, el primero entre los de por acá, á arros-

trar la escena, y probablemente no transcurrirá el próximo mes de Enero sin que en el teatro de la Comedia estrenen Vico y Mario el drama *Realidad*.

No quiero meterme á profeta ; no quiero echar las campanas á vuelo : quiero aguardar, con el alma henchida de esperanza, esa noche que acaso llamaremos memorable. Porque—sin prejuzgar el éxito, sin aquilatar el mérito de la tentativa—cualquiera comprende que la aparición de Galdós en los carteles no es el advenimiento de un dramaturgo más, sino el de una nueva dirección dramática, que puede modificar nuestra vida escénica, romper troqueles caducos, influir á la vez en autores, actores y espectadores, y fundir en una misma aspiración dos géneros que hasta hoy parecían inconciliables,—la novela y el drama.—Nótese que yo no pronostico que consiga esto la obra de Galdós : no quiero crearle tan grave compromiso con palabras que pequen de imprudentes y fogosas. Digo no más que por ese camino se ha de ir para lograr in-

fundir espíritus vitales á nuestra desmayada escena, y procurar (dentro de los límites de lo posible y lo justo) inocularle el amor de la verdad, de la humanidad literaria.

Osada será la tentativa, y por osada más meritoria y digna de atención. Los dos tomos que bajo el título de *La Incógnita y Realidad* publicó Galdós en 1890, encierran un drama de acción *por fuera y por dentro*, de tan elevada y extraña trascendencia, que es jugar un albur el arriesgarse á someterlo desde las tablas á la consideración y á la aprobación, no del lector serio y culto, sino de un conjunto heterogéneo de espectadores. Sirviéndonos del lenguaje teatral, ¿entrará el público en el drama? ¿Conseguirá subyugarle desde el primer momento la fuerza, la originalidad y la verdad de una idea que no nació sujeta á las férreas imposiciones de lo que se llama *óptica teatral*, sino revestida de toda la libertad y vigor que da la amplitud del género novelesco? ¿Se confirmará una

vez más el axioma de Zola « *Rien n'est moins littéraire qu'une foule?* »

De todos modos, ¡qué benéfica agitación del ambiente va á producir *Realidad* en el teatro! ¡Qué empujón al pasado, qué dilatación del presente, qué de problemas, y cuánta novedad! Cuando digo *novedad*, se me ocurre un escrúpulo. Hay cosas que á fuerza de ser viejas y haber caído en desuso, pueden parecer nuevas. — Por ejemplo: las *apariciones*. En *Realidad* tiene que salir á la escena una *sombra*. ¿Quién no recuerda el admirable efecto del fantasma del padre de Hamleto, verdadera *proyección psíquica*, adivinada y aprovechada por Shakespeare?

No más por hoy sobre el drama de Galdós. Aquí sí que encaja bien aquella célebre frase deteriorada: « No adelantemos los sucesos. »

x^x
x x

Un vice-estreno de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, en el Español, y una re-

vista titulada *Paris fin de siglo*, en la Princesa, fueron las últimas impresiones del mes. En el gran drama romántico, decoraciones de sumo efecto; en la alegre y descocada revista, trajes caprichosos. Cada cosa es buena según su género... y no hay que pedir cotufas en el golló, ni primores literarios en *Paris fin de siglo*.





CRÓNICA LITERARIA

LA elección de dos nuevos académicos de la Lengua, el Sr. Barbieri y el señor Liniers, hubiese pasado inadvertida (pues no habló de ella la prensa) á no ser por el dicho epigramático de un hombre universalmente célebre, dicho que, por su caústica agudeza, merece pasar á las colecciones de *anas* académicas, tan ricas en chispeantes salidas y rasgos de ingenio. Parece que el Sr. Barbieri, á los pocos días de su elección, envió juntamente el oficio dando gracias por el honor que se le concedía, y el discurso de recepción, listo y corriente ya. Nótese que este discurso no suelen presentarlo los académicos electos hasta años después de su elección: cífrase una especie de coquetería desdeñosa en la tardanza, y acadé-

mico hay que tal vez no lo presente nunca.—Al saber la premura de Barbieri, dicen los diarios que exclamó el grande hombre á quien aludo : «Eso me recuerda á una chica de mi pueblo, que se casó y parió en la sacristía.»

x^x
x x

Y ya que de elecciones académicas se trata, no se ha de quedar en el tintero que me causa extrañeza el mutismo de la prensa ante las elecciones comparándolo al ruido que se armó cuando yo recogí en el número de Noviembre del *TEATRO CRÍTICO* algunos nombres de candidatos que se susurraban y los puse por vez primera en letras de molde. Hubo quien se escandalizó ; quien se atufó conmigo ; quien trató dura y despiadadamente á los candidatos, como si ellos me hubiesen guiado la pluma, siendo así que yo puedo decir, parodiando al autor del *Canto á Teresa* :

«Allá va *prosa* donde va mi gusto.»

:

• No lo he leído ; pero hasta me aseguraron que un periódico calificó á Sellés, autor del *Nudo Gordiano* y de *La política de capa y espada*, de *percebe*. ¡Extraño epíteto! ¿Qué significará? Cosa buena , no, de cierto.

No es mi ánimo ofender ni molestar á los académicos agraciados. Hablo en defensa propia; pido que si se tira de la manta de la transigencia , haya tironcito para mis hipótesis también. Ó si no, que se haga un paralelo entre los candidados cuyo nombre recogí y los elegidos. Entre los que yo citaba figuró el Sr. Barbieri. ¿Por qué al enunciar los nombres se me alborotaron , y al realizarse el vaticinio y salir elegido el Sr. Barbieri *conticuere omnes*? Nada : venga ese paralelo , que yo creo es genero literario muy provechoso , á pesar del conocido epigrama :

• Cansado de hacer buñuelos
sin olor y sin sabor,
le ha dado á un gran escritor
• por escribir *Paralelos*.

•

Muy mal hizo, en mi sentir,
cambiando ; pues se concibe
que *Para-lelos* escribe
desde que empezó á escribir.»

x^x
x x

En cambio se ha hablado por los codos, y no sólo en los periódicos, sino en las tertulias y en los consabidos *circulos* literarios, de una de las conferencias del centenario de Colón: la del Sr. Vidart, sobre *Colón y Bobadilla*. Estas conferencias, en que terciaban personas tan doctas y competentes—la plana mayor científica, no cabe duda—se deslizaban algo lánguidas y sordas: á pesar de su mérito é importancia indiscutible, no resonaban, porque el Ateneo, de años acá, vive un tanto soñoliento, sea porque ya le falta el prestigio que en épocas de opresión política adquieren las tribunas y cátedras libres, sea porque el elemento conservador hoy domina allí lo mismo que en las

Academias, y es poco favorable á la ardorosa discusión. Quizá tenía parte de culpa en el aislamiento de las conferencias su carácter científico. Que Tlascala fuese república ó dictadura; que la primera tierra descubierta por Colón la conociesen los indios por este nombre ó por aquél; que los templos mexicanos se parezcan á las construcciones pelasgas; que los cacharros peruanos tengan la boca así ó asado... son cosas que no importan á la mayoría, que no ha formado criterio respecto á ellas. — En cambio, de la persona de Colón hay una idea general, más ó menos fundada, pero sólidamente enraizada en la mente y más aún en el corazón de todo el mundo: hay lo que Fernández Duro llamó con exactitud *la leyenda colombina*, obra de los siglos, lenta estratificación que no se desgasta en un día, aun con las armas poderosas y aceradas de la verdad. — Fernández Duro había principiado á atacar la leyenda, no ahora, hace bastantes años, en muchos y muy curiosos

volúmenes : pero aquí el que quiera tener bien guardado un secreto, que lo imprima en un tomo grueso y seriote, de esos á los cuales no mete el diente la crítica al uso ; la *Nebulosa de Colón* pasó casi inadvertida, y el Colón tradicional, el de los ojos alzados al cielo, la mano derecha empuñando la cruz y la izquierda sobre el corazón, el de la cabeza rodeada de hierático nimbo, siguió prevaleciendo. — No desmayó el sabio marino, y su conferencia sobre Colón y los Pinzones fué la que preparó el terreno á la de Vidart. Llegó éste cuando ya había en la atmósfera gran carga de electricidad negativa y positiva. Habló citando descarnados documentos, sin galas oratorias, sin velar ni suavizar la ruda tesis. Y se produjo la conflagración, y estalló el trueno. Los periódicos clamaron porque se nos arrebatara el Colón clásico, el perfecto, el Santo de la humanidad, y, en el deseo de sus celosos admiradores, Santo también de la Iglesia católica.

Es evidente que tratándose de una

cuestión histórica, la discusión se ha de hacer con documentos y hechos, no con poéticas declamaciones y argumentos del orden sentimental. Pero no hay empresa más difícil que combatir opiniones basadas en sentimientos. El raciocinio convence á la razón, y deja intacta la voluntad. Sin disputa, el Colón tradicional ha de vivir todavía muchísimos años, y habrá hasta quien considere al Sr. Vidart un mal hombre, porque intentó esclarecer el punto sin ambages ni rodeos.

x^x
x x

Tengo á la vista varios libros que merecen nombrarse, aunque sólo sea de paso. Entre ellos se destaca un *Discurso* de apertura de Universidad, que fuera injusto condenar al olvido en que suelen caer trabajos análogos. Es su autor don Federico de Castro y Fernández, procedente del antiguo plantel krausista, y persona de edad avanzada, á lo que entiendo.

Menéndez y Pelayo le calificó de « menos despreciador de la cultura nacional que otros de su secta » (cito de memoria y tal vez no sean estas las palabras, pero la idea sí).

Lejos de despreciar nuestra cultura, el sabio profesor hace en su discurso un sucinto análisis de algunas de las direcciones principales del pensamiento filosófico nacional,—Séneca, Averroes, Santa Teresa, Ceballos, etc., etc.—Un lenguaje castizo, un estilo aliñado y noble, avaloran este tratadito; y un explícito y generoso elogio del difunto doctor D. Francisco Mateos Gago, enemigo en vida del Sr. Castro, lo realza con una nota de belleza moral.

x^x
x x

Sumamente curiosa la *Historia de la música antigua* de Cesari, traducida por D. Manuel Walls y Merino. No es un libro voluminoso, sino un opúsculo nu-

tridito de lectura, claro, bien ordenado, donde se puede aprender en media hora lo que fué el *divino arte* entre los pueblos asiáticos, griegos y egipcios, y qué valor hemos de dar á todo lo que se cuenta de las melodías de Orfeo, los cantos de Apolo, las arpistas que entretenían con dulces arpegios las siestas faraónicas.— El discreto traductor nos lo advierte: su objeto es redimir á los músicos pobres de comprar libros muy caros para conocer los orígenes del arte. Además de traducir con fidelidad y pureza, el Sr. Walls y Merino ha enriquecido el texto con útiles notas.

x^x
x x

Mas recomendable por la calidad que por la cantidad es el estudio sobre *Tamayo*, del Sr. Fernández Flórez. Mucha substancia en pocas hojas, y substancia grata y nutritiva á la vez. ¿Por qué no hace el Sr. Fernández Flórez una serie de estudios sobre los autores dramáticos, y no

forma un tomo en regla? Lo confieso: me ha sabido á poco el *Tamayo*.

x^x
x x

Suele decirse : «Dadme tres renglones de mano de un hombre y lo haré ahorcar.» Los grafólogos, y entre ellos mi querida amiga *Arséne Aruss*, se empeñan en hacer buena la afirmación. ¡Por el carácter de letra de una persona averiguan con certeza ¡son el demontre! si la tal persona es vulgar, pretenciosa, cándida, *idealista*, inventora, ambiciosa, temeraria, rencorosa y hasta con tendencias al asesinato! ¿Verdad que es cosa de decir, como el padre de D. Carlos de Borbón en los últimos años de su vida: «Que me quiten de ahí ese tintero y esas plumas, yo no quiero armas cargadas en mi dormitorio?»

x^x
x x

Recomiendo á los bibliófilos la obra del Sr. Leguina, barón de la Vega de Hoz,

sobre *libros de esgrima*; á los que quieran pasar un rato de solaz, la *Tinta negra* de Dicenta y el *Manual del perfecto periodista* de los hermanos Ossorio y Gallardo.—Del libro de Leguina no sé si podrán conseguir los aficionados algún ejemplar todavía. La tirada es de 100, y el mío tiene el número 75.





INDICE DE LIBROS RECIBIDOS

BIOGRAFÍA.

- Un boticario y varios farmacéuticos.—Perfiles y semblanzas profesionales*, por Luis Siboni y Ángel Bellogín.—Un tomo en folio.—Barcelona, 1888.
- Tamayo.—Estudio biográfico*, por Isidoro Fernández Flórez.—Folleto.—Madrid, 1891.

BIBLIOGRAFÍA.

- Libros de esgrima españoles y portugueses.*—Índice formado por D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.—Un tomo.—Madrid, 1891. (Tirada de 100 ejemplares numerados.)

CIENCIAS.

- Discursos leídos en la Sociedad española de Higiene*, por D. José Parada Santín y el Dr. D. Manuel Tolosa Latour.—Folleto.—Madrid, 1891.
- Tratado teórico-práctico de canto gregoriano*, por el P. Eustaquio de Uriarte, de la

Orden de San Agustín.—Un tomo.—Madrid, 1891.

La enseñanza de la Historia, por Rafael Altamira.—Un tomo.—Madrid, 1891. (No se vende).

Discurso leído en la apertura del año académico de 1891 á 1892 en la Universidad de Sevilla, por el Dr. D. Federico de Castro y Fernández.—Folleto.—Sevilla, 1891.

Concepto de la Sociología, por D. Gumersindo de Azcárate.—Folleto.—Madrid, 1891.

La graphologie simplifiée, par Arsène Aruss.—Un tomo.—París, (sin fecha).

Estudios psicológicos, por U. González Serrano.—Un tomo.—Madrid, 1892.

HISTORIA.

Historia de la música antigua, por P. Cesari.—Traducción y notas de Manuel Walls y Merino (Emmanuele).—Un tomo.—Madrid, 1891.

Armas de Orense, por Benito F. Alonso.—Folleto.—Orense, 1891.

Africa, su reparto y colonización, por D. Pablo de Alzola.—Folleto.—Bilbao, 1891.

MISCELÁNEA.

Manual del perfecto periodista, por Carlos y Angel Ossorio y Gallardo.—Un tomo.—Madrid, 1891.

- Páginas sueltas*, por T. Vesteiro Torres.—
Edición póstuma.—Lugo, 1891.
- Bocetos literarios*, por Antonio R. López del
Arco.—Un tomito.—Madrid, 1891.
- Las madrileñas en miniatura*, por D. Juan S.
de la Sota.—Un tomo.—Madrid, 1891.
- Pensamientos*, por Carlos Vega Belgrano.—
Dos tomitos.—Buenos Aires, 1891.
- Tinta negra*, por Joaquín Dicenta.—Dibujos
de T. Muñoz Lucena y Angel Pons.—Un
tomo.—Madrid, 1892.

NOVELA.

- Una historia vulgar*, por T. Orts Ramos.—Un
tomo.—Barcelona, 1891.
- Querida*, por Edmundo de Goncourt.—Un
tomo.—Madrid, 1891.
- Rastaquouère* (Ilusiones y desengaños sud-
americanos en París), por Alberto del Solar.
—Buenos Aires, 1892.
- El avispero*, por Luis Bonafoux.—Un tomo.
—Madrid (sin fecha).

POESÍA.

- Hojarasca*, por Aquiles Nerón.—Un tomo.—
Valladolid, 1889.
- Á sangre y fuego*, por Aquiles Nerón.—Un
tomo.—Talavera, 1892.
- Poesías premiadas en el Certamen de Lugo*,

- por A. J. Pereira y L. González López.—
Opúsculo.—Lugo, 1891.
- Follatos* (poesías gallegas), por Filomena Dato
Muruais.—Un tomo.—Ourense, 1891.
- Gente menuda* (romances infantiles), por
Manuel Ossorio y Bernard.—Un tomito.—
Madrid, 1891.
- Nietos de Apolo* (humorada representable),
por Luis Cánovas.—Madrid, 1891.
- Rimas*, por J. Barcia Caballero.—Un tomo.
La Coruña, 1891.



OBRAS.

DE

EMILIA PARDO BAZAN

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS, Y QUE PUEDEN PEDIRSE Á LA ADMINISTRACIÓN DEL «NUEVO TEATRO CRÍSTICO», SAN BERNARDO, 37.—MADRID.

MI ROMERÍA.—Forma un elegante tomo que se vende al precio de 2 pesetas 50 céntimos, y contiene el siguiente índice: *A Roma.*—*La romería en siluetas.*—*Una Salve.*—*Viaje de recreo... espiritual.*—*La Noche Buena en Roma.*—*La Iglesia Madre.*—*Güelfos y gibelinos.*—*El fantasma blanco.*—*Los Santos novísimos.*—*Dos muertes.*—*Una audiencia y una grilla.*—*Un cicerone gratis.*—*Jornada florentina.*—*Una visita á San Antonio de Padua.*—*Loreto.*—*Acqua Vergine.*—*Don Carlos.*—*Confesión política.*

LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA (segunda edición).—Forma un grueso tomo de 453 páginas, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice:—**I. Idea de este ensayo.**—*La naturaleza.*—*La raba.*—*La historia.*—*La autocracia.*—*El comunismo agrario.*—*Las clases sociales.*—*La servidumbre.*—**II. La palabra «nihilismo».**—*Orígenes de la revolución.*—*La mujer y la familia revolucionaria.*—*«Ira al pueblo».*—*Hertzen y Bakunine.*—*La novela nihilista.*—*El terror.*—*Política y censura.*—*Orígenes de las letras rusas.*—*El romanticismo: los poetas líricos.*—*El realismo: Nicolás Gogol.*—**III. El poeta y artista Turguenef.**—*«Oblomovismo»: la pereza eslava.*—*El psicólogo y alucinado Dostoyevski.*—*El nihilista y místico, conde Tolstoy.*—*Naturalismo francés y naturalismo ruso.*

DE MI TIERRA (GALICIA).—Forma un precioso volumen con portada de lujo, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice: *Prólogo.*—*La poesía regional gallega* (Rosalia Castro).—*El Padre Feijóo y su siglo.*—*La casa solariega de Feijóo.*—*Eduardo Pondal.*—*Valentín Lamas Carvajal.*—*Benito Losada.*—*El monasterio de Rivas de Sil.*—*San Rosendo y su monasterio, en Celanova.*—*El país de las Benditas Animas.*—*El castillo de Sobroso.*—*Marineda.*—*¿Idioma ó dialecto?*

NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Ha entrado en el segundo año de su publicación esta Revista, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo *ciento días y seis páginas de texto*. El NÚEVO TEATRO CRÍTICO está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispano-americano, así como los dramas y comedias que con justicia fijan la atención del público. Las personas deseosas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el NÚEVO TEATRO CRÍTICO.

CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCIÓN

Número suelto.....	1,50 pesetas.
Subscripción.—España: Un año.....	15 »
Colonias y extranjero; id.....	17,50 »

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del NÚEVO TEATRO CRÍTICO, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y libros, á la Sra. D.^a Emilia Pardo Bazán.

NUEVO

NOV 15 1895

LIBRARY.

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

FEBRERO, 1892.

Núm. 14.

SUMARIO

- I.—CIENTO D. NAVIDAD: LA BUENA BUENA EN EL LIBRO.
- II.—CARTAS A SU LIEPATO NOVEL. I.
- III.—LA VENERABLE D. AGREDA.
- IV.—UN DIAMA PSICÓLOGO EN LA HISTORIA. DOÑA JAVIERA LUGA. SEYER.
LOS ÚLTIMOS DIFERENTES.
- V.—CRÓICA LITERARIA Y TEATRAL.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.



ADMINISTRACIÓN

ANCHA DE SAN FERNANDO, 27. PRIMERA

MADRID

OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO BAZAN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esmeradamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de Emilio Zola sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA.

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA.

EN PRENSA EL TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Hallándose completamente agotada esta novela, cuya primera edición se hizo en dos tomos á cinco pesetas, se reimprime en un solo tomo al precio de *tres pesetas* en toda España.

BIBLIOTECA DE LA MUJER

DIRIGIDA POR

EMILIA PARDO BAZAN

EN PRENSA EL TOMO I DE LA BIBLIOTECA:

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

SEGÚN LA VENERABLE DE AGREDA

CON PRÓLOGO DE E. PARDO BAZAN

Lujoso volumen, al precio de *tres pesetas* en toda España.

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZAN,

ANCHA DE SAN BERNARDO. 37. PRAL.

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.



OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un volumen.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol. (Agotada.)
LA MADRE NATURALEZA, dos vol. (Idem.)
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas).

CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos vols. (10 pesetas en rústica y 12 encuadernados).
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.^a edición, un volumen (5 pesetas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCON. (Biografía.)

VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

EN PRENSA

- LOS PAZOS DE ULLOA. Novela. (Segunda edición.)
LA MADRE NATURALEZA. (Id., id.)

NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZAN

AÑO II.

FEBRERO, 1892.

NÚM. 14.

SUMARIO

- I.—CUENTOS DE NAVIDAD. — LA NOCHE BUENA EN EL LIMBO.
- II.—CARTAS A UN LITERATO NOVEL: I. ✓
- III.—LA VENERABLE DE AGREDA.
- IV.—UN DRAMA PSICOLÓGICO EN LA HISTORIA: DOÑA JUANA LA LUCA, SEGÚN LOS ÚLTIMOS DOCUMENTOS. ✓
- V.—CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

ADMINISTRACIÓN

ANCHA DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL
MADRID



—
ES PROPIEDAD
—

IMPRESA DE LA SOC. EDITORIAL DE SAN FRANCISCO DE SALES
Flor Baja, 22.—Teléfono 3181.



CUENTOS DE NAVIDAD

LA NOCHE BUENA EN EL LIMBO ¹.

AL llegar á la puerta blanca, mi gúfa me dejó. Yo había visto contraerse el semblante del réprobo según nos acercábamos, y movida á compasión, le dije: «Basta ya. Entraré sola. Maldita la falta que me hacen en el Limbo pajes, escuderos ni rodrigones. No habrá más que chiquillería, porque las almas de los Santos Padres las sacó Cristo cuando descendió aquí; todas salieron cogidas á un cabo de la cuerda con que los sayones habían amarrado al Dios-Hombre.»

Gimió el poeta, y se guardó bien de acercarse al umbral de la soñolienta man-

¹ Los cuentos que anteceden á éste, titulados *La Noche Buena en el Infierno* y *La Noche Buena en el Purgatorio*, han visto la luz en *El Imparcial*.

sión. Yo empujé la puertecilla, y bajé por amplia gradería de alabastro pálido, que me condujo á inmenso patio rectangular. En su centro manaba una fuente plañidera, diminuta, que de tazón á tazón revertía gotas muy semejantes á cristalinas lágrimas. Al lado de esta fuente divisé otra no mayor, de basalto negro; el chorro que rebotaba en los platillos me pareció de sangre, que fluía en hilos bermejos y salpicaba el piso de placas redondas y oscuras. Entre ambas fuentes vi á un niño como de seis á siete años, en pelota, semejante á una estatueta de museo. La cara del niño me asombró: su entrecejo fruncido, sus chispeantes y altaneros ojos, no correspondían á edad tan tierna. El rapaz se entretenía con las dos fuentes, sepultando las manos en el sangriento chorro y bebiendo ansioso el raudal de lágrimas.... Le llamé, y acudió orgulloso y marcial, clavando en mí sus ojos fascinadores de aguilucho.

—¿Quieres tú acompañarme?—pregunté á la criatura.

—Sí—contestó lacónicamente.— Aunque ya, viéndome á mí, has visto lo mejor.

—Dime—exclamé señalando á los guantes rojos que cubrían hasta el codo sus bracitos.—¿Qué son esas dos fuentes? ¿Por qué estás ahí hecho un carnicero, todo mojado y ensangrentado?

El rapaz me flechó de nuevo sus terribles pupilas, y sólo respondió, frunciendo el ceño adusto:

—Mírame bien.

Me bastó la primer ojeada. ¡Qué torpeza la mía! Estaba hablando. La frente vastísima; los ojos profundos y ardientes; las pálidas y esculturales mejillas; los delgados y apretados labios, de líneas correctas; la barbilla acentuada y firme, con meseta redonda: el perfecto tipo de un gran bronce romano.... Así, así debía de ser en la primera infancia el Capitán del siglo.

—No pensé hallar en el Limbo á Napoleón,—dije risueña y con muchísimas ganas de regalarle un saco de confites al vencedor de Austerlitz.

—No soy Napoleón,—declaró la vocecilla, aunque infantil, bronca y extrañamente grave.... —Napoleón, á mi lado, se quedaría tamañito. Yo nací al pie del Cáucaso, y mi destino era conquistar toda la Asia sometiéndola al poder de Rusia, y arrojando luego sobre Europa las gentes ya sujetas á mi yugo. No dejaría titere con cabeza. ¡Gran zarabanda histórica! El imperio alemán, hecho polvo. Media Confederación germánica incorporada al Imperio moscovita. Italia repartida entre Austria y Francia. Los españoles trasladados al África, y los ingleses....

—¡Santo Dios!—interrumpí.—¿Todo eso pensabas hacer, mocoso?

—¡Y lo haría!—gritó el héroe en miniatura.—Ese era mi papel en el mundo. Sólo que una tarde, andando á guerras con otros chicos de mi lugar, tanto sudé, que al enfriarme cogí una fiebre maligna....

—Y cádate salvada á la culta Europa,—añadí intentando besarle aquella carita tan tierna y tan salada.—De modo que las fuentes....

—Son la sangre y el llanto que yo tenía que hacer correr.—Aquí me sirven de pasatiempo. ¡Si vieses qué rico, bañarse en los dos pilones! Las lágrimas tienen fama de amargas, pero á mí me saben á miel, y la sangre tibia y líquida despidе un olorcillo fragante... Ven, que te enseñaré la sala grande, la Inclusa general. No creas, yo no voy nunca. No me rozo con semejante patulea. ¡No faltaba más! He acotado para mí este patio, y juego solo. No pienses que no tengo más juguetes que las fuentecitas. Te enseñaré barajas de pedazos del mapamundi: con ellas hago solitarios, y me echo las cartas y me predigo el porvenir. También poseo una escuadrilla de acorazados de hojalata y caña, unas baterías de cañones de plomo, y resmas de estampas de soldados, y horror de sables de madera. Á cada instante me los piden prestados los memos de la Inclusa.... Ven, los verás.

Su mano diminuta y febril asió la mía, y cruzando un pórtico sin color, entramos en un salón gigantesco, pero frío,

desnudo, de grises paredes, de aspecto cuartelario. Era lo que mi guía, el dominador del orbe, llamaba despreciativamente la Inclusa.— El inconmensurable recinto estaba atestado de chiquillería; era un océano de gente menuda. No intenté contarla, ni siquiera calcular aproximadamente su número. Imaginaos leguas y leguas de terreno cubiertas de mies; figuraos un pomar sin límites, cuajado de manzanas; suponed un colosal aprisco donde las ovejas hierven, ondean, se empujan, se encaraman unas sobre otras; así rebullían y pululaban los retoños humanos en la Inclusa límbica. Asombraba y entristecía considerar tal floración de capullos helados antes de abrirse, tanto fruto verde tronchado por el granizo, tanta cuna vacía, tanta desesperada madre.

No quiero decir la algarabía que armaban los chicuelos. Hábalos de muy diversos tamaños, desde el rorro coloradillo, recién salido del claustro materno, hasta el diablejo ya talludo; y de su masa con-

fusa brotaba un coral análogo á los de Wagner, en que el llanto estrepitoso, el gemido desconsolado, la carcajada, el berrinche, el pataleo, el gorjeo, se unían en un solo acorde estridente, irónico, arrancado á las cuerdas de infernales violines....

¡Y qué hervidero de cabecitas! Resguardada por la gorrilla de tres piezas, la blanda y abierta chola del mamón; aureolada por rubias sortijas, la del angelote de un trienio; con melena á lo Villamediana, negra y brillante, la del caballero de siete; aquí la pelambarrera erizada y cerril del mendigo callejero; allí los bucles de seda de la menina aristocrática; ya la pelbna del escolar, ya la aplastada montera de crín del aldeanillo... Luego los cráneos étnicos, dignos del escaparate de un Museo antropológico: en los oscuros vástagos de la raza de Cam, la vedija lanosa; en los amarillentos *muscos* japoneses, el cerquillo frailuno... ¡Qué cabecitas tan curiosas! Daban impulsos de ir cogiéndolas como

quien coge flores, y formando un ramillete....

¿Qué hacían las pobres criaturitas muertas?

Lo que de vivas. Jugar. Y con la explicación anterior de mi guía, comprendí perfectamente el sentido de sus juegos. —En aquel rapaz que apila duros de chocolate, y los cuenta, y los recuenta, y se los guarda muy envueltos en un papel, se ha perdido un avaro..., es decir, no se ha perdido nada. Aquel que se abraza á un rocinante de cartón, y lo acaricia, y lo halaga, y lo mira con embeleso.... hubiese sido un miembro del Jockey-Club, un *sportman* de esos que besan á sus caballos vencedores en las carreras y cruzan á latigazos á sus queridas.—Un muchacho se arrodilla ante una muñeca vestida de raso, con cara de porcelana, que abre los ojos y dice *papá* y *mamá*... ¡Feliz rapazuelo! La muñeca no le destrozará el corazón engañándole, como se lo destrozaría, si hubiese vivido, la mujer que la muñeca simboliza.... La

niña que da biberón á un bebé articulado, no tendrá que llorar su muerte, como lloraría la del hijo que figura ese bebé. La imagen de la vida, en una comedia de marionetas; el destino representado por el juego..., esto es el Limbo.—Me volví y le hice esta observación al conquistador malogrado.

—Sí, sí...—murmuró él.—Todo eso será verdad, pero á mí no me consuela. Yo quisiera haber vivido, y saber lo que es una batalla, no de mentirijillas, sino de verdad; con soldados de carne y hueso, caballos que corran solos, cañones de acero que disparen balas formales, y mi escuadra navegando en un mar real y efectivo, con olas, con tormentas, con viento, con truenos y rayos!

Al expresarse así, rugió el Napoleoncillo en agfraz, y una lágrima saltó de sus lagrimales perfilados y duros.

Allá para mis adentros me pareció que el cachorro de león no iba descaminado. Aquella vida humana expresada con juguetes, con monigotes rellenos de serrín,

con cartones y pinturas baratas, con aleluyas y cromos, debía de hacerse intolerable por su falsedad mezquina. Era la insulsez, la mentira sin velos de ilusión, lo abstracto, lo glacial, lo inerte, lo que ni llena ni aplaca la sed instintiva de vivir....

—Nosotros, — añadió bruscamente el guerrerillo, — no sabemos nada de nada. ¡Como que estamos en el Limbo siempre! Sólo hoy, día de Noche Buena, á la hora en que nació Cristo, vemos *algo* real, *algo* que no es ni ficción, ni decoración de teatro.... Y la hora se acerca.... Me parece que suena ya.

Un cluenco reloj de latón dió doce campanadas, y noté una azulada claridad venida de lo alto, que iluminaba la Inclusa, difundiéndose lenta y gradualmente por los ámbitos del enorme salón. Poco á poco se convirtió en resplandor dorado, y las paredes antes incoloras refulgieron como si fuesen fabricadas de purísimo diamante. En el fondo, entre radiantes irisaciones y sábanas de gloriosa lumbre, surgió un objeto espantoso:

era una cruz de madera, donde agonizaba un hombre. Le veíamos perfectamente. Su tronco, desplomado sobre las piernas que contraía y engarrotaba el dolor, presentaba las huellas acardenaladas de la flagelación, verdugones hinchados y negros. Respiraba estertorosamente, y de sus manos, traspasadas por los clavos, descendía gota á gota la sangre. Los niños miraban, sin comprender, angustiados, fluctuando entre romper á sollozar ó esconderse en los rincones, por no presentir aquella lástima atroz.

—¿Ves?—exclamé yo dirigiéndome á mi gufa infantil.—Eso real que sólo hoy, á estas horas, se os presenta... eso es la Vida. Salir del Limbo es ir al martirio, rapaz.

El chico alzó la cabeza; miró ahincadamente al crucificado, y un estremecimiento le sacudió... Era el escalofrío del horror silencioso. De pronto se volvió hacia mí, me contempló con arrogancia, y exclamó respirando firmeza y decisión inquebrantable:

—Pues yo quería vivir.



CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

I

Mi joven compañero: Su cartita de V. me ha interesado: veo en ella lo que rara vez hay en estas solicitudes dirigidas por los principiantes á los que ya lucimos cicatrices de veteranos y estamos curtidos en las batallas:—verdadero deseo de aprovechar la ajena experiencia, y cierta escrupulosidad concienzuda que indica en V. prendas morales de mucha valía....—Me agrada también el que oculte V. su nombre, firmando únicamente con el que sirve de epígrafe á mi contestación: «Un literato novel». Este título en cierto modo impersonal,—ya que existirán en Madrid sobre 500 literatos noveles, por lo menos,—me deja en libertad

para aconsejar, amonestar y hasta regañar á V. si llega el caso: á saber cómo se llama y quién es, no lo hiciera. Y me agrada también su indicación de que le conteste á V. en letras de molde. «Así, dice V., se aprovecharán de su doctrina muchos que se encuentran en mi mismo caso. Así no tendrá V. reparo alguno en dirigirme, porque será dirigir á otros muchos á la vez.» Y aun cuando no estoy conforme en que mis cartas impresas tengan nada de doctrinales, pues no presumo de maestra, como repito que ya mis diez años de actividad literaria me han enseñado bastantes cosas y obligado á meditar sobre otras muchas, tal vez pueda V. y los que como V. sientan vocación de emborronadores de cuartillas, sacar algún fruto de mis estudios prácticos.

De práctica de la profesión voy á hablarle á V. solamente. En cuanto á la teoría, ni es fácil exponerla en cartas, ni hay para qué repetir (á no ser ampliándolo y perfeccionándolo) lo que varias veces dije en letras de molde, ni en último caso

creo que se puede influir directamente en las ideas de nadie, ni tener discípulos, ni cosa que se le *ameje*, como diría algún personaje de Pereda.—También en este punto encuentro discreta y acertada su epístola. Porque si caben consejos en lo relativo á *procedimientos*, no así en lo que depende sólo de las aptitudes de cada individuo. ¿Voy yo, ni va nadie que tenga la cabeza sana, á decirle á un escritor duro de oído «sea V. armonioso», á un alma de cántaro «sea V. tierno y fino como la seda», á un colorista nato «más psicología», y á un autor gris y deslizado «más nervio, más color»? Puede eso decirse juzgando en público, no aconsejando privadamente. Mil veces me han puesto en aprieto sus colegas, literatos noveles como V., enviándome un manuscrito y preguntándome con humildad casi siempre fingida: «¿Qué echa V. de menos ahí, señora? Á ver, dígame V. lo que falta, que *se pondrá* inmediatamente.» Y yo bien veía lo que faltaba, ¡vaya si lo veía! ¡de cien leguas!; pero pensaba para mí

deshabillé (que no siempre ha de ser *sayo*, y hoy ni hay tales *sayos*, ni *modista* que los corte). «Lo que falta ya lo hubieses puesto tú, si lo tuvieses disponible; y si llegas á tenerlo, lo pondrás, y si no lo tienes, ni lo puedes tener, no viene al caso que yo te lo exija.» ;Ah, mi desconocido joven! Crea V. esto, no porque lo digo yo, sino porque es verdad; todos los cuidados y advertencias del escritor ya ducho, al principiante no harán de un leño un dios..., por aquel latinajo tan sabido cuanto macarrónico: *quod natura non dat... tatariva*.

Quedamos en que no intento emular á la naturaleza empeñándome en crear genios, sino únicamente advertir á V. lo que llevo observado en la sociedad respecto á nuestra profesión, declarando ante todo que, conociendo sus inconvenientes y hasta sus dolores propios, yo la amo y no la trueco por ninguna.—Si V. no sintiese lo mismo, creo que me desanimaría y no le escribiría estas cartas. Porque lo primero es la fe y la esperanza en toda

:

empresa y en toda obra. Afortunadamente V., en este punto tan importante, no flaquea. Tiene V. ánimos, confianza, hasta optimismo. «Algo siento dentro que me dice: llegarás.» Esta frase de los veinte años me alegraría, á poder suprimir la desconfianza que ha engendrado en mí el espectáculo de tanta frustrada tentativa, de tanto aborto. He visto que la *voluntad* y el *deseo* no engendran la *inspiración*: he conocido á muchos de esos curiales «que llevan en el alma el cadáver de un poeta muerto joven»; he sentido mil veces lástima profunda de Prometeos más desventurados que el de la fábula, porque al menos aquél, si lo amarraron á la roca, logró robar en hueca caña la brillante chispa del fuego divino y comunicarla á los demás hombres...

Ello es que V. espera, fundando sus esperanzas en un libro que, según me indica, tiene escrito ya y se dispone á dar á luz. No me dice V. si esas primicias de su inteligencia están en verso ó en prosa, ni, en este último caso, si el libro es novela,

crítica, historia, biografía ó qué. Tampoco sabemos si tiene V. buscado y *encontrado* (que ahí está el intrínquilis) editor, ni si piensa V. serlo de sí mismo. Como en la carta no me da V. sus señas, yo no puedo pedirle que esclarezca este punto. No importa : así entraré con más soltura en el terreno práctico.

Empecemos por dejar establecido que las menudencias prácticas no sólo no merecen el desdén que hacia ellas aparentan los destornillados, sino son acreedoras á la mayor atención, y el despreciarlas implica consecuencias muy graves para la tranquilidad y aun para la dignidad de la vida. Schelling, al discurrir sobre el « destino del sabio y del literato en la sociedad », dice que sin la confianza en la probidad y en la habilidad ajena, la sociedad no podría existir. En efecto, toda relación humana, hasta la más modesta, verbigracia la de vender y comprar garbanzos, se eleva y adquiere trascendencia social cuando ostenta el sello de la buena fe y de la rectitud. Ríase V. de

los que se rían de estas *pequeñeces*. Ellas hacen á las naciones fuertes y prósperas, á los individuos libres y dichosos. No recela V. pensar en las cuestiones de *prosa*: crea V. que la *prosa* agobia más y se impone más á quien más la olvida.

Cuidemos, pues, á su libro nonnato para que nazca y viva robusto (si las Musas quieren). Lo tiene V. escrito, supongo, en buena letra cursiva, recio papel, y muy cosiditos los cuadernos—como obra de principiante.—Ahora es necesario que yo fantasee la posición social y financiera de V. Una de dos: ó cuenta V. con medios para imprimir su libro, ó no cuenta. En el primer caso, (el más agradable y lisonjero) aconsejo á V. sin vacilar que no busque editor. Porque... otro dilema: ó el libro es bueno, ó es malo. Si es bueno, ha de darle á V., temprano ó tarde, honra y provecho la edición: si lo segundo, ha de sufrir V. cierto sonrojo cuando la vea estancada en el almacén del editor, formando pilas, ó en las librerías de lance y en los tenderetes y banastos

callejeros, desechada, amarillenta como niña sin novio, y rebajada, desde las clásicas tres pesetas, al humilde real. Demanera que en todo caso, si V. dispone de algunos fondos, no fuerce V. la suerte, ni se empeñe en deslumbrar al socio capitalista, que el editor no representa otra cosa. Sepa V. que los editores no son:

« ce q'un vain peuple pense... »

(me figuro que entiende V. el francés.)
V. habrá oído tratar á los editores de explotadores, codiciosos, sanguijuelas, y otros dicitrios. Encójase V. de hombros: tales injurias no pasan de

« ¡ voces que hacen correr cuatro pectas
que en invierno se embozan con la lira...
Ladridos de los perros á la luna! »

Que un editor es un mercader, ya lo sabemos. Obligación tiene de portarse como mercader honrado; pero como mercader. Supongamos que V., por carecer de capital disponible, va y le ofrece su libro. Ese libro, para el editor, representa X: incóg-

nita. Es el primero que V. escribe: su nombre de V. no lo conoce nadie: la crítica no le ha juzgado; ningún lector ha transmitido á otro su impresión, esa sentencia breve y oral, tan influyente en la nombradía y en el crédito, que contra ella la impresa no prevalece.—El editor no puede calcular el valor de lo que V. le entrega. La experiencia le dicta que de doscientos libros que hagan gemir los tórculos, ciento noventa y nueve no consiguen ni aplauso sincero ni lectores. La cautela más elemental le obliga á precaverse, á revestirse de concha de tortuga y puas de erizo. Hay horas en que un editor hasta tiene que ser desatento, finchado y muy *yankee*, para espantarse los mosquitos y moscones literarios. No si no hágase de miel, y ya verá lo que le acontece....

En la persuasión de que V. no es uno de tantos, mi desconocido joven, he de decirle que existe una legión de monomaniacos literarios, ya furiosos, ya inofensivos, ya anodinos, ya dañinos y atravesados

como espina sutil de congrio. No sé qué tiene esta aspiración de la literatura, que es un germen desorganizador, un microbio pestífero en las almas torcidas ó pequeñas. Al que no eleva le empeora, en ocasiones hasta el extremo de la depravación. Es una sed que engendra hidrofobia. Alguno mordería si pudiese. Tan caracterizada está la locura en ciertos casos, que presenta la forma curiosa y típica del delirio llamado *paranoia persecutoria*. Viva V. muy prevenido, joven amigo, no sólo contra los alucinados de esta especie, sino también contra las alucinaciones. No dé V. nunca en la flor de creer que se conjuran contra V., en tenebrosa cuchipanda, ni éstos, ni aquellos, ni los otros. Hay en una novela del portugués Eça de Queiroz cierto personaje clerical, cuya nota cómica es exclamar á todo cuanto ocurre, aunque sea el mal tiempo: «¡Que me digan á mí que no anda en el cotarro la masonería!» Pues bien: los consabidos mosquitos, para pasto de su vanidad, tienen siempre alguna

masonería de que echar mano. Ora se han conjurado en su daño los editores, ora los periodistas, ya los críticos, ya los dogmáticos, ya «el infierno» como contra doña Leonor, lo heroína del duque de Rivas. V., jóven, no olvide nunca aquello de «Si Dios conmigo, ¿quién contra mí?»; afirmación sublime de la fe divina que también puede servir de lema á la voluntad humana. Si V. vale y quiere, así resulten los conspiradores de Venecia, será V. hombre. Y aunque todo el que vale y quiere tiene amigos y enemigos en cantidad, lo que es conspiradores, en este momento histórico, puede que ya no queden sino en cierto coro muy animado de la zarzuelita *Adriana Angot*.

Volviendo á los editores, crea V. que jamás se ha visto ninguno conspirando á sabiendas contra su bolsa. Es decir que si del libro que V. les lleva sospechan algo bueno, lo adquirirán acto continuo. Me objetará V. que un editor puede ser ignorante, limitado y cerril, y equivocarse respecto al éxito y porvenir de un libro.

¿Quién lo duda? ¿Pero qué dirá V. si añado que en el mismo error que el editor literato cae mil veces el crítico docto? Cuando Flaubert escribió su novela capital, *Madama Bovary*, hubo de leerla en cuartillas Máximo Du Camp (que no era rana); y tales y tan desatinados fueron los dictámenes que emitió acerca de la obra maestra, proponiendo suprimir lo que cabalmente después gustó más al público, que Flaubert escribió al pie del veredicto de Du Camp esta única palabra: «*Gigantesque!*» Pareceres gigantescos los oirá y leerá V. á cada triquitraque si se enzarza en esto de las letras, y quizá llegue V. á persuadirse de que el mero buen sentido y el olfato de perro perdiguero viejo de los editores, eclipsa á veces la ciencia de los oráculos críticos....

Restituyéndonos al terreno práctico (si es que hemos salido de él), digo á V. que, caso de tener que entenderse por primera vez con editores, sea V. dúctil y condescendiente, perseverante sin terquedad y jamás interesado, ni exigente, ni necia-

mente presuntuoso. No imponga V. más condiciones que las atañederas al decoro y libertad literaria, que en toda ocasión y á toda costa deben conservarse. No admita V., por ejemplo, que le impongan un título llamativo ó una ilustración grotesca; en cambio no regatee V. los ejemplares de que ha de componerse la tirada, ni trate V. de *sacar raja*, como vulgarmente dicen. Advierta V. que el industrial, al asociarse con V., principiante, deposita en V. una confianza, corre un albur, que exige de parte de V. toda complacencia no reñida con el honor.

No use V. por costumbre seudónimos, ni imprima jamás anónimos. Lo primero á nada conduce, toda vez que hasta los gatos saben el nombre del autor; pero al menos no es indelicado ni se presta á servir de máscara al libelo. En rarísimas circunstancias es lícito encubrir la procedencia de una página y la mano que la trazó. La persona que se estime, debe estar siempre dispuesta á reconocer su

prole literaria, y á decir como los héroes de Zorrilla :

« Y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él. »

Ya hemos llegado al momento en que el libro, á expensas de V., ó del editor magnánimo que quiere apadrinar su primera misa, va á entrar en prensa.—Ahora comienza V. á tener que fijarse en una serie de detalles minuciosos, que todos y cada uno tienen su valor y concurren, aunque en parte mínima y relativa, al éxito del libro.—No los he de puntualizar: me contentaré con indicaciones generales, encargando á V. mucho que huya como del fuego de esas ridículas portadas, donde aparece, muy mal grabado y asaz borroso, el retrato del autor.—Si ni sus medios de V. ni la generosidad del empresario alcanzan á un buen grabado en acero, renuncie V. á que conozcan su geta las edades futuras.—La estimación que sin saber por qué me ha inspirado su carta, me hace titu-

bear al dirigirle otra recomendación que casi me parece ofensa:—no permita V. tampoco frontispicios *verdes*, mujeres vestidas á la ligera, grupos expresivos, ni cosa que trascienda á tal. El arte tiene sus fueros, y no les impondré límites pueriles; pero bien ciego es quien no ve por tela de cedazo, y esos adornos de mal gusto son cosa distinta de los fueros sudichos.—Coloque V. al frente de todas sus obras el año de publicación: hoy se va arraigando la mala costumbre de suprimirlo, y es un rasgo mercantil indiscreto, porque hay libros siempre viejos y otros siempre jóvenes, y quien suprime el año en los suyos los equipara á las coquetas vencidas, que quieren encubrir la edad con artificios necios.—Cuide V. todo lo posible del primor y limpieza de la edición. Nuestro primer escritor satírico, Antonio de Valbuena, tiene observado que los libros destinados á no venderse salen siempre muy nítidos de edición, en rico papel y claros tipos: no negaré que así sea en muchos casos: pero

también tengo reparado que abundan en los puestos de viejo esos libracos hechos de cualquier manera, en papel de estraza, con caracteres gastados y feos, con gazapos de paginación y erratas de monta. Esmerarse en la vestidura de los libros forma parte del código de la buena crianza editorial. Y no me arguya V. que yo he pecado en esto mucho y se han publicado libros míos que da rabia verlos, ó daba, porque, loado sea Dios, ya se agotaron y no deshonran ningún escaparate con su facha.—Yo no estaba en Madrid cuando se hicieron tales ediciones, y las que dirigí en persona, sin tener pretensiones de lujo (el lujo excesivo lo repruebo también, á no ser puro capricho de bibliófilo) son esmeradas y correctas.

Esto es lo único que puedo decir á V., como indicaciones generales respecto á la edición. Todo lo demás depende de las circunstancias en que V. se halle; del humor, del bolsillo, de mil pormenores que yo no puedo prever.—Y vamos adelante

con la hipótesis, y calculemos que ya tiene V. en su poder, ó en el del editor, administrador ó quienquiera que sea, la edición muy empaquetadita, despidiendo el grato olorcillo húmedo y picante del papel nuevamente impreso, y alegrando la vista con las satinadas cubiertas y los prensados pliegos bien juntos, como soldados en orden de batalla.— Ahora se le ofrecen á V. dos problemas que vienen á fundirse en uno solo: 1.º, que el público sepa que se ha publicado un libro de V., y se forme idea aproximativa de lo que contiene, estimulándose á comprarlo: 2.º, que sabedor ya de la publicación y barruntando el contenido, lo compre.

Para conseguir lo primero, preludeo inexcusable de lo segundo, es de rigor que la prensa notifique al público la aparición de la obra. Cosa sencilla y clara, que viene luego á complicar una serie de menudencias del orden literario-chismográfico. Probaré á que V. las comprenda y tase en su valor.

Es axioma comercial que el que no

anuncia no vende; porque no ha de llamarse vender un artículo (y, comercialmente, *artículo* es el libro) á despachar un ciento, y en paz; á sustituir la *publicación* con el *secreto mal guardado*. Libros que corren tal destino recuerdan los depositados en casa de Navamorcuende, del epigrama famoso. La costumbre quiere que los libros se anuncien en las hojas periódicas en forma comendaticia, acompañados de algún adjetivo más ó menos lisonjero para el autor y para la obra. Esto se practica con toda publicación, y no se estila en los diarios insertar sueltos como el que sigue: «El Sr. N. ha dado á luz una obra detestable, que se titula así ó asado. Recomendamos á nuestros constantes subscriptores procuren no adquirirla, porque malgastarían el dinero.»—Alguna vez sobraré motivo para estampar este juicio; lo que digo es que no se acostumbra, ni aun se hace por extraordinario. El suelto comendaticio es lo corriente y universal; y este suelto es correspondencia al envío del libro á la

redacción, envío reforzado (á no mediar estrechas amistades) por alguna excitación verbal ó escrita á la persona que puede activar la inserción del anuncio consabido.

Ningún valor tiene el tal suelto, claro está, en concepto de *crítica*. La profusión de libros ensalzados en las secciones bibliográficas de la prensa; la confusión de materias y de autores que en ellas se advierte; la precipitación del juicio y su carácter impersonal, hacen que, insisto en ello, se reduzca su valor al de *anuncio*. Un libro muy entretenido que acaba de publicarse, y aunque algo caricaturesco, no deja de encerrar gran fondo de verdad, el *Manual del perfecto periodista*, dice lo siguiente al tratar de la *Sección bibliográfica*: «El periodista puede hacerlo todo, menos lo que debía hacer más: leer. Pero, ¿cuándo y cómo? Los Consejos de ministros, los intereses del momento, los sueltos del día, las algaradas de la noche le absorben de ordinario y en absoluto el tiempo. Habla del libro que se pone á la

venta, la mayoría de las veces, por lo que de él oye hablar; si alabanzas le tributa el público, alabanzas acumula aquél en el periódico; si ese mismo público le censura, el periodista que sabe hacerse cargo del esfuerzo que supone una obra por insignificante que sea, de las ilusiones que en ella se cifran, de los porvenires de color de rosa que sintetiza para su creador, se limita á dar cuenta de la aparición de la obra, sin hacerse eco de la crítica y las censuras populares tan injustas casi siempre como sus alabanzas y ponderaciones.»

Ya lo ve V.: el suelto comendaticio, ó tolerante por lo menos, es valor entendido, consecuencia de remitir el ejemplar, lo mismo que responder «¿Bien, y V.?» cuando nos preguntan como estamos. Estas fórmulas de cortesía entre personas consagradas al manejo de la pluma, yo las apruebo, y por tanto encargo á V. que no las omita, es decir, que no deje de repartir los ejemplares de rigor entre la prensa diaria de alguna circulación y

:

valfa. Porque si el suelto que á V. dediquen en justa reciprocidad no entraña significación crítica, de ningún modo debe V. desdeñar su valor de anuncio.

Al proceder al reparto, hágalo V. como deben hacerse todas las cosas en el mundo: *bien y del modo más conducente á su fin*. Quiero expresar que no debe V. limitarse á distribuir por las redacciones una veintena de ejemplares dejándolos allí entregados al azar, cual se lanza una carta sin interés al buzón del correo. Lea V. en el *Manual del perfecto periodista* la suerte que corren los libros sembrados así. « Los ejemplares llegan seguramente hasta la portérfia del diario, sobre todo si el autor en persona se toma la molestia de dejarlos en ella. Lo que ocurre después es un arcano.... » « Pero si quien vaya buscando en una redacción al bibliógrafo se saldrá como haya entrado, es posible que tropiece con el bibliómano empedernido que acapara cuantos volúmenes halla al alcance de sus manos, con los cuales va *cucamente*

formando su bibliotequita económica.» Ea, ya está V. enterado. Eche V. volúmenes á granel, y recojerá.... lo que se deduce de esos substanciosos parrafillos.

Voy á decirle á V. lo que suelen hacer nuestros literatos en casos semejantes. Visitan en la redacción al director ó al redactor que les es más propicio, y le ruegan que no olvide anunciar la aparición de la obra. Yo no hago el más leve misterio de que también procuro refrescar la memoria de los periodistas para este fin; sólo que, por mi sexo, no lo hago en persona: envío unos cuantos renglones. Y celebro la ocasión de declararlo, porque no ha faltado quien interpretase esta acción corriente y usual como muestra palpable de mi gran vanidad, ya legendaria (V., á fuer de novicio, sabrá que yo soy el literato más vanidoso de España, y aun de Europa: esta noticia es de las primeras que se dan en los cafés á los *isidros* de las letras.) No ha llegado sin embargo mi vanidad al extremo de pedir nunca á

periodista ni crítico alguno que *ensalce* mis obras; y debo suponer que los demás escritores, modestísimos en comparación mía, tampoco se habrán permitido directa ni indirectamente insinuaciones semejantes, pues en estos asuntos no hay que dar crédito á la maledicencia, ni hacer el menor caso de lo que le cuentan á uno al oído, así venga corroborado con testimonios fehacientes.

Lo último, es decir, la solicitud de elogios, se la prohíbe á V. estricta, severa y rotundamente mi moral práctica. No lo haga V. nunca, en primer lugar por feo, en segundo por inútil. Al público se le puede avisar, excitar, despertar para que se fije en un libro; no engañarle acerca de su verdadero mérito. No traiga, no, el anzuelo tan fácilmente el buen público, y ni para acreditarlos ni para desacreditarlos valen periódicos ni articulistas.

No por eso desdeñe V., se lo repito, la publicidad periodística. No omita V. la gestión del anuncio. Los periódicos se lo

deben á V. y á todo escritor, en virtud de un derecho consuetudinario, lo cual no impide que V. tenga siempre que agradecerles,—y de veras, y sin remilgos hipócritas,—no sólo el auxilio que en esa forma le prestan, sino muy especialmente lo supererogatorio que hagan por V.: todo lo que, rebasando del anuncio, raye en el elogio, porque siempre implica distinción y preferencia otorgada á su libro de V. entre los dos ó tres libros que diariamente salen al mercado. Está en moda fingir desdén hacia la prensa; crea V. que en esto hay mucho de la conocida fábula de las zorra y las uvas. Aunque llegue V. á poseer indiscutible fama; aunque se gane V. á punta de lanza un auditorio, el que se lo aumenta con un lector es acreedor á gratitud. Y no hay celebridad que exima del anuncio. ¿Quién más renombrado que Zola? Pues Zola anuncia sus libros en la *Bibliographie de la France*, á tanto la línea.

Fíjese V. bien en mi programa y cuide de distinguir, que en esa distinción estri-

ba todo el *quid* del asunto.—No solicite V. *elogios* por ningún medio: *publicidad*, sí. Yo no pido á los periódicos sino lo que practico en el TEATRO CRÍTICO. Libro que me envían, lo anuncio si no lo juzgo. Nadie hasta la fecha (es de conciencia que lo declare) me ha pedido incienso; el anuncio sí que me lo piden todos, ó expresa ó tácitamente, pues al remitirme un libro se colige que no es (con rarísimas excepciones) por sólo el gusto de que acrezca mi librería.— Y si algunas personas me ruegan que no me limite á anunciar, sino que diga mi parecer respecto á la obra, no por eso he de figurarme que pretenden verla ensalzada: ningún derecho me asiste para sospechar sino que pretenden saber mi opinión, (aunque presumo que la desean favorable, como la deseamos todos los autores, si á la vez creemos sincero el encomio.)

Todo esto que voy hilando es para que V. se prevenga contra dos opuestos escollos: el afectado retraimiento, y la extemporánea é indelicada imposición del re-

clamo. Ni tanto acá, ni tanto allá, ¡oh neófito!—Mas ya las dimensiones de esta carta me asustan, y como me queda bastante que advertirle, me paro en seco, y me despido de V. hasta el número de Marzo.





LA VENERABLE DE AGREDA 1.

MARÍA Coronel, en religión sor María de Jesús, nació el 2 de Abril de 1602 en la villita de Agreda, enclavada en la frontera de Castilla la Vieja y lindando con Aragón y Navarra. Niña enfermiza, criada á la sombra de un hogar pobre, piadoso é hidalgo, redujéronse sus estudios á encender luces en un altarcillo chico, rezando allí fervorosamente.

Doce años contaría la muchacha, cuando su familia adoptó una resolución singular hasta en aquellos tiempos de fe. El padre con los dos hijos varones se entró en

1 Este trabajo servirá de Prólogo á la *Vida de la Virgen María*, primer tomo de la *Biblioteca de la Mujer*.— Véase el anuncio en la cubierta.

(Recuerde el lector que las 16 páginas de aumento gratuito en cada número del TEATRO, no han de ser torzosamente inéditas ni escritas ex profeso.)

un convento de Franciscanos; la madre con las dos hijas transformó en claustro su propia casa, abrazando el instituto de las Concepcionistas.—Así María de Jesús pudo situar su celda en el propio aposento donde quizá se meció su cuna.—El escaso plantel del monasterio de Ágredda se multiplicó, y María de Jesús vino á ser, andando el tiempo, su Abadesa.

En los veinticinco frisaría la joven castellana, cuando empezó á concebir la idea de la obra capital de su vida, el voluminoso libro intitulado *Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, reina y Señora Nuestra, María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia: manifestada en estos últimos siglos por la misma señora á su esclava sor María de Jesús, para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia católica, y confianza de los mortales*: título recargado en demasía, culpa que ha de imputarse al gusto literario de

una época decadente. — Dos veces la obligó un confesor indiscreto á quemar las páginas que llevaba trazadas, y otras dos un varón docto y de altas miras volvió á poner en manos de la escritora la gallarda pluma. En su tiempo anduvieron confusos y maravillados sabios obispos y graves doctores, sin atinar cómo una hembra falta de estudios, á quien sólo sirviera de escuela la contemplación, podía seguir con firme paso las huellas de Santo Tomás y de Escoto, especular sutil y hondamente acerca de elevadísimos misterios, interpretar con feliz novedad las Escrituras, ignorándose de dónde brotaban los manantiales de su ciencia, por lo que hubieron de creerla infusa y sobrenatural, considerando á María iluminada con extraordinaria y nueva luz.

Después de muerta la Venerable, el Prepósito de la Religión franciscana trató de examinar minuciosamente sus escritos, para lo cual se juntaron ocho teólogos, de lo más granado y respetable de la Orden. Varios meses invirtieron en el exa-

men, resultando aprobados los libros y encargados de comentarlos y anotarlos los doctos Jiménez Samaniego y Sendín Calderón. Ya en vida de la Venerable sujetara Felipe IV sus obras á la censura de varios Definidores y Prelados, que las aprobaron no sin admiración suma. Hízose la primera edición de la *Mística Ciudad de Dios* el año de 1670, en Madrid, en la imprenta de Bernardo de Villadiego. Cuarenta años después había sido reimpressa en Barcelona, en Valencia, en Amberes, en Marsella, en Milán, en Trento, en Bruselas, en Aversa, en Ausburgo, y traducida á cuatro idiomas vivos y al latín, sin que en ello interviniesen los Franciscanos, sino el universal renombre de la obra.

Al hacerse la edición de Madrid, fué denunciada á la Inquisición, denuncia que dió origen al larguísimo y célebre juicio siguiente.—Examinó la Inquisición la obra siete años: después presentó á los Franciscanos las objeciones que se le ofrecían: ellos las soltaron como les pareció:

formóse Junta de inquisidores calificados: cinco años duró el examen nuevo, y paró en aprobar la obra, en 1686. Los émulos de la Venerable la denunciaron entonces á la Inquisición de Roma: prohibió ésta la *Mística ciudad*; pero á los cinco meses alzó la censura el Papa. Entonces los adversarios acudieron á la Sorbona, que después de leve examen y apasionada contienda, en que llegaron á formarse dos bandos, llamados de *agredistas* y *anti-agredistas*, tachó varias proposiciones y condenó el libro. Comenzaron á llover apologías é impugnaciones. Carlos II ordenó á las Universidades primadas del Reino examinasen la obra, y Salamanca y Alcalá la aprobaron unánimes; en vista de ello, el Papa Inocencio XII reservó esta causa para su particular decisión. Clemente XI ordenó borrar la *Mística Ciudad* del Índice de los libros prohibidos, en que por descuido aún andaba. La Universidad de Lovaina la estudió y aprobó á su vez. Por todo el siglo XVIII continuó, no obstante, la discu-

sión acerca de los escritos de la Venerable; hubo ataques sañudos y vigorosas réplicas; la fama, el rumor del extraordinario libro llenaban á Europa.

Los tiempos varían: hoy pocos lectores se atreven con la *Mística Ciudad de Dios*, cuya edición más reciente forma nada menos que siete compactos volúmenes de apretada lectura. Para mí eran, sin embargo, familiares, y muy antigua mi convicción de que la Venerable de Agreda merece figurar entre nuestros clásicos por la limpieza, fuerza y elegancia de la dicción; entre nuestros teólogos por la copia y alteza de la doctrina; entre nuestros escriturarios por la lucidez de la interpretación. Ni son estos los únicos méritos que hacen á María de Agreda digna de glorificación perpetua. Aun prescindiendo de la *Mística Ciudad de Dios*, la humilde monja franciscana brillaría en la historia y en las letras, á título de consejera epistolar del rey Felipe IV.

Los días de gobernación de este monarca fueron sombríos para la patria es-

pañola. Trasladaré algunas líneas de un historiador contemporáneo ¹, relativas á la grande infelicidad y roedora melancolía del rey poeta : «No parece sino que el famoso Argoli , maestro de astrología en Padua, á quien consultó Felipe III el horóscopo de su hijo, adivinó esta triste condición de su carácter cuando le pronosticó los más amargos destinos. Acreditóse el horóscopo con los sucesos, y trascendieron á populares aprensiones los celos que sobre la total ruina de esta monarquía abrigaban cuantos conocían lo gastado y endeble de su constitución.»

Enamoradizo, ciego por las distracciones y el bullicio, como suelen ser los que, faltos de nervio en el carácter, se encuentran mal á solas y necesitan sin cesar algo que los redima de sí propios, Felipe IV les parecía á sus vasallos un príncipe de funestos destinos; y la gente ti-

¹ D. Francisco Silvela , en el *Estudio histórico* con que encabezó la magnífica edición de las *Cartas* de la Venerable á Felipe IV.

morata, escandalizada por las aventuras del Rey, dió en atribuir á tales flaquezas la cólera del cielo y los desastres de España. Refiere Pellicer en sus *Avisos*, que yendo Su Majestad en la Octava del Santísimo acompañando á la procesión, se le puso delante un labrador (uno de esos *hombres sencillos* que hoy salen á relucir en las novelas rusas), y clamó en voz alta: «Señor, esta monarquía se va acabando, y quien no lo remedie, arderá en los infiernos.» No estaba tan dormida la conciencia de Felipe, ni era su alma de plomo tan vil que no sintiese á par de muerte los infortunios públicos; y si por deficiencias de voluntad dejaba ir los sucesos al hilo del impulso ajeno, también á fuer de cristiano y de hijo del rey más devoto entre cuantos ocuparon el solio español, convertía de vez en cuando los ojos á la Providencia, esperando conseguir, por medio de arrepentimientos y propósitos morales, no la propia salvación (que esto sería natural), sino la del reino.

Volaba por entonces la fama de la monja de Ágreda, de su ciencia infusa, de sus visiones, éxtasis, arrobos y vuelos de espíritu; corrían en voz baja noticias de que la VIRGEN en persona guiaba su pluma y le comunicaba saber portentoso, asombro y confusión de los maestros en sagradas letras.—Llegó este crédito y nombre de la Venerable á oídos del rey, el cual, yendo de jornada para Zaragoza, deseó ver á la sierva de Dios, por si detrás de aquellas rejas y velos—pues la Madre le recibió con el rostro tapado—estaba la salvación ó siquiera el alivio de las aflicciones de su reino. Cabalmente la monja pensaba en ellas muy á menudo; bajo su áspero sayal de franciscana latía un corazón de patriota. Lea el que lo dude lo que el P. Samaniego, biógrafo de sor María, nos refiere tocante á sus visiones, visiones en que creía sorprender á los demonios reunidos en conciliábulo contra la Iglesia, y *contra España principalmente*. Española neta, la quitaban el sueño los triunfos de la herejía, y en la

soledad de su convento la perseguía la idea de que no podía ser cosa natural la rápida ruina de una monarquía tan poderosa como la hispana. Pensando en esto, «se le deshacía el corazón con la pena de lo presente y temor de lo futuro».

Mas no cabía en su generoso ánimo levadura de ambición, ni sombra de engrimiento por la visita regia, ni por la constante amistad y filial veneración que desde entonces debió al monarca. «Sor María (dice el historiador antes citado) fué ante todo y sobre todo un espíritu sincero y convencido, que mantuvo en constante sujeción afectos y pasiones, subordinándolos á un ideal de perfeccion al que ajustó con inquebrantable constancia vida, palabras y obras, y permaneció ajena á toda intriga ó personal ingerencia en sucesos políticos, á despecho de las facilidades que le brindaron las circunstancias, y de los intentos que para utilizar su influencia en el ánimo del rey, descubren en más de una ocasión amigos y allegados.» En efecto: ningún austero filósofo, de

:

esos que aspiran á hacer de su cuerpo vaso de elección y de su espíritu foco de luz, ha ejercido sobre sí propio más dominio que María de Ágreda. De ella pudo decir sin hipérbole el mismo Samaniego, en su curioso *Prólogo Galeato á la Mística Ciudad de Dios*, que poseyó una índole egregia, un corazón dilatado, generoso, fiel, con natural oposición á toda hazañería ó parvulez mujeril. Fué, en suma, un alma grande, con aquel género de grandeza moral que consiste en practicar á rajatabla lo que se cree, logrando la perfeccion : grandeza la más absoluta, que distingue al *Santo*.

Sólo un santo, en realidad, escribe con tanta sencillez como María de Agreda la noticia de su primer entrevista con el rey. «Pasó por este lugar y entró en nuestro convento el rey nuestro Señor, á 10 de Julio de 1643, y dejóme mandado que le escribiese. Obedecíle, y en seis ó siete cartas le dije que oyese á los siervos de Dios, y atendiese á la voluntad divina, que por tantos caminos se le ma-

nifestaba, y también supliqué á S. M. que mandase quitar los trajes profanos, como incentivo de los vicios; ofrecle las oraciones de la comunidad y las propias mías; pedíle *obligase al Altísimo, mejorando y perfeccionando las propias costumbres.*»

He aquí el pensamiento dominante de la consejera con sayal: que el rey se hiciese grato á Dios, á fin de que Dios no nos tratase como al pueblo hebreo, al cual echó peste por los deslices de David. Conformes andaban sus propósitos y los del citado rey, quien le escribía: «El mayor favor que podré recibir de su bendita mano (la de Dios) es que el castigo que da á estos reinos me lo dé á mí, pues soy yo quien lo merezco y ellos no, que siempre han sido y serán verdaderos y firmes católicos.»

Generalmente, los avisos y enseñanzas de la monja al rey llevan un fin ético: ella quiere el bien, la pureza, la rectitud, la justicia: de contemporizar y transigir entiendo poco: se inclina al rigor, porque

nota en Felipe tendencia á la blandura, y á veces su integridad le dicta rasgos de perspicacia, como cuando escribe: «V. M. y sus reinos están pobres, y todos los que andan en la masa, prósperos y ricos». Observación que demuestra cuán inveterados son en España ciertos inconvenientes que hoy atribuimos al sistema parlamentario.

No abundan, sin embargo, en las cartas de la venerable Madre hábiles ardidés de política á lo humano. Sus advertencias se enderezan siempre á un fin que trasciende de la política. «Procure V. M. quitar á Dios de la mano el azote.» «V. M. abrace las muchas tribulaciones que el Todopoderoso le envía.» «Muy poderoso espero ha de ser para todo el asentar la definición del Misterio de la Concepción de la Reina del cielo.» «Á la Reina del cielo hemos de poner por intercesora, medianera, abogada y restauradora de esta monarquía.» Así se expresa á cada paso la Madre, contestando á las lamentaciones y quejas del monarca que le par-

ticipa los reveses de nuestro ejército y las angustias del Erario. No conozco muchas lecturas que á la larga causen impresión más melancólica que el diálogo de la monja y el rey, donde cada frase es una elegía á la pérdida de España. La monja sufre, no pudiendo comunicar al feble monarca la valentía y resolución que en su pecho femenino se anidan. Pero ella, pobrecilla, ¿de qué medios dispone para auxiliar á la patria? Sólo de la oración, que es á veces una proyección enérgica de la voluntad. — Cuando sabe que los franceses tienen sitiado á Rosas, la española llena de fe, la santa, se postra rostro contra tierra, abiertos los brazos en cruz, pidiendo misericordia. No posee más armas, y, sin embargo, sus deseos llegan adonde declara con sublime energía en otra carta: á derramar su sangre entre atroces tormentos. Suplica al rey, «puesta á sus pies», que no se descuide, que no deje de artillar y fortificar las plazas, que no se fíe de malos ó ineptos servidores, que se «vista de celo y forta-

leza », porque el Señor « también quiere que obren las causas segundas , y que nos cueste trabajo lo que tanto importa ».

Bien se puede aconsejar á un rey con más trastienda y astucia , atendiendo á la flaqueza humana ; pero no escribir un tratado de política en tono más digno y noble que el epistolario de la franciscana de Ágreda. Ni un punto desfallece su pluma ó decae su estilo al par respetuoso y severo, en el cual se trasluce afecto maternal hacia el bondadoso monarca , y pena incurable al encontrarle mejor provisto de buenas intenciones que de resoluciones robustas y vivideras. Á veces llega á rendir el espíritu de sor María la inutilidad de sus esfuerzos , y entonces, desahogando en el seno de la amistad su desaliento, exclama : « Todos están ciegos, y yo no puedo hacer nada sino llorar y afligirme y escribir claro , y es hablar con un roble y un diamante. »

Me he detenido algo en las *Cartas*, por ser ellas lo que hoy más se recuerda y cita entre los escritos de la Venerable.

La lujosa edición y el concienzudo estudio preliminar de Silvela, el interés que actualmente despiertan los documentos históricos relativos al conocido período de los Austrias, son parte á que se olvide la *Mística Ciudad*, obra donde la monja puso todo su conato de escritora mística y de pensadora repleta de doctrina.—Dos razones hay para que sor María de Agreda no disfrute toda la nombradía que le corresponde como maestra insigne del habla española, y los ¿historiadores? de nuestra literatura no la citen. La primera razón es que la gloria de Santa Teresa nubla y eclipsa la de las demás escritoras, como la de Isabel la Católica, en cuanto reina, desluzca á las otras mujeres que ocuparon el trono, sin exceptuar ni á Blanca de Castilla. Con Santa Teresa no se puede luchar.

No porque la Venerable carezca de méritos singularísimos. Su conocimiento é interpretación de las Escrituras; la comprensión y delgadeza con que trataba los puntos más arduos y escabrosos de la teo-

logía escolástica, usando (dice el jesuita Andrés Mendo) términos tan ajustados como si hubiese cursado en las escuelas; su doctrina celestial para hallar á Dios y seguirle por las vías purgativa, iluminativa y unitiva; su fundamento en las enseñanzas de Santo Tomás y Escoto, cuyas sutilezas eran para ella transparentes; su iluminación, en fin (tomando esta palabra sospechosa en el sentido puro é intelectual que le atribuyen San Buenaventura y San Dionisio), hacían de la pobre reclusa de Ágreda maravilla viviente; y en fuerza descriptiva y destreza de la pluma, á nadie tiene que envidiar.

Pero Santa Teresa posee un encanto personalísimo, una efusión angelical, un rayo de poesía y de amor que á ella sola fué otorgado. Quien recuerde los retratos de la Doctora de Ávila, y los compare al grabado de Maura que adorna el primer volumen de las Cartas, y representa con escrupulosa fidelidad á la Venerable de Ágreda, comprenderá al punto la diferencia, el contraste más bien entre am-

bas esclarecidas hembras. Santa Teresa y la Venerable son los dos polos del catolicismo, amor y dogma; amor que cree, que siente, que quema, que se derrama en efusiones inefables; dogma que es razón pura alumbrada por la fe; ejercicio de la mente volando en alas de la gracia por las más elevadas regiones de la teología. El corazón de Santa Teresa arde y se derrite; el sentimiento de la Venerable flota en aquella infusión de ciencia que recibió en el monte Randa el mártir Lull. La carmelita es una mística, la franciscana una teóloga.

Muy interesante es cotejar sus rostros. El de Santa Teresa irradia vida, dulzura y pasión; el de la Venerable es severo, abstraído, y tiene por ojos dos anchos abismos de meditación é inteligencia. Su faz alongada, su frente, que bajo la toca monjil se adivina despejada y majestuosa, como templo de la magnanimidad, su nariz de seguras y enérgicas líneas, su boca meditabunda y grave, componen una fisonomía varonil por la fuerza que

logía escolástica, usando (dice el jesuita Andrés Mendo) términos tan ajustados como si hubiese cursado en las escuelas; su doctrina celestial para hallar á Dios y seguirle por las vías purgativa, iluminativa y unitiva; su fundamento en las enseñanzas de Santo Tomás y Escoto, cuyas sutilezas eran para ella transparentes; su iluminación, en fin (tomando esta palabra sospechosa en el sentido puro é intelectual que le atribuyen San Buenaventura y San Dionisio), hacían de la pobre reclusa de Ágreda maravilla viviente; y en fuerza descriptiva y destreza de la pluma, á nadie tiene que envidiar.

Pero Santa Teresa posee un encanto personalísimo, una efusión angelical, un rayo de poesía y de amor que á ella sola fué otorgado. Quien recuerde los retratos de la Doctora de Ávila, y los compare al grabado de Maura que adorna el primer volumen de las Cartas, y representa con escrupulosa fidelidad á la Venerable de Ágreda, comprenderá al punto la diferencia, el contraste más bien entre am-

bas esclarecidas hembras. Santa Teresa y la Venerable son los dos polos del catolicismo, amor y dogma; amor que cree, que siente, que quema, que se derrama en efusiones inefables; dogma que es razón pura alumbrada por la fe; ejercicio de la mente volando en alas de la gracia por las más elevadas regiones de la teología. El corazón de Santa Teresa arde y se derrite; el sentimiento de la Venerable flota en aquella infusión de ciencia que recibió en el monte Randa el mártir Lull. La carmelita es una mística, la franciscana una teóloga.

Muy interesante es cotejar sus rostros. El de Santa Teresa irradia vida, dulzura y pasión; el de la Venerable es severo, abstraído, y tiene por ojos dos anchos abismos de meditación é inteligencia. Su faz alongada, su frente, que bajo la toca monjil se adivina despejada y majestuosa, como templo de la magnanimidad, su nariz de seguras y enérgicas líneas, su boca meditabunda y grave, componen una fisonomía varonil por la fuerza que

expresa, y que parece un pensamiento vestido de carne mortal, y ansioso de retornar á bañarse en luz increada, en la patria de los espíritus. En las facciones de Santa Teresa hay una especie de alegría entusiasta, y la Venerable, al contrario, diríase que reprime, con el vigoroso esfuerzo de su alma grande, un dolor perpetuo. Acaso esta diferencia consista en haber tocado á las dos escritoras vivir en épocas tan distintas como en los siglos xvi y xvii.

Santa Teresa vió lucir en todo su esplendor el sol de la gloria patria, y casi alcanzó la hora más bella de nuestra historia y de nuestra literatura. La Venerable escribe ya cuando se ha consumado nuestra desdicha política, y á la vez el estrago y ruina de la admirable lengua que hablaban los vencedores de Cerinola y Otumba: ruina iniciada por la elegante *deliquescencia* de Rivadeneyra y rematada por los Ledesmas, Gracianes, Góngoras y Paravicinos. Bien se puede considerar fruto sorprendente de la gran

nobleza y rectitud de la Venerable (pues la honradez del carácter suele comunicarse al estilo) el que no pagase mayor tributo del que pagó al culteranismo y al conceptismo reinantes.

Así y todo, el ornato barroco y el exceso de doctrina teológica me parecieron ser el segundo motivo de que hoy no se lea y aprecie la obra maestra de la Venerable. Mil veces al recorrerla pensaba yo que era gran lástima desapareciesen bajo el follaje y la balumba de tanta demostración y sutileza piadosa los encantos y primores de una narración como la que propiamente constituye la *Vida de la Virgen*, contada por la Venerable. Sus episodios se me ofrecían revestidos de la tierna dulzura de un lienzo murillesco ó el ingenuo realismo y la mística inocencia de una tabla de Mantegna. Porque la Madre, puesta á describir, lo hace de lleno, como artista,—véanse las graciosas escenas de la infancia de la Virgen, de los celos josefinos, de la circuncisión; véase la terrible pintura de la flagelación de

Cristo, que ella sola acredita la plástica energía de tan admirable pluma.—En los cuadros de la vida de la Virgen trazados por sor María de Jesús, á veces diríase que oímos sonajas y rabeles de fresco villancico aldeano, y otras resuena el acorde misterioso de las arpas celestiales.

Prendada de estas hermosuras, juzgué que no sería desacato atreverme á poner las manos en la obra de sor María, segregando lo que hoy no interesa á la mayoría del público, y aislando y conservando lo que en realidad puede considerarse verdadero relato de la vida de la Virgen María, Madre del Verbo.—Con una vida de la Virgen quería yo encabezar esta biblioteca: ninguna más propósito que la escrita con pluma de oro por una escritora española, no sólo digna de ponerse al lado de Rivadeneyra por la delicadeza y tersura del estilo, sino de servir de modelo á los varones por sus prendas de carácter y la pureza de su alma. Estudiemos en sus obras alma tan se-

lecta, y aprendamos de ella, como dice el biógrafo Samaniego, «composición de apetitos, desprecio de las cosas terrenas, estima de las divinas, olvido de lo temporal, atención á lo eterno, muerte de lo imperfecto, vida de las virtudes, aliento para emprender cosas grandes, y aumento grande del amor divino». Y advierto á los que necesitan que se les pongan sobre las *les* unos puntos tamaños como obleas, que todo esto no lo digo en sentido místico solamente, y que si la Venerable de Ágre-da es para los católicos una santa, para cualquiera es una mujer de las que rara vez producen los siglos.

Considerándolos desde el punto de vista especial de esta Biblioteca, el carácter y dotes de la Venerable son argumento poderosísimo en favor de su sexo, (al cual, como á los indios del Nuevo Continente, se ha pretendido negar hasta la racionalidad.)—Nadie que lea el *Epistolario* de la Venerable y compare al rey sensual y voluble con la austera monja, podrá menos de lamentar que la corona de España, en

vez de ceñir las sienas de Felipe IV, no rodease las de la magnánima reclusa. La firmeza, la previsión, el señorío de las pasiones, estaban de parte de María.— Los biógrafos admiradores de la monja anduvieron muy atareados al querer compaginar la debilidad é inferioridad del sexo femenino y la robustez moral, ciencia y enseñanza que descubre la *Mística Ciudad de Dios*, de donde extraigo la presente *Vida de la Virgen*. Este problema imaginario inspiró á Samaniego uno de los capítulos más notables de su *Prólogo Galeato*, capítulo que se titula «Satisfacción al común reparo del sexo.» Da el grave varón mil vueltas á la dificultad, porque al fin y al cabo «según dicen los filósofos» la mujer es «de más debil y flaco natural, de complexión más húmida, de fantasía más flaca, de apetitos más vivos, de pasiones más ansiosas, de razón menos sólida, de juicio más ligero, de corazón más blando y mudable fácilmente»: (la descripción caería de perlas á Felipe IV). Ya los Padres de la Iglesia—

prosigue el docto religioso—dejaron clasificada así á la mujer : San Isidoro descubre la flaqueza de las hembras en la misma etimología de su nombre (*mulier, mollior*) ; San Crisóstomo las trató de *incautas* ; de *indiscretas* San Gregorio el Grande ; San Isidoro Pelusiotá de *locuaces y curiosas* ; San Ambrosio achacó á la portera del Pretorio la negación de San Pedro ; San Agustín (que era voto en la materia) sentía que la mujer es el más apto instrumento para derribar á los justos, y San Buenaventura catalogó los engaños de las mujeres. Á pesar de argumentos tan poderosos, no se arredra el biógrafo de la Venerable ; ni aun le hace fuerza la sentencia de San Pablo, *mulieres in Ecclesia taceant*, pues sabe por el cardenal Belarmino poder dispensarse esta prohibición, como se ejecutó con Santa Catalina de Siena : *sed haec privilegia non faciunt legem*.

Al ejemplo de Santa Catalina de Siena agrega Samaniego otros muchos, de mujeres del Antiguo Testamento que pose-

ieron el don de profecía, y de las que se hallaban en el Cenáculo cuando bajaron el día de Pentecostés sobre ellas, al par que sobre los Apóstoles, las lenguas de fuego del Espíritu Santo. «Las mujeres—añade el biógrafo—como son con el varón de una misma naturaleza, son igualmente capaces de los mismos dones de la gracia. No es Dios aceptador de personas....» «Ni para esto embaraza la flaqueza del sexo; pues, como dijo bien Orígenes, el mérito, ó mayor disposición para recibir estas gracias, no está en la diversidad de él, sino en la mayor pureza de la mente, y la hazaña de purificar la mente no la obra el sexo sino la virtud, y es cierto que en la virtud se puede adelantar la mujer al varón.» ¡Dichosa y merecedora de eterna alabanza la mujer que dió ocasión á que se estampasen y propugnasen tales doctrinas!





UN DRAMA PSICOLOGICO

EN LA HISTORIA.

(JUANA LA LOCA, SEGÚN LOS ÚLTIMOS DOCUMENTOS 1.)

DESDE que pasé por Tordesillas y vi el lugar donde cuentan que se alzaba el palacio, residencia ó prisión de Juana de Castilla durante medio siglo, la imagen de la hija de Isabel la Católica ocupaba mi imaginación. Hoy, leídos los ricos y nuevos documentos que encierra el libro del docto bibliotecario de la Academia de la Historia, se destaca con tanto relieve el carácter de la triste Reina, como el de la heroína de un poema escrito por profundo psicólogo que fuese á la vez sobe-

1 Este artículo se funda principalmente en el notabilísimo y voluminoso libro que acaba de ver la luz: *La reina doña Juana la Loca, estudio histórico, por Antonio Rodríguez Villa, individuo de número (electo) de la Real Academia de la Historia.* Adviértese para evitar continuas citas.

rano dramaturgo.—En una palabra: Juana la Loca sería la más conmovedora y sublime de las heroínas de Sakespeare, si este semidiós literario no hubiese reservado su musa para narrar los infortunios (menos trágicos) de otra hija de los Reyes Católicos: Catalina de Aragón la repudiada.

Doña Juana de Castilla nació bajo venturosos auspicios, en las gradas del trono más excelso de la cristiandad.—Se desvivía Isabel la Católica por adornar á sus hijas con todo primor de educación, y además de las habilidades femeniles, como labrar, bordar, coser, les dió la cultura refinada de princesas del Renacimiento. Desde sus primeros años contrajo Doña Juana esa vehemente afición á la música que suele observarse en las almas apasionadas y líricas, de suerte que lo último que reservó de su grandeza, cuando iba despojándose de todo, fueron los cantores de su capilla: de los inventarios de su mobiliario, que en Simancas se conservan, forman parte un llaviórgano, un mo-

nacordio, una vihuela metida en su caja «de cetí carmesí».—Sábase que la Princesa era versada en letras humanas y que hablaba corrientemente el latín con Luis Vives, aquel filósofo que, en su *Institución de la mujer cristiana*, sustituye el culto de Dios con la idolatría del marido. ¡Devoción bien funesta á doña Juana de Castilla!

Atento siempre á la razón de Estado, ley de su conducta, concertó el prudente monarca Fernando de Aragón, llamado el *Católico*, las bodas de su primogénito el Príncipe Don Juan con la Princesa Margarita de Austria, y de la Infanta Juana con el Archiduque Felipe, hijo de Maximiliano, Emperador de Alemania y Rey de romanos.—Tardó en cerrarse la negociación, pero finalmente la diplomacia la condujo á puerto. Juana y el Archiduque (de la otra pareja no tenemos para qué tratar) trocaron las enfáticas epístolas en latín, usuales entre regios prometidos, y de allí á poco se embarcaba la Princesa en Laredo con rumbo á Flandes, llevando de

escolta una escuadra compuesta de ciento veinte navíos de alto bordo y tripulada por quince mil hombres escogidos, al mando de Don Sancho de Bazán: «porque habían de pasar por el mar de Francia, y se temían» advierte la crónica.— No faltaba requisito: en el séquito de la Infanta iban obispos, capellanes, mayordomos, coperos, trinchantes, tesoreros, maestresalas, el interminable desfile de alta y baja servidumbre palaciega, amén de muchas camareras y damas de honor; y dos carracas genovesas cargadas de mercancías encerraban la soberbia *recámara*, ó, como diríamos hoy, las vistas, galas y *trousseau* de la novia. No habían de desplegar menos pompa y boato al desposar á su hija los mayores soberanos del mundo. Isabel la Católica, después de pasar dos noches, embarcada, al lado de Juana, se había despedido de ella con muchas lágrimas, temerosa de no verla más.

Comenzó la navegación, y á la primer ráfaga de brisa marina que hín-

chó las velas impulsando á las naves, debió de latir con delicioso miedo el corazón de la virgen. Iba hacia lo desconocido, y lo desconocido era el ser casi divino, rey absoluto del alma femenil: el *esposo*: aquel cuyo aliento, aunque fétido, ha de oler á rosas, según Vives, para la mujer cristiana.—Las enseñanzas de la honesta madre; la doctrina del sabio maestro; los preceptos de la religión; todas las voces que oye la niña como bajadas del cielo mismo, se unían para decirle: «Ama, adora, venera al que va á estrecharte en sus brazos.»—Augurio funesto: una deshecha borrasca embistió contra la armada española: hubo que acogerse á Portland; perdiéronse algunos barcos: tragaron las olas el equipo y preciosa recámara, y así maltrecha y mermada llegó la flota á tierra holandesa.—El esposo no aguardaba á la esposa. Felipe hallábase con su padre en el Tirol, y tarde, mal y arrastro, como suele decirse, y con menguado séquito, se determinó á reunirse á su tímida prometida. Hizolo al

fin en Lila, donde el desposorio se verificó, y, añade el cronista con la crudeza propia de la época: «esa misma noche consumaron el matrimonio». Juana tenía diez y siete años de edad.

Mientras comían los Archidukes el desabrido pan de las bodas, los españoles de la comitiva de Juana perecían de frío y de necesidad en las glaciales playas donde abordaron. Juana no tenía ya ojos ni pensamiento sino para Felipe. Lo que comenzara el deber completáralo la naturaleza, adornando á Felipe con las prendas que roban la voluntad. Era muy gentil y apuesto (por el *Hermoso* le conoce la historia), de genio alegre y bullicioso, amigo de fiestas, justas y torneos; ardoroso en el placer, de despiertos sentidos y frío corazón.—Poco después de su enlace ya no daba á Juana ni un escudo de los veinte mil con que tenía asentado sostenerla, y los Reyes Católicos principiaban á temer fundadamente por la ventura doméstica de su hija y por los resultados políticos de la alianza, pues Felipe trataba paces con el

rey de Francia sin tener en cuenta la voluntad y consejo de Fernando de Aragón, ni aun del mismo Maximiliano.—Para saber noticias de la joven pareja, hubieron de despachar los Reyes á un fraile, emisario sagaz y adicto, el cual les mandó que la señora Archiduquesa estaba «tan gentil y tan hermosa y tan gorda y tan preñada, que si Vuestras Altezas la viesen habrían consolación». Lo que lamentaba el fraile era la inhospitalaria tacañería flamenca: «Sepan V. A. que aquí no dan de comer á hombre del mundo; de manera que si V. A. entienden que me tengo de detener aquí algún día, según los gastos de aquí, es menester me manden proveer.» Ni aun los sueldos de los españoles que componían el servicio de la Archiduquesa se pagaban, y los infelices expatriados se quejaban de la pasividad de Juana, apartada por completo de la gobernación de su casa misma. Asegura el fraile que tan atemorizada la tenían, «que no podía levantar cabeza», y que vivía en tanta necesidad, «que no alcanza

fin en Lila, donde el desposorio se verificó, y, añade el cronista con la crudeza propia de la época: «esa misma noche consumaron el matrimonio». Juana tenía diez y siete años de edad.

Mientras comían los Archiduques el desabrido pan de las bodas, los españoles de la comitiva de Juana perecían de frío y de necesidad en las glaciales playas donde abordaron. Juana no tenía ya ojos ni pensamiento sino para Felipe. Lo que comenzara el deber completáralo la naturaleza, adornando á Felipe con las prendas que roban la voluntad. Era muy gentil y apuesto (por el *Hermoso* le conoce la historia), de genio alegre y bullicioso, amigo de fiestas, justas y torneos; ardoroso en el placer, de despiertos sentidos y frío corazón.—Poco después de su enlace ya no daba á Juana ni un escudo de los veinte mil con que tenía asentado sostenerla, y los Reyes Católicos principiaban á temer fundadamente por la ventura doméstica de su hija y por los resultados políticos de la alianza, pues Felipe trataba paces con el

rey de Francia sin tener en cuenta la voluntad y consejo de Fernando de Aragón, ni aun del mismo Maximiliano.—Para saber noticias de la joven pareja, hubieron de despachar los Reyes á un fraile, emisario sagaz y adicto, el cual les mandó que la señora Archiduquesa estaba «tan gentil y tan hermosa y tan gorda y tan preñada, que si Vuestras Altezas la viesen habrían consolación». Lo que lamentaba el fraile era la inhospitalaria tacañería flamenca: «Sepan V. A. que aquí no dan de comer á hombre del mundo; de manera que si V. A. entienden que me tengo de detener aquí algún día, según los gastos de aquí, es menester me manden proveer.» Ni aun los sueldos de los españoles que componían el servicio de la Archiduquesa se pagaban, y los infelices expatriados se quejaban de la pasividad de Juana, apartada por completo de la gobernación de su casa misma. Asegura el fraile que tan atemorizada la tenían, «que no podía levantar cabeza», y que vivía en tanta necesidad, «que no alcanza

un maravedí para dar de limosna». La anulación política y doméstica de Doña Juana había principiado; pero la Archiduquesa engruesaba y lozaneaba, y, en suma, era feliz, porque poseía ó imaginaba poseer el conyugal afecto y correspondencia de Felipe. Había dado á luz á la Infanta Leonor, y llevaba en su seno al futuro Carlos V.

Mientras tanto la muerte, ensañándose con la progenie de los Reyes Católicos, aproximaba á las sienas de Juana la corona. El principito Don Miguel, última esperanza de los Reyes Católicos, fallecía en Granada, y la Archiduquesa se encontraba de improviso Princesa de Asturias y heredera del trono. Apremiábanla sus padres para que viniese á ser jurada, y ella no acababa de determinarse, pues «en ninguna manera quería venir sin su marido, por lo mucho que le quería». Abrigaba el Archiduque cierta prevención contra la honrada y severa corte de Castilla, y en general contra esta tierra que había de ser su tumba, y tardó bas-

tante en resolverse á emprender la expedición. Fué entonces cuando Juana tuvo uno de los destellos de carácter que á largos intervalos revelaban á la hija de Isabel la Católica. Sucedió que al pasar por París los Archiducos, pretendió el rey de Francia le prestasen vasallaje á título de condes de Flandes, y les envió cierta moneda, para que se la ofreciesen en señal de feudo. Accedió servilmente Felipe, mas Juana se irguió altiva, negándose á pechar, sin que en esta ocasión pudiese nada con ella el inmenso ascendiente del esposo.

Llegados á España y jurados por príncipes herederos, no tardó el Archiduque en dar muestras de impaciencia y hastío, procurando á toda costa disponer el regreso á Flandes. Sus suegros se oponían, y le representaban el adelantado embarazo de Juana, el peligro á que la exponía con el dolor de la separación: mas aunque la princesa « no hacía sino gemir y llorar », Felipe puso por obra su deseo. Quedó Juana con la partida sin luz en los

ojos, abrumado de melancolía el espíritu. No quiere á veces la pasión notar frialdades; pónese venda, pero la venda transparente, y nadie consigue engañarse á sí propio. Juana cayó en hondo abatimiento. Sus tiernos padres la querían distraer y divertir como á una niña con los regocijos y fiestas que celebraron su alumbramiento, y en que hasta la plática del bautizo fué un sermón jocoso, «de alegrías y alabanzas»; mas el dolor crecía, y el estado de Juana era de suerte, que un día la reina Isabel enfermó *de verla*: así lo declaran los físicos de Cámara, en carta dirigida al Rey, pintando á la Archiduquesa con estos colores: «La disposición de la Señora princesa es tal, que no solamente á quien tanto va y tanto la quiere deve dar mucha pena, mas á cualquiera aunque fuesen extraños; porque duerme mal, come poco, y á veces nada, está muy triste, y bien flaca. Algunas veces no quiere hablar; de manera que, así en esto como en algunas obras que muestran estar trasportada, su en-

fermedad va muy adelante.» No eran los recursos de la medicina, ni tal cual se practicaba entonces ni tal cual se entiende hoy, los que podían sanar al alma «llagada y ferida de punta de ausencia».

Llegó un instante en que la angustia de la separación y la protesta contra el absurdo obstáculo de la distancia, que los enamorados suprimen con la voluntad, fueron tan invencibles, que Juana, sin poderse reprimir, salió á pie hasta la última puerta de la Mota, con propósito de irse.... ¿adónde? Ni ella misma lo sabía: adonde la impulsaba la sed de contemplar el amado rostro.... y quizás la naciente y horrible duda.—Observando que cerraban todas las puertas y alzaban el puente levadizo, la Princesa, alteradísima, se puso en la barrera, é insensible, como suelen los dementes, á las impresiones exteriores, permaneció allí, en una garita, sufriendo el riguroso frío, sin consentir abrigarse.—Para sacarla de tan indecente alojamiento hubo de acudir la reina Isabel y prometer á la Princesa que «en viniendo el

rey, su padre, de Aragón, la enviaría con su marido », del cual nunca había pensado separarla.

Corrió así el invierno: llegó la primavera, y renacieron las esperanzas de la enamorada.—En Marzo partía de Medina del Campo, á fin de embarcarse en Laredo. Hasta Mayo esperóse el tiempo propicio, y á fines de este mes, con viento próspero y bonancible mar, la travesía se realizó, llegando en nueve días la Princesa á un puertecillo desviado tres leguas de Brujas. ¡Cómo se le quería salir el corazón del pecho cuando avistó las costas de Flandes! ¡Cuán tumultuoso regocijo, cuán inefable ventura cifrada en el primer abrazo y en la unión ya perpetua!

¿Qué sucedió al juntarse después de tan larga separación Juana y su esposo? Aquí es preciso ceder la palabra al cronista; nadie más elocuente. « Sintió luego Doña Juana la mudanza que en el Príncipe hallaba cerca de su amor, que era bien diferente de lo que con ella solía tener; y

como mujer que amaba en extremo á su marido, procuró de saber qué era la causa de aquello, y como le dicesen que el Príncipe tenía una amiga, mujer noble é muy hermosa y muy querida dél, se em-
braveció en tanta manera que, como una brava leona, se fué donde estaba la amiga; y dicen haberla herido y maltratado y mandado cortar los cabellos á raz del cuero.»

¿Véis el drama? ¿Comprendéis todo su horror? ¿Imagináis lo que pasaría en un alma ya obscurecida por las tinieblas de la ausencia, al alumbrarla con sulfúrea claridad los celos? ¿Os figuráis á la hija de Isabel la Católica, á la dama ilustre, á la reina, pelando á la maiceba? Pues hay algo más cruel: la segunda parte del episodio. Apoyada en su derecho, pensando haber realizado un acto de justicia, Juana contaría con que el infiel viniese á implorar perdón; y ya las ternuras de las paces y la punzante delicia de los nuevos juramentos sonreían á su alma insaciable de cariño.—En vez de

un culpable arrepentido, Juana halló un juez y un verdugo. Al saber Don Felipe el trato dado á su amiga «no se pudo sufrir que no se fuese á la Princesa y la tratase muy mal de palabra, diciéndola muchas injurias, y aun dicen haber puesto las manos en ella. Y como la Princesa Doña Juana era mujer delicada y criada muy sobre sí en poder de su madre, sintió tanto el mal tratamiento que el marido la hizo, que luego cayó maia en una cama, perdiendo casi el juicio.» En las desesperadas horas que siguieron á la catástrofe, Juana debió recapacitar, y, á fuer de legítima enamorada, buscar todo género de argumentos para excusar al amado y acusarse á sí propia. La conciencia social de su época se los ofrecía. Según las doctrinas de Vives, la esposa está obligada á sufrir y llevar en paciencia la infidelidad del esposo; el polígrafo valenciano refiere como rasgo de singular virtud, digno de imitarse, el de una esposa que vivió largos años sirviendo humildemente de criada á la manceba. Juana recordaba tal vez estos

principios, que sancionaban ó cohonestaban por lo menos la conducta de Felipe. Mientras luchaba para sacar á flote los intereses de la pasión, las nuevas del infortunio y afrenta de su hija aceleraban la muerte de Isabel la Católica, y la corona de Castilla recata en las sienes de Juana.

Corrían ya, no sólo en Flandes, sino en España toda, voces de su insensatez, y los pueblos murmuraban y temían, y Fernando de Aragón preveía grandes males para una nación regida ó por una reina maniática ó por un rey frívolo, antiespañol, consagrado únicamente á regocijos, sensualidades y fiestas. Deseaba Fernando recabar de su hija que le confiase la gobernación del reino; y á su vez Felipe tenía á Juana secuestrada, no permitiéndola comunicar con españoles, y el capellán que le decía misa recibiera orden de no cruzar palabra con la que ya era su Reina. Llegó así y todo á oídos de Juana lo que se susurraba de su estado mental; con rara perspicacia miró á su interior, y vió claramente el origen de

la supuesta locura. En carta original y hasta hoy desconocida y dirigida á M. de Vere, embajador de los Archiduques en España, lo dice en términos que infunden compasión. «Mas pues allá me juzgan que tengo falta de seso, razón es tornar algo por mí... Si en algo yo usé de pasión y dejé de tener el estado que convenia á mi dignidad, *notorio es que no fué otra la causa sino celos*; y no sólo se halla en mí esta pasión, mas la Reina mi señora, á quien dé Dios gloria, que fué tan excelente y escogida persona en el mundo, fué asimismo celosa; mas el tiempo sanó á Su Alteza, como placirá á Dios que hará á mí.» Me parece en sumo grado conmovedor y patético este rasgo de la pobre insensata, que se disculpa con el ejemplo de su excelsa madre, y pide perdón por haber amado en demasía, con locura — para decirlo pronto.

Obraron en Don Felipe la ambición y la

1 El Sr. Rodríguez Villa puede gloriarse de su hallazgo: la carta existía en el Archivo del señor duque de Alburquerque.

sed de mando lo que no pudieran las sedudas y continuas advertencias de su suegro, y por fin resolvió venir á España, con tal apresuramiento (propio de la inconsistencia del carácter), que no vaciló en hacerse á la vela en mitad de la estación más cruda. Acompañábale Juana, y al pronto la navegación fue venturosa, hasta que, dejadas atrás las costas de Bretaña é Inglaterra, se encalmó la mar, prendiendo en sus dormidas ondas á la escuadra, y en pos de la calma chicha se alzó viento huracanado, que dispersó los navíos y anegó varios de ellos. Como si no bastase la borrasca, á bordo de la nao capitana de los Archiduques se declaró el incendio, y viéronse suspensos entre dos espantosas muertes.—Entan señalada ocasión, lo mismo que á su primer paso por Francia, cuando rehusó pechar, mostró Doña Juana gallardamente la estirpe de donde venía, y fué sublime como reina y como amante.—Mientras Don Felipe vestía un salvavidas de cuero, inflado de aire; mientras los hidalgos y caballeros

:

se confesaban en alta voz con muchas lágrimas, dando por llegada la última hora, Juana pidió tranquilamente la comida, y buscó con gran serenidad medio ducado entre cien que tenía en una bolsa, diciendo á los que admiraban su presencia de ánimo «que nunca había perecido ahogado ningún rey»; y viendo que el peligro arreciaba, se revistió con sus galas mejores, se cubrió de perlas y cintillos de diamantes, y sentóse entre las rodillas de su esposo, anunciando el propósito de atarse á su cuerpo para morir con él como con él había vivido.... ¡Morir con él....! ¿Qué mayor dicha para Doña Juana?

Aplacado el mar, arribaron á Inglaterra y á las costas de Galicia después: el pueblo de la Coruña agasajó á los jóvenes monarcas, cantándoles himnos en dialecto.—Ni los nobles gallegos ni los leoneses tardaron en notar con extrañeza el secuestro de Doña Juana, y el absoluto predominio del esposo en el gobierno del Estado, cosa tan opuesta á las tradiciones

de los Reyes Católicos. Entretanto Juana, satisfecha con algunas migajas de amor, en cinta otra vez, dejaba gustosa el cetro en manos de Felipe. Fernando de Aragón quería libertar á su hija; mas á buen seguro que si lo consiguiese, Juana clamaría por la adorada esclavitud. Muy fundadas serían las acusaciones del Rey Católico á su yerno, que continuaba «en tener á la dicha serenísima Reyna, mi hija, fuera de su libertad, é muchas veces la ha querido apremiar á que firme cosas contra su voluntad é en mucho perjuicio suyo y destes Reynos, é han pasado é pasan otras cosas con ella en su desacatamiento é deshonor, que no son para oírlas sus naturales; tanto, que si una mujer de un escudero fuese así detenida é tratada, se tenía por muy malaventurada...», ¡pero Juana no se tenía por malaventurada estando cerca de Felipe...!

No contaba el Archiduque con la Providencia, ni con una causa segunda, el clima español, mortífero para los flamencos; clima que en su primer venida á la

Península le avisara llevando al hoyo en pocas horas á su preceptor, el arzobispo Bisuntino.—Vigoroso y sanguíneo, y dado á los ejercicios corporales, el rey Felipe no temió jugar reciamente á la pelota en lugar frío y dejarse resfriar sin cubrirse. Destemplado ya, ocultó su indisposición y salió de caza. Á los pocos días se declaró la congestión pulmonar, complicada con una cuotidiana intermitente, ó calentura perniciosa, si hemos de estar á la relación del médico Doctor de la Parra. El cual añade, al referir los últimos instantes del *Hermoso*: «En las cinco horas que allí estuve, vi á la Reina, mi señora, estar allí contino mandando lo que se hiciese y haciéndolo y hablando al Rey y á nosotros, y tratando al Rey con el mejor semblante y tiento, y aire y gracia que en mi vida vi muger de ningún estado.»

Los testimonios andan acordes en que Juana de Castilla mostró, en los primeros instantes de su viudez, un sentimiento «tan moderado y cuerdo», que ni hizo ex-

tremos ni derramó una sola lágrima. Calma traidora, que, como la del mar en el último viaje, ocultaba la resaca y la impetuosa corriente. Mientras Juana, silenciosa y con las pupilas secas, miraba al esposo muerto, los criados del Archiducado vestían al cadáver ricas galas, ropón de brocado aforrado de armiños, en la cabeza una gorra prendida con deslumbrador joyel, sobre el pecho una cruz de pedrería, en los pies elegantes borcegues á la flamenca.—Ataviado así, yacia en su túmulo el hombre más amado que registra la historia, la cual nos informa también, con su rudeza enemiga de idealizaciones, de que aquel ídolo se daba mucho á mujeres y que era grand comedor y bebedor, ...é cada día ó muchos días procuraba.... haber mozas vírgenes... y traía á la Reyna su mujer presa como cautiva.... andaba muy mal servida y mal vestida. »

Poco tardó en estallar la tormenta. Pasado el período de estupor, despertóse Juana ; su primer impulso fué el natural :

abrazarse con el cadáver, cubrirlo de apasionados besos.... El autor coetáneo que lo refiere añade: «Y creo que hubiese permanecido así abrazada á él por todo el tiempo de su vida, si no la hubiesen separado del cadáver, y aun así, incesantemente pedía la dejaran estar á su lado, siendo preciso llevarla á su cámara, donde estuvo muchos días y noches vestida sin querer acostarse.» Nótese que hasta aquí no hace Juana cosa que no suelen hacer los que pierden á un ser querido. Estos extremos, en los primeros instantes, nadie los toma por indicios de extravío mental, sino por legítimos desahogos. ¡Cuán necesarios son al espíritu humano los beneficios de la inconstancia! (no quiero decir *Inconstancia amorosa*, sino de *ideas*). ¿En qué se diferencia Juana de Castilla de las demás honestas viudas que riegan con llanto los despojos de su compañero? En que éstas, derramada la aflicción, vuelven á la sociedad, se interesan por ella, recobran sus quehaceres, aceptan otros pensamientos,

y no sólo van consolándose, sino que pueden conseguir el olvido.... Juana permanece inmóvil en el dolor, que como la estrella polar al navegante, marca rumbo á su vida. Para ella la sucesión del tiempo, concepto abstracto y sin realidad positiva, tampoco tiene virtud curativa del dolor: lo que sucedió, sigue sucediendo. La fuerza de su amor da á una sola idea de Juana valor de *idea divina*, siempre presente. Verdad que esta idea suprime las restantes, observación que explica la belleza poética del carácter de Juana, su unidad, su interés para el dramaturgo, para el novelista y para el psicópata.

El autor ya citado, que describe á Juana abrazada con el cadáver del Archiduque, estima esa persistencia de sentimientos como síntoma de alienación. Hablando de los celos de Juana, dice lo siguiente: «Cayó la buena Reyna en tales celos, y de tal manera, que jamás ha sabido ni podido salir de ellos, continuando así por tanto tiempo que este achaque le ha quedado como una mala costumbre, llegando

hasta el delirio amoroso, cólera excesiva é inextinguible, de tal suerte, que en tres años no ha disfrutado del menor bien y reposo, bien así como si fuera una mujer condenada ó fuera de sentido.»

Más tenaz, si cabe, el sentimiento póstumo, había de llenar toda la existencia de Juana. En medio de su tribulación, quizá sintió la gran enamorada un extraño género de consuelo; ya era suyo, y suyo solo, el galán con tal coquetería ataviado para la tumba. Los celos no la torturarían más; los apagados ojos de Felipe no volverían á posarse en el rostro de otra mujer.—Segura ya de no repartir con nadie, Juana á su vez pensó en vestirse y adornarse para el esposo muerto, y tan pronto como supo que habían llevado el cadáver de su marido á la Cartuja de Miraflores, quiso ir á ella, y se hizo preparar trajes de duelo, nuevos todos los días, hechos á su capricho, á veces en forma de hábito de religiosa». No podía resignarse á que le ocultasen el adorado cuerpo las cuatro tablas del ataúd; su ávida pasión

no quería otorgar á los pobres restos el descanso de la sepultura; apenas llegada á Miraflores, dirígese á la fosa sepulcral, manda abrir el sarcófago, romper el plomo y la madera, rasgar las telas enceradas y embalsamadas; con sus manos descalza al cadáver, y aplica á los pies desnudos y rígidos sus labios abrasados de calentura. Tanto tiempo estuvo así, que fué preciso apartarla casi por fuerza; desde aquel día volvió todas las semanas á repetir igual demostración. Habiendo resuelto trasladar el cadáver de Burgos á Granada, púsose en camino, acompañando al féretro, y dondequiera que el cortejo se detenía, volvía Juana á devorar á besos los helados pies... Empezaba á cumplirse el siniestro vaticinio de la agorera sibila celta * que anunciara al apuesto garzón, hechizo de las damas parisienses, que «más caminos y más tiempo había de andar por Castilla muerto que vivo».

* Dicen que «una vieja gallega» fué quien dió á Don Felipe este aviso.

En tanto que la Reina sólo atendía á la tragedia interior, políticos y ambiciosos no la perdían de vista, deseando aprovechar las circunstancias. Lo primero, se pensó en dar nuevo esposo á la que no cesaba de llorar al antiguo. Los grandes de Castilla, recelando la ingerencia del monarca aragonés, ofrecían á Doña Juana la mano de distintos magnates muy ilustres. Por su parte, Fernando de Aragón, hábil siempre, gestionaba el matrimonio de su hija con el Rey de Inglaterra, y Catalina de Aragón, Princesa de Gales, escribía á su hermana cartas persuasivas, insinuando con suavidad femenil que, antes de fallecer Don Felipe, ya andaba prendado de Juana el inglés.—Tan diestras combinaciones fracasaron; la diplomacia de Fernando tropezó en un corazón. Escribía el Rey Católico con tal motivo al doctor Puebla: «Habéis de saber que la dicha Reina, mi hija, trae de continuo consigo el cuerpo de su marido, que Dios haya, y antes de mi venida nunca pudieron acabar con ella que lo sepultase,

y después de yo venido ha mostrado que desea que el dicho cuerpo no se entierre...., y yo he mandado por un breve á Roma por ver si aprovechará para que más presto le quiera sepultar...., y en habiéndolo sepultado, yo le tornaré á hablar para saber su voluntad en lo del casamiento....» ¡Proyecto de imposible realización, hasta para un Maquiavelo refinado! Á las proposiciones de los grandes de Castilla, Juana respondió con enojo; con ironía á las de su padre, murmurando: «No tan áína.»

Pradilla en un lienzo, Tamayo en un drama, intentaron expresar la aterradora poesía de la lúgubre odisea de una demente de amor, en compañía de un muerto, al través de las áridas llanuras y los yermos despoblados de la tierra castellana. Grandes artistas son de seguro Tamayo y Pradilla, pero el asunto sobrepuja á su inspiración. Lo repito: sólo Shakespeare podría dar forma en las regiones del arte á Doña Juana la Loca. No encuentro en el libro que me sirve de

base para este artículo ningún documento que se refiera á los celos de ultratumba; la repugnancia á posar el cadáver en convento de monjas. Si este rasgo pertenece á la leyenda, creación de la fantasía popular, afirmemos que el pueblo es un inimitable poeta, y que sólo él sabe expresar en un detalle la síntesis de un alma.

Muchos meses hacía que duraba la súnebre peregrinación, caminando de noche, « porque no deben ser vistas las viudas », cuando logró el Rey Católico que Juana se asentase en Tordesillas, y concluyese aquel viaje fantástico y horrendo, digno de las baladas de Bürger. La Reina se alojó en el palacio—que no existe ya—y el cuerpo de Felipe halló descanso en la iglesia del monasterio de las Claras (dato contradictorio á la leyenda). He descrito hace tiempo este monasterio de las Claras, que debió su fundación á otro amor de filtro y brujería, el del rey Don Pedro por María de Padilla la morena: bajo las caladas bóvedas de oro del

señorial convento se alzó el túmulo, de modo que la Reina pudiese verlo, dice Pedro Mártir, desde sus ventanas (lo cual respondo de que era imposible si el palacio se alzaba en el lugar que indican hoy los moradores de Tordesillas, pero surongamos que estaría en otra parte). Allí sosegó Juana los impulsos erráticos, sin moderar la vehemencia del dolor: allí hubo de vivir *cuarenta y siete años*, cada vez más absorta y fuera de sí, cada vez más embebecida en el misterioso coloquio de ultratumba, y, dice el cronista «tan agena de quererse ocupar en ningún género de negocios, ni en vida del Rey su padre ni después en todo el tiempo que reinó su hijo, que más se pudo contar por muerta».

Así corrieron días y meses. Ninguna variación, ningún suceso extraordinario en aquella existencia monotonía por fuera, y por dentro rica y vehemente, desequilibrada y febril. Allí en lo que debían ser los reinos de Doña Juana, los acontecimientos se empujaban, crecía el

siglo, y en apresurada marea ascendía el Renacimiento; espiraba envuelto en los sangrientos guiones de Cerinola y Garelano el Gran Capitán, no tardaba en seguirle á la tumba el Rey Católico, semi-emponzoñado por los eróticos brebajes que le propinara Germana de Foix, y abría sus alas en el horizonte patrio el águila doble de Austria, cobijando á Carlos V. La madre del más glorioso príncipe de la tierra era la ilusa de Tordesillas, la que no probaba bocado en sesenta horas, la que dormía en el duro suelo, la que comía en barreñones de barro que arrojaba á la cabeza de sus servidoras, la que, vestida de burel, desgrefñada, con las pupilas dilatadas por la alucinación, revuelto el cabello gris, vivía abrazada á un ataúd.

Un día avisaron á la pobre demente de que sus augustos hijos, llegados de Flandes, pedían licencia para besarla la mano. Juana accedió, y les recibió con indiferencia y dulzura. «¿Sois en verdad mis hijos?» preguntó cuando ellos le tendían los

brazos. No tenía conciencia de su maternidad, y en vez de prolongar la entrevista, primera después de larguísima separación, les mandó inmediatamente que se retirasen á descansar las fatigas del camino.

Aquí se engarza un episodio encantador, afligranado, triste y dulce.—Aquella madre que casi no conocía ni quería ver á sus hijos, ni les hacía lado en su corazón rebotante de savia amorosa, tenía, sin embargo, cerca de sí á uno de ellos, el que llevaba en su seno cuando murió Don Felipe: la infanta Catalina, preciosa criatura de once años. Al verla, Carlos de Gante y la princesa Leonor se conmovieron. La linda niña vestía humildemente: saya de paño burdo, esclavina de cuero y pañolito blanco, eran sus ropas: su aspecto revelaba una infancia solitaria y claustral, un vivir hosco y carcelario. Era su habitación una cámara contigua á la de su madre; su compañía dos criadas viejas, sus distracciones ver jugar bajo las ventanas á los

muchachos de Tordesillas, «porque los niños aman á sus semejantes», dice con tierna sencillez el narrador de estas interesantes noticias.—Alborozada con la presencia de los hermanos mayores, la niña refirió su soledad, su abandono, y rogó que la llevasen á las brillantes cortes, á las ciudades donde hay fiestas y bullicio; y los hermanos, prendados de su gentileza, lo prometieron. Mas ¿cómo quitarle á la Reina aquella niña, única de quien no quería apartarse, *porque era viva imagen de Don Felipe?*

Decidieron robarla. Verificóse la evasión de la niña de noche, por una abertura practicada en el muro de su estancia; la esperaban al pie del muro litera y escolta para conducirla á Valladolid. La corte se alegró; era la Infanta juguete primoroso que todos querían contemplar: la princesa Leonor se divirtió en vestirla y adornarla como á linda muñeca, en ajustar á su cuerpecillo el traje de satén violeta recamado de oro, en trenzarle con sartas de perlas el cabello; y así

compuesta y engalanada, llevándole la cola una dama de honor, cruzó la Infanta las galerías del palacio, admirada, festejada, entre el halagüeño rumor que celebraba su peregrina é inocente belleza....

Entretanto su madre la echaba menos, la buscaba con transportes de enajenación, y declaraba que mientras no le devolvieran la hija no comería, ni bebería, ni conciliaría el sueño.... Súpolo la Infanta: su corazoncito se encogió de piedad dolorosa; y, ¡rara abnegación en tan pocos años!, de su propia voluntad volvió á sepultarse en el melancólico palacio de duendes, no saliendo de él sino para unirse en matrimonio con el rey de Portugal....

Nadie turbó la quietud de Juana, mejor dicho, su tétrica vigilia ante el túmulo de Felipe,—entreverada con arrebatos de furor en que arrojaba á sus sirvientes los platos donde, sentada en el suelo, acostumbraba comer,—hasta que se alzó en Castilla el alboroto de las Comunidades.

:

Estrépito de cañonazos, choque de lanzas, piafar de bridones, sonoro rumor de guerra, despertaron á la Reina del interminable ensueño: cruzó ante sus ojos la noble figura de Padilla: recordó un instante que existía su corona; quejóse de que la tuviesen engañada ocultándole la muerte de su padre, y tendió las manos trémulas y ardorosas hacia el centro, dando indicios de querer empuñarlo. —Fué un instante no más... Desvanecido el tumulto, aquietada ó sojuzgada la nación, otra vez quedó Juana frente á frente con su *idea*.

Hemos visto que el cariño maternal, tan hondo y acendrado en la mujer, era en Juana mero reflejo de otro cariño: que la hija de quien no podía apartarse era la que, fruto póstumo de su unión, retrataba fielmente á Don Felipe y recordaba las últimas caricias. Notemos un síntoma no menos elocuente: la princesa tan devota en su juventud, la hija de Isabel la Católica, había llegado á una indiferencia religiosa casi total: no porque fuese hereje,

como alguien supuso, ni menos porque se dedicase á análisis racionalistas incompatibles con su condición é historia , sino únicamente porque en su alma, donde no cabían los hijos, tampoco ¡oh poder de la pasión triunfante! cabía Dios.

En vano el duque de Gandía, el romanesco jesuíta Francisco de Borja, agota su elocuencia de apóstol y de santo para reavivar en Juana la dormida fe ; en vano le representa lo funesto del mal ejemplo que da con abstenerse de sacramentos y no oír misa ni tener en su cuarto las benditas imágenes : Juana reconoce la razón y justicia de tales exhortaciones, promete enmienda, alega que no la permiten ser más devota las brujas que la rodean y sirven, pero se comprende que al volver las espaldas el predicador, tornará la Reina á su apatía, á su incomunicación con el cielo....

Ya tocaba á su término la dilatada vida de la Reina loca.—Nótese que estas grandes enamoradas viven mucho : así Eloisa, así sor Mariana, la monja portu-

guesa. Diríase que el sentimiento exclusivo y tiránico que llena su alma la revisite de una coraza de acero, ó que á la fibra moral corresponde la física. Transcurridos cincuenta años, durante los cuales, como dice el jesuita Cienfuegos, «tenía enfermo el entendimiento y aun parecía habersele caído del alma aquella noble potencia» por haber amado á su esposo «con más ternura que cuantas se representan en las fábulas y en las novelas»; cuando la pobre maniática medio desnuda ó vestida de harapos, á quien sus criadas osaban *dar cuerda* (tormento) para dominar su frenesí, se acercaba á la última hora de su vivir mortal, sus hijos varones ceñían la corona imperial de Alemania y la real de Hungría, sus hijas se sentaban en los tronos de Francia, Dinamarca y Portugal, y su hermana había sido reina de Inglaterra.—Á pesar del desorden fisiológico, del trastorno en comidas, sueño y abrigo, de la avanzada edad de sesenta y siete años, Juana se mantenía fuerte: mas de súbito el organismo se rindió como

plaza bloqueada que abre sus puertas, vino la hidropesía, presentáronse llagas gangrenosas, y aproximóse el desenlace. Entonces, como el *Ingenioso hidalgo*, Juana de Castilla, Quijote del amor conyugal, recobró á deshora el seso y vió con clara luz y juzgó serenamente el largo delirio de su existencia, y debió de pronunciar algunas razones parecidas á las del buen Alonso Quijano: «Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías.... Ya me siento á punto de muerte: querría hacerla de tal modo que diese á entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad con mi muerte.» Dicho esto, Don Quijote avisó al Cura.—El cura que asistió á Juana, ya dueña de su razón, se llamaba Francisco de Borja, y fué tan edificante como sorprendente la reaparición de la fe en aquel espíritu donde parecían haberse

secado sus consoladores manantiales. El último beso que imprimió la ardiente boca de la enamorada fué al Crucifijo....—Dió el alma en este beso.

Parece este tránsito feliz de Juana de Castilla prenda de la indulgencia celeste para un amor tan completo, que, mirándolo despacio, asombra su magnitud, cual asombraría la de una inmensa Catedral Amores así son á la arquitectura espiritual lo que á la material las pirámides faraónicas. No hay que discutirlos: eso no se discute; se ve, se siente, se admira, como admiraríamos grandiosa obra de arte, maravilla de inspiración. Si á última hora San Francisco de Borja, al exhortar á Juana, le dijese, recordando el poema *Amor di caritate*, atribuido á otro San Francisco, el de Asís: «Alma, si por tu ardor enloqueciste, fuera de orden estás», ella podría responder, aplicando también palabras seráficas: «He perdido corazón, juicio, voluntad, placer, todo sentimiento: torpe fango me parece la hermosura, perdición las riquezas y delicias. Un ár-

bol de amor, cargado de frutos y en mi corazón plantado, me nutre. En pago del amor di el mundo entero; sin nada me quedé: á ser la creación mía, sin vacilar la diera por el amor. Pensaba el mundo atraerme de nuevo: llamábanme los amigos que siguen otro rumbo. Mas quien se entregó no puede volver á entregarse, ni el siervo librarse de la servidumbre: antes se ablandaría el risco, que en mí se extinguiese el amor. No se separa lo que en tal manera se unió. ¿Cómo pretendes que yo resista? Amor, ¿quién no querrá enloquecer de ti? Cristo nació de amor, no de carne, y por amor murió en la Cruz.»





CRONICA LITERARIA Y TEATRAL

TIENE que resentirse esta crónica, y todo este número problemente, de mi estado de ánimo anormal. Mi niña menor, criatura de diez años, se encuentra enferma; ya ha pasado la gravedad cuando cierro el *TEATRO CRÍTICO* de Febrero, mas todavía dura la repercusión del susto, y lo alego en excusa de la brevedad y desaliño de los presentes renglones.

Debía formar parte del número una necrología dedicada á Luis Alfonso, el docto y galano escritor, el fino é ingenioso crítico, el entendido censor de bellas artes, el inolvidable amigo cuya pérdida se nos figura un sueño, pues tan valerosamente llevaba su enfermedad—declarada mortal desde hace un año por un Doctor ilustre—que ni en el cuidado de la persona, ni en la discreta alegría de la conver-

sación, ni en el incansable interés por las cuestiones de literatura y arte, parecía sino hombre cabalmente sano y ajeno á toda preocupación moral de las que llevan consigo los males. Hablaba, sí, de sus achaques, pero en tono festivo, y su aspecto contribuía á disipar la idea de próximo fin. Lejos de infundirle misantropía, sus padecimientos le llevaban á buscar la sociedad: en vez de morfina y opio, se aliviaba con la conversación literaria, el amistoso trato, el libro fresco, el drama reciente. No se postró sino á última hora, y aun postrado, no perdía de vista las letras. Me han dicho que uno de sus postreros deseos fué escribir el estudio de *La Piedra angular*, que le envié una semana antes de su muerte.—Por motivos bien ajenos á mi voluntad no puedo dedicar á Alfonso el espacio que merece en el **TEATRO**: pero en el tomo de *Polémicas literarias*, que no tardaré en reunir, le corresponde honroso lugar. Aquí sólo he de recordar una triste y curiosa circunstancia. Alfonso aspiraba — empuja-

do por sus amigos, pues él era modesto hasta rayar en ingenuo—á cubrir la vacante producida en la Academia de Bellas Artes por la muerte de Cañete. Sobrábanle méritos, pero altas influencias habían concedido la plaza al Sr. Pujol y Camps. Elegido éste, al día siguiente del acuerdo falleció de apoplejía fulminante. Ya había sitio para Alfonso.... pero á los pocos días seguía á Pujol y Camps al sepulcro.—La plaza tiene *jettatura*. Váyanse con tiento Jacinto Octavio Picón y Federico Balart, si son supersticiosos.

x^x
x x

No habría bastante materia con lo ocurrido en este mes para una crónica teatral, á no ser que me extendiese en hablar de la salida de Vico de la Comedia y su ingreso en la Princesa. Mas estas cuestiones de economía interna de los teatros las creo yo secundarias para el arte. Vico, al dejar el escenario de la calle del Príncipe, nos ha robado la esperanza de verle encarnar el *Orosco* de

Realidad. Le tocará ese papel de prueba á Miguel Cepillo, actor de singulares facultades y capaz de salir airoso.

Más que el estreno del *Haba de San Ignacio*, comedia del Sr. Gaspar, que no tuvo éxito á pesar de ampararla tan respetado y respetable nombre, interesaba al porvenir de nuestra escena el que don Fernando Díaz de Mendoza, futuro conde de Balazote y grande de España, se resolviese á abrazar la carrera á que le llaman sus aptitudes, probadas en la difícil ocasión de representar en el Español el papel de protagonista en *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Esa noche convenía conmigo cierta discretísima Duquesa en qué hay muchos títulos y pocos actores dignos de este nombre, y nos importa que aumenten estos últimos, á los cuales debemos goces tan puros y tan altos.—El Sr. Díaz de Mendoza ha demostrado, ante un público *selected*, lo que perdemos con que no resuelva *s'encanailler* en el arte—y permíteme el Padre Coloma si le imito en usar palabrillas de idiomas ex-

tranjeros.—El susodicho público *selected*, *pschutt* y demás, ha demostrado á su vez que sabe hacer traición á las *fermatas* en pro de Talía... «siempre y cuando que se le antoja».

x^x
x x

Libros no faltaban que elogiar y recomendar, pero lo haré en cifra. Tres almanaques me proponía reunir en una sola crítica: el donoso y original de las *Conferencias Culinarias*, el de la *Ilustración* (que contiene el mejor cuento español que he leído hace años, firmado por Narciso Campillo) y el amenísimo de *La España Moderna*, donde colabora buena parte de nuestros primeros escritores. También quería consagrar algunas frases de justo elogio al notable estudio político que encierra *El Santo Patrono*, de M. Matheu, y hacerme cargo del interesante folleto cervantista de Vidart. Para nada tengo espacio, ni humor, dígase la verdad entera. Como el caso es tan desusado en mí, espero que el público no me lo tome á mal.



INDICE DE LIBROS RECIBIDOS

BIOGRAFÍA.

- Un historiador francés de la vida de Cervantes.*—Apuntes críticos, por Luis Vidart.—Folleto.—Madrid, 1891.
- Ayala: Estudio político,* por Conrado Solsona y Baselga.—Un tomo.—Madrid, 1891.
- Tercer Centenario de la muerte de San Luis Gonzaga.*—Un tomo.—Quito, 1891.

CRÍTICA.

- Estudios críticos.*—Por U. González Serrano.—Un tomo.—Madrid, 1892.

HISTORIA.

- Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América.*—Tomo iv.—Origen de los Indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile.—Segundo volumen.—Madrid, 1891.
- Episcopologio de Vich.*—Escrito á mediados del siglo xvii, por el deán D. Juan Luis de Moncada.—Publicado D. Jaime Collell, canónigo.—Cuaderno I.—Vich, 1891.
- Reseña de los acontecimientos que á consecuencia de la peregrinación á Pastoriza tuvieron lugar en la Coruña desde Agosto hasta Diciembre de 1891.*—Folleto.—La Coruña, 1891.
- El Teatro del Príncipe Alfonso,* por Enrique Sepúlveda.—Folleto.—Madrid, 1892.

MISCELÁNEA.

- ¿Verdes ó negros?, por Alfonso Tobar y Leopoldo Pedreira.—Folleto.—Madrid, 1892.
Almanaque de las conferencias culinarias de Angel Muro (primer año).—Un tomo.—Madrid, 1892.

NOVELA.

- El ahorcado*, por el conde León Tolstoy.—Un tomo.—Madrid, 1891.
Humo, por Iván Turguenef.—Con un estudio biográfico-crítico, por Emilia Pardo Bazán.—Un tomo.—Madrid, 1892.
 ¡*Destrucción! Episodio nihilista*, por F. Gómez Humarán.—Folleto.—Madrid, 1892.
Novelas y caprichos.—(Almanaque de *La España Moderna*).—Un tomo profusamente ilustrado.—Madrid, 1892.
Un cas de rupture, par Alexandre Dumas, fils.—Un tomo ricamente ilustrado.—Paris, 1892.
El santo Patrono, por José M. Matheu.—Un tomo.—Madrid, (sin fecha).

POESÍA.

- Sonetos. De aquí y de allá*.—Traducciones y refundiciones, por M. A. Caro.—Un tomito.—Curazao, 1891.
La voz de las campanas.—Canto elegiaco, por Luis V. Varela.—Edición privada.—Un tomito.—Buenos Aires, 1891.
Los piratas.—Leyenda histórica, por Carlos Sáenz Echevarría.—Un tomito.—Santiago de Chile, 1891.
Morir amando — Zarzuela en verso, por Herraclio Pérez Placer.—Folleto.—Santiago de Galicia, (sin fecha).
Bazán.—*Poema heroico*, por Miguel Carrasco Labadía.—Folleto.—Madrid, 1891.

OBRAS

DE

EMILIA PARDO BAZAN

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS, Y QUE PUEDEN PEDIRSE Á LA ADMINISTRACIÓN DEL "NUEVO TEATRO CRÍTICO", SAN BERNARDO, 37, MADRID.

MIRAMERÍA.—Forma un elegante tomo que se vende al precio de 2 pesetas, 50 céntimos, y contiene el siguiente índice: *A Roma.*—*La romería en siluetas.*—*Una Salve.*—*Viaje de regreso... espiritual.*—*La Noche Buena en Roma.*—*La Iglesia Madre.*—*Güelfos y gibelinos.*—*El fantasma blanco.*—*Los Santos novísimos.*—*Dos muertes.*—*Una audiencia y una grilla.*—*Un cicero gratis.*—*Jornada florentina.*—*Una visita á San Antonio de Padua.*—*Loreto.*—*Acqua Vergine.*—*Don Carlos.*—*Confesión política.*

LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA (segunda edición).—Forma un grueso tomo de 453 páginas, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice:—*I. Idea de este ensayo.*—*La naturaleza.*—*La raza.*—*La historia.*—*La autocracia.*—*El comunismo agrario.*—*Las clases sociales.*—*La servidumbre.*—*II. La palabra "nihilismo."*—*Orígenes de la revolución.*—*La mujer y la familia revolucionaria.*—** Ir al pueblo.*—*Hertzen y Bakunine.*—*La novela nihilista.*—*El terror.*—*Policia y censura.*—*Orígenes de las letras rusas.*—*El romanticismo: los poetas líricos.*—*El realismo: Nicolás Gogol.*—*III. El poeta y artista Turgenief.*—** Oblomovismo: la pereza eslava.*—*El psicólogo y alucinado Dostoyenski.*—*El nihilista y místico, conde Tolstoy.*—*Naturalismo francés y naturalismo ruso.*

DE MI TIERRA GALICIA.—Forma un precioso volumen con portada de lujo, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice: *Prólogo.*—*La poesía regional gallega* (Rosalia Castro).—*El Padre Feijóo y su siglo.*—*La casa solariega de Feijóo.*—*Eduardo Pondal.*—*Valentín Lamas Carvajal.*—*Benito Losada.*—*El monasterio de Rivas de Sol.*—*San Rosendo y su monasterio, en Celanova.*—*El país de las Benditas Animas.*—*El castillo de Sobroso.*—*Marineda.*—*¿Idioma ó dialecto?*

SAN FRANCISCO DE ASIS. SIGLO XIII.—Forma dos preciosos volúmenes, y se vende al precio de 10 pesetas en rústica y 12 con tapas de lujo.—Contiene el siguiente índice: *La Edad Media y el siglo XIII.*—*Primeros años.*—*Aurora de la Orden.*—*El Apostolado franciscano.*—*San Francisco en España.*—*La Orden se constituye.*—*Primer corona.*—*Pasión.*—*Agonía, muerte, resurrección.*—*La Orden Tercera.*—*La Indulgencia de las Rosas.*—*San Francisco y la mujer.*—*San Francisco y la naturaleza.*—*San Francisco y el arte.*—*San Francisco y el comunismo.*—*La influencia de la Orden franciscana en las artes.*—*La inspiración franciscana en la ciencia.*—*Los filósofos franciscanos.*—*San Francisco y la poesía.*

NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Ha entrado en el segundo año esta publicación, *única en su género*, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo de texto *cientodiez y seis páginas*. El NÚEVO TEATRO CRÍTICO está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispano-americano, así como los dramas y comedias que con justicia fijan la atención del público. Las personas deseosas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el NÚEVO TEATRO CRÍTICO.

CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCION

Número suelto.....	1,50 pesetas.
Subscripción.—España: Un año.....	15 »
Colonias y extranjero; id.....	17,50 »

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del NÚEVO TEATRO CRÍTICO, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y librería, á la Sra. D.^a Emilia Pardo Bazán.

NUEVO
TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

MARZO, 1892.

Núm. 15.

SUMARIO

- I. EL MECHÓN BLANCO.
- II.—CARTAS A UN LITERATO NOVEL: II.
- III.—UN MONJE HISTORIADOR DE LAS LETRAS CONTEMPORÁNEAS (EL P. BLANCO GARCÍA).
- IV.—UNA OPINIÓN SOBRE LA MUJER. (EL DISCURSO DEL MARQUÉS DEL BUSTO EN LA ACADEMIA DE MEDICINA.)
- V.—CRÓNICA LITERARIA.
- VI.—LOS ESTRENOS.
- VII.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.



ADMINISTRACIÓN
CALLE DE SAN BERNARDO, 37. PRINCIPAL
MADRID

OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esme-
damente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo
de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de
Emilio Zola sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis
pesetas, en un volumen, al precio de

TRES PESETAS en toda España.

EN PRENSA

LA MADRE NATURALEZA,

NOVELA

BIBLIOTECA DE LA MUJER

DIRIGIDA POR

EMILIA PARDO BAZÁN

PARA SALIR EL TOMO I DE LA BIBLIOTECA:

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

SEGÚN LA VENERABLE DE AGREDA

CON PRÓLOGO DE E. PARDO BAZÁN

Lujoso volumen, al precio de *tres pesetas* en toda España.

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍ-
TICO Y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO. 37, PRINCIPAL

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.



OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esme-
radamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo
de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de
Emilio Zola sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis
pesetas, en un volumen, al precio de

TRES PESETAS en toda España.

EN PRENSA

LA MADRE NATURALEZA,

NOVELA

BIBLIOTECA DE LA MUJER

DIRIGIDA POR

EMILIA PARDO BAZÁN

PARA SALIR EL TOMO I DE LA BIBLIOTECA:

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

SEGÚN LA VENERABLE DE AGREDA

CON PRÓLOGO DE E. PARDO BAZÁN

Lujoso volumen, al precio de *tres pesetas* en toda España.

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍ-
TICO Y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.



OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un volumen.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)
LA MADRE NATURALEZA, dos vol. (Idem.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.^a edición, un vol. (3 pesetas.)

CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos volúmenes.
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.^a edición, un vol. (5 pesetas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

EN PRENSA

- LA MADRE NATURALEZA. Novela. (Segunda edición.)

NUEVO TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

MARZO, 1892.

NÚM. 15.

SUMARIO

- I.—EL MECHÓN BLANCO.
- II.—CARTAS A UN LITERATO NOVEL: II. ✓
- III.—UN MONJE HISTORIADOR DE LAS LETRAS CONTEMPORÁNEAS (EL P. BLANCO GARCÍA). ✓
- IV.—UNA OPINIÓN SOBRE LA MUJER. (EL DISCURSO DEL MARQUÉS DEL BUSTO EN LA ACADEMIA DE MEDICINA).
- V.—CRÓNICA LITERARIA.
- VI.—LOS ESTRENOS.
- VII.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.


ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL
MADRID



—
ES PROPIEDAD
—

**Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros, A CARGO DE D. A. AYRIAL,
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 2.034.**



EL MECHÓN BLANCO ¹

Los oficiales de la guarnición se hacían lenguas de la hermosura de su Capitana generala. ¡Qué cutis moreno más fresco! ¡Qué ojos más lánguidos y más fogosos á la vez! ¡Cómo caían, velándolos con dulce sombra, las curvas pestañas! ¡Qué gallardo cimbrear el del gentil talle! ¡Qué andar tan airoso! ¡Qué arranque de garganta y qué tabla de pecho, bellezas apenas entrevistas en el teatro, al través de la mínima abertura del alto corpiño!

Porque es de advertir que la Generala,

¹ Forma parte del tomo titulado *Novelas y caprichos* (Almanaque de *La España Moderna*). Recuerde el lector que las 16 páginas de aumento gratuito no han de ser forzosamente inéditas. La segunda parte de este cuento, titulada «Cobardía», figurará en el número de Abril.

para irritar la imaginación y estimular con mayor fuerza la codicia de los varones, unía á su tipo meridional, provocativo y tentador, una gran reserva, un alarde de formalidad y recato sobrado aparente para no pecar algo de artificioso y postizo. Jamás se descotaba. Apenas usaba joyas. Vestía mucho de lana negra. No bailaba nunca. No sonreía á sus admiradores. Frecuentaba las iglesias, y en sociedad apenas cruzaba palabra con los menores de cuarenta años. Seria, más bien severa, se la podía citar como tipo acabado del decoro. Y el caso es que no sucedía así, y que en torno de la Generala flotaba esa tempestuosa atmósfera que rodea á las mujeres cuya virtud es un enigma propuesto á la curiosidad del público. ¿Acusaban de algo á la Generala? ¿Había derecho para censurarla en lo más leve? No. Y sin embargo, notábanse vagas reticencias en la voz, en el gesto, en la frase de las mujeres cuando comentaban su modestia y retraimiento, de los hombres cuando chasqueaban la len-

gua contra el paladar para declararla *boccato di cardinale*.

Acaso sus mismas devociones y gravedades fuesen quienes conspiraban contra la pobre señora. Cuando se ponía la mantilla echando el velo á la cara, y rosario en muñeca se dirigía á oír misa temprano, la sombra de la blonda hacía más apasionada su palidez, más relucientes sus pupilas, y todo aquello del rosario y del encaje tupido parecía ardid destinado á encubrir furtiva escapatoria amorosa. Los trajes de lana negra, en vez de ocultar sus formas, las acentuaban más, destacando el meneo de su andaluza cadera. La seriedad era en ella un gancho, lo mismo que en otras la risa. Su empeño en rehuir las ojeadas de los galanes hacia que sus ojos, al cruzarse por casualidad con otros muy insistentes, despidiesen un relámpago, que en vano pretendían esconder las pestañas traidoras. Su piedad era un señuelo, un cebo su melancolía, mal encubierta por la corrección, propia de distinguida dama, que sabía guardar ante

los mirones. Por último, existía en ella—y eso sí que no podían negarlo sus defensores más resueltos—un pasado, un secreto, una cosa *que fue*, una ceniza, aún humeante depositada en el fondo del volcán de su corazón. No era suposición gratuita ni fantástica novela: la Generala llevaba la señal, la cicatriz de ese pasado, cicatriz indeleble, delatora. Entre los cabellos negros como la endrina, copiosos y ondeados, que recogía en lo alto de la cabeza sencillo moño, la Generala lucía, junto á la sien izquierda, blanquísimo mechón de canas.

La malicia de los provincianos es como el ardid del salvaje: instintiva, paciente y certera. Acecha diez años para averiguar lo que no le importa. Hace arte por el arte; eclipsa á la policía, y, en cambio, obtiene el triunfo de comprobar que del mismo barro estamos amasados todos. Cruel, implacable, araña la herida para arrancar un grito de dolor que denuncie el punto donde sangra.—Así que los marinedinos dieron en sospechar que

aquel mechón blanco sobre aquella cabellera de ébano podía tener su historia, buscaron ocasión de poner el dedo en la llaga, y consiguieron cerciorarse de que habían dado en lo vivo. A la primer pregunta capciosa relativa al mechón, la Generala, más blanca que la pared, cerró los ojos y estuvo á punto de caer desvanecida. Y siempre que se repitió el pérfido interrogatorio, pudo advertirse en la señora la turbación misma, idéntica angustia, igual sufrimiento.

Otro indicio más elocuente aún para los perspicaces indagadores, fué cierta contradicción, de esas que pierden á un reo ante un tribunal. Al ser interrogada por la señora del Auditor respecto al mechón blanco, la Generala, temblorosa y en voz apenas perceptible, contestó: "Nada..., consecuencias del tifus que pasé en Huelva.," Y pocos días después, siendo la preguntona la marquesa de Veniales, el General, que estaba presente, fué quien respondió, alentando á su mujer con imperiosa mirada: "Del susto de ver venirse-

le encima un aparador inmenso cargado de loza, se le puso repentinamente blanco ese mechón.,,

¡Qué par de bases para la curiosidad marinedinal! ¡La Generala y su marido contradiciéndose; la Generala y su marido de acuerdo para encubrir la historia verdadera del mechón misterioso!

Desde aquel día, el General se vió observado con tanto empeño como su mujer. Ojos de microscopio, ojos omnilaterales, ojos de mosca, se posaron en el digno militar para disecarle el alma. Se estudió su carácter, se comentó su edad y su figura. El General frisarfa en los cincuenta y siete; pero sanito como una manzana, derecho, entrecano, enjuto, sólo representaba cuarenta y cinco. Con su uniforme, á caballo, aún podía atraer alguna dulce mirada femenina. Ni era calvo, ni tosfa: contrastaba con su mujer por lo comunicativo y afable, y la risa franca de sus labios, adornados por limpio bigote gris, descubrfa dientes blancos y auténticos. En nada se parecía al tipo del esposo

incapaz de disfrutar y defender el cariño de una mujer apetecible y bella: era el hombre joven por dentro, vigilante del honor y sediento del amor, y que lleva espada al cinto para guardar su tesoro.—Pues no obstante...

Una persona había en Marineda á quien los rumores, las nieblas y las conjeturas que iban espesándose en torno de la Generala hacían pasar la pena negra. No era ningún ayudante de dorada cordonadura, ningún húsar de arqueado pecho; éstos se chuparían quizá los dedos tras la Generala, mas no sabían consagrarle la silenciosa devoción que le consagraba Rodriguito Osorio, hijo mayor de la marquesa de Veniales, mozo espigado ya. Á los diez y nueve años, con asomos de barba y más estatura y más cuerpo que el General, Rodriguito apenas conocía la maldad humana: habíase educado muy sujeto, muy en las faldas de su madre, y sus mejillas aún no habían olvidado los rubores de la niñez.—¿Á qué detallar una vez más el conocido fenómeno de la pasión loca

inspirada al adolescente por la mujer de treinta años cumplidos? Este caso se presenta en la vida real tan á menudo, que ya debe incluirsele entre las enfermedades de marcha fija, de crisis pronosticable según las observaciones de la ciencia.—Rodrigo enfermó de mucho cuidado, siendo claro síntoma de la calentura el ansia de sublimar, de divinizar á la Generala. Ocultaba el muchacho su mal como si fuese el pecado más vergonzoso—cuando realmente era el brote, en fragantes rosas, de su bella eflorescencia juvenil—y oía los comentarios relativos al mechón con ímpetus de cólera unas veces, otras con desaliento amargo. Si se atreviese á dar un escándalo, desharía á alguno de los maldicientes... sólo con apretar los dedos. Ya sentía rabiosa curiosidad por rasgar el velo del pasado de la Generala; ya juzgaba sacrilegio el intentarlo siquiera; ya, con infantil disimulo, torcía la conversación cuando su madre y las amigas de su madre discutían por centésima vez el secreto del mechón;

ya, en los saraos de confianza de la Capitanía general, clavaba los ojos con doloroso éxtasis en aquel rasgo de plata que como pincelada trágica cruzaba la sien de la señora...

¿Adivinó ella lo que pasaba en el alma de Rodriguito? ¿Fué coincidencia de simpatía, fué capricho, fué necesidad de algo que la consolase del espionaje y la pública sospecha? La Generala principió á fijar los ojos, á hurtadillas, en el hijo de la marquesa de Veniales... Hacíalo con tal disimulo, con tan hábil oportunidad, que sólo el venturoso Rodrigo pudo notarlo. Al pronto se creyó engañado por un casual encuentro de pupilas... Sin embargo, las ojeadas se repitieron tanto, y fueron tan largas, tan intensas, tan elocuentes, tan propias para trastornar y enloquecer á quien ya no tenía por suyo el albedrío... ¡Á todo esto, ni una palabra se había cruzado entre Rodrigo y la señora!

Una noche de invierno entró Rodrigo en la Capitanía antes que llegase nadie. La Generala estaba sola, sentada ante un

veladorcito, bordando; inclinaba la cabeza; la luz del quinqué bañaba su pelo, y el mechón relucía como nieve. No hay seductor de oficio que tenga los desplantes de los novatos. La inexperiencia es madre de la osadía. Rodrigo miró alrededor; se convenció de que estaba solo; acercóse furtivamente, y en una de esas posturas que ni son arrodillarse ni sentarse, que tienen algo de adoración y muchísimo de exceso de confianza, echó á la Generala los brazos al cuello, y delirando de felicidad, besó el mechón una y mil veces. Lo raro fué que la Generala, en vez de rechazarle, dejó caer la cabeza, suspirando, sobre el hombre del primogénito de Osorio.

Aquello duró un segundo. Las botas del Ayudante rechinaban ya en el pasillo. Voces de señoras resonaban en la escalera. Separáronse los culpables, trocando una mirada insensata, sin freno, que lo decía todo. La Generala volvió á bordar, derecha, grave y muda, como siempre.

El héroe del sarao, aquella noche, fué

el forastero presentado por la marquesa de Veniales: un sobrino suyo, que por influencias de su elevada parentela en la corte venía á Marineda á desempeñar un empleo en Hacienda. Era el tal muchacho elegante, de ameno trato, muy agradable danzarín, y su presencia animó la reunión y alegró no poco á las señoritas marinedinas, siempre afligidas por el absentismo de los hombres. Al salir de la reunión, el forastero colmó la medida de la finura ofreciendo el brazo á su tía la Marquesa. Francamente, lector, ¿no sospechas de qué hablarían tía y sobrino, hasta el portal de la casa de Veniales? ¿Del mechón blanco? ¡Naturalmente! Y el forastero hizo entrever el séptimo cielo á la señora, diciéndole con petulancia:

—¡El mechón blanco! Ya lo creo. Conozco su historia. ¿No ve V. que estando yo de oficial primero en la delegación de Zaragoza, vivía allí el General con su mujer? Sólo que entonces era brigadier no más.

—¿De veras, Juanito? — balbuceó la

Marquesa tartamuda de gozo.—¿De veras sabes la historia del mechón blanco? ¿No me la contarás, di?

Hallábanse ya en el portal, y Rodrigo, que venía un poco rezagado, se incorporaba al grupo.

—Hoy no, tía... Es tarde, y Vds. van á subir...

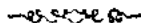
—Hijito... si te parece, ahora. En un instante...

—Pues abreviaré—contestó resignadamente el forastero.—Esta señora tenía en Zaragoza... lo que V. puede suponer... con un oficial de artillería, muy guapo. El marido se ausenta... cuatro ó seis días, y al volver, lo de cajón: recibe un anónimo...; mal intencionados, que nunca faltan... ó despechados, que es lo más probable. Escena dramática, reconvenciones, amenazas, gritos de ella, protestas, juramentos, aquello de ¡soy inocente! por aquí, y ¡me calumnian! por allá. El marido—que es todo un hombre—la agarra, me la lleva delante de un Cristo, y la dice: “Júrame aquí, ante Dios, que es

falso lo que cuenta el anónimo. „ La mujer, muerta de miedo, sale por este registro : “Te lo juro por la vida de nuestra hija.„ Se me había olvidado : tenía una chica de cuatro años, preciosa. Bueno : el marido se conforma ; hay reconciliación, y todo como una balsa. Á las veinticuatro horas, la chiquilla con calentura ; á las cuarenta y ocho, en el otro mundo, de una meningitis. Cuando la madre volvió á presentarse en público, lucía ese mechón de canas.—Adios, tía, que está V. de pie y en ese portal hay corrientes...

El forastero se volvió, y dando un grito de sorpresa, añadió :

—Tía... ¿Qué es esto? ¿No ve V.? Rodrigo se ha puesto muy malo. Á ver... yo lo sostengo... Pero, ¿qué le pasa á este chico?





CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

II

ME sirve de satisfacción, joven compañero, el haberle sido á V. útil con los consejos de mi carta anterior, y celebro que V. continúe guardando el más riguroso incógnito, porque así no me cohibe su individualidad, y puedo decir sin reparo:

«Á todos y á ninguno
Mis advertencias tocan...»

Etcétera.— Como en mi carta anterior citaba el *Manual del perfecto periodista*, V. me pregunta si considero lícito á un autor enviar hecho ya á los periódicos el suelto relativo á su libro, costumbre que va arraigándose, según afirma el su-

sodicho *Manual*.—Yo no he enviado nunca ese sueltcito, y, sin embargo, ¡oh neófito!, no repruebo la costumbre; únicamente encargo á V. moderación en el estilo y forma de recomendar el libro. Para que esa costumbre careciese de fundamento, sería preciso que la sección de bibliografía en la prensa revelase igual diligencia y atención por parte de los redactores que la de espectáculos ó la de sesiones de Cortes, v. gr. Si el libro enviado á una redacción logra salvarse de los escollos y sirtes que le amenazan antes de llegar á manos de quien corresponde, todavía falta que ese bibliógrafo problemático tenga espacio y tiempo para su crítica-anuncio; y en diciendo que el libro es un poco extenso, ó versa sobre materias no muy familiares para el redactor, ya no hay mención, ó la hay en tales términos, que el lector no se entera. En casos semejantes, procede el suelto de mano del autor: no me sorprenderá que V. se vea en el caso de ser Juan Palomo.

La segunda serie de preguntas que V

me dirige es de más difícil contestación. Da V. por supuesto que ya tiene el libro impreso, encuadernado, puesto á la venta, repartido á los diarios, y que empiezan á *llover* (¡ilusiones engañosas de principiante!) críticas, elogios y ataques sobre la obra. Y con una inocencia que me hechiza, se vuelve V. á mí (le estoy viendo, con el entrecejo fruncido, los labios temblones, la voz ronca de emoción), y me pregunta: "¿Qué debo hacer en estos distintos casos? ¿Cuál debe ser mi *actitud* ante la crítica?,"

¡Válame Dios (como antaño se decía), y cuán cierto es el refrán "á quien no está hecho á bragas, las costuras le hacen llagas!,"

Empecemos porque no lloverán probablemente las supuestas críticas, por lo menos así, espesas y apretadas, como V. sueña. Gran señal me parecerá el que lluevan: la indiferencia ó los *succès d'estime* son lo único desastroso para un autor; si un libro apasiona los ánimos (á no ser exclusivamente un libro de in-

discreciones chismográficas) preciso es que tenga, según la frase de Zola, *quelque chose dans le ventre*. Conjeturemos que el de V. lleva en sus entrañas ese animado embrión, y por lo mismo se alborota el cotarro (según el Diccionario, *cotarro* significa albergue donde se recogen los pobres que no tienen posada: *pauperum hospitium*); de modo que aquí el cotarro será la Corte de los Milagros de la crítica al uso.

Que se alborota; que ya se alborotó; y V. empeñado en saber á toda costa cuál ha de ser su *actitud*. Pues, amiguito, la más estética, ó sea la más decorosa y tranquila que le permita á V. el genio. Modificando levemente dos versos de la zarzuela *Marina*, diré:

« Muchacho, si eres *nervioso*,
has tomado mal oficio.»

Es la literatura manifestación y afirmación poderosa de una personalidad, y por consecuencia natural, parecé que disminuye ó niega parcialmente la personali-

dad ajena. Secreto dolor y afrentosa tristeza demoníaca para los envidiosos, es toda afirmación de la voluntad de vivir en lo futuro. Diríase que la sangre que corre por las venas de un artista se compone de hierro robado á la sangre de los otros. Error de subjetivismo enfermizo, me dirá V.; cada forma del arte es un ciclo, y no lo puede llenar un solo hombre. Cierto; pero no razonan así las malas pasiones y la ruin vanidad de rabo pisado. — Un moralista que conocía el paño ha dicho: "Todo lo excusará el hombre: injurias, cachetes, puntapiés, el hurto de un paraguas, el protesto de una letra, un vaso de vino avinagrado, hasta la más negra ingratitud: lo único que no es capaz de perdonar, sobre todo en un rival ó en un amigo, es *el éxito*."

Si no sale V. al mundo literario revestido de la coraza de este convencimiento, le pronostico que su piel será antes de mucho un cóncave en abreviatura, á puros cardenales. — ¿Por qué razón la experiencia colectiva de la humanidad no ha

de servir al hombre, despojándole *a priori* de las ilusiones que con doloroso desgarramiento se le han de caer *a posteriori*? *Empiece V. por donde otros acaban* (ya sabe que es de cajón la frasecilla), y lleve por viático de su peregrinación la calma, la impasibilidad y hasta el desprecio.

No traduzca V. mis palabras con el sentido de que ha de despreciar todas las censuras y reparos que impresos ó por escrito se le dirijan. Muy al contrario: atiéndalas V. en lo que tengan de justas; bien puedan tener algo ó mucho. El ánimo debe estar siempre de par en par, á fin de recibir bajo palio á la razón. La sinrazón, la injusticia, la malevolencia, en cambio, encuéntrenle á V. cerrado á piedra y lodo, no en una torre de marfil, como el autor de *Eloa*, sino en una de hierro con blindaje doble. Y cuidadito: no sea que mientras al exterior le defiende á V. el blindaje, allá dentro de la torre esté V. retorciéndose, espumando y hecho un energúmeno. No le permito á V. actitudes

que no sean sinceras. Empiece V. por colocar el espíritu en posición airosa, bonita, serena, como si estuviese delante el fotógrafo pronto á destapar la cámara: á la colocación del espíritu responderá la del cuerpo, y sólo así conseguirá V. de este sistema frutos de paz y bienestar íntimo.

Como sigo ignorando de qué trata su libro de V. (¡pudores de novato!), me veo apurada para fijar ciertos detalles en esto de la *actitud*. Si su libro es de crítica histórica, de historia, de ciencia; si en él se aducen *hechos* en apoyo de *doctrinas*, entonces no debe V. permanecer tan pasivo y espectador frente á los ataques que tengan por objeto desmentir esos hechos. No está V. obligado, pero sería más conveniente volver por su exactitud y probar que su obra se funda, como debe, en serios estudios.—Añadiré que cuanto más grave y científico sea el fondo de su obra, menos probabilidades tiene de ser atacada. Á las obras serias no se les suele meter el diente aquí. La causa, ya V. la supone.

Si su libro es de *vaga y amena*, ¡ah! entonces.... Entonces no diré que falte quien le roa la corteza, aunque no los tué-tanos. Y entonces V. no puede realmente salir á la defensa de su prole. Si le negasen á V. datos concretos, V. presentaría documentos y testimonios: le niegan á V. talento, estilo, gracia, inspiración, profundidad, cualidades personales en suma: no ha de salir V. chillando que sí, que es V. talentado, y atildado, y chusco, y genial, y más hondo que el pozo artesiano de Grenelle. Deje V. decir, que la verdad sobre V. no han de ser ni los enemigos ni los amigos quienes la pronuncien.

Yo en esto puedo predicar con el ejemplo. He recibido gustosa y sin reservas mentales las advertencias que juzgué discretas y sanas; nunca las censuras literarias me pusieron amarga la boca ni amarilla la tez. Con tanto como he escrito, no escribí un solo artículo encaminado á discutir las críticas de mis obras. Tampoco encargué la comisión de impugnarlas á ningún *Sparafucil* de las letras ó de la

prensa. ¡En estas defensas officiosas se ve la hilaza de un modo!...—Conque lo dicho, joven... Paz, firmeza, buen humor... Las cicatrices del alma no deben ser de rasguños de pluma. Otros duelos se lo papen á V. y no esos, ¡qué diablo! No imite V. á mi compariente el canónigo Sánchez, docto y estimado escritor, que se murió de disgusto porque le cogieron un solecismo en cierta disertación latina muy repicada.

Ni aun creo procedente, tratándose de obras de amena literatura, la mera rectificación de puntos concretos. Al juzgar mis novelas, v. gr., se han escrito cosas que me hicieron reir, y no sólo á mí, sino á los pocos iniciados en el secreto. Sucesos y personajes completamente auténticos he leído que eran ficticios, engendros de mi pobre fantasía, en alto grado inverosímiles. Otros personajes y acontecimientos que en efecto inventé fueron elogiados por su realidad. Palabras tomadas de los clásicos pasaron por neologismos de mi cosecha. Giros propios de Santa Teresa, ó de Malón de Chaide, ó de

Juan de Valdés, hicieron arrugar el ceño á los tontipuristas. Yo lo he dejado estar. ¿No sería egoísta ridiculez obligar al público á vivir colgado de la pluma de mis críticos, y torna si éste me juzgó mal, y daca si el otro no me entendió? Sobriedad, prudencia, paciencia, que en el ejercicio de tales virtudes, y no en cursis alardes retóricos, se conoce al escritor verdaderamente modesto. Lléguese V. á esos que no se les cae la modestia de la boca, y páseles la mano muy suavemente á contrapelo: ya verá si echan chispas, como gato negro en día de tronada.

Aquí viene lo más peliagudo de la consulta de V. Presumiendo de antemano que yo he de aconsejarle la templanza, casi la indiferencia, intercala V. la siguiente preguntita capciosa: "Y si en las críticas á mi libro fuese envuelta alguna ofensa á mi persona, ¿me haré también el sueco? ¿Cree V. compatible con mi dignidad la absoluta pachorra y la sangre de borchata?,"

Más calma aquí que nunca, señor mío. Vamos ante todo á *distinguir*.

Desde el punto y hora en que salga V. á correr aventuras literarias, tendrá V. una nueva personalidad: la del escritor. Distinga V., pues, cuidadosamente en los ataques lo que va contra el escritor tan sólo. Si en la vida privada le dice á V. alguien que es un bobalicón, V. puede darse por ofendido. Si se lo dice á V. en cuanto autor de un libro, *yo entiendo que no*, pues equivale á decir: "Su libro de V., en mi concepto, carece de ingenio; V. no tiene condiciones para escribir libros". Y esta agresión (fundada ó infundada, justa ó injusta) lesiona su ambición literaria ó científica de V., sin vulnerar su *honor*. Que V. sea (hipótesis) un necio, pero necio silencioso, que no escribe ni imprime sus necedades, y nadie tendrá derecho para llamarle necio en letras de molde. — Si imprime V., resígnese á apreciaciones duras de sus facultades intelectuales y artísticas. Puede V. encontrar más ó menos descortés la forma, y estimar deficiente la educación del crítico que sin eufemismos le trate á V. de necio; lo que

no puede V. es darse por lastimado en su honor propiamente dicho, su honor moral, único que en todo caso podría defenderse con actos violentos.

En efecto, el intelectual y artístico se defiende y vindica con obras. Á quien le moteje á V. de ignorante, responda V. estudiando y sabiendo; de mal autor, con buenos libros. Porque V. le rompa un hueso al crítico que niega sus méritos de V., los méritos no crecerán. Batirse ó andar á trastazos por un quítame allá ese verbo ó ese adjetivo, merece llamarse, como dijo Franklin del duelo en general: "*ultima ratio* de los locos".

Corriente (dirá V.), pero ¿el que me niega la dignidad personal; el que á pretexto de crítica literaria me insulta, calumnia y vilipendia* el que me pone en ridículo ante la sociedad, de la cual no puedo prescindir, porque no he de establecerme en el yermo; el que me provoca directamente, ¿ha de quedarse sin su merecido?

Muy delicado es aconsejar sobre este punto. Ni aun creo que sea materia de

consejo, pues depende de la inspiración propia, de las circunstancias, y de las mayores ó menores afinidades que note en sí el individuo con el altivo sultán del corral, ó con sus humildes esposas. Gallo ó gallina; ¡triste disyuntiva para el rey de la creación! Advierto á V., para su gobierno, que no me inspiran la menor simpatía los matones, ni los espadachines, ni los duelistas de oficio. Conozco y respeto las doctrinas de la Iglesia sobre el duelo. Estoy conforme con el ya citado Franklin, en que una mortificación de nuestro orgullo no es suficiente motivo para que nos erijamos en jueces é impongamos la *pena capital*. Y sin embargo, comprendo bien que en determinadas ocasiones!...

Lo que encargo á V. mucho, es quehuya de conatos de desafío. Ha llegado ya á ser, más que cómico, bufo, en la mayoría de los casos, el envío de padrinos, el acta, la reconciliación subsiguiente, y si bien ahora parece que va de capa caída lo del clásico almuerzo, todavía ese aparato caballeresco, convertido en burguesa pa-

rodia, con desenlace archipacífico, es casi siempre motivo para que se encojan de hombros los sensatos y los maliciosos solapadamente se rían. Hoy los floretes no ostentan aquel lema sublime de las viejas espadas toledanas: "No me saques sin razón, ni me envaines sin honor.". Los floretillos modernos se desenfundan por fanfarronería, y se enfundan, ¡ay!, por otra cosa peor...

Proscrito el duelo, en tesis general; y tres veces proscrito el duelo *de guagua*.—Sobre estas materias, lea V. el tratadito de Arturo Schopenhauer, contenido en la obra en dos volúmenes que se titula *Parerga und Paralipomena*.—El excelso maestro de la vida práctica (á quien en la parte especulativa no siempre conceptúo tan acertado) discurre sobre el honor *caballeresco, social y profesional*, sobre la moral del duelo y el derecho del más fuerte, con tal lucidez y serenidad de juicio, que me parece cifra y compendio de la humana sabiduría. Y mejor aún que lo explícito, es lo tácito, lo que se deduce y

entrelee. En efecto: Schopenhauer, que ni es escritor ascético ni enseña perfección cristiana, tampoco aconseja ciertos actos sublimes de mansedumbre, simbolizados en presentar la otra mejilla, pues sabe que el mundo no entiende así el uso de las mejillas, sino de un modo diametralmente opuesto, viendo siempre en ellas la señal de la mano ofensora y no castigada aún; y sin embargo, de la lectura de Schopenhauer se desprende, como tónica fragancia, la convicción de que la injuria es más despreciable que punible, y que ni debe alterar el equilibrio de nuestro espíritu, ni servirnos de pretexto para tener al mundo pendiente de nuestra persona.— Acaso encuentre yo tal eficacia en las doctrinas de Schopenhauer porque concuerdan bien con mi manera de ser y de entender la vida. Mi sexo es un impedimento (sobre esto habría mucho que hablar, pero no aquí) para que yo pudiese castigar ofensas personales; sin embargo, á falta de la *acción*, cabría en mí el *sentimiento* de furor y de cólera á que la ac-

ción responde. Pues el sentimiento me falta, ó por lo menos cede ante la idea de que los furores de un individuo, por agravios individuales, llevan cierto sello de mezquindad y egoismo mal entendido, que los hace moralmente feos é indignos de cultivo en el jardín del alma. — Egoismo mal entendido dije, porque el mayor daño es del mismo iracundo. Una vida no más se nos concede en este planeta, ¿y la hemos de emponzoñar con rencores, suspicacias, iras, *turbieces* y venganzas? Abrese y desplégase ante nuestros ojos el vasto panorama del universo; los viajes por el mundo de la naturaleza y el del espíritu nos ofrecen sorprendente é inagotable variedad de impresiones; el arte nos convida; la sociedad nos llama y nos brinda copiosa materia de observación, ya dramática, ya cómica; el espectáculo es rico, movido, interesante; la representación nos tiene en suspenso el ánimo, y ¿hemos de salir desafiando, á modo de comediantes de la legua, porque alguien nos mira zaino ó nos murmura en un corro?

No, joven amigo : siga V. en esto mi dictamen, que puedo fundar también en datos de experiencia propia, porque yo he sido insultada desde todos los insultadores oficiales, por todos los insultadores de oficio, á pesar de mi sexo (ó mejor dicho á causa de él, de las *garantías* que ofrece), y en términos que serían calumniosos... hasta aplicados á los mismos que los estampaban; y, sin embargo, mi afección al hígado, que hace diez años me daba que sentir, se ha aliviado, casi curado, en estos cinco últimos, durante los cuales desató contra mí su enojo medio partido legitimista, sus *heroicas* iras cierta parte averiada del (*proh dolor!*) ejército español, y sus anatemas el bando *filipinólogo*, y sus accesos epileptiformes ó sus farisaismos pudibundos la jauría regionalista, y literaria... De un santo he oído decir que le encontraron, al abrirle, el hígado todo vuelto una criba, de la violencia que se hacía para reprimir la cólera y aparecer manso y humilde. Humildes, es mucho pedir á nuestra flaqueza; pero manso, ó

mejor dicho *olímpico*, procure V. serlo de verdad, sin que el hígado se le agujeree.

En el precioso tratado de Schopenhauer de que antes hablaba á V., hay una idea digna de ser meditada con profundidad y detención por todos los que siguen la carrera de las letras. "El honor y la gloria —dice el ilustre autor— son hermanos gemelos; pero á la manera de Castor y Polux, que uno era mortal y el otro inmortal: el honor es el hermano percedero de la imperecedera gloria." Recomendándole á V. este pensamiento, cierro mi carta, y en la próxima le hablaré á V., no ya de su *actitud* ante la crítica, sino de su *línea de conducta* con el público; hasta dónde debe V. complacerle, en qué debe V. afrontarle y hasta provocarle sin miedo, con otros puntos que caben dentro del carácter parenético de esta correspondencia.—Y si su libro de V. ha visto la luz, no me lo envíe: ni quiero leerlo, ni saber quién es V., por lo menos hasta Agosto.

~~~~~



## UN MONJE HISTORIADOR

DE LAS

## LETRAS CONTEMPORÁNEAS EN ESPAÑA

(*El Padre Francisco Blanco García*')

---

### I

**J**UZGANDO la *Historia de la literatura francesa* por Nisard, escribía Sainte-Beuve estas palabras que adopto: "El que ejerce de crítico, claro está que al prescribir cierto método á los restantes, obedece á su condición personal y á sus reflexiones, y se halla propenso á tener mucho que objetar á otro método cualquiera. El nuestro nos parece el más verdadero y mejor, y á no ser así, no lo hubiésemos adoptado. Establécese en nuestro interior una especie de connivencia

' *La Literatura española en el siglo XIX.*—Por el Padre Francisco Blanco García, Agustino, profesor en el Real Colegio del Escorial. — Dos partes, en un tomo cada una.—Madrid, 1891.

casi forzosa entre las facultades y el juicio, y por eso es tan arduo y delicado para el crítico que ejerce con arreglo á determinados procedimientos fallar acerca del valor absoluto de otro crítico, su contemporáneo y colega. „

Tropiezo en el mismo obstáculo que el autor de los *Lunes*, al tratar de la obra del Padre Blanco García. Es evidente que si yo escribiese *La Literatura española en el siglo XIX*, emplearía muy distintos procedimientos y muy otro método ; que este método y procedimientos, por ser los que prefiero, han de parecerme los mejores, y en los del Padre tengo que encontrar inconvenientes, varias cosas que desaprobaré, otras que discutiré, y algunas que elogiaré por análogas á lo que yo haría puesta en el caso.

Nótese, ante todo, que el sutil ingenio ecléctico de Sainte-Beuve, tan bien organizado para sentir la belleza de obras, no sólo distintas, sino contrapuestas en todo, al llegar á una de carácter histórico-literario cesa de tener dos pesos y dos me-

didadas, se reviste de severidad, y opone al principio de libertad artística, hoy imperante en el gusto, el de la unidad en lo necesario científico. Puede, en efecto, la belleza surgir de la página del historiador como de la estrofa del poeta ó la descripción del novelista; pero no es la belleza, sino la verdad, objeto principal de la obra histórica; la verdad, que trae de la mano la enseñanza fecunda. En concepto de Sainte-Beuve, pecaba la obra de Nisard de ser un continuo proceso, una especie de juicio de las almas, semejante al que vemos pintado en los jeroglíficos egipcios, y el insigne *José Delorme* se preguntaba á sí propio: "¿Existen dos hombres, sobre todo dos hombres de escogido gusto, que concuerden en estos juicios y censuras?". No existen, no; y si no se concibe el acuerdo en la parte calificativa ni en la metodológica, difícilmente, al apreciar obras como la del Padre Blanco García, podrá rebosar la aprobación incondicional, ni aun de la pluma más dispuesta á la benevolencia.

Aparte de esto, sólo favorables disposiciones noto en mí hacia el monje del Escorial.—Todo me habla en su elogio: juventud, modestia, entrañable amor á las letras, tolerancia y moderación, tesoro de conocimientos sorprendente en sus años... El novel historiador de nuestra literatura moderna nació en la ciudad de Astorga el 3 de Diciembre de 1864; de suerte que acaba de cumplir los veintiocho. Entró en religión á los quince (nótese que son los mejores religiosos, los más fieles á sus votos y á su regla, estos que pasan así, de la cuna al claustro), y profesó á los diez y nueve. Á los veintidós cantaba Misa. Desde entonces, el estudio, la enseñanza, la labor literaria, entretejieron su vida en el adusto Escorial, donde la comunidad de Agustinos forma doctísima colmena. Pálida es la biografía del Padre Blanco, mas la ilumina el sol de la belleza literaria, belleza que siente con ardorosa efusión el joven monje. ¿Qué le importa la soledad, la desnudez de su celda? La pueblan los divinos fantasmas



de Quintana, Espronceda, Tula y Zorrilla, y la llenan de armonía sus inmortales estrofas. — Comprendo que en semejante compañía ni atraiga el mundo real (menos pintoresco y vívido que el ideal, cuando sabemos elegir y lo formamos á nuestra imagen y semejanza), ni tiene la insípida libertad del vivir mundano, jamás comparable á los ilimitados y brillantes vuelos de la fantasía por espacios vestidos de colores é inundados de luz.—Lo diré llanamente: dentro de la facultad que tiene cada hombre para seguir su vocación y ser autor de su propio destino, el elegido por el Padre Blanco me parece artístico y venturoso, y si el claustro de por sí es una de las mejores soluciones al problema de nuestra peregrinación en el consabido valle... el claustro con literatura... miel sobre hojuelas.

Por otras razones me es simpática la obra del Agustino. Desde la Revolución acá, durante un cuarto de siglo, diríase que en nuestra patria se han aborrecido, cual enemigos rabiosos, la propaganda

católica y las bellas letras. Al canto del poeta, á la página de oro del prosista, á la obra impregnada de savia vital, respondían desde el periódico, desde la revista, desde el púlpito y desde el aula católica la prohibición, el anatema, la acerba sátira, la despiadada censura. Sin tomarse el trabajo de saber qué vientos impulsaban á la nave literaria, ni qué derrotero seguía, se condenó, se condenó, se condenó, hasta lograr un desvío sistemático, llamado á resolverse en funesto divorcio. Los que por espíritu *misonista* habían abrazado antaño el partido de la clásica peluca contra la melena romántica, renegaban ahora, en nombre de la melena, de la bien recortada cabellera del realismo... De nada servía recordar que las épocas más gloriosas para la Iglesia fueron aquellas en que dió asilo en su regazo á las artes y las amparó sin atrofiarlas.— Jungmann reinaba sobre nosotros, y los que no quisimos rendirle pleitohomenaje pasamos plaza de malos cristianos y envenenadores de profesión. Fué resultado de este

sistema que nos habituásemos á no contar entre los elementos de la cultura estética nacional el elemento oficialmente católico; que olvidásemos la existencia de sus publicaciones, sus *críticos*, sus lectores, hasta sus mismos sabios, cuya sabiduría, por exclusivista y ciega, nos parecía peor que toda ignorancia. ¡Eliminación severa y dolorosa, pero inevitable! Ibamos juntos al templo... y no podíamos ir juntos al Parnaso, ni siquiera á sus alrededores.

Sin embargo, desde hará cosa de un lustro viene señalándose en ciertas Órdenes una tendencia más racional y prudente á la templanza en la forma y en el fondo de la crítica, y á otorgar su mérito propio á las obras literarias modernas, como desde tiempo inmemoral se les otorga á las clásicas. No parece mucho conseguir el que obtenga un literato vivo casi la misma justicia que se le dispensa, v. gr., á Diego de Hojeda ó á los Argensolas (para no citar furibundos paganos como el autor de la *Farsalia*, ó el de *Daf-*

*nis y Cloe*). El libro del Padre Blanco, — sin desviarse del criterio de la ortodoxia, — es muestra, quizá la más patente, de ese iris de paz que en el horizonte luce. El Padre otorga á los escritores racionalistas ó escépticos, no solamente lo que ordena la equidad en cuanto á reconocimiento de cualidades, sino algo más íntimo, que representa más alta efusión de caridad, el calor del elogio, que prueba la confraternidad misteriosa de las almas encendidas en amor de la eterna hermosura, expresada por el arte con formas sensibles, que aún no han perdido el reflejo del mundo superior de que proceden. El Padre Blanco, en bastantes páginas de su libro, dice al artista, con el lenguaje de la admiración y del entusiasmo que se desborda: “Pienses como pienses y creas lo que creas, hay sentimientos que nos hacen hermanos.” — Nótese que escribo *en bastantes páginas*: no en todas, ni en casi todas, como ya puede afirmarse de Menéndez y Pelayo, en quien va alzando la masa, con creciente brío, esa generosa y humana

levadura.—Pero Menéndez es un laico.

La tarea que el Padre Blanco se impuso, en edad tan moza, es de aquellas que asustan á los veteranos, y por lo espinosa y ardua cubriría de gloria á quien la desempeñase con aplauso de la minoría inteligente y á placer de la mayoría ilustrada. Nadie, hasta la fecha, ha podido jactarse de este triunfo. No conozco historia de las letras ensalzada sin numerosas restricciones, más graves por lo común que las de Sainte-Beuve al justipreciar la obra de Nisard.—Citaré, para ejemplo, las dedicadas á las letras españolas. Las compilaciones secamente eruditas del siglo pasado no merecen entrar en cuenta sino á título de material aprovechable. En los Bouterveck, Puibusque y Sismondi, las deficiencias corren parejas con el apasionamiento. Ticknor, que nos *sabía*, no nos pudo *amar*, ni, por lo tanto, *comprender*, ni infundir vida á la momia del tiempo pasado nuestro. Hubbard, como nadie ignora, está plagado de errores. Amador de los Ríos (que dejó

parte de un monumento herreriano, grandioso, pesado y lleno de aridez) carecía de un don precioso: ni acertaba á distinguir ni á comparar. — ¿Es mucho que Menéndez y Pelayo, con toda su vastísima cultura y su fantasía lozana, aguarde á plena madurez antes de acometer la magna empresa?

Bastantes eruditos sostienen la absoluta imposibilidad de éxito en las historias generales, y sólo creen fructífera para la ciencia la monografía y el estudio especial de puntos concretos, agotando la materia, con investigaciones nuevas, de primera mano y sobre las fuentes mismas. Este concepto domina hoy en la crítica alemana,— iba á decir que la *inficiona*, pues esa labor perpetua de albañilería será siempre, con toda su utilidad mediata, trabajo de segundo orden, impotente para comunicar el sagrado fuego del amor á las letras, dignificador del alma humana. — Schlegel, extremando quizá más de lo justo el encarecimiento de nuestro *Romancero*, aportó mayor

suma de elementos estéticos á su nación, que cien laboriosos profesores de Jena ó Leipsick, no dejando en ese *Romancero* tilde filológica ó histórica sin remirar al microscopio. ¡Labren en el ignorado seno del mar millones de zoófitos la madre-pórica isla; nuestros ojos no la verán sino cuando, surgiendo de las olas como la Venus griega, corone su frente el verdor de las plantas y la bese el aire salitroso y libre!

Sea como quiera, y den los tiempos venideros la razón á los sintetizadores ó á los analíticos fragmentarios; perezca ó no perezca la idea de la *Suma*, cara á la Edad Media, que animó en germen todas las grandes concepciones del espíritu, no cabe duda: la dificultad enorme de escribir *Historias generales* (aunque sólo abarquen determinado período), y lo que escasean, y lo necesarias que son para la *generalidad* de los que leen, sirve de disculpa á los yerros en que puedan caer sus autores, y aquilata sus aciertos. Estas consideraciones y la juventud del Pa-

dre Blanco, deben inclinar la balanza á la aprobaci3n, que en rigor pudiera condensarse en un aserto irrefutable y decisivo: *Hoy por hoy, el libro es 6nico en su g6nero.*

Consta la obra del Padre Blanco de dos tomos, distintos, no s3lo en la materia, sino en el modo de tratarla, superior el primero al segundo, aunque 6ste, por abarcar lo m6s reciente de nuestra producci3n, ofrezca mayor inter6s de actualidad y se preste á discusi3n muy reñida. Comprende el tomo primero dos per6odos de desigual importancia: el clasicismo y el romanticismo; y 6brelo, como per6stilo de columnata majestuosa, el nombre sonoro de Quintana.—Reseña el clasicismo en la poes6a l6rica; la llamada escuela sevillana, con la pl6yade de los Arjonas, Listas y Reinosos (en estos tres primeros cap6tulos domina, y el Padre no lo encubre, la influencia del precioso estudio del marqu6s de Valmar sobre los poetas del siglo xviii).—Sigue el Teatro, la yerta tragedia y la no menos ins6pida comedia,



y entramos en los que califica el Padre de "antecedentes, carácter y propagación del romanticismo en España". Viene el período de transición, y el triunfo del romanticismo con Ángel Saavedra y *Don Alvaro*. Desfilan capítulos consagrados al romanticismo en la poesía lírica, á la poesía tradicional y legendaria representada por Zorrilla, al drama romántico, á la poesía festiva y la comedia, al eclecticismo clásico-romántico, á los escritores de costumbres, al romanticismo en la novela, y, por último, á la crítica literaria, que ocupa dos capítulos.

No acostumbro yo extractar así los índices de los libros, y si lo hago con éste, es para que forme el lector exacta idea del plan de la primera parte. No se crea (y vuelvo á recordar la advertencia de Sainte-Beuve) que lo apruebo. Esa especie de cuadro sinóptico me parece más adecuado para textos de enseñanza siempre elemental (aunque se llame *superior*), como el de Francisco Sánchez de Castro ó el de Revilla y Alcántara

García, que para estudio crítico de alto vuelo, como tiende á ser el del Padre.— Juzgo que cada materia de las que forman el tomo requería un tomo ella sola; un tomo que podría no ser tan nutrido como el que tengo á la vista, pero sí muy sustancioso y ceñidito al asunto.— La literatura de una nación no suele ofrecer el espectáculo de esa unidad armónica que autoriza al crítico para estudiarla simultáneamente en sus diversas manifestaciones. Hay géneros que se rezaغان y géneros que marchan á la cabeza: hoy sucede esto con el teatro y la novela, por ejemplo. En rigor, nuestro teatro actual no puede estudiarse formando cuerpo con nuestra novela. El apogeo de la una y la decadencia del otro revelan bien á las claras que ni obedecen á las mismas influencias, ni coexisten más que en el tiempo.

Ya sé que el plan adoptado por el Padre es el más general, casi el único. Entre las muchas *Historias* literarias que poseo, desde las que pueden calificarse de

manuales (como la de la *Literatura inglesa contemporánea*, de Odysse Barot) hasta las monumentales (v. gr., los tres tomos de Ebert sobre la literatura meridional en Occidente), ninguna ofrece tal división por materias. No obstante, la considero utilísima, y quizás única fórmula conciliadora entre la atomística subdivisión de las *monografías* y la artificiosa unidad de los *cuadros*. Y que no voy descaminada me lo demuestra, ó, por mejor decir, me lo demostró hace tiempo la conformidad de Menéndez y Pelayo con esta idea mía. Estaba y juzgo que está de acuerdo el ilustre santanderino en que sólo por materias, repartidas en tomos, puede darse alguna idea menos confusa de una literatura tan rica como la española, sea desde los orígenes, sea en alguno de sus períodos.

No se me acuse de inconsecuencia por lo que voy á añadir, pues no hay contradicción, como intentaré demostrar. — Siendo, á mi ver, el libro del Padre reducido para la materia que in-

cluye, aún sobra de esa materia mucha parte, representada por obras que nada expresan y por nombres que no señalan huella original en su terreno. Nótese que me estoy refiriendo al primer tomo; pero sépase que reiteraré el cargo contra el segundo. En vez de las listas de omitidos que formaron los críticos de *La Ilustración Española y Americana*, *El Liberal* y *La España Moderna*, yo presentaría otras más extensas de omitibles. Llevan razón los mencionados críticos, si se considera que entre los nombres omitidos los hay más dignos de memoria que otros citados por el Padre, y hasta muy distinguidos y acreedores á honrosa mención en obras de otra índole; pero téngase en cuenta — para excusar las omisiones y vituperar las superfluidades del Padre Blanco — que no ha querido escribir un índice bibliográfico ni un catálogo razonado de autores, en cuyo caso estaría bien que no dejase ostentado fuera de lista. La excesiva riqueza de nombres propios y de pormenores des-

conocidos ú olvidados es gala del bibliógrafo y estorbo del crítico. Un libro como el del Padre Blanco debe excluir todo lo que no ofrezca significación poderosa, todo lo que no haya trascendido ó no se haya impuesto por su valía excepcional é indiscutible.—Para concentrar la esencia de un siglo de literatura conviene mucho alambique y mucho filtro, pocas figuras y bien destacadas: figuras *representativas*, de esas que encarnan un movimiento, una tendencia, una fase de las letras. Ha de preguntarse á sí mismo el crítico, antes de admitir nuevos personajes: “Si este autor no hubiese existido, ¿la literatura de tal época presentaría el mismo aspecto, seguiría la misma marcha, sufriría iguales vicisitudes?” Según la respuesta que su conciencia le dicte, así debe proceder.—Contados, muy contados son los nombres que tienen derecho á resplandecer en historias generales. No se le ocurriría á Jenofonte, cuando narra las expediciones de Ciro y la retirada de los Diez mil, nombrar uno

---

por uno á los oficiales que mandaban las tropas. Conviene que una historia de las letras no se parezca al cuento de la pastora Torralba, porque el lector pierde la cuenta de las cabras, y con ella la paciencia y el gusto.

No ha de olvidar nunca el historiador literario lo muy esencial del proceso selectivo. Puede compararse su tarea á la de los encargados de cribar perlas en las pesquerías indianas. Tres cribos, con agujeros de mayor á menor, sirven para graduar los tamaños de la preciosa concreción de la ostra. Las perlas que quedan en el primer cribo, son las que se ensartan para el cuello de las reinas. Las del segundo ya no deslumbran. Las del tercero son género vulgar. Y las que rebasan del tercero, son aljófares sin valor, recogidos á puñados, y aprovechados como se pueda.—No ofrezcan á nuestra admiración los historiadores profundos sino perlas de primera magnitud, y alguna más chica, pero de limpio oriente y perfecta forma. Todavía me ex-

plico que, si en determinado género no no salen perlas tamañas como nueces, ni como guisantes siquiera, se aprovechen los aljofarillos. Disculpo que, en la penuria teatral de principios de este siglo, se citen y comenten las producciones de D. Cándido Trigueros ó de D. Félix Enciso y Castrillón; pero en la riqueza de la poesía lírica romántica, tan grande y fecunda como el mismo Padre dice, ¿qué falta nos hacían, vamos á ver, ni Sazatornil, ni Carbó, ni menos Amalia Fenollosa, de quien el mismo Padre Blanco dice... que no quiere decir nada?

El cuadro de la poesía lírica del romanticismo, no admite más que seis ú ocho figuras masculinas y dos femeninas, la Avellaneda y Carolina Coronado. En el drama romántico me estorban, para ver en su esplendor á Martínez de la Rosa con *Aben-Humeya*, á García Gutiérrez y Hartzenbusch con el *Trovador* y los *Amantes*, á Don Álvaro, á Zorrilla con *Tenorio, Traidor, inconfeso y mártir*.... en fin, á los que todos mis lectores recuer-

dan ya de seguro, me estorban, digo, los Arizas, los Ontiveros, los Huicis, “y otros cien autores dramáticos”, que dice el Padre. Y en cambio, el estudio sobre las verdaderas y magníficas obras maestras del teatro romántico en este siglo, me sabe á tan poco, á tan poco, que es menos aún de media miel. ¿Cómo he de resignarme á que *Don Juan Tenorio* sólo disfrute de tres páginas? ¿Puede en tres páginas decirse algo del *Tenorio*? No; ni su nombre creo que cabe en ellas.

Quede sentado que no me contradigo; que, en general, sobran autores, y falta espacio y detenimiento para los grandes, los inmortales ya. Pasemos á censurar otra deficiencia, que tal vez sea la misma mirada bajo distinta relación, y permítaseme recordar párrafos de la crítica que Valera dedicó al primer tomo de la obra: “No sé—dice el autor de *Pepita Jiménez*—hasta qué punto se puede prescindir en una historia literaria de dar una idea del estado político, de los cambios radicales y de los sucesos más de bulto que



ocurren en la nación de cuya literatura se habla, y que no pueden menos de influir en dicha literatura. Lo cierto es que el Padre prescinde, en mi sentir demasiado, de la Revolución francesa y sus ideas; de las guerras napoleónicas; de la cruel desmembración del Imperio español cuando perdimos cuanto en el continente de América era nuestro, y de las mismas revoluciones y discordias civiles de la Península, cuya faz vino á cambiarse, reemplazando un nuevo régimen al antiguo. No basta dar todo esto por sabido: importa decir algo de las transformaciones que en la sociedad, en el ánimo del pueblo y en sus costumbres, de todo lo cual la literatura es espejo, han traído consigo dichas novedades y dichos poco frecuentes acontecimientos. Razón tiene Valera, sobre todo si viniese á completar su afirmación de la necesidad de tomar en cuenta el ambiente social y político otra: lo indispensable de unir al mismo estudio el del elemento étnico, perenne al través de las vicisitudes históricas, y el de las in-

fluencias extranjeras, más avasallador durante el período clásico y el romántico que hoy (á pesar de lo que el vulgo cree). Influencias francesas, inglesas y alemanas, combinadas con el elemento étnico y nacional: ahí tenéis la clave de nuestro romanticismo; ahí están explicados desde Espronceda, nuestro Byron, hasta Rivas, el Schiller español. Más que en los cambios políticos y en la pérdida de las colonias, veo ahí la razón suficiente de la evolución literaria. Desarmar tales resortes, exige volúmenes y volúmenes. Cuatro dedica Menéndez y Pelayo á analizar el ambiente exterior para sólo un género, la crítica y la preceptiva. Yo no digo que no haya exceso, aunque por mucho trigo nunca mal año: digo que en el Padre Blanco hay defecto, y que cada género de los que abarca su *Historia* pedía siquiera cien paginitas de bien mascado preámbulo. En suma: la obra no nació ni para comprendida en dos volúmenes, ni para elaborada en dos años. Vuelvo á mi tema: sabe á poco; no

siendo por su calidad descarnado epítome, tenía que ser por su cantidad lo indispensable, lo que reclamaba el asunto, si no había de precipitarse, como se precipita muchas veces. — Para contraerla á las dimensiones que en la obra del Padre ocupa, había que convertirla en una especie de extracto Liebbig de crítica, estimando cada fenómeno literario con tal concisión y precisión, que sólo apareciese lo saliente, característico y esencial. Había sin remedio que suprimir tentadoras y amenas digresiones, y someterse á la más severa disciplina.

Y cuenta que el Padre (otro punto en que no disiento de Valera) ya recortó el plan cuando sólo admitió en él, no dos géneros, poesía y novela, como Valera asegura, sino cuatro — la poesía lírica, la poesía dramática, la novela, la crítica — excluyendo otros tan importantes como la historia, la oratoria, la literatura filosófica y en cierto respecto la periodística. “Es indisputable — advierte Valera — el pleno derecho que tiene cada cual á des-

lindar y acotar el campo que cultiva y á marcar asimismo el límite de su tarea: pero los inconvenientes son grandes en este caso y en casos análogos. Los inconvenientes proceden de lo genérico del título (*La Literatura española en el siglo XIX*), que, en efecto, engolosina al lector con la promesa de un estudio redondo. Con la división por materias se salvaba la dificultad. Dos tomos sobre la lírica, ó sobre el drama, no comprometen á otros dos sobre el periodismo ó los oradores.

Insisto en estas observaciones, porque me figuro que el Padre Blanco, en su florida edad y situación favorable para el estudio y la labor literaria, no va á dejar que se le enmohezca la pluma, ni renunciará al gusto de corregir, ampliar, completar y perfeccionar su obra, cuya primera edición se despachará rápidamente, en atención á que no hay otro libro análogo que recomendar á los extranjeros, ni á los españoles deseosos de ponerse al corriente de la marcha de nues-

tra literatura. Cuando el Padre se entregue á la tarea de revisar su obra y mejorarla en tercio y quinto, no serán mis indicaciones las que le orienten, pero de las mías y de las ajenas, mucho más autorizadas, podrá formarse un conjunto de advertencias que acaso no le parezcan inútiles ni ociosas. No hay cosa más abierta al convencimiento que una inteligencia clara y bien abastecida de razón: así es la del Padre Blanco, y yo, que me guardaría de dirigir la más leve observación á un erudito petrificado ó á un infatuado gacetillero, fundo esperanzas muy bellas en los treinta y cinco y los cuarenta del Padre Blanco, que ha escrito tales libros á los veintiocho.

He de repetirlo, puesto que todavía he de poner más objeciones al tomo segundo que al primero, y respecto al primero, único de que hablaré en este número de Marzo, tengo que entretrejer alabanzas y censuras.

Ya se colige que no proyecto examinar uno por uno los juicios del Padre sobre

libros y autores. Muchísimos los pasaré por alto, sin que el silencio implique conformidad ni desacuerdo. Pretensión ridícula sería aspirar á que el Padre viese por mis ojos las obras y las personas. Sólo cuando me parezca demostrable un error de juicio, me detendré á demostrarlo.

Lo que urge es encarecer como se merece el estilo fácil, grato, ya elevado, ya sencillo, á veces elocuente, y en general adecuado y propio, que distingue al Padre Blanco. Selecto sin afectación en el lenguaje, suelto y desembarazado en la construcción, limpio de dengues de purista como de adocenados vulgarismos, el Padre habla claro, dice lo que quiere decir, adjetiva felizmente y ahorra al lector la fatiga que causa, ya la excesiva sequedad, ya el ridículo alambicamiento, ya la recargada pompa del discurso. Es un estilo que se caracteriza, antes que por la personalidad, por el equilibrio y la conveniencia. Rara vez un autor se ha formado su estilo peculiar é inconfundible á los años del Padre, y sin mucho golpear

en el yunque. Para historiar las letras, el estilo se ha de tomar como medio subordinado, no como objeto principal, y menos como fin último. Esto hace el Padre, y hace muy sabiamente.

Volviendo á lo que corresponde, no al escritor, sino al crítico, diré que me agradaría que al lado de las figuras de Quintana y Gallego, campease la de Arriaza, poeta delicadísimo, á quien el Padre no distingue tanto como merece, poniéndole en montón con Rosa Gálvez, el estafalario Mor de Fuentes y el apreciable académico Musso y Valiente, de quien el mismo Padre asegura que "no le protegieron las Musas con larga mano,," Ni larga ni corta; y aprovecho la ocasión para advertir que en ninguna nación como en España necesita el historiador literario valentía para desenredarse de la espesa maraña de nulidades líricas, que á veces oculta en su espesura á los pocos, muy pocos verdaderos poetas. Aquí, sea por moda, sea por falso sentimentalismo, no hay nadie que no se disfrace de poeta alguna vez,

y finja, como los mendigos el ataque de alferecía, el pimpleo raptó. Trámense además complots poético-urbanos, como ese de la escuela de Sevilla, que debe olfatear el crítico. Los malos poetas no mejoran porque se asocien.

Arriaza era poeta. Si como vate oficial y palatino no nos merece sino compasión, cuando se emancipa encuentra acentos sentidos, hondos y dulces á la par, que Quintana desconocía. Bérrense ya de nuestra memoria los sonantes apóstrofes del cantor de la *Imprenta*, y aún puede hacer latir el corazón la hermosísima *Despedida de Silvia*, á que Arriaza dió carta de naturaleza en nuestro idioma y en nuestro espíritu. Algo de lo más penetrante que suspira la musa erótica de nuestro siglo, lo anticipan aquellas estrofas, no superadas quizá, por su ternura, su lucha de afectos, su elegíaca pasión:

• Pasen por ti con sosiego  
De amor las horas serenas,  
Y aquellas de angustias llenas  
Que se detengan en mí...

.....



¿En mí los lánguidos ojos  
 Fijas con tanta ternura?  
 ¿Sin faltarle la hermosura  
 Falta á tu rostro el color?  
 ¿Vas á abrir los labios rojos  
 Y el sentimiento los sella?  
 ¡Que en ti haya de ser tan bella  
 Aun la imagen del dolor! »

.....

No es sólo esta primorosa poesía, moderna en el sentir y graciosamente *rococó* en la forma, la que debe citarse de Arriaza: además de sus himnos patrióticos, á que concede elogios el Padre, merece especial mención la donosísima é impercedera *Función de vacas*, más conocida y citada que el nombre, eclipsado injustamente, de quien escribió sátira tan aguda y linda. Ya que Arriaza quede mucho más abajo que Quintana, bien digno era de componer trinidad con Lista y Gallejo, á quienes le antepondría yo, al menos subjetivamente. Y los demás..., junto al telón de fondo.

En las reflexiones que sugiere el advenimiento del romanticismo al Padre Blanco, domina la fácil caricatura de esa ten-

dencia literaria y social á la vez, y acaso sería de desear mayor seriedad en la consideración de una crisis tan universal como fecunda y espléndida en sus resultados. El romanticismo fué inmenso: en su ardiente hornilla entraron elementos diversísimos, concurriendo á una renovación capital de sentimientos y formas poéticas: en la sinfonía romántica se unieron las *stimmen der wölker* ó voces étnicas, que pedían plaza al sol para la fresca musa popular y la tradición misteriosa; la electricidad sentimental, condensada por la Edad Media y comprimida por el Renacimiento; la protesta cristiana contra el culto de la regla y de la forma, propio de los pueblos helénicos, repulsivo á los germánicos; la vaga tristeza y hondo pesimismo de nuestra edad, representado por *Rolla*; el vértigo de la metafísica alemana, encarnado en *Fausto*; el principio de libertad y hasta de anarquismo en el arte; el hastío roedor ó *mal del siglo*; grandioso cuadro de síntomas delatores de una transformación que llegaba

á la medula del cuerpo social... Si el romanticismo no hubiese sido más que unas cuantas señoritas remilgadas bebiendo vinagre para perder el color, y unos cuantos mancebos ilusos *ajumándose* en las que entonces se llamaban *orgias...*, ¿qué quedaría hoy en pié de ese gran movimiento, despertador de la conciencia nacional artística? Sin duda el Padre conoce bien la trascendencia y el mágico vigor del romanticismo en esta tierra donde los gérmenes románticos están á flor de suelo, y la menor influencia los hace brotar y granar; por lo mismo deploro la marcada preferencia que otorga á las chanzonetas de Tapia, Bretón y el Estudiante, prescindiendo del estudio de aquel "impulso general é irresistible, que partía de la renovación en las ideas y en las almas,".

Sólo aprobación tendré para las páginas consagradas á Espronceda. Ya me había impresionado favorablemente este capítulo cuando lo anticipaba *La Ciudad de Dios*. La crítica del autor del *Diablo*

*mundo* no parece (como otras del tomo) hecha desde afuera, sino con esa penetración que identifica momentáneamente los espíritus, y á que se asocia el leyente. No me sorprendería que el Padre Blanco, que tantos versos componía á los diez y siete años y rasgó después, fuese en su adolescencia admirador del que entre nosotros, como en Francia Musset, merece el título de poeta de la juventud, intérprete de la precoz é inquieta *rêverie* de los imberbes mozos que palidecen inclinados sobre el libro.—Hay en el capítulo dedicado á Espronceda ese calor admirativo sin el cual se puede clasificar á un artista, pero nunca interpretarle; calor que se transmite al estilo y le presta sumo encanto.

No puedo transigir con que vayan juntos y de la mano (aun reconocida la superioridad del uno sobre el otro) el marqués de Molins y Ventura de la Vega. El respetable Marqués (á quien sólo atenciones he debido) no pasaba de docta y agradable medianía. Ventura de la Vega, aun-

que no hubiese escrito más que *La Muerte de César*, sería ya de aquellas perlas consabidas, si no de primera magnitud, al menos de oriente raro y peregrino. Reclamo en nombre de Vega, como reclamé en el de Arriaza. Yo, que soy apasionadísima devota del *Drama Nuevo*, no antepondría *Virginia* á *La Muerte de César*, con lo cual indico sobradamente que, en su línea, la tragedia de Ventura de la Vega es incomparable dentro del teatro español.

El capítulo que trata de los escritores de costumbres lo encuentro atinado en general, y exacto lo que dice del *Solitario*, sin que me arredre para sostener esta opinión la contraria, mantenida por D. Juan Valera. Lo que echo de menos es otro capítulo, ó una introducción á este mismo, sobre el estado de la sociedad que vinieron á retratar esos pintores de costumbres. No crea el Padre Blanco que le pido más agua en el chocolate ; es que ya conoce mi opinión: los costumbristas españoles del siglo XIX merecen ellos solos

un tomo, que puede ser un primor de observación y curiosidad literaria. Si, por ejemplo, los dramaturgos y poetas románticos pueden en rigor ser juzgados desde el punto de vista exclusivamente literario-europeo, cotejando el fenómeno de su aparición con fenómenos similares acaecidos en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, Rusia, — los costumbristas, los de la *enjundia española*, no se comprenden bien no explicando antes la época de transición que les dió origen, la lucha (que persiste aún) de la España vieja con la nueva, lucha de que tuvo conciencia plenísima Antonio Flores, y el haberla tenido le asegura un puesto, si no eminente, seguro, ante la posteridad.

Entre los novelistas románticos ó *walterescotianos*, no se destacan como corresponde los dos maestros del género, que lo son, el uno por sólo un libro, el otro por un centenar de libros arrojados pródigamente al mercado librero, y que, ¡singular vitalidad!, se cotizan aún, si bien con descuento enorme.. Aludo á En-

rique Gil y á Manuel Fernández y González: no quiero ahincar mucho esta observación, no sólo por brevedad (pues dejo pendiente la segunda parte), sino porque sería repetir lo que tantas veces he declarado: que aquellas diferencias esenciales de método que imposibilitan á un crítico para aprobar sin rebozo la obra de otro crítico, entre el Padre Blanco y yo consisten principalmente en que se me figura error capital de perspectiva traer á primer término figuras de segundo, tercero y cuarto, con mengua de las que debían campear victoriosas, sea por su mérito intrínseco, ó por lo que en determinadas circunstancias significaron.—Resumiendo mi pensamiento: la obra del Padre Blanco hacía mucha falta; es muy digna de plácemes, y sólo se los regatearán los que ignoren ó finjan ignorar que *lo mejor es enemigo de lo bueno*; pero á ratos puede decirse de ella que *los árboles no dejan ver el bosque*.





## UNA OPINIÓN SOBRE LA MUJER

(EL DISCURSO DEL MARQUÉS DEL BUSTO EN LA  
REAL ACADEMIA DE MEDICINA.)

---

**E**x algunos periódicos he leído días atrás quejas de que aquí no se presta atención al movimiento científico; de que las especulaciones de nuestros pensadores caen en el vacío, y no hallan eco, sino silencio. — No soy yo quien puede remediar este daño, si tal daño existe; y quizá, aunque estuviese en mis medios coadyuvar á remediarlo, no estaría en mi voluntad, porque en las contadas materias en que no soy absolutamente profana, me causa tristeza la dirección y carácter de ese movimiento científico, y prefiero ignorarlo.

Verbigracia: yo he procurado saber lo que se piensa en Europa respecto á los problemas que entraña la educación y



condición social, jurídica, política y económica de la mujer. Pues bien: cada opinión española que leo me deja fría, causándome un desaliento infecundo y amargo. Si en este punto concreto, del cual tengo algunas noticias, advierto tal deficiencia de seriedad y de información, y de esa noble sed de verdad que caracteriza al indagador científico, ¿no sucederá otro tanto en las materias que totalmente desconozco? ¿A qué perder tiempo en estrujar un limón sin zumo?

Es la llamada *cuestión de la mujer* acaso la más seria entre las que hoy se agitan. No porque haya de costar arroyos de sangre, como parece que va á costar la social (con la cual está íntimamente enlazada); sino, al contrario, porque, teniendo soluciones mucho más prácticas y de más fácil planteamiento, aunque hoy aparezca latente, vendrá por la suave fuerza de la razón á imponerse á los legisladores y estadistas de mañana, y parecerá tan clara y sencilla (no obstante sus trascendentales consecuencias) como ahora

se les figura de intrincada y pavorosa á los cerebros débiles y á las inteligencias petrificadas por la tradición del absurdo.

Y cuenta que, en esto de la tradición del absurdo, no me refiero á los partidarios de determinadas ideas políticas ni religiosas. Punto es el de la situación de la mujer en que coinciden y se dan la mano racionalistas y neo-católicos, carlistas y republicanos federales. A éste sí que le llamaría Feijóo *error común*: lo es hoy en España casi tanto, y no sé si diga más en cierto respecto, que cuando el insigne Benedictino escribió su *Defensa de las mujeres*. En el TEATRO CRÍTICO de Febrero hube de combatir ideas del Sr. González Serrano, pensador racionalista, que sólo pueden tener digno *pendant* en las que en su Discurso emite el señor marqués del Busto, título pontificio y médico poeta en prosa.

Y cuando digo *ideas*, me parece que poco de lisonjera. No lo son ni aun en la primer acepción que da á la palabra *idea* el Diccionario: "simple conocimiento de

alguna cosa „. Para ser exacta, debí incluir las en el número de los que Heriberto Spencer llama “prejuicios de educación, prejuicios de clase, prejuicios políticos, prejuicios teológicos „, base de las “dificultades subjetivas, intelectuales y emocionales „ que atascando la corriente del juicio la dejan estancarse y corromperse, exhalando pestilencial hedor.

Yo sólo daría el glorioso nombre de ideas (en la acepción especulativa del vocablo) á los conceptos que, madurados por el raciocinio, brillantados por la buena fe, dignificados por el instinto de justicia, descienden del cerebro del pensador á iluminar y allanar la ruta de la humanidad. Puesta la mira del pensador en ensanchar los dominios de la razón, y guiado por instinto admirable de abnegación intelectual, prescinde de sus intereses y de sus pasiones (origen de los *prejuicios* de Spencer), y pronuncia el *verbo*, el *verbo* puro. — Así (en la esfera de la acción) se han visto siervos redimidos por los señores, esclavos libertados por sus

dueños, madres como la de los Macabeos que sacrificó el fruto de sus entrañas á la verdad. — Llamad *pensador* únicamente al que *piensa y habla* como éstos *obrar*on ; al que no ve en un problema social pretexto para disertaciones más ó menos galanas, sino asunto de reflexión, estudio, y manifestación del leal saber y entender, ajeno á todo propósito sectario ó catequístico ; al que para opinar de socialismo olvida que es proletario ó propietario, para opinar de formas de gobierno que espera ó recibe algo de alguna, y para discurrir respecto á la mujer, que es varón y que le desagradaría ceder un ápice de los privilegios que le otorga ampliamente nuestra legislación sálica y nuestra organización social, la cual podría tener por *esquema* un embudo.

Al leer al frente del discurso del señor marqués del Busto este título que engolosina "Problemas morales, sociales y políticos que resuelve el estudio médico de la mujer", confieso que abrí tanto ojo. No porque yo esperase encontrar en

el Sr. Marqués un aliado ; pero aguardaba un adversario provisto de argumentos, hasta de sofismas, que suscitasen en mi pensamientos nuevos y varios, y fecundasen por la contradicción mi propia tesis. Un médico, y médico de fama, el discípulo predilecto del Dr. Asuero, un especialista en ginecología, ¿no es cierto que cuando pone las manos en tan delicada cuestión, cuestión tan maltratada por la vulgaridad como intacta ó punto menos para el pensador original y vigoroso, diríase que está obligado á cierta novedad y profundidad, á no repetir lugares comunes, marchitos hasta en la vestidura con que se envuelven?

Por lo mismo no puedo entrar en detenido análisis del discurso del Sr. Marqués. Me lo impiden juntamente lo manoseado del fondo y el lirismo inoportuno de la forma. Sólo haré de pasada alguna breve reflexión que corrobore lo ya apuntado, ó sea mi desaprobación explícita del discurso en su forma y en su fondo.

El error fundamental que vicia el crite-

rio común respecto de la criatura del sexo femenino (error en que el Sr. Marqués cae de lleno), es el de atribuirle un destino de mera relación; de no considerarla en sí, ni por sí, ni para sí, sino en los otros, por los otros y para los otros. De fijo que el Sr. Marqués se tiene á sí propio por espiritualista refinado y amengado, y, sin embargo, da en el grosero materialismo de considerar que el fin de la existencia de un ser racional puede estar condicionado, en primer término, no por la racionalidad que le otorgó el Criador para distinguirlo de la bestia, sino por las consecuencias de la función de aparatos y órganos destinados á la reproducción y conservación de la especie, que nos son comunes con los irracionales. Pues, en efecto, y descartada la fraseología que la reviste á guisa de charro pañolón manileño, no otra cosa significa la sobada afirmación, que adopta el Sr. Marqués, de que "la mujer ha nacido para el amor como esposa y madre.". En cierto sentido, la afirmación es palmaria, como

lo sería la recíproca del hombre; pues si la mujer nació para esposa de su esposo y madre de sus hijos, no creemos que para esposo de la mujer y padre de esos mismos hijos haya nacido el caballo de Semíramis ó el toro de Pasifaé. Risa interior, risa muda, la que causa ver derrochar tantas páginas de impresión en establecer lo que nadie había derrocado, en afirmar lo que nadie niega, en emular las sinonimias de Perogrullo... ó aquella rondilla famosa :

«Las mujeres parirán

Si es que antes concibieren...»

etcétera, etc.—La atracción sexual, fuente de la unión conyugal, y el instinto reproductor, ley de la naturaleza que impone la filogenitura en beneficio de las generaciones nuevas, han sido, son y serán móvil poderosísimo de las acciones humanas — humanas, entiéndase bien, de varones y hembras, que forman la humanidad;—mas ni son el móvil único ni el único fin de la criatura racional, ni han

de ofrecerse en ningún caso como negación ó limitación forzosa de otros móviles y fines altísimos, como el social, el artístico, el político, el científico, el religioso, ni siquiera al ejercicio de la libertad individual indiscutible, que implica el derecho absoluto al celibato y á la esterilidad. Si esa vieja tesis del destino de la mujer, identificado con el de la gallina sumisa y ponedera, prevaleciese, tendríamos que repetir las diatribas de ciertos pseudo-filósofos que ponen á las monjas de ropa de pascua, porque, ¡oh traición, oh deserción cobarde!, faltaron á su deber no aumentando la prole de Adán con un par de mamoncillos... Dice Schopenhauer que todo absurdo echa flor de contradicción: y contradictorias son, en efecto, en el discurso del Sr. Marqués, las apoteosis de la virginidad y las condenas á trabajos forzados maternales; y contradictorio tanto maldecir de la prostitución, al paso que cierra á la mujer el camino de profesiones cuyo honrado ejercicio podría salvarla de la miseria, que de diez veces



nueve conduce á la ciénaga del amor vernal... Siempre tropezamos en lo mismo, en el concepto *relativo* del destino de la mujer. Dependiente de los azares del matrimonio, si tiene esposo tendrá honra, virtud y pan. Mas si se queda para vestir imágenes, ó no encuentra en el compañero el sostén que buscaba..., entonces la estrechez, el hambre ó el infame oficio que también, ¡también!, es un *relativismo*, porque depende del capricho viril...

El Sr. Marqués, partidario de que la mujer ha venido á este planeta "para dar felicidad y para sentir dolor," (¡amena perspectiva!), entiende que las mujeres no deben ser nada, y menos que nada *médicas*. De parte de un médico, esta exclusión me recuerda el malicioso cuentecillo del gitano, que decía: "No arrempuje V... He oído en París sostener opiniones bien distintas de ésta al director del Asilo de Santa Ana. Según aquel doctísimo facultativo, las alumnas de medicina eran en su clínica más puntuales, aplicadas é inteligentes que los varones; y por la mo-

ralidad de sus costumbres, podían servir de ejemplo á todos. En rigor, esto de la moralidad carece de importancia absoluta desde el punto de vista científico: no obstante, debe tenerse muy en cuenta, ya que es el caballo de batalla de los que *sienten* (el verbo *pensar* no he de escribirlo) como el Sr. Marqués, y declaran incompatible "el pudor y el propio decoro de la mujer," con "cierto género de estudios anatómicos y fisiológicos del hombre y el de ciertas clases y causas de enfermedad," y con "determinadas y ruborosas indagaciones é interrogatorios," y las "exploraciones quirúrgicas en regiones determinadas,". Mal librado sale de estas observaciones el "pudor," y el "propio decoro," de las Hermanas de la Caridad en hospicios, hospitales y ambulancias, donde sus manos y sus ojos y su cerebro y su espíritu andan siempre ahitos de ver, tocar, conocer y distinguir "ciertas clases y causas de enfermedad," siendo completo su conocimiento práctico de los pormenores "anatómicos y fisiológicos del hom-

bre. ¿A que el Sr. Marqués no cree que por eso estén manchadas de impudicia las Hermanas de la Caridad? Yo tampoco lo creo, y las tengo, al contrario, salvo excepciones que ignoro, por nobilísimas mujeres; sólo equiparo á la santa misión caritativa, la santa misión científica, que, como no ignorará el Sr. Marqués, se confunde con la primera muchas veces, imponiendo abnegaciones y sacrificios bastante análogos; y suponiendo que el señor Marqués tendrá de la profesión que ejerce tan alta idea como yo, por lo menos, cáusame asombro profundo ver que la presenta cual pudieran los caricaturistas del *Demi-Monde*: como origen de equívocos roces y satisfacción de malsanas y feas curiosidades.

De tal modo perturba el juicio la defensa de una mala causa, que el Sr. Marqués, por negárselo á la mujer casi todo (excepto el derecho á parir y los labios rosados y los ojos brillantes y parleros), le niega hasta su aptitud reconocidísima *para reinar*; y en el país de las Beren-

guelas, las Marías de Molina, las Blancas de Castilla, en el país donde la musa dramática celebró *La prudencia en la mujer*, dice con admirable aplomo que "sólo como muy honrosa excepción tenemos una *Isabel la Católica* que presentar como modelo."

Ya se sabe que no me he propuesto impugnar todo el discurso del Sr. Marqués, ni casi lo juzgo impugnable, porque repito que ni encuentro allí la solidez del raciocinio, ni siquiera el ardor de la diatriba, que excita á la réplica. Como señal del período romántico y retórico en que se estacionó y persiste aún gran parte de nuestra literatura científica, reflejo, ¡ay!, de nuestra cultura y nuestra elaboración intelectual cuando no traducimos (y aun en traducir vamos atrasados), me ha parecido que correspondían al susodicho discurso algunos renglones de censura. Si quisiera meterme en harina de pormenores y adornar este artículo, que escribo llena de melancolía, con notas festivas, no me faltaría dónde encontrarlas; v. gr.,

en aquellos signos de "autoridad masculina," que la Naturaleza concede en la frente á ciertos animales, ó en lo de que la mujer contiene y abarca y presenta "modelos de todo lo psíquico de todos los animales," cosa que, ó no la entiendo, ó trasciende á azufre de herejía gorda. Mas ni está el horno para bollos, ni yo para bromear en estas cuestiones..., aunque, bien mirado, sería tal vez la mejor crítica.





## CRÓNICA LITERARIA

---

**D**os notas curiosas recojo en la prensa, donde no han tenido eco, y las ofrezco á mis lectores.

Apareció la primera en *El Atlántico*, de Santander, hace ya mes y medio, con el título de *Gran fracaso*, y, que yo sepa, ningún periódico de la corte la ha recogido. Trasladaré algunos párrafos del artículo, que dicen así: "Por dificultades editoriales que no se han podido vencer, ha fracasado últimamente un gran proyecto literario, el cual, llevado á la práctica, hubiera influido de un modo notable en la cultura española. Tratábase—nada menos—que de la publicación de una Revista crítica, redactada exclusivamente por Valera y Menéndez y Pelayo, y que, inaugurándose el día 1.º de este año, saldría á luz una vez cada mes, como el

NUEVO TEATRO CRÍTICO de la señora Pardo Bazán. La Revista iba á satisfacer una necesidad apremiante de nuestra literatura, y hubiera conseguido el éxito que merecen aquellos insignes escritores; pero el pícaro ochavo, cuya influencia en las letras, como en todo, es tan decisiva... lo ha echado todo á rodar, y de rigor es que lo lamentemos „.

Yo lo lamento más que nadie. La Revista proyectada por los Sres. Valera y Menéndez y Pelayo, no sólo vendría á partir de un modo natural el campo crítico, aliviándome en gran parte del peso que he puesto sobre mis hombros, sino que, además de esto y de muy saludable enseñanza, me daría también asidero para cierta clase de discusión y controversia, honrosa para mí, claro está. Y probaría que la idea del TEATRO CRÍTICO no ha sido dascabellada, puesto que la acariciaron casi como un sueño tan altos próceres de las letras. Y, fracasada y todo, prueba que, algún insignificante mérito contrajo quien la pudo (déjenme que me pavonee) reali-

---

zar. No se trata del *cómo*, literariamente hablando, sino de que, en Enero del año 1893, habré cumplido dos años de dar cima á esta labor, para la cual iban á asociarse Menéndez y Pelayo y Valera.—Y he de añadir que me sorprende el que no encontrasen editor (porque esto significa lo del "pícaro ochavo,") dos firmas tales. Yo supongo que el editor, ó los editores, que no se han apresurado á festejarlas como era natural y justo, habrán obedecido en su retraimiento, no á recelos de la indiferencia del público, sino á temor de que las dos plumas de oro tuviesen días en que se resistiesen á correr para la crítica de actualidad; en que Menéndez se enfrascase en Lope de Vega ó las ideas estéticas del siglo XIX, en que Valera se pusiese el frac, después de haber echado la llave á su escritorio...



La otra noticia la copio de *El Día*, y es como sigue :



“Los senadores de Andalucía, señores duque de T'serclaes y marqués de Jerez de los Caballeros, han dado esta mañana un almuerzo en Lhardy á varios académicos de la Española y á algunos compañeros de representación.

„Los comensales debían haber sido catorce, pero sólo han asistido el Padre Mir, los Sres. Tamayo y Baus, Balaguer, Valera, Castro y Serrano, Menéndez y Pelayo, el conde de la Viñaza, el marqués de Jover y su hijo, el barón de la Fuente de Quinto, director de *El Adalid*, de Córdoba, y el diputado Sr. Viesca, director de *La Dinastía* de Cádiz; en total, *trece*.

„Lo ilustre de cada uno de los concurrentes no ha bastado para sustraerlos á las preocupaciones del número fatal: todos ó algunos se resistían á sentarse en derredor de la mesa, y por fin dieron la solución los Sres. Balaguer y Tamayo, almorzando en mesa aparte.

„Para que todo fueran coincidencias, el Sr. Menéndez y Pelayo se ha presenta-

do al almuerzo con una herida en la frente, que le había causado un enemigo suyo: el censo para las elecciones por sufragio universal, abultado tomo que estaba consultando esta mañana en su biblioteca, y que le cayó en la cabeza al cogerlo de un estante.»

¿Verdad que en estos párrafos hay cosas muy raras?

En primer lugar, no pudieron ser *todos*, sino solamente *algunos* de los comensales los que resistieron sentarse á la mesa de trece. De fijo que el Padre Mir ocupó su asiento sin protesta, pues la fe le manda no creer en sueños, agüeros ni rayas de manos. Tamayo y Menéndez y Pelayo, que son buenos católicos, tampoco creerán en ellos, y por consecuencia se sentarían impávidos á una mesa de trece; y Valera, que es un espíritu desengañado y maleante, me figuro que se encontrará curado de esas aprensiones, que son del dominio del *folk-lore* europeo.—Singular encuentro también que Menéndez y Pelayo, en vez de consultar las obras de Ave-

rros ó la *Bibliotheca Vetus*, se dejase descalabrar por el censo electoral por sufragio...; pero en fin, esto sólo probará que Menéndez consulta todo libro, y que el mejor día se nos aparece descalabrado por el *Mayor* del comercio de Pablo Escolar...

En cuanto á la vitalidad de la superstición de los trece, yo no debiera admirarme tanto, puesto que me encontré hace años en circunstancias muy parecidas.— Se organizó una comida en Lhardy, á que asistieron algunos escritores, y en que se obsequiaba al señor doctor Fastenrath y á mí.— La mesa, resplandeciente de luces, plata Ruolz y cristalería, esperaba; todos íbamos á ocupar nuestro puesto, cuando notamos que D. Ramón de Campoamor, acurrucado en una esquina, agachaba la cabeza y callaba, mostrando que no quería tomar parte en el festín. A nuestras preguntas contestó con voz sepulcral que éramos trece, y él el más viejo, y que le tocaría, de fijo, el gordo en aquella lotería de la

muerte. — ¡Cuántos muchachos se han muerto desde entonces! — No fué posible persuadirle. Hubo que echarse á buscar un catorceno gratis, pues en los *restaurants* españoles no hay á la puerta, como en los franceses, ese *monsieur le quatorzième*, que, correctamente vestido, con su roseta en el ojal y la sonrisa en los labios, espera á que las aprensiones ajenas le den yantar y propina. A las nueve y media, ó más cerca de las diez, lograron nuestros emisarios traernos á Fernando Fe, que precipitadamente se había embutido en el frac, y conjurado ya el mal sino, comimos, en paz y en gracia de Dios, con muchas ganas y sumo contento. — Al otro día los periódicos refirieron el caso; pero atribuyéndome á mí la dificultad, por aquello de que las mujeres somos impresionables. Yo no me jacto de espíritu fuerte; debe uno jactarse de las menos cosas posibles; pero la verdad es que me he sentado tranquilamente á una mesa de *trece*, un día *trece*, en Burdeos; que á las pocas horas me embarqué para Espa-

ña á bordo del magnífico transatlántico *Puno*, y que nunca tuve mejor navegación, mar más bella, cielo más despejado... Ni siquiera me mareé. Ya sé que este es un argumento empírico. Lo mismo que el *Puno* atravesó felizmente el golfo de Gascuña, pudo naufragar en él. Y ahí tenían Vds. demostrado el *meigallo*, como en mi tierra se dice... .

\*  
\* \*  
\*

De algunos libros nuevos hablaré en esta crónica, deprisa, porque no puede ser despacio. El primero es el que Doña Sabina de Alvear y Ward consagra á la memoria de su padre. Esta señora presta, con su piedad filial, un verdadero servicio á la historia patria. Hay en él documentos que no se conocían, datos importantes. La parte en que la señora Alvear habla por cuenta propia está trazada por una pluma sencilla, simpática, ya grave, ya afectuosa y tierna. Es una narradora, no una artista; pero ¿cuántos artistas se pueden contar entre nuestros historiado-

res? Ni pretendió tampoco esta señora lucir las galas de su dicción ó la profundidad de su pensamiento. Quiso arrancar á la obscuridad y salvar de la indiferencia y del olvido la figura bizarra y noble de su padre. Lo ha logrado, y al mismo tiempo abre fuentes en que no se desdeñarán de beber los historiadores futuros. Mi más respetuosa enhorabuena á la señora Alvear.



*La Gitana*, novela de Salvador Rueda, inaugura la Biblioteca que va á publicar su hermano, al precio de *una peseta* volumen. Tal baratura es increíble, sobre todo en el presente caso, en que se trata de una novela nueva y original de autor que el público estima. Salvador Rueda, más que novelista propiamente dicho, es un impresionista de la pluma, que se ha creado una especialidad de colorista meridional, apegado á lo típico de una raza y á lo consuetudinario de una región; uno de los costumbristas natos que hacen *no-*

*vela* porque el público la lee y la busca más que el artículo descriptivo. De todas suertes, la biblioteca es una tentativa, que merece estimarse, para aclimatar aquí la lectura por medio de la baratura del libro, que además está bien impreso, en excelente papel, con linda y llamativa portada. Que la fortuna sea propicia á los señores Rueda.



La quinta edición de las poesías de Bartrina me tentaba á decir algo sobre este poeta tan moderno en sus cualidades y en sus defectos, tan sincero en su *pose*, ó dígase en su afectación de descreimiento, bajo la cual sangra un corazón parecidísimo al del famoso *Basarof*, héroe de la novela de Turgueneff, *Padres é hijos*. Veremos si en los meses de verano, en que afloja la producción de verdadera actualidad, queda sitio para alguna de esas excursiones retrospectivas que no carecen de encanto. Ahora tenemos en puerta la nueva novela de Galdós, *Tristana*, en

la cual aparece "sólo de perfil", dice el autor, cierto problema que me interesa muy especialmente, y las *Poesías* de Balart (que forman perfecto contraste con las de Bartrina, y se prestan á un paralelo curioso).—La muerte de José Velarde también pide lugar en esta crónica. Yo confieso que nunca le tuve por tan gran poeta, ni siquiera la mitad, de lo que algunos admiradores suyos afirman: verdad que en poesía soy descontentadiza y dengosa, y además no he seguido á Velarde en todo lo que escribió, y acaso tuve la mala suerte de tropezar con lo más endeble de sus producciones poéticas. Dicese que el Atenco va á consagrarle una velada, en que leerán Zorrilla, Núñez de Arce, Ferrari y Manuel del Palacio: supongo que elegirán lo mejor, y que podré, si ha lugar, rectificar mi juicio.



Se ha publicado, traducido, *El dandismo y Jorge Brummell*, de J. Barbey de Aurevilly. Es un libro delicioso, manjar



tan fino, que temo por su suerte. No sé si el público español está preparado para leer y asimilarse á Barbey, que aun en Francia es manjar de golosos (*gourmets*) y no gusta á la mayoría. A mí me parece Barbey un maestro (*menor*). Todo me hace gracia en él, hasta sus indelicadas invectivas contra los *bas bleus*, invectivas que parecen bufidos, no de gato, sino de gata á quien retuercen el rabo. Su donaire, su refinamiento, sus apasionadas críticas, sus alardes de elegancia, legitimismo y catolicismo, su fuerza sugestiva, su estilo maravilloso, trabajado y retorcido como una sierpe de oro de Benvenuto, me divierten, y á veces me admiran, por ejemplo, en el *Chevalier des Touches*, que corre traducido con el título de *El cabecilla*, y en las sorprendentes *Diaboliques*. Temo no encontrar muchos correligionarios *barbeyistas* en España, como no encontré *goncurtistas* (perdón por estas palabras tan feas, y recuerden, para disculparme que desde hace años se viene diciendo "el jorge-sandismo, el sansimo-

nismo,). En España, y en todo país donde sólo es muy culta una escasa minoría, el éxito corresponde á los escritores de estilo fácil y fluido, desprovisto de originalidad, intérpretes de las ideas generales y admitidas, sean nuevas ó viejas. Las individualidades con marca propia, como Barbey, no son populares casi nunca. Barbey raya en extravagante. ¿Se leerán mucho y se comprenderán un poco las filigranas del *Dandismo*?





## LOS ESTRENOS

---

*Termidor*, de Victoriano Sardou. — *El Obstáculo*,  
de Alfonso Daudet.

**S**i el anuncio precoz, el reclamo intempestivo, el clamoreo unánime en la prensa, fuesen suficientes para proporcionar á una obra larga serie de representaciones, no dudo que en el teatro de la Princesa asistiríamos á la *centième* de *Termidor*. ¡La bulla que el tal *Termidor* ha metido! Parece que los oídos me cantan aún. Los diarios, que tanto regatean su rinconcito modesto á los libros, consagraron á la obra de Sardou, traducida al castellano, columnas y más columnas, con ilustraciones en el texto; una semana antes del estreno anunciaban que las butacas se cotizarían á *cinco duros* ¡en estos tiempos, con el papel por los

suelos y el cambio por las nubes!); María Tubau —añadían—descansa para tomar fuerzas y hechizarnos en el difícil papel de *Fabiana*; Vico ingresa en la compañía sólo para que no se nos desgracie el *Labussière*... En fin, diríase que *Termidor* (nótese que le suprimo la hache, y es porque creo que no le hace maldita falta) iba á señalar una nueva fase..., etcétera, etc.

¿Pues quieren Vds. saber lo que en mi opinión señala *Termidor*?

La nueva fase... de imitación de los zarzueleros españoles por los dramaturgos franceses.

¿Recuerdan Vds. *La Marsellesa*, de Ramos Carrión? Yo no desprecié nunca esa obrita llena de sal (que fué el *Termidor* de mi pueblo natal, pues recuerdo que hace muchos años la silbaron estrepitosamente los republicanos de Marinceda); pero si algún día hubiese caído en la mala tentación de despreciarla, ahora la saludaría, porque *La Marsellesa* dice en pocas palabras y bien lo que

---

*Termidor* desfiló en los larguísimos parlamentos de Labussière y de Marcial; y el marido de la sastra, que la echa de fe-roz patriota y tiembla ante su mujer y ante los jacobinos, me divierte bastante menos que el "ciudadano Nerón". Casi casi, si Vds. me apuran, añadiré que la cantinera de *La Marsellesa* me gusta tanto como Fabiana Lecoulteux... Hablo seriamente; transformen Vds. con la imaginación *La Marsellesa* en drama, y convendrán en que no tiene nada que envidiar al de Sardou...

Yo no afirmo que Sardou haya leído *La Marsellesa*, por más que tengo entendido que ésta se tradujo al francés, y Sardou, como todos los autores dramáticos, seguirá el movimiento escénico de Europa, sobre todo el que, traspasando los Pirineos, consigue los honores de la traducción. En fin, no insinúo la sospecha de un plagio, ni existe, á mi ver, en *Termidor*; lo indudable es que *La Marsellesa* tiene más animación y más chiste, y hay en ella un efecto que, en manos de Sardou,

sería de primer orden : Rouget arrestado á los sonos de su propio himno, y retorciéndose de desesperación al ver cómo las innobles turbas prostituyen la canción heroica. — Si á Sardou se le ocurre *La Marsellesa*, pasa el mejor día de su vida, que ya no es corta... ¡ *La Marsellesa!* ¡Qué título y qué asunto para alborotar á Francia!

Porque la alborotaría. Sardou (hay que ser justos) saca partido de la idea que caza al vuelo, sea buena, sea mala, y mejor si es buena, naturalmente. Mera habilidad de factura, mas no por eso se crea que la tiene cada hijo de vecino. Sardou, ya presente á la española *Dora* (¡extraño nombre que nadie usa en España!), ya á la bizantina y corrompida *Teodora*, ya á la creyente *Lea*, ya á la casta *Fabiana*, siempre nos hace sus cómplices, siempre nos obliga á *entrar en la situación*, á ir por donde él resuelve de antemano. Y crean, señores (esto va con los dramaturgos de España), que no es tan fácil hinchar un perro.

Prefiero — claro está — el teatro de Emilio Augier y el de Alejandro Dumas, hijo, que ostenta dos joyas: *La Dama de las camelias*, el *Demi-monde*. No obstante, reconozco que la fecundidad y la destreza de Sardou hacen de él el gran proveedor del mercado dramático. Únicamente, que me dejen protestar cuando indiscretas apoteosis le elevan adonde no alcanza; cuando los periódicos, á propósito de un drama sin trascendencia política, vulgarón (me refiero á *Termidor*) nos embocan largos trozos de filosofía histórica con citas de Taine.

El primer acto de *Termidor* peca de lánguido. La escena de las lavanderas se prolonga más de lo debido. La primera mitad del segundo también se oye con frialdad, hasta que llega el dúo de amor de Marcial y Fabiana. Toda pasión combatida por la fatalidad — sea la de Francesca y Paolo, sea la del príncipe Rodolfo y la Vetzera — puede inspirar acentos conmovedores. Es la famosa *scène à faire*, que salva un drama. Fabiana y

Marcial (piensen como gusten en política) ya tienen conquistadas nuestras simpatías.— El tercer acto, á la verdad, es de relleno, y relleno insulso; se lleva en paciencia, presintiendo espeluznantes horrores en el cuarto. Y el cuarto, en este particular, es de recibo: patio de prisión, desfile de maniatadas víctimas, discursito del verdugo quejándose de que ya no puede con su alma, discursito más lúgubre aún del peluquero que recoge *añadidos* en las gradas de la guillotina... Sin embargo, el acto ha de salir á flote, y sale, porque Sardou le da á tiempo el empujón necesario. La *scène à faire* del acto es la religiosa Fabiana, conducida á morir, dueña de salvarse si firma un papel reconociendo que está encinta (estratagema que no logró librar del cadalso á Olimpia de Gouges), y negándose á firmarlo en un hermoso arranque de valentía y pudor, mientras las furias de la guillotina, entre compadecidas y bur-lonas, la animan á que declare "si no es verdad, para cuando sea... Y Fabiana va



al patíbulo, pero el drama da entradas á la empresa.

\*  
\* \*

Y vuelvo á lo de antes: ¿piensan Vds. que este teclado dramático se maneja así como se quiere? ¿Que los Sardous andan de sobra? Pues si tal imaginan, vayan á ver *El Obstáculo*, de Alfonso Daudet, estrenado en la Comedia..., y me dirán si no es preferible *Termidor*, y aun *Frimario* y *Nivoso*. (Noten, entre paréntesis, que, no obstante las tarifas aduaneras, vivimos metidos en la producción francesa hasta el cuello.)

Yo creo que de las obras de los maestros siempre debe hablarse con decencia y compostura, y por eso no calificaré duramente *El Obstáculo*, aunque no puedo prescindir de sospechar que ese drama (como *Port-Tarascon*), delata el estado sanitario de Daudet, á quien Dios mejore.

Me parece recordar que, al estrenarse *El Obstáculo* en París, se habló de una ó

dos obras anteriores, cuyo argumento ofrecía peregrinas semejanzas con el del drama de Daudet. No sé cuáles eran; pero citaré las que podrían, á mi juicio, nombrarse en tal ocasión: la novelita de Armando de Pontmartin, titulada *La marquise d'Aurebonne*, y secundariamente el drama *Les revenants* (*Los aparecidos*) de Ibsen.

Armando de Pontmartin dista mucho de ser una celebridad. Zola le trató con desdén, juzgándole como crítico, y le dedicó estas frases: "Algún día se va á morir del disgusto de no ser académico. Éste debe de ser el mal secreto que le roe. Todos sus amigos tienen en la Academia un sillón donde echar la siesta: sólo él prosigue cruzando errante una época que no comprende, y cuyas obras le irritan." — Pues así y todo, el académico malogrado Pontmartin, en su novelita, se mostró más artista y más realista (¡caso extraño!) que Daudet. La heroína de Pontmartin, para convencer á su hijo de que no le amaga por herencia pa-

---

terna la tisis, y curarle de la aprensión y la tristeza que van minándole, se sacrifica y le persuade de que, en efecto, *no puede ser hereditario su mal*. Aquí es donde la novelita entra de lleno en la verdad humana, cruel, desgarradora... pero verdadera. Lo primero que infunde á Raul la revelación de su madre, es una frenética alegría. ¡Ya se acabó el miedo á la muerte; ya puede casarse con su amada Susana!—Poco á poco, aquel ímpetu de la naturaleza que rompe todos los convencionalismos se transforma, y Raul, antes hijo modelo, va mostrando á su madre, ya menos respeto, ya algún desvío, ya cierta severidad humillante.—El análisis de este estado psíquico en Raul, es una obra maestra. “En vez del enfermo, del sentenciado á muerte que saluda con voces de gratitud la palabra de libertad y salvación, resurgió el hombre antiguo, el hidalgo de cepa vieja y noble, impregnado de honor caballeresco y pronto á verter su sangre por lavar su blasón ilustre. Ya sentía menos hondamente lo que

tenfa de bienhechora y útil la confesión de su madre, y veía mejor su aspecto culpable y vergonzoso. La primera vez que se dejó llevar de estas ideas, se estremeció... Luego pensó mil veces que "era imposible", y para demostrárselo á sí mismo, estuvo con su madre más asiduo que nunca. No obstante, el sentimiento, al pronto tan sutil, rechazado con tal energía, tomó cuerpo... Juróse que nunca la marquesa podría sospecharlo... Olvidaba que nada se le puede ocultar á una madre, y que más fácil que engañarla... es matarla! Y, en efecto, la marquesa se deja morir de pena, de melancolía. Minutos antes de que espire, el médico se inclina, y la dice al oído: "¿No tiene V. nada que encargarme para su hijo?—¿Hay—contesta la moribunda—alguna edad en que el hijo de un tísico esté libre de contraer la tisis?—No—responde el médico.—Pues entonces, nada tengo que encargar á V. para Raul.—¡Mártir y santa!, escribe el médico, que ha adivinado, sobre la losa de la marquesa.

*Termidor* desfiló en los larguísimos parlamentos de Labussière y de Marcial; y el marido de la sastra, que la echa de fe-roz patriota y tiembla ante su mujer y ante los jacobinos, me divierte bastante menos que el "ciudadano Nerón". Casi casi, si Vds. me apuran, añadiré que la cantinera de *La Marsellesa* me gusta tanto como Fabiana Lecoulteux... Hablo seriamente; transformen Vds. con la imaginación *La Marsellesa* en drama, y convendrán en que no tiene nada que envidiar al de Sardou...

Yo no afirmo que Sardou haya leído *La Marsellesa*, por más que tengo entendido que ésta se tradujo al francés, y Sardou, como todos los autores dramáticos, seguirá el movimiento escénico de Europa, sobre todo el que, traspasando los Pirineos, consigue los honores de la traducción. En fin, no insinúo la sospecha de un plagio, ni existe, á mi ver, en *Termidor*; lo indudable es que *La Marsellesa* tiene más animación y más chiste, y hay en ella un efecto que, en manos de Sardou,

sería de primer orden : Rouget arrestado á los sones de su propio himno, y retorciéndose de desesperación al ver cómo las innobles turbas prostituyen la canción heroica. — Si á Sardou se le ocurre *La Marsellesa*, pasa el mejor día de su vida, que ya no es corta... ¡ *La Marsellesa!* ¡Qué título y qué asunto para alborotar á Francia!

Porque la alborotaría. Sardou (hay que ser justos) saca partido de la idea que caza al vuelo, sea buena, sea mala, y mejor si es buena, naturalmente. Mera habilidad de factura, mas no por eso se crea que la tiene cada hijo de vecino. Sardou, ya presente á la española *Dora* (¡extraño nombre que nadie usa en España!), ya á la bizantina y corrompida *Teodora*, ya á la creyente *Lea*, ya á la casta *Fabiana*, siempre nos hace sus cómplices, siempre nos obliga á *entrar en la situación*, á ir por donde él resuelve de antemano. Y crean, señores (esto va con los dramaturgos de España), que no es tan fácil hinchar un perro.

Prefiero — claro está — el teatro de Emilio Augier y el de Alejandro Dumas, hijo, que ostenta dos joyas: *La Dama de las camelias*, el *Demi-monde*. No obstante, reconozco que la fecundidad y la destreza de Sardou hacen de él el gran proveedor del mercado dramático. Únicamente, que me dejen protestar cuando indiscretas apoteosis le elevan adonde no alcanza; cuando los periódicos, á propósito de un drama sin trascendencia política, vulgarón (me refiero á *Termidor*) nos embocan largos trozos de filosofía histórica con citas de Taine.

El primer acto de *Termidor* peca de lánguido. La escena de las lavanderas se prolonga más de lo debido. La primera mitad del segundo también se oye con frialdad, hasta que llega el duo de amor de Marcial y Fabiana. Toda pasión combatida por la fatalidad — sea la de Francesca y Paolo, sea la del príncipe Rodolfo y la Vetzera — puede inspirar acentos conmovedores. Es la famosa *scène à faire*, que salva un drama. Fabiana y





al patíbulo, pero el drama da entradas á la empresa.



Y vuelvo á lo de antes: ¿piensan Vds. que este teclado dramático se maneja así como se quiere? ¿Que los Sardous andan de sobra? Pues si tal imaginan, vayan á ver *El Obstáculo*, de Alfonso Daudet, estrenado en la Comedia..., y me dirán si no es preferible *Termidor*, y aun *Fri-mario* y *Nivoso*. (Noten, entre paréntesis, que, no obstante las tarifas aduaneras, vivimos metidos en la producción francesa hasta el cuello.)

Yo creo que de las obras de los maestros siempre debe hablarse con decencia y compostura, y por eso no calificaré duramente *El Obstáculo*, aunque no puedo prescindir de sospechar que ese drama (como *Port-Tarascon*), delata el estado sanitario de Daudet, á quien Dios mejore.

Me parece recordar que, al estrenarse *El Obstáculo* en París, se habló de una ó



terna la tisis, y curarle de la aprensión y la tristeza que van minándole, se sacrifica y le persuade de que, en efecto, *no puede ser hereditario su mal*. Aquí es donde la novelita entra de lleno en la verdad humana, cruel, desgarradora... pero verdadera. Lo primero que infunde á Raul la revelación de su madre, es una frenética alegría. ¡Ya se acabó el miedo á la muerte; ya puede casarse con su amada Susana!—Poco á poco, aquel ímpetu de la naturaleza que rompe todos los convencionalismos se transforma, y Raul, antes hijo modelo, va mostrando á su madre, ya menos respeto, ya algún desvío, ya cierta severidad humillante.—El análisis de este estado psíquico en Raul, es una obra maestra. \*En vez del enfermo, del sentenciado á muerte que saluda con voces de gratitud la palabra de libertad y salvación, resurgió el hombre antiguo, el hidalgo de cepa vieja y noble, impregnado de honor caballeresco y pronto á verter su sangre por lavar su blasón ilustre. Ya sentía menos hondamente lo que



Daudet, por esta vez, no puede justificar su imitación, pues no acompañó al robo el asesinato de su víctima : es decir, que lejos de eclipsar á Pontmartin, le fué inferior en ánimos y en méritos. Ó por miedo al público, ó por deseo de encubrir el empréstito forzoso hecho á la *Marquise d'Aurebonne*, no se atrevió á arrostrar la situación principal, la revelación de la madre y sus consecuencias ; la marquesa de Daudet indica el deseo de apelar á ese recurso, y apela, pero torpemente, en presencia de un extraño, en condiciones tales, que sólo sorpresa y repugnancia puede infundir al espectador el infeliz conato de sacrificio. La situación concebida por Pontmartin era terrible, pero grande, magnífica, avasalladora : si el público la sufría dos minutos, la aplaudiría con delirio después. Daudet no osó manejarla. Ideó una madre tan necia, que, contra la afirmación de Pontmartin, su hijo la engaña fácilmente, y cuando ella le juzga desesperado, es cuando está más satisfecho, tratando con su novia de

---

burlar al tutor. — Quiso hacer una comedia al agua de rosas donde habfa tela para un drama psíquico soberbio; borroneó un insulso traidor de melodrama, el magistrado; una muñeca tonta, la novia del marquesito; un *Dubois* que debiera llamarse *En bois*, una inutilidad escénica, que sustituye mal al médico de Pontmartin; un marquesito que es un tipo convencional, sin calor y sin vida... En suma: el drama ó comedia de Daudet (no acierto con la clasificación) es lo peor que puede ser, viniendo de tal pluma: ñoño y falso.

No porque se trate de Daudet ha de perder la verdad sus derechos, y conviene decirlo respetuosamente, á fin de que, cuando menos, si nos invade el género francés, no nos invada el peor, el que allí mismo no corre. ¿Por qué en vez del *Obstáculo* no nos han dado *Safo*, donde resaltan las dotes incomparables del maestro?

La ejecución del *Obstáculo* fué... lo que podía ser. El actor más inteligente no salva papeles como el de *Dubois*, la no-

via del marquesito, Fernando, la marquesa. Sólo el guardabosque y la niña que pierde la alianza son graciosas figuras episódicas, cosecha del Daudet que tenemos costumbre de admirar: y efectivamente, los actores encargados de ellas se lucieron.

\*  
\* \*

Han comenzado los ensayos de *Realidad* en la Comedia. Los sucesos me van á dar la razón, y el drama de Galdós va á ser (veremos si me equivoco) el único acontecimiento literario-teatral de esta temporada que ya se acerca á su fin, y en la cual más ha bajado que subido (por desgracia) nuestra malaventurada escena y nuestra mísera Talla.—En el número próximo espero hablar largo y tendido de este estreno.





## ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

### CRÍTICA

*Historia de las ideas estéticas en España*, por Menéndez y Pelayo. — Tomo v (siglo xix). — Madrid, 1891.

*Trueba, literato y vascongado*. — Discurso, por D. Fermín Herrán. — Folleto. — Bilbao (sin fecha).

### CIENCIAS

*El teledikto eléctrico ferroviario*, por el P. Teodoro Rodríguez, Agustino. — Folleto. — Madrid, 1892.

*Elementos del derecho público de la paz y de la guerra* (primer tratado sistemático español de derecho de gentes), por D. José de Olmeda y León. — Reimpreso sobre la edición de Madrid de 1771, por el Marqués de Olivart. — Preciosa edición en dos tomos (tirada de 50 ejemplares numerados). — Barcelona, 1891.

*Colección de tratados, convenios y documentos internacionales*: publicala con notas histórico-críticas el Marqués de Olivart. — Primer cuaderno. — Madrid, 1892.

### HISTORIA

*El centenario y la estatua de Don Alvaro de Bazán*, Memoria escrita por don Ramiro Blanco. — Folleto. — Madrid, 1892.

*Historia de Don Diego de Alvear y Ponce de León*, por su hija doña Sabina de Alvear y Ward. — Un tomo. — Madrid, 1891.

### MISCELÁNEA

*Historietas*, por Ángel Pons. — Un tomo de ilustraciones y *Cuentos vivos*. — Madrid, 1892.

*Mosaico*. — *Colección de artículos, cuentos y tradiciones de la sierra*, por José Nogales y Nogales. — Un tomito. — Huelva, 1891.



*Atenco de Lima.*—Discurso de Amalia Puga en su incorporación.—Opúsculo.—Lima, 1891.

*La Enciclopedia "Del estado actual de los obreros," y la Eucaristía.*—Conferencias predicadas en la Iglesia parroquial de San Ginés, por D. Francisco de Asís Renau.—Un tomo.—Madrid, 1891.

## NOVELA

*La Gitana.*—Novela andaluza, por Salvador Rueda. Tomo I de la "Biblioteca Rueda".—Madrid, 1892.

*Renata Mauperin*, por los hermanos Goncourt.—Un tomo.—Madrid, 1892. (De la Colección de libros escogidos.)

*El Príncipe Nekhli*, por León Tolstoy.—Un tomo.—Madrid, 1892. (Idem.)

*Las veladas de Medan*, por Emilio Zola.—Un tomo.—Madrid, 1892. (Idem.)

*El dandismo y Jorge Brummell*, por J. Barbey d'Aureville.—Un tomo.—Madrid, 1892. (Idem.)

*Pepin*, por Antonio Chápuli Navarro.—Un tomo.—Madrid, 1892.

*Nuevos horizontes*, por D. Francisco de A. Renau, presbítero.—Un tomo.—Madrid, 1891.

*Una novela más*, por J. Valero Martín.—Un tomo.—Madrid, 1890.

## POESÍA

*Algo*, por Joaquín M. Bartrina, ilustrada por J. L. Pellicer.—Quinta edición.—Un tomo.—Barcelona, 1892.

*Filigranas*, por Ricardo Palma.—Opúsculo.—Lima, 1892.

*A San Juan de la Cruz*, por doña Carolina Valencia.—Poesía premiada por la Real Academia Española.—Folleto.—Madrid, 1891.

## VIAJES

*Viaje por Italia.*—*Bérgamo.*—*Verona*, por A. Fernández Merino.—Un tomo.—Siena, 1891.

## OTRAS OBRAS

DE

## EMILIA PARDO BAZÁN

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS, Y QUE PUEDEN PEDIRSE Á LA ADMINISTRACIÓN DEL «NUEVO TEATRO CRÍTICO», SAN BERNARDO, 37, MADRID

MI ROMERÍA.—Forma un elegante tomo que se vende al precio de 2 pesetas 50 céntimos, y contiene el siguiente índice: *A Roma.—La romería en siluetas.—Una Salve.—Viaje de recreo espiritual.—La Noche Buena en Roma.—La Iglesia Madre.—Güelfos y gibelinos.—El fantasma blanco.—Los Santos novisimos.—Dos muertes.—Una audiencia y una grilla.—Un cicerone gratis.—Jornada florentina.—Una visita a San Antonio de Padua.—Loreto.—Acqua Vergine.—Don Carlos.—Confesión política.*

LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA (segunda edición).—Forma un grueso tomo de 453 páginas, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice.—I. *Idea de este ensayo.—La naturaleza.—La rana.—La historia.—La autocracia.—El comunismo agrario.—Las clases sociales.—La servidumbre.*—II. *La palabra «nihilismo».—Orígenes de la revolución.—La mujer y la familia revolucionaria.—«Ir al pueblo».—Hertzen y Bakuninc.—La novela nihilista.—El terror.—Policía y censura.—Orígenes de las letras rusas.—El romanticismo: los poetas líricos.—El realismo: Nicolás Gogol.*—III. *El poeta y artista Turgueuf.—«Oblomovismo»: la perra eslava.—El psicólogo y alucinado Dostoyusky.—El nihilista y místico, conde Tolstoy.—Naturalismo francés y naturalismo ruso.*

DE MI TIERRA (GALICIA).—Forma un precioso volumen con portada de lujo, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice:—*Prologo.—La poesía regional gallega (Rosalia Castro).—El Padre Feijóo y su siglo.—La casa solariega de Feijóo.—Eduardo Pondal.—Valentín Lamas Carvajal.—Benito Losada.—El monasterio de Rivas de Sol.—San Rosendo y su monasterio, en Celanova.—El País de las benditas Ánimas.—El castillo de Sobroso.—Marineda.—¿Idioma ó dialecto?*

SAN FRANCISCO DE ASÍS (SIGLO XIII).—Forma dos preciosos volúmenes, y se vende al precio de 10 pesetas en rústica y 12 con tapas de lujo.—Contiene el siguiente índice:—*La Edad Media y el siglo XIII.—Primeros años.—Aurora de la Orden.—El Apostolado franciscano.—San Francisco en España.—La Orden se constituye.—Primer corona. Pasión.—Agonía, muerte, resurrección.—La Orden Tercera.—La Indulgencia de las Rosas.—San Francisco y la mujer.—San Francisco y la naturaleza.—La pobreza franciscana y las herejías comunistas.—La inspiración franciscana en las artes.—La inspiración franciscana en la ciencia.—Los filósofos franciscanos.—San Francisco y la poesía.*

# NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

---

Ha entrado en el segundo año esta publicación, *única en su género*, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo de texto *cientos diez y seis páginas*. El NUEVO TEATRO CRÍTICO está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispano-americano, así como los dramas y comedias que con justicia fijan la atención del público. Las personas deseosas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el NUEVO TEATRO CRÍTICO.

---

## CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCIÓN

---

|                                   |               |
|-----------------------------------|---------------|
| Número suelto:.....               | 1,50 pesetas. |
| Subscripción.—España: Un año..... | 15 -          |
| Colonias y extranjero; id.....    | 17,50 -       |

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del NUEVO TEATRO CRÍTICO, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y libros, á la Sra. D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.

NUEVO

1895

# TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

ABRIL, 1892.

N.º 16.

## SUMARIO

- I.—COBARDÍA (CUENTO).
- II.—REALIDAD, DRAMA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS.
- III.—UN MONJE HISTORIADOR DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS (EL P. BLANCO GARCÍA), SEGUNDA PARTE.
- IV.—CRÓNICA LITERARIA.
- V.—CARIDAD DE LOS AMERICANOS Y ESPAÑOLES RESIDENTES EN AMÉRICA.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.



ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL.  
MADRID

OBRAS COMPLETAS  
DE  
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esmeradamente reimpresa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de la crítica francesa sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de

**TRES PESETAS** en toda España.

PRÓXIMO Á SALIR EL TOMO IV

LA MADRE NATURALEZA

NOVELA

EN PRENSA EL TOMO V

ESTUDIOS LITERARIOS

TOMO VI

CUENTOS DE MARINEDA

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRAL.

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.



## OBRAS DE LA AUTORA

### NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.<sup>a</sup> edición, un volumen.  
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.<sup>a</sup> edición, un vol.  
LA TRIBUNA, un vol.  
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)  
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.  
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)  
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)  
UNA CRISTIANA, un vol.  
LA PRUEBA, un vol.  
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)  
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA MADRE NATURALEZA, un vol. (Agotada.)

### CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.<sup>a</sup> edición, dos volúmenes.  
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (5 pesetas.)  
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)  
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)  
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)  
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.  
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)  
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

### VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)  
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.  
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

### POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

### PRÓXIMA Á SALIR

- LA MADRE NATURALEZA. (Novela.)

### EN PRENSA

- POLÉMICAS LITERARIAS.

# NUEVO TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

ABRIL, 1892.

Núm. 16

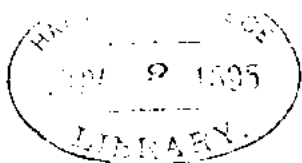
## SUMARIO

- I.—CORARIAS (CUENTO).
- II.—REALIDAD, DRAMA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS. ✓
- III.—UN ROYJE HISTORIADOR DE LAS LETRAS ESPA-  
ÑOLAS (EL P. BLANCO GARCÍA), SEGUNDA PARTE. ✓
- IV.—CRÓNICA LITERARIA.
- V.—CARDAD DE LOS AMERICANOS Y ESPAÑOLES RE-  
SIDENTES EN AMÉRICA.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

## ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
MADRID





—  
**ES PROPIEDAD**  
—

---

**AGUSTIN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,  
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 5.074.**



## ¿COBARDÍA? <sup>(1)</sup>

---

**E**RA en el café acabado de abrir en Marinada, el que les puso la ceniza en la frente á los demás, desplegando suntuosidad asombrosa para una capital de segundo orden. Nos tenía deslumbrados á todos la riqueza de las vidrieras, con cifras y arabescos, las doradas columnas, los casetones del techo, con sus pinturas de angelitos de rosado traserín y azules alas, y particularmente la profusión de espejos, que revestían de alto abajo las paredes: enormes lunas abiscladas, venidas de Saint-Gobain (nos constaba, habíamos visto el resguardo de la aduana),

(1) Este cuento ha visto la luz en *El Imparcial* hace un año. Recuerde el lector que las 10 páginas de aumento gratuito en cada número del *Tratado* no han de ser forzosamente inéditas.

y que copiaban, centuplicándolos, los mecheros de gas, las cuadradas mesas de mármol y los semblantes de las bellezas marinedinas, cuando venían muy emperifolladas, en las apacibles tardes del verano, á sorber por barquillo un medio de fresa.

Es de advertir que nosotros no ocupábamos el vasto salón principal, sino otro más chico, bien alhajado, arrendado por los miembros de la aristocrática Sociedad *La Pecera*, que, por si Vds. no lo saben, es el Veloz Club marinedino (tengo la honra de pertenecer á su junta directiva). La Pecera, por lo mismo que no admite sino peces gordos, es poco numerosa, y no puede sufragar los gastos de un local suyo. Bástale el saloncillo del café, forrado todo de azogadas lunas, cerrado por vidrieras clarísimas que caen á dos fachadas, la que da á la calle Mayor y la del pasco del Terraplén. A este derroche de cristales debfa el mote puesto á nuestra Sociedad por la gente maleante. Algunos divanes y mesas de juego, un biombo

completaban los trastos de aquel observatorio, donde se reunía por las tardes y durante las primeras horas nocturnas el *todo Marineda* masculino y selecto.

Una noche—serían las doce y media—en que ni había teatro, ni reunión, ni distracción alguna, nos juntábamos en el club ocho ó diez peces—gran bandada para un acuario tan chico.—Se había fumado, murmurado, debatido problemas administrativos, científicos y literarios, contado verdores, aquilatado puntos difíciles de ciencia erotológica, roído algo los zancajos á la docena de señoritas que estaban siempre sobre la mesa de disección, picado en la política local y analizado por centésima vez la compañía de zarzuela; pero no se había enzarzado verdadera gresca, de esas que arrebatan la sangre á los rostros y degeneran en desagradables disputas, voces y manotadas. A última hora,—casi á la de la queda, pues rara vez trasnochaban los peces hasta más de la una,—se armó la cuestión recia é infalible. Minutos antes entraba en

la Pecera una persona á quien yo profeso gran cariño: Rodrigo Osorio, hijo mayor de la marquesa de Veniales. Habiéndole conocido en ocasión muy crítica para mí, nos unía desde entonces una amistad, por decirlo así, clandestina. Ni andábamos siempre juntos, ni con frecuencia siquiera; no cultivábamos ese trato pegajoso que, en opinión del vulgo, caracteriza á los amigos íntimos. Mis novias podían escribirme sin que yo enseñase á Rodrigo sus gazapos de ortografía. Pasábamos un mes sin vernos, y no por eso se nos desquiciaba la vida; nos veíamos al cabo del mes, y sentíamos — sentía yo, por lo menos — cierta efusión interior, cierto bien estar del alma. No por eso se entienda que congeniábamos. Al contrario: nuestro carácter y modo de ser opuestos nos impedían la verdadera penetración amistosa. Yo tenía á Rodrigo por estrecho de criterio, medio beato, cerrado, meticuloso y triste: él, probablemente, me conceptuaba un libertino escéptico, un vívidor egoísta. Entre el hombre que comulga

todos los meses y el que sólo lo hace con ruedas de molino, se alza siempre un muro ó invisible valla moral.

Al entrar Rodrigo en la Pecera hallábase la disputa en sus comienzos: era de las que pueden tomar fácilmente un giro peligroso, porque de comentar ciertas bofetadas y bastonazos administrados aquella misma mañana por un tendero á un concejal á causa de no sé qué enjuagues de matute, se había pasado á discutir el valor, y los modos de probarlo.

A mí estos altercados me proporcionaban un género de distracción muy original. Apenas principiaban á exaltarse los ánimos, fijaba la vista en la pared de espejos, donde se reflejaba el grupo de contendientes, observando algo fantástico, al menos para mí. Al copiarse en las lunas, no sólo el grupo, sino la imagen del mismo grupo devuelta por las lunas de enfrente, parecía como si discutiese una innumerable muchedumbre en una galería larguísima, á la cual no se le veía el fin. Recreo de ilusionismo barato, que

me causaba una especie de extravío imaginativo bastante curioso. Había dado en figurarme que las imágenes reflejadas en los espejos, eran sombras, espectros y caricaturas morales de los disputadores vivos. Sus actitudes y movimientos, que reproducían las lunas, me parecían irónicas, lúgubres y mofadoras. Y de fijo era yo quien reflejaba en el espejo la actitud de mi propio espíritu ante tanta polémica huera, tanta vanidad, tanta exageración, tanta vaciedad y tanta palabrota como allí se oía en diciendo que empezaba el debate.

El de la noche á que me refiero iba por los caminos que Vds. verán si leen.

—Yo—decía Mauro Pareja, pez de muchas libras—comprendo que en casos así se ciegue el más pacífico, se le suba el humo á las narices y la emprenda á linternazos hasta con su propia sombra. Eso de que le llamen á uno matutero... Señores, aunque yo lo fuese, no le tolero que me lo llame ni al lucero del alba. Pero... ¡las armas naturales! Ya me apesta lo del

cambio de tarjetitas, y la farándula de los padrinos con sus idas y venidas, y la farsa de los sables romos, y el suelteciillo de cajón: "Anteayer, jugando con unos sables, recibió un arañazo en una bota el distinguido joven Periquito de los Palotes...", Pleca, y luego: "Ha quedado honrosamente zanjada la cuestión surgida entre Periquito de los Palotes y Juanito Peranzules...", ¡A freir monas! Y ¡vaya una manera de volver por la decencia! El puño, señores... y á vivir.

—El puño es de carreteros—arguyó el comandante Irazu, hombre desmedrado y lacio como un guante viejo, mirando de soslayo, con aparente desdén, la enorme diestra huesuda de Mauro Pareja.

—El puño y la bota, y peor para la gente esmirriada—repitió con acento incisivo Mauro.—Y hasta los dientes y las uñas, ¡qué demontre!

—Como las verduleras—bufó Irazu.—Bonito sistema. El mejor día nos arrancamos el moño. ¡Taco, oye uno cada cosa!

—El duelo—declaró el redicho juriskon-



sulto Arturo Cádiz en voz muy flautada—es contrario á las enseñanzas de la religión y á los adelantos de la moral social. Nos retrotrae... pues... nos retrotrae á los tiempos perturbados de la Edad Media. Es una costumbre bárbara, importada por los germanos de sus selvas vírgenes...

—¡Que la importase el moro Muza!...— exclamó Pablito Encinar, el pececillo más nuevo del acuario, acabado de salir del colegio de artillería.—¡Mire V. á mí qué!

—¿De modo—recalcó Cádiz, engallándose mucho—que V. se batiría en duelo? ¿V. sostiene que cometería un asesinato legal?...

—Señor mío, eso según y conforme... Ahora hablamos á sangre fría. Pero supóngase V. que un hombre me injuria atroz, mortalmente... ¿Me trago la injuria? ¡Tráguese V., y buen provecho le haga! V. no viste uniforme. Es decir, yo, aunque tampoco lo vistiese, no me la trago. ¿Qué había de tragar! Figúrese V... vamos, verbigracia... que aquí, delante

de todos, viene un individuo y le planta á V. un bofetón en mitad de la geta... ¿Qué hace V.? Se lo guarda, y se consuela con que los germanos?...

- Al llegar á este punto la discusión, mi observatorio de los espejos me reveló una cosa rara. Rodrigo Osorio tenía vuelto el rostro hacia la pared, pero lo copiaba la luna más próxima, y vi que se ponía, no pálido, sino verde, lívido, desencajado como un moribundo. Sus labios se movían convulsivamente, y su mano crispada hacía dos ó tres veces el ademán de aflojar la corbata, propósito irrealizable, pues era de las que llaman de *plastrón*. A la vez que comprobaba en Rodrigo esta impresión profunda é iba á volverme para preguntarle si estaba enfermo, las delatoras lunas me hicieron nuevas revelaciones; en ellas ví á tres ó cuatro Mauros Pareja guiñando el ojo y tirando de la manga á otros tantos Pablitos Encinar, y á los Pablitos Encinar dándose tres ó cuatro palmadas en la boca, de ese modo que significa: "¡Tonto de mi! Soy un charlatán

imprudente. „Y al punto que observé estos dos hechos, vi en el espejo que las figuras cesaban de accionar, mientras mis oídos percibían, en vez del alboroto de la polémica, un silencio repentino, embarazoso, helado. Dos ó tres segundos después sentí un dramático escalofrío: Rodrigo se levantaba, tomaba su sombrero, y sin pronunciar una sílaba abandonaba el salón.

Fué todo ello tan de repente, tan impensado, que al pronto me quedé sobrecogido, no acertando ni á preguntar á los que, indudablemente... *sabían*. Al fin conseguí exclamar, dirigiéndome á Pareja:

—Pero, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Este Pablito!—contestó Pareja señalando al joven teniente, que se mordía el bigotillo, muy nervioso.—¡Le ponen á uno en cada compromiso los novatos!

—¿Pero qué es ello? ¡Si yo no sé nada!

—¡Hombre! ¿No ha de saber V.? Rodrigo le quiere á V. mucho... y además hasta los gatos lo saben.

—Pues las personas no; yo, al menos. Le ruego á V. que me ponga al tanto...

—¡No saberlo V.!—repuso Pareja con suspicacia.—Bueno, pues en dos palabras le enteraré... La cosa es muy sencilla. ¿Se acuerda V. de aquella generala tan salada, tan guapetona y tan seria, que tuvimos hace tres años? ¿No? Verdad que V. no estaba entonces aquí... Pues era una mujer... de patente, y no faltaron almas caritativas para susurrar que este Rodriguito y ella... En fin, cosas del pícaro mundo. Si fuese verdad, el caso probaría que los chicos educados en tanto beaterio son lo mismito que los demás mortales que no andan comiéndose los santos... Digo, no; ya verá V. cómo, en ciertos casos, resultan diferentes. El general se enteró de las murmuraciones, hay quien cree si por algún anónimo... y se dejó decir que él no se batía con chucuelos, pero que tiraría de las orejas y hartaría de bofetones á Rodrigo donde le encontrase. La mamá se asustó, se llevó al niño á Compostela, y allí le metió de

coronilla, sin duda para acabar de volverle loco, en iglesias, confesonarios y conventos.

Al cabo de dos ó tres meses regresaron aquí; no estaba la generala: se había ido á las aguas de Cuntis; el general sí, y ahora entra lo bueno de la historia. Una tarde, paseábase el general, con su ayudante al lado, por la calle Mayor, y Rodriguito, que venía en sentido contrario, se le acerca, se encara con él y le dice (hay quien lo oyó como V. me oye): "Sé que V. desea abofetearme. Aquí estoy. Puede V. cumplir su deseo." El general alza la mano... y ¡pum! De cuello vuelto, ¡terrible, monumental! Todos creían que el muchacho iba á sacar un revólver... ¡Nada, señores, nada! Aguantó, agachó la cabeza, se volvió... y se retiró lo mismo que ahora, con mucha pausa, sin decir chuz ni muz, arrimando el pañuelo á las narices que le sangraban.

Hubo una explosión de risas y de comentarios. Pablito Encinar juró y se retorció el naciente bigote. Senti en la cara

el ardor del recio bofetón, como si acabase de recibirlo. Temblé de ira. Comprendí en aquel instante toda la fuerza del afecto que Rodrigo me inspiraba. La lengua se me entorpecía, de pura rabia y cólera frenética. Por medio de un esfuerzo terrible me dominé, y pude articular estas frases, que dejaron á los peces más boquiabiertos de lo que estaban por costumbre:

—He conocido á Rodrigo Osorio hace un año, en Madrid. No le conocí en ninguna *soirée* ni en ningún teatro, ni en timba ninguna, sino á la cabecera de mi cama. ¿Cómo? Aguarden Vds.... Parábamos en la misma fonda. Supo él que un paisano suyo, un marinedino, se encontraba enfermo de una tifoidea, bastante solo y casi abandonado. No preguntó más. Se metió en mi cuarto á cuidarme. Me cuidó como un hermano, como una hermana... de la Caridad. Pasó diez noches sin desnudarse. No contrajo mi mal, porque Dios no lo quiso. Ahora, el que sea más valentón que Rodrigo Osorio, que salga ahí. ¿Lo están Vds. oyendo? ¡A ver,

á ver si alguno tiene ganas de que yo sea el general! Porque á mí me hormiguea la mano...

.....  
Mauro Pareja no esgrimió contra mí los dientes ni los puños. No me vi tampoco en ocasión de *jugar* con ningún sable, florete ni otra arma mortífera.





# REALIDAD

DRAMA DE DON BENITO PÉREZ GALDÓS

---

## I

Génesis y nacimiento de la obra.

IGNORO si el autor de *Gloria* habrá perpetrado el inevitable drama de los primeros tiempos de vida literaria; el que se guarda oculto en los rincones más secretos del escritorio, con rubor y emoción pueril. Lo cierto es que desde hace más de cuatro años da vueltas y vueltas en su creador magín á la idea de adaptar una novela al teatro y soltarla como *ballon d'essai* de los nuevos procedimientos llamados á vigorizar nuestra alicaída dramaturgia. Distráido á veces de este pensamiento, ora por sus tareas de novelador fecundísimo y archilaborioso, ora por viajes al extranjero, ora por la construcción de un palacete de recreo en la costa



santanderina, siempre volvía á hostigarle la idea, sostenida por esa mansa tenacidad que forma la base del carácter de Galdós. En el cerebro del Dickens español se desarrollaba poco á poco la serie de raciocinios que impulsaron á todos sus colegas de Francia á intentonas dramáticas, no siempre coronadas por el éxito. Zola, Daudet, los Goncourt, han corrido el albur de la escena, y—fuerza es declarar lo paladinamente—se ganaron sus correspondientes silbas; de tal modo, que les sirvieron de título para fundar un banquete *de los autores silbados*, donde no pudo tomar asiento Ivan Turguenef hasta que juró haber sido silbado en Rusia.—¿Por qué razón—ha dicho en alto el pontifice del naturalismo francés, y ha debido de pensar Galdós,—se pretende aislar al teatro de otras formas literarias, con las cuales guarda tan estrecha relación—la poesía, la novela? ¿Con qué derecho se afirma que la literatura representable no tiene que ver con la del libro? ¿Qué significa ese *don* famoso, esa quisicosa indefini-

ble, clave del arte escénico, parecida á la virtud del zahorí y distinta de la inspiración; esa maña ó tino, mezcla de la destreza del artífice y el prestigio del domador de fieras? Quien puede un día tras otro, en páginas inmortales, estudiar la fisonomía moral de una época, analizar el corazón humano, crear caracteres, entrechocar con fragor de tempestad las pasiones más violentas y los sentimientos más profundos; quien puede desencadenar la ola de la risa y soltar las fuentes del llanto ¿ha de encontrar cerrado el camino de la escena por culpa de ese duendecillo que se llama *el don*, por falta de práctica en ciertas rutinas, el cubiletaje que dominaron autores secundarios como Scribe?

Tales pensamientos debieron de agolparse en la mente de Galdós, unidos á otros que le impulsaban á acometer la empresa. Si en la prosperidad y lozanía de un género literario hay estímulos que incitan á cultivarle, también los hay en la decadencia y anemia de ese mismo género

para infundir pujos redentores. Nuestro teatro es parte sobrado integrante de nuestra gloria literaria, para que podamos ver tranquilos su angustiosa agonia. La indiferencia del público, su hastío, su predilección por los escenarios líricos y los géneros cómicos inferiores, nos duele como nos dolería un bofetón en el rostro. Aun comprendiendo que todavía sostiene la honra de la literatura dramática algún nombre ilustre y algún generoso esfuerzo, no pudo creer Galdós que su cooperación fuese inoportuna. Además, bien tenía que comprender el príncipe de nuestros novelistas que él no representa un guarismo agregado á la suma, sino una dirección original, ó siquiera la tendencia más marcada hacia la innovación teatral, dentro de los límites que señala al escritor cauto (y Galdós lo es en grado eminente) la tolerancia posible de los espectadores.—Y pasando de este interés general, de este celo que infunde á todo escritor patriota (también lo es Galdós, á su manera) el espectáculo de

una decadencia nacional, á otros móviles más personales y egoistas, pero lícitos y humanos, pudo Galdós desear la variedad sabrosa, probando sus fuerzas en una tarea estrictamente literaria, que, por lo tanto, debía estar á su alcance. Galdós ha escrito ya muchos tomos de novela, no tantos que no los leamos con avidez sus devotos, pero bastantes para que ya pesen sobre los débiles hombros de nuestro público leyente, tan corto de resuello como versátil y antojadizo. Estas oscilaciones termométricas no pudieron pasar inadvertidas para un hombre observador y sensato como el autor de *Angel Guerra*—que es además editor de sí mismo. La escena era un campo nuevo, libre (fuera de esos contadísimos ilustres nombres á que antes me referí) de serias competencias, un camino directo para intimar otra vez con el temible público, para hacer vibrar con más intensidad sus fibras y despertar su embotada sensibilidad artística. Porque el escritor, viva en sociedad ó escóndase en el retiro, busque ó

evite los elogios directos, aunque aparezca revestido de una coraza de indiferencia y escribiendo como quien cumple una función orgánica, tiene siempre la vista del alma fija en el público, y su corazón late á compás de ese "corazón inmenso," de la sociedad para quien produce.

Tantas razones — y en rigor bastaría una sola — fueron condensando en Galdós la voluntad de probar fortuna en el teatro; voluntad convertida en resolución inmediata en Octubre del 91. — Al pronto dudó si escribirla *una comedia* enteramente nueva, que no se basase en ningún libro. Después, la tentación de la forma dramática ya hecha de *Realidad*, y quizás el convencimiento de la importancia y vitalidad de esa novela, le impulsaron á recortar en ella el drama. Algún tiempo vaciló acerca del título. Recuerdo que para variarlo se fundaba en lo siguiente: *\* Realidad y La Incógnita son una sola novela, en dos tomos, con título distinto; la substancia de estos dos tomos ha de condensarse en el drama; si lleva el título*

lo de uno solo, me expongo á malas inteligencias. Además, el título de *Realidad* parece un poquillo abstracto; tal vez cause extrañeza ó el público no se entere. Yo confieso que, lejos de encontrarlo abstracto, parecíame *Realidad* un nombre, si no músico y peregrino como el de Dulcinea, por lo menos alto, sonoro y significativo, como el de Rocinante; y sin duda debió de entender lo mismo al fin y al cabo el autor, cuando impuso al drama el título de la segunda parte de la novela.

Llegado á elegir escenario, decidióse Galdós por el del teatro de la Comedia, no porque en otros faltasen actores muy dignos de estimación, sino por la mayor igualdad en el cuadro de compañía, y acaso porque el Español parece dedicado especialmente á la trusa, y al drama ó comedia de nuestro teatro romántico antiguo y moderno, y en la Princesa dominan el género festivo y el género francés. Entre estos dos opuestos extremos, la Comedia ofrecía un terreno neutral, propio para la novedad de la tentativa.— No hay

que decir si los directores (lo eran entonces Emilio Mario y Antonio Vico) aceptaron gustosos la propuesta. La separación de Vico no dejó de dificultar bastante el futuro reparto de *Realidad*. No se arremolcó ni se durmió Mario: al punto reorganizó su compañía, llenando el vacío de Vico con Miguel Cepillo y enriqueciendo el cuadro con la adquisición de María Guerrero. Galdós, retirado á Santander, puso mano á la tarea, y no tardó mucho en aparecerse aquí con dos actos ya dispuestos. La obra había de tener cinco, como suelen las francesas.

Aún no habían principiado los ensayos, y estuvo á pique el novel autor de reservar su obra para la temporada próxima, pues si *El Obstáculo*, de Daudet, hubiese conseguido un éxito proporcionado á la fama de su autor, podía retrasarse el estreno de *Realidad* hasta muy cerca de la Semana Santa, época desairada y desfavorable. Poco duró, sin embargo, este recelo; *El Obstáculo* no nació viable: activáronse los ensayos de *Realidad*, se

encargó á Bussato la decoración, eligieron sus trajes las actrices, discutióse la famosa cuestión de la *sombra*, para decidir si había de ser *impalpable* ó reflejada por un espejo en triángulo, y empezó para Galdós el purgatorio en que todos los autores dramáticos deben de haber expiado sus culpas, á saber: el del lápiz rojo.

Ha de entenderse que las tachaduras y supresiones en una obra dramática, aceptada y reconocida ya por buena y de ley, pueden obedecer á dos causas: extensión, y pudor ó delicadeza de epidermis en el público. Los actores expertos,—aun reconociendo que la experiencia falla hasta un grado increíble en estos asuntos teatrales,—tienen tomado el pulso al aguante del espectador en *tiempo y modo*: saben cuántos minutos puede sufrir un burgués permanecer sentado, sin moverse ni fumar, y presienten y olfatean qué palabras ó conceptos escucha ese mismo burgués sin escandalizarse. De aquí las parrillas en que frien al autor. "La escena, preciosa. ¡Qué lásti-



ma!... Le sobra de largo más de la mitad., "Esa frase es una monería; sólo temo que el público la tome por donde quema, la dé un sentido equivoco y feo y se nos solivianta.", "¿Resistirá el público que le lleven á casa de la Peri?", "¡Ay, Dios mío! Los arrumacos de Augusta y Federico en el acto segundo no sé yo si pararán en bien.", Estas frases no se las he oído decir á Emilio Mario, entre otras razones, porque no asistí á los primeros ensayos de *Realidad*; pero supongo que si no las dijo las pensó, y las indicaría suavemente, con toda la consideración debida á una persona de la talla de Galdós.— Y éste, habituado á la omnímota y bizarra libertad de la novela, más de una vez debió maldecir el convencionalismo escénico y darse al diablo y aun repetir para su pañosa:

«¿Quién te metió á salinero,  
Juanillo, siendo pastor?»

Al fin, sorteando bajíos donde el talento jamás naufraga; limando por aquí

y apretando por allá; buscando efectos y redondeando actos, quedó el drama ensayado y dispuesto para estrenarse el día 6 de Marzo (un martes por más señas).

## II

La noche del estreno. — La segunda noche. — Actitud del público.

Andaba la curiosidad todo lo despierta que puede andar en España por un suceso meramente literario, y contra lo que algunos temían, el público no llevó á mal la subida de precios de las localidades en la primera noche. Componíase el lucidísimo concurso, no sólo de los *habitués* de los estrenos — literatos, críticos, dramaturgos, periodistas — sino de amigos particulares y admiradores de Galdós, entremezclados con indiferentes, á quienes conducía al teatro, ó una afición general, ó una comezón especial de ver el alboroto. Aunque sin alarmante insistencia, habían corrido voces de que era “natura-

lista, y "peligroso," el drama, y el olorci-  
llo de la pólvora tiene sus aficionados.

Pasó el primer acto, con la tertulia de  
Augusta y al final la rápida revelación de  
su amorosa inteligencia con Federico, sin  
conseguir sacar de su reserva y especta-  
ción al auditorio. Levantóse la cortina  
para el acto segundo, y apareció la mora-  
da de la Peri, y la Peri donosa, desgaa-  
rrada, chulesca; y el público se desentu-  
meció, rió, y los que estudiábamos al pú-  
blico recordamos una frase.

*J'ai ri... Me voilà desarmé.*

Ni asomos de protesta cuando Federico  
Viera acepta los fondos, producto de la  
famosa pignoración de las joyas de su an-  
tigua amante; y la misma tolerancia cuan-  
do, después de la mutación, se advierte  
que hemos salido de Scila para entrar en  
Caribdis; que ya no estamos en casa de la  
Peri, sino en el nido ó asilo donde se ven  
la infiel esposa de Orozco y su desabrido  
galán. Aplausos para algunas frases; aten-  
ción é interés creciente, pero no fundido

aún del todo el hielo de la extrañeza, y exacerbados al final del acto los sentimientos hostiles, que se manifestaban por virulentas discusiones en los pasillos. Me han asegurado que hubo quien se levantó de la butaca antes de que el telón bajase, pronunciando en alta voz cierto *gros mot* que ni aun con perifrasis me atrevo á indicar...

Pasó el escollo moral, y se llegó al escollo material de la obra, al tercer acto. Así como en el segundo era de temer que se alterase la bilis de los defensores de la moralidad teatral, en el tercero podía el público impacientarse al notar que la acción dramática, detenida por dos incidentes que á primera vista no parecen de gran interés, no avanzaba. La gracia y el valor intrínseco de esos dos incidentes (presentación de Clotilde, la hermana de Federico Viera, y aparición del *cometa*, padre del mismo Federico) los hizo llevar, no sólo en paciencia, sino con gusto y deleite; y al terminar ese tercer acto tan temido, fué cuando se desbordó el en-

tusiasmo del público avezado á admirar á Galdós, y éste fué llamado á la escena repetidas veces, y aclamado calurosamente, y saludado con afecto reverencial.

En el acto cuarto siempre hubo confianza. Su factura movida y trágica, su molde conocido, casi familiar para los espectadores, que reconocían allí el drama tal como ellos acostumbran verle y entenderle, hicieron que desde el primer instante el público *entrarse* en la intención del autor, y obedeciese á su impulso, y sintiese y aplaudiese, no el pasado de Galdós, sino el valor propio de la hora presente.—Yo no juraré que haya sido tan unánime el efecto del acto quinto: indudablemente se aceptó como se aceptan los dogmas de la fe, con una especie de asentimiento más nacido de la voluntad que de la inteligencia. El público advertía que allí se encerraba algo muy grande, tal vez muy revolucionario, y rendía culto al Dios todavía ignoto.—Una deficiencia de *mise en scène* pudo haber comprometido gravemente el éxito del

final. Al aparecer la sombra de Federico Viera, que divisa Orozco en la puerta del billar, de los espectadores sólo una tercera parte la veía.—Y el monólogo de Orozco, sin la aparición de la sombra, perdía su efecto. No obstante, el público salvó este inconveniente, y terminóse el drama con entusiasta ovación. Aplaudían las señoras, de pié en los palcos; surgían de las butacas ardientes aclamaciones; en la cazuela ondeaban centenares de pañuelos... A la salida me encontré á un estudiantillo, lector asiduo de Galdós. "Llevo las manos como si me hubiesen puesto sinapismos," dijo, enseñándome sus coloradas palmas. Detrás de él venía una dama, sofocada y ronca. "No sé cómo tengo la garganta—exclamó.—¿A que el drama me cuesta una enfermedad?,

Con todo esto, aún no estaba yo segura del éxito del drama ante el público. Porque la primera noche dominábamos los amigos del autor: y nadie subraye con maliciosa risita esta declaración noblemente espontánea, y sepan cuantos la le-

yeren que si hombre de carácter tan poco sociable como Galdós se ha granjeado un núcleo de amigos á prueba, es... por lo que es; porque la admiración al insigne artista se ha transformado en amistoso afecto. No aplaudíamos á Galdós porque somos sus amigos: somos sus amigos porque hemos tenido un día tras otro que aplaudirle. Y entonces—preguntará un curioso—¿por qué temía V. al público de la segunda noche? Los méritos que á Vds. se les impusieron convirtiéndose en amistad, influirían en el mismo sentido sobre ese público.—Con igual lisura declaro que ahora, reflexionándolo bien, atribuyo la aquiescencia del público de la segunda noche, en parte al valor propio de la obra y del autor, y en parte á lo que podemos llamar la velocidad adquirida. Nunca suele la segunda noche comprometer el éxito de la primera, ni casar la sentencia del tribunal escogido de los estrenos. La segunda noche se aplaudieron los mismos pasajes que en la anterior habían arrancado aclamaciones. Y ha pasado el pri-

mer turno, y muchas noches ya, y *Realidad* sigue representándose: y parece que, al revés de lo que con otros dramas sucede, no afloja la concurrencia, ni hay señales de que se piense en mover el cartel. No se crea, sin embargo, que *Realidad*, en la opinión de los espectadores, navega por una balsa de aceite. Cada espectador lleva en sí un crítico incipiente y un moralista en agraz: entidades terribles, sobre todo esta última. Yo tuve ocasión de oír un diálogo de moralistas, varón y hembra, que platicaban descuidadamente, sin presumir que nadie les oía. Era durante el segundo acto, cuyas primeras escenas repugnaban muchísimo á la señora. En su opinión, el autor podía haber sacado á la escena á la Peri..., siempre que la Peri hablase sin descoco, muy por lo fino, y siempre que ningún detalle revelase al espectador que nos encontrábamos en casa de una pájara tal. Los campanillazos del marqués y de *Ojirris* la sublevaron: ¿no valdría más que fuesen las *Hermanitas de los pobres* y el



jamonero, v. gr., quienes llamasen á la puerta de Leonorilla? Así nos quedaría la duda de si aquella prójima *era ó no era*, y hasta podrían las gentes timoratas figurarse que se trataba de alguna parienta lejana de Federico, que por filantropía sacaba de apuros al calaverón.

En cuanto al caballero, lo que le destinaba era el segundo cuadro del acto. Vamos, que aquello... era el acabóse. Una mujer casada que tiene un amante; y que sobre tenerle le ve á solas; y sobre verle á solas le dedica frases de ternura y le habla de cerca, con cierta expansión... es lo inaudito en materia de inmoralidad. La sociedad y la familia no podrán resistir este golpe de piqueta, asestado contra sus mismos cimientos. Y el moralista añadía, parodiando sin saberlo la célebre frase del proceso contra Flaubert: "¡Ay de mí, si yo hubiese traído aquí á mis candorosas hijas!,"

Las candorosas hijas de aquel padre estaban á los pocos días en el teatro Real viendo el estreno de *Edgar*, donde hay

cortesanas y orgías por todo lo alto. Y comentando la ópera nueva de Puccini, y comparándola á las anteriores, decían ellas que nada como el duo de *Los Hugonotes*, entre *Valentina*, la esposa infiel, y su amado Raúl; aquel duo que lleva el escalofrío de la pasión hasta la medula de los huesos. Otra de las niñas prefería la *Traviatta*, con sus eróticas languideces y sus poéticas redenciones por el amor; pero la tercera, vivarachilla y modernista en sus gustos, abogó por el *Mefistófeles* de *Boito*, con los retozos de Fausto y Margarita entre las flores, y los arrobos nupciales de Fausto y Elena en las bodas clásicas.—Abrazos y besuqueos no faltaban en todas estas óperas; pero, ¡qué diantre!, en italiano, que no es lo mismo.—El papá no las acompañaba aquella noche. Tenía varios quehaceres: propalar á primera hora, en el Casino, que á *Realidad* no podía asistir nadie que conservase un adarme de sentido moral y de vergüenza; que en el estreno las señoras, indignadas, se habían

levantado y protestado, retirándose del teatro; y que á este paso, dentro de poco no habrá hogar, ni costumbres, ni puchero doméstico, ni nada absolutamente (estilo Taboada.) A eso de las once nuestro moralista sale del Casino, y va... ¡Pero por Cristo, que no se entere Galdós!, va á echar un parrafillo con la Peri. Hasta cerca de la una no se acaba el Real, y aún tendrá tiempo de recoger, con el landó, á la señora y las niñas...

### III

#### La crítica periodística de *Realidad*.

Me ha parecido curioso leer casi todos los periódicos que hablaron de *Realidad* antes ó después del estreno, y comprobar la disparidad de sus críticas. He de observar que la crítica de teatros, que al referirse á obras de poco fuste suele estar en completo desacuerdo con la crítica verbal del espectador, en obras como *Realidad*

*dad*, que encrespan y remueven al público, no es más (á la crítica escrita sigo refiriéndome) que eco fiel de esas opiniones contradictorias, tan enérgicamente expresadas durante los entreactos, en pasillos, antepalcos, saloncillo y cuartos de los actores. Lo que ha decir al otro día la prensa, ya zumba en la atmósfera del teatro la noche del estreno, y puede inferirse de las caras dilatadas ó contraídas, de las miradas gozosas ó fieras, de las voces, de las exclamaciones, hasta del movimiento nervioso con que un periodista se cala la chistera ó empuña el bastón. Las perifrasis del día siguiente son cendal indiscreto que transparenta la nuda idea formulada la víspera con pintoresca crudeza de lenguaje. ¡Venturosos los autores que consiguen desencadenar borrascas, arrancando de su dormilona indiferencia al público, y de su complaciente escepticismo á los que dan forma escrita á la opinión!

Los críticos se han dividido en dos bandos: ditirámbicos, que volcaron el saco de las hipérboles, y examinadores, que dic-

ron á Galdós, como autor dramático, un aprobado ó un suspenso, previas las formalidades que marca la ley. Toda mi admiración por Galdós no impedirá que me incluya entre los segundos, por considerarles más útiles á la educación de ese público que ha de sostener la vida de la escena. El elogio incondicional nunca será enseñanza: cierto que para distinguir y colocar en su verdadero punto de vista (punto de vista personal, claro está) cuestiones de esta índole, no basta ser justo, hay que ser amplio de criterio, pues se trata de una innovación. Siempre se me ocurre—al otro día de un estreno importante, como ha sido el de *Realidad*, y como fueron algunos de Echegaray—que no deberían escribirse tantos artículos con pretensiones de crítica literaria, y sí unos *comptes rendus* muy fieles, muy formales, bien entendidos dentro del noticierismo, dejando el análisis para los contados verdaderos críticos, que lo verificasen pasado algún tiempo, y habiendo asistido á la repre-

sentación, no algunas febriles horas de borrascosa noche de estreno, sino varias veces, y leyendo la obra. Pero la costumbre ha introducido este abuso; cada diario quiere adelantar su fallo, y son tales juicios de impresión como el polvo que levanta el galope del corcel, y que tan pronto sentado como removido, borra, al aplanarse, la huella del mismo que lo atumultuó.

Se comprende que no me propongo citar toda la prensa. Los artículos que conservo bastan para dar idea de que *Realidad*, como suele decirse, ha alborotado el gallinero, y que el tiempo no está completamente bonancible.

*El Imparcial* y *El Liberal*, con gran sorpresa mía (porque siempre fueronregoneros de la fama de Galdós), se han mostrado reservados, hostiles más bien, á *Realidad*: cierto que en el primero de estos dos populares diarios todavía no se ha publicado la anunciada crítica de Ballart (este respetado crítico asistió, no sólo al estreno, sino al ensayo general tam-

bién). Según *El Imparcial*, Galdós no tiene veta de dramaturgo: una cosa es la novela, otra el teatro, y los que animen al autor de *Realidad* á seguir probando fortuna en las tablas, quieren engañarle.— Bajo el pseudónimo de *Licenciado Amaniel* supongo que se encubre Federico Urrecha, y él fué quien, al otro día del estreno, publicó una sentencia dictada “por el augusto tribunal de la opinión pública”, y con sus considerandos y resultandos (dicen los abogados que invertidos en el orden) donde se falla que el título de autor dramático no se le puede conceder al Sr. Galdós sino bajo condición de prometer “que en lo sucesivo ha de olvidarse de que es novelista cuando ponga mano en una comedia”.— Mucho más severo, hasta rayar en durísimo, es el juicio de *La Epoca*, que formula Pedro Bofill. Urrecha sólo censura el procedimiento: Bofill se ensaña con la forma, el fondo, los caracteres, la totalidad de la obra en suma, dedicando á Galdós lo que en Francia y en la jerga periodística se llama un *érein-*

*ment*, ó sea una *reventadura* en toda regla. En su concepto, tiene *Realidad* "un fin desastroso"; no causa "emoción estética"; es demostración de que "el desprecio al pudor público parece enseñorearse de nuestro teatro"; Federico Viera es un villano y un granuja; Orozco, un Juan Lanas, un hombre sin corazón, un egoísta, y debiera llamarse Cornelio. Me parece á mí que para manojo de flores críticas...

*El Heraldo de Madrid* consagró á *Realidad* tres artículos que forman perfecto contraste, y son la mejor prueba de que nunca deben los escritores emplear esta frase: "Tal periódico me ataca", sino esta otra: "Fulano me ataca en tal periódico". El primer artículo anterior al estreno, titúlase: *Ni tanto ni tan calvo...*; lleva al pié la firma del satírico Antonio de Valbuena, y es indignada catilinaria, que se adelanta á calificar á *Realidad* de modelo de inverecundia, algo como la *Mandragora* de Maquiavelo, fundándose en la lectura de



la novela y en el argumento del drama que la prensa anticipó. A mí también me toca en el artículo el correspondiente arañazo, por *Una cristiana*; y esto me recuerda la graciosa paradoja de cierto ilustre escritor, el cual afirma que sus buenas acciones le costaron siempre disgustos, y las malas le reportaron dichas sin cuento. *Una cristiana* pensaba yo que aburriría á los lectores de puro ascética, de puro santa, y para que vean Vds., á Valbuena le ha ruborizado el libro. — Con mi habitual veracidad he de añadir que, en mi concepto, Valbuena no finge ese rubor. Le he visto alarmarse de veras con infinidad de lecturas, de que ningún literato puede prescindir, si ha de estar al corriente de lo que se hace y piensa en su siglo. Sea ó no sincero el sentimiento manifestado por Valbuena (y repito que me inclino á la proposición afirmativa), tal sentimiento cae fuera del orden crítico-literario, y nada tiene que ver con el gusto. Si yo, al juzgar un libro, tropiezo con un pasaje á mi juicio inver-

cundo, no por eso he de desestimar la obra en su totalidad, en su absoluto valor: porque á ser de otro modo, echaría al fuego el *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, la *Celestina*, muchos de los mejores dramas de nuestro teatro, todo el de Shakespeare, etc., etc... sin hablar de la *Santa Biblia*, que de pasajes formalmente inverecundísimos está atestada. Esto que digo es cosa muy manoseada, ya lo sé; pero, *similia similibus*... El segundo artículo de *El Herald* también está fuera de la crítica, por caer en el extremo opuesto y ser obra de un incondicional encomiasta, el Sr. Martínez Barrionuevo, que no disfraza su propósito, pues dice expresamente: "Tratándose de Galdós, no le juzgaría en ningún terreno, porque soy fanático suyo. El fanático no piensa; siente; no discute; se arrodilla y acata... El tercer artículo lleva la firma del *Abate Pirracas*, y se mantiene en el término medio de un juicio de impresión, elogioso, pero con tasa. Las observaciones de este artículo son, en general, atinadas y

justas, aunque encerradas en límites estrechos que impiden su desarrollo.

Jacinto Octavio Picón, en *El Correo*, sin dejar de rendir homenaje cumplido á los méritos del autor de *Realidad*, manifiesta que, á título de novelista, no se da por convencido de que se pueda convertir una novela en drama, y *viceversa*. Galdós tendría derecho para responder á esta objeción con las palabras de Segismundo:

«Cayó del balcón al mar.  
¡Vive Dios, que pudo ser!»

Pero claro está que Picón no niega la posibilidad del hecho, sino su legitimidad en derecho literario. "Convertir una obra teatral en novela—dice el autor de *Dulce y sabrosa*—es robarle la fuerza; equivale á echar gotas de esencia en grandes cantidades de agua. Convertir una novela en drama, es querer encerrar una selva en los linderos de un jardín. La lucha contra la naturaleza de las cosas es inútil. No concibo la enérgica concisión de cuanto hace y dice *Hamlet*, desparramado en

las páginas de un libro, ni nadie ha podido aprisionar en unos cuantos actos de comedia los grandes desvaríos de Don Quijote. Sin embargo, Picón cree que Galdós "no ha hecho un drama más, sino un drama que se diferencia mucho de cuanto hemos visto hasta ahora"; y que la condición capital de este drama, que le distingue de los restantes, consiste "en la medula de la obra", no en su armazón ni en su estructura: porque todo drama es "pintura y desarrollo de pasiones, desenvolvimiento de hechos y sucesos que hacen sentir: *Realidad* hace pensar: de aquí que no la entiendan ó la juzguen erradamente los que la miren al través del sentimiento."

En opinión del crítico de *El Resumen*, el éxito de *Realidad* y la ovación tributada á su autor en la Comedia, significan "una ovación y un triunfo para la llamada escuela naturalista. Galdós, que parecía apartado en cierto modo, desde hace algún tiempo, de los procedimientos y de las tendencias de esa escuela literaria, pre-

sentó anoche la batalla franca y lealmente, proclamando en alta voz sus creencias y desarrollándolas con toda sinceridad. Ese es su mejor timbre de gloria..

Con mayor entusiasmo, si cabe, se expresa Julio Burell en *El Día*. En su sentir, la representación de *Realidad* fué á la vez triunfo y apoteosis. Galdós ha triunfado de todo, "hasta de aquel sentimiento del bien ajeno que anoche no dejó tampoco de asomarse á algunos rostros lividos y de mover algunas lenguas desgraciadas.. No sólo vagaba por el teatro la sombra de Shakespeare aquella noche, sino que "después de los dos últimos actos del drama, puede asegurarse que por el teatro de la Comedia pasó Shakespeare mismo, con su carne y con sus huesos, y lo que es más, con el genio que engendró las cóleras de *Otelo* y la figura extrañamente dramática de Cleopatra..."

Al lado de este dictamen, y á título de *repoussoir*, pongamos el del Sr. Díaz Valero, el cual en *España y América* asegura que "*Realidad*, en la escena, no es

más que un ensayo;» y que si Galdós, como novelista, es el primero, «como dramaturgo no ha de dejar atrás á Echegaray ni á Sellés. ¡Harto podríamos pedir con que llegara hasta ellos!»

Entre estos artículos periodísticos tan contradictorios, prueba de que Dios entregó el mundo (sobre todo el mundo literario) á las disputas de los hombres, descuella, á mi entender, por su moderación y buen criterio (entendiendo yo ahora por buen criterio la mayor suma de conformidad con mi propia opinión, y séame dispensada la aparente inmodestia) el trabajo que en *La Justicia* inserta el Sr. Altamira. Ya diré hasta dónde estoy de acuerdo con el joven profesor. Su crítica me agrada, sobre todo porque cala más allá de la corteza, y propende á relegar á segundo término las cuestiones de formalismo dramático. En casos como el de *Realidad*, la crítica, más que nunca, debe recordar que el espíritu vivifica y la letra mata.

## IV

La obra. — ¿Puede convertirse una novela en drama? Condiciones externas de *Realidad*: estructura, dimensiones, recursos dramáticos. — Condiciones internas: trascendencia, moralidad. — ¿Es *Realidad* un drama naturalista ó realista, ó trae por otro concepto nuevas fórmulas á la escena?

Mi fallo no ha de dirimir esta cuestión: en pos de mí vendrán otros catadores de vino generoso, y en pos de esos catadores y de mí, el tiempo, que corrobora y da su precio al licor. Lo advierto para que no se atribuya á injustificable pretensión la forma del presente trabajo, y paso á decir lo que pienso de *Realidad*.

Para mí carece de fundamento la discusión de si una obra novelesca puede ó no puede convertirse en dramática. Apenas me explico que eso se discuta. Es verdad que me siento rebelde á las divisiones, subdivisiones y clasificaciones de los tratados de retórica, sobre todo si se atribuye á tales divisiones carácter de

límites esenciales, y no de puramente formales, establecidos para auxiliar al crítico y al estudioso en su tarea, en modo alguno para cohibir y ligar al creador. En estética soy nominalista y *darwinista*, en cuanto creo que el concepto del género y de la especie es fruto de nuestro entendimiento y no verdadera ley de la naturaleza, la cual no interpone esas paredes entre las diversas manifestaciones de su fecunda actividad.—Si nos atenemos á los hechos, la novela, desde hace diez años, está dando pábulo á los escenarios parisienses, algunas veces con fortuna (ejemplo, *Safo*, de Daudet, que de novela ha pasado á hermoso drama). Ni han sido los primeros en insinuar esta costumbre los novelistas de la presente generación, la falange llamada *naturalista*: les señalaban el camino sus predecesores: recuérdese el glorioso ciclo recorrido por *La Dama de las camelias* en el teatro, y su procedencia novelesca. Como no hay efecto sin causa, investiguemos el origen de esta invasión



del teatro por la novela. No vacilo en afirmar que se debe á la superior plenitud, riqueza y profundidad de la novela moderna, comparada con la dramática propiamente dicha. Y nótese que éste no es un fenómeno aislado ni actual: se ha reproducido dos veces en este siglo. A principios de él, cuando la lírica era la gran forma expresiva del sentimiento general en el arte, la lírica dominó en la escena y á su predominio se debe el teatro romántico. Desde mediados del siglo, la savia artística y la electricidad intelectual se han acumulado en la novela; llegó el momento de que el teatro le rinda parias y sufra su influjo también. No quiero decir que todos los dramas se hayan de calcar ó inspirar en la novela: no soy tan literal, sólo quiero indicar que los procedimientos y el contenido analítico y humano de la novela moderna tienen que imponerse al teatro, como se impone el individuo fuerte al débil; que no podrá eternizarse el divorcio de la escena y del libro, allí todo convención y falsedad, aquí verdad

y libertad todo; que debe aspirarse á que llegue un día en que se fundan dos personalidades al parecer inconciliables, el *lector* y el *espectador*, y se pongan de acuerdo la sensibilidad y la inteligencia. Si esto no se consigue, peor para el teatro.—Que suceda arreglando novelas ó sin arreglarlas, es lo de menos en rigor, y penderá de cómo se arreglen. Malos dramas pueden extraerse de la mejor novela, y dramas malísimos abundan, que no fueron novelas jamás.

Que en lo externo el drama ha de sujetarse á ciertas leyes y reglas, no impuestas por áridos preceptistas, sino preestablecidas por la conveniencia y la razón. eso no he de negarlo, porque sería delirio. Y tengo que reconocer que *Realidad*, en sus condiciones externas, en su estructura, dimensiones y recursos dramáticos, dista bastante de la perfección, aunque no le comparemos á modelos tan admirables, en ese respecto, como *El sí de las niñas* ó la *Consuelo*, de Ayala. Tampoco hemos de pedirle el *crescendo* enérgico

y sublime de dramático interés, el conflicto tan hábilmente preparado, con tan sabia gradación producido por Tamayo en *Un drama nuevo*. Bien podría yo achacar las deficiencias de *Realidad*, por este concepto, á impericia dramática de Galdós; pero en mi alma y conciencia creo que nacen de su propia genialidad artística, más poderosa que refinada, más lozana que recortada, más fresca y viva que calculadora. — He de advertir que la perfección escasea más que la inspiración, no sólo en nuestro teatro del siglo de oro, sino en casi todo el moderno. Zorrilla compuso un acto que es una maravilla de factura teatral (el primero de *Traidor, inconfeso y mártir*), y ya no pudo sostenerse á la misma altura en los dos siguientes. Echegaray ha solido incurrir en el mismo pecado. Otro tanto puede decirse del Duque de Rivas: su *Don Alvaro* es un prodigio... con indefendible y pecadora estructura.

En *Realidad*, el defecto más palpable — como que se demuestra sacando el reloj — me parece su extensión. El drama es *ma-*

*terialmente* largo. El mal podría remediarse quizá con un tjereteo mañoso, sin suprimir acto ni escena, eliminando únicamente algo de ramazón lozana, pero inútil. Comprendo que pedirle al autor tal sacrificio es querer, como Shylock, que un hombre se deje cortar por lo sano una librita de carne. — Para leído el drama, poco importa que dure un cuarto de hora más ó menos; pero el espectador, después de la media noche, va gradualmente impacientándose y enervándose. Si no lo nota en el mismo teatro, lo notará al regresar á su casa, y tal vez el mal humor se convierta en juicio crítico harto severo. Todo esto debe tenerse en cuenta, aunque sean minucias.

La estructura de *Realidad* (entiendo por *estructura* la disposición y orden de las partes del drama, la división de los actos y la cantidad de acción que á cada acto corresponde) tampoco la juzgo completamente satisfactoria. Del acto tercero pienso lo mismo que el Sr. Altamira: que es episódico, *al menos teatralmente*, y

que un episodio no basta para llenar un acto, sin que se produzca cierta solución de continuidad en la marcha *dramática* de la acción y en el interés de los oyentes. —Acaso el inconveniente podría haberse remediado insertando en el primer acto la escenita de Clotilde. En fin, no me toca indicar el remedio; estas sustituciones del pensamiento ajeno por el propio son demasiado impertinentes. Ni sé — repito — hasta qué punto conseguiría Galdós, dado que se lo propusiese, obedecer á esas leyes del sumo interés teatral y de la composición refinadamente artística.

No todos los recursos dramáticos introducidos en *Realidad* me satisfacen. Sintiendo Galdós la dificultad de *justificar* — ante ese público que quiere explicárselo todo y no sabe entrever gran cosa al través de las penumbras del alma — el suicidio de Federico Viera, buscó la forzada intervención de Manolo Infante presentando á su antiguo amigo el revólver como única solución, y presentándose, no ya *con palabras*, sino *materialmen-*

*te*: depositando un revólver verdadero, de hierro y madera, sobre el escritorio de Federico. Semejante incidente (que no sé si alguien ha censurado) me parece lo que se dice en Francia *une ficelle*, un cordelito que imprime movimiento automático á un personaje. En la novela no hay ese rasgo de tan increíble fanatismo; ese amigo que, de los varios caminos que puede elegir un hombre, puesto en el caso de Federico Viera, sólo halla expedito el del revólver. Ni es la culpa de Federico — aunque grave — tan inusitada, ni es Infante hombre de tan exaltada y fiera rigidez que se justifique verle notificar la sentencia de muerte, inmediatamente ejecutada por el reo. En la situación de Manolo Infante (primo y enamorado secreto de Augusta), compréndese que, al saber la dicha lograda por Federico, rompiese la crisma á su feliz rival y ultrajador de su familia. Todo, menos aquel revólver colocado sobre la mesa. — Tampoco me contenta el devocionario de la madre de Federico. Como recurso dramático, si el

revólver es inconcebible, el devocionario es algo inocente. Véase la demostración palmaria de los peligros de la escena. Los recursos que desapruebo produjeron efecto en el público, el primero dando lugar al abrazo de Infante y Federico, el segundo sirviendo de pretexto á que Federico, antes de matarse, regale á Augusta aquel devocionario sagrado, que en tanta estima tiene. Y esto último — dicho sea entre paréntesis — no responde al carácter del sentimiento que une á Federico con Augusta, porque Federico siente hacia la esposa de Orozco repugnancia moral entrecortada por ráfagas de sensual pasión; Federico (y este es un rasgo de profundo alcance en la novela y en el drama) *no le perdona á Augusta la infidelidad á Orozco*; Federico desprecia (sin querer-se lo confesar á sí mismo) á la que sedujo; tiene náuseas de la victoria, náuseas que tal vez engendró el hastío. ¡Extraña, pero frecuente contradicción del alma masculina! A Augusta no le regalaría Federico — el bien observado por Gal-

---

dós en la novela — el devocionario de su madre.

Estos reparos, y algunos más que omito, no afectan á las condiciones internas del drama de Galdós: á su moralidad, á su trascendencia, á su alto sentido filosófico y cristiano. Para saborear el contenido de *Realidad*, toda su medula, tal vez no se encuentra bien preparado el público: el nivel del drama es más alto que el de los espectadores (en conjunto y salvando excepciones honrosísimas.) Hay en *Realidad* dos elementos superiores, que exigen en el auditorio gran cultura, unida á cierta nobleza de intención, análoga á la buena fe del catecúmeno: es el primero la hermosa vestimenta del lenguaje, tan castizo, tan expresivo, enriquecido con mil esmaltes intelectuales, sin que pierda su jugo y su espontaneidad y su corte de charla al uso: es el segundo la fuerza de la honda corriente de ideas éticas que rueda bajo la fábula ó la historia que representan los actores. En este punto también digo como el Sr. Altamira,



que en *Realidad* hay dos dramas, uno casi vulgar, el de Federico Viera, con el suicidio por remate, y otro, el de Orozco y Augusta—el mejor, el de alto vuelo—que acaba en una sencillísima escena, los cónyuges que se dan las buenas noches como siempre, sin gritos, sin riña, sin escándalo, sin ningún acontecimiento exterior... mientras el espectador comprende que en sus almas se consuma el divorcio supremo y eterno.

El final de *Realidad* me había parecido siempre admirable, original y sugestivo. Además, no hay pensamiento tan cristiano. España es una nación donde los poetas teólogos casi elevaron á deber religioso el asesinato de la esposa infiel ó solamente acusada de infidelidad. Yo creo que en la vida real jamás abundaron los *médicos de su honra*: pero la musa de Calderón los dibujó, siniestros y fatidicos, como inquisidores del hogar. *Médico de su honra* es el anciano protagonista de *Un drama nuevo*, aquel Yorick, que cargado de años y de canas no vacila en in-

---

molar á sus salvajes celos á una niña con quien la prudencia debió aconsejarle que no se uniese, y á un mancebo á quien dió mil veces el nombre de hijo. Y qué, desde los tiempos de Calderón acá, ¿no había de ver la humanidad más claro? ¿No había de fructificar la sangre de Cristo, derramada por la paz y el perdón? ¿Había de ser Orozco, encarnación de altísimo criterio moral contemporáneo, un tigre sanguinario y rencoroso, como es en el fondo Yorick? Yo no niego la belleza de Yorick, lejos de eso: también me parece bello Otelo, y Don Gutierre Alfonso, y Don Lope de Almeida, el marido de *el secreto agravió...* ¿pero ofrecerles hoy como *ideal*? ¡Qué repulsivo horror!

Yo sostengo que no sólo Orozco es un cristiano verdadero, sino que Augusta podía confesarse con él, sin perjuicio, claro está, del sacerdote. Orozco no exige á su mujer, para perdonarla, sino lo que exigiría el confesor: descubrir la conciencia enferma y desear la salud. Decíame una persona de altísimo entendimiento,

que Orozco no es todavía lo bastante generoso: que al perdón no se le ponen condiciones, y menos la de una confesión siempre humillante. Elijan Vds. entre esta quintaesencia de la generosidad y el parecer de los que quisieran que Orozco *lavase su honor* (como si el honor se lavase con crímenes) apuñalando á Augusta.

De buena gana prescindiría de la cuestión de escuela al hablar del drama de Galdós. Cada día repugno más esos tiquismiquis, no por lo que en sí representan, sino por el sentido falso y grosero con que el vulgo los traduce. ¿Es realista ó naturalista el drama? Yo diría que ni lo uno ni lo otro: algo nuevo, sí, aunque no sin precedentes en la escena española, en la francesa y particularmente en el extraño teatro de Ibsen. Para definir lo menos mal posible este género, le llamaré realismo romántico-filosófico. En el diálogo, en el medio ambiente y en el desarrollo de la acción externa, veo el contingente realista: en ciertos recursos y en los caracteres, el romántico (ejemplo Augusta,

Federico, Infante, el mismo Orozco): en el alcance del drama, el filosófico. Si no evitase la prolijidad, demostraría, analizando los dramas de Ibsen, que en ellos se advierte esta misma amalgama. La observo también (con predominio del elemento romántico) en varias obras de Echegaray. La verdadera novedad del drama de Galdós consiste pues en abrir puertas al realismo en la forma, y al pensamiento filosófico en el fondo, uniendo á mayor suma de verdad ese sentido de la vida humana que se revela en un momento supremo y la marca para siempre con un trazo de luz ó un estigma de miseria y pequeñez: momento decisivo, como aquel en que el esposo de Elida Wangel, en el drama de Ibsen, deja á su esposa en libertad para huir ó quedarse en el hogar puro y sagrado.—Por este carácter complejo y amplio del drama de Galdós, también creo que, sin formar lo que se llama escuela, ejercerá influencia poderosa sobre la dramática futura... y acaso (y esto sería más bello aún) sobre

el alma española, á la cual por el camino de la novela se puede llegar, sí... pero ¡ay! mucho más despacio.

## V

### *Mise en scène y desempeño de Realidad.*

Poco y malo tengo que añadir respecto á las decoraciones de *Realidad*, que debieran contribuir al efecto, y pudieron haberlo frustrado. La del "gran salón en casa de Orozco", decorado "con elegancia y riqueza", parece, según graciosa comparación muy gráfica, oída de bastidores adentro, "una libra de chocolate". Son unas bambalinas viejas, repintadas con mucho ocre. Con la de casa de la Peri tampoco puedo transigir, y menos con la posición de los muebles. En cuanto á la presentación de la sombra de Federico, ya queda dicho que la ven pocos espectadores. ¡Lástima grande que el resultado probable de éstos dramas no permita

---

á los empresarios arrostrar desembolsos, de esos que resarce en breve cualquier mediano sainetillo, disparate ó *viaje cómico-lírico!*

Mejor vestidas que la escena—infinitamente mejor—estaban las actrices; propios y adecuados me parecieron sus trajes y atavíos, desde la bata roja y las chinelas bordadas de la señora Martínez (*la Peri*), hasta el modesto traje y el humilde velito de la señorita Morell (*Clotilde*). Entre los actores, tal vez Federico Viera debería presentarse más aliñado; digo, me parece á mí. Un perdis elegante y aristocrático, por arrancado que se encontrase, no calzaría tan mal. Quizá me paro en nimiedades, y casi no me atrevo á añadir que el *cachemira* de María Guerrero, aunque tan legítimo y rico, estorba para el juego del último acto; yo preferiría un deshabillé flojo, lo que suelen ponerse las damas cuando andan mal de salud ó de humor.

Al arrostrar el papel de *Augusta* en *Realidad*, María Guerrero ha ganado

leguas de terreno en su carrera artística. He oído estos días infinidad de pareceres, y declaro que, la mayoría, muy favorables á la joven actriz. Todo el mundo reconoce que la edad de María Guerrero no permite á sus facultades el pleno desarrollo y la pujanza que adquirirán al completarse y perfeccionarse en los límites de los treinta. Ni su cuerpo gentil pero pobre aún de líneas para la expresión dramática en la actitud; ni su voz límpida, que la pasión irá timbrando gradualmente; ni sus delicadas facciones, á las cuales el tiempo añadirá importancia y relieve, son hoy por hoy lo que exige el tipo de aquella terrible Augusta, toda fuego y fantasía, toda barro humano, Eva completa, incomprensible antes de la tercer década, la hora crítica de la mujer. — Conseguir así y todo llevar el papel sin rendirse á su pesadumbre y tener bastantes momentos afortunados, es ya haber puesto una pica en Flandes. — No faltó quien estableciese comparaciones entre lo trabajado esa noche por María Guerre-

ro y lo que corresponde á Julia Martínez y Juan á la señorita Morell. Yo digo que no hay términos hábiles para comparar. Sea cualquiera el mérito respectivo de las tres artistas, la desproporción de las dificultades que tenían que vencer es enorme. Los papeles de *la Peri* y *Clotilde* son airosos, corrientes, redonditos, hechos de encargo para que una actriz se luzca. No hay en ninguno de los dos momento dramático, sino sales cómicas y agudezas de esas que ellas solas se dicen y se rien. Además, *la Peri*, en medio de su arrastrado vivir, es siempre el simpático carácter español, la chula, la barbianna franca y dadivosa, contra quien nadie levanta el dedo. En cambio *Augusta*, tipo heterodoxo, esposa culpable y no arrepentida, concita la animosidad, y en su largo papel tiene que pasar desde la chispeante coquetería y la celosa ira del primer acto, á la peligrosa escena del segundo, á la trágica del cuarto y á la no menos trágica y más difícil del quinto. ¿Cómo es posible olvidar esta lucha, esta



prueba, al juzgar la interpretación de *Realidad* por María Guerrero?

Miguel Cepillo es muy á propósito (razón tenía Echegaray) para encarnar á Orozco, el santo. Su presencia varonil y el grave acento de su magnífica voz, le ayudaron grandemente, sobre todo en la escena del último acto con Augusta. El Sr. Thuillier, que hizo de *Federico* (otro papel de mucho cuidado) me agradó menos, y no me es fácil precisar la razón: tal vez será porque lo fia todo á la expresión del rostro, jugando mucho los ojos y descuidando la plástica, ó sea la actitud del cuerpo—que debe corresponder á la expresión de la cara, como saben bien los mismos gimnastas del circo, que en esta parte pueden servir de modelo.—Sin duda la cabeza y la fisonomía han de dominar, pero el cuerpo expresa también, á pesar de la monotonía del traje y el automatismo de las maneras de nuestra sociedad. Recuerdo que una de las cosas que más me impresionaron en el gran actor Novelli, fué verle puesto de espal-

---

das, apoyado en un piano, y conociéndose que lloraba en silencio por el movimiento de los hombros. Ningún sollozo *oldo* me produciría más dramático efecto que aquellos sollozos mudos, indicados por una actitud.

Fuera de *Orozco*, *Augusta* y *Federico*, y tal vez *la Peri*, los papeles de *Realidad* son secundarios. El de Mario no podía encerrar ni grandes peligros ni capitales victorias para tan ducho autor, capaz de mayores empeños.

En general, los actores sostuvieron el drama, y esta afirmación, en apariencia restrictiva, encierra en mi intención y en el caso presente, una cumplida alabanza.





## UN MONJE HISTORIADOR

DE LAS

## LETRAS CONTEMPORÁNEAS EN ESPAÑA

(*El Padre Francisco Blanco García*)

---

### II

**L**A tarea del Padre Blanco fué doblemente ardua y peligrosa al llegar á la parte segunda y entrar de lleno en la literatura de nuestros días, obra de autores que viven, y, por consiguiente, intrigan aún. Para la primera parte encontraba el Padre guía y luz en trabajos anteriores, dispersos, pero utilísimos materiales, que hizo perfectamente en aprovechar. Esto en cuanto á los elementos externos. Los internos eran también favorables: el agustino podía estimar con mayor serenidad y despreocupación á los autores muertos, los cuales ya no militan ni en pro ni en contra de ideas y creen-

cias que está obligado el Padre Blanco, por sus hábitos, á defender. Tal es la virtud del tiempo, que precipitando las escorias y cuerpos extraños al fondo del recipiente, deja sólo visible la transparencia y claridad de la hermosura.

Aun haciendo caso omiso de este daño del juicio por el interés; aun purificando la conciencia crítica de todo lo que no sea amor al arte por el arte mismo (y esta purificación tendría algo de milagrosa), el juicio sobre autores vivos y en activo servicio no puede menos de salir turbio, desenfocado, erróneo casi siempre. El pintor y el escultor se echan atrás, se colocan á conveniente distancia para ver en su obra algo más que un conjunto de chafarrinones ó una masa informe de barro. La misma separación necesita el crítico: su retroceso para el golpe de vista tiene que ser de años—un cuarto de siglo por lo menos.—No se me arguya que niego el derecho á la vida á la crítica de actualidad. Mal podría negárselo sin negarme á mí propia. Lo que no me parece seguro es

el carácter definitivo de semejante crítica. Tiene su valor, muy grande, tal vez incalculable, como dato de impresión; mas no es ni puede ser estimación rigurosa de una serie de fenómenos que sirva de base para deducir principios de estética, y menos apreciación justa de valores relativos. En toda crítica de actualidad ocupa mayor lugar del que le corresponde la insidiosa medianía, y se borra la línea divisoria que en los estudios retrospectivos separa el pormenor de mera erudición compiladora, del dato importante y de transcendencia profunda.—Un ejemplo esclarecerá mis palabras. Nadie ignora que Guillermo Shakespeare fué precedido y acompañado de una legión de dramaturgos secundarios. En su tiempo, de seguro no faltó quien discutiese acaloradamente á Shakespeare y le pusiese quizá por bajo de los Marlowe, los Kid, los Greene, los Peele.—Hoy, este supuesto nos parece una blasfemia: ¿por qué? Porque el retroceso y el tiempo transcurrido y la persistencia de la admiración del

orbe, consagrando una reputación ya secular, han enseñado al más ignorante, al más boto, lo que va del genio al talento, ó al ingenio, ó á la habilidad á secas. Hoy no se necesita ni haber leído á Shakespeare para escandalizarse de la blasfemia consabida; hoy se comprende que los dramaturgos contemporáneos del autor de *Otelo* pertenecen á la *erudición*, y á la *estética* sólo Shakespeare.—Ya sé que de los autores más ilustres á los más infimos que juzga el Padre Blanco, no va tanta distancia como de Shakespeare á sus émulos; pero no me retracto.

Se me dirá que ese pormenor mezquino, esos oscuros nombres, llegarán á revestir gran importancia para los investigadores futuros, porque, en suma, la erudición no hace sino recoger mañana lo que ayer se desdenó y se juzgó indigno de mención expresa, y que si cada siglo ahorrarse al venidero la molestia de averiguar ciertas cosas, le daría hecha una labor hartó enojosa é impertinente. Pero quien tal diga se equivoca de medio

á medio : la erudición genuina desdeña lo fácil, y confunde lo difícil y raro con lo precioso: además, la erudición no va tras la noticia por su valor intrínseco, sino por el relativo de la curiosidad y por el que accidentalmente puede prestarle alguna relación histórica, bien como la moneda roñosa y cubierta de verdín, que en si vale un ochavo, se estima cuando corrige ó rectifica la cronología de un monarca ó la época de un suceso.—Quítenle al erudito las emociones del coleccionista ante el ejemplar único, y el erudito perderá el cariño á su empresa. Ya se sabe: el descubrimiento erudito de mañana es la insignificancia de hoy, que para adquirir valor necesita desaparecer años y años bajo la densa capa de polvo del más absoluto olvido. ¿Qué no darían los sabios por puntualizar cómo vivieron un día entero, desde levantarse hasta acostarse, Góngora ó Lope? ¿A quién le importa saber lo que están haciendo ahora mismo Campoamor ó Zorrilla?

Ello es que el Padre Blanco, dado el

método que sigue, no podía evitar en este segundo tomo mayores desaciertos que en el primero. Lo reconocen con sorprendente unanimidad cuantos juzgan por escrito ó de palabra *La Literatura española en el siglo XIX*. Si el segundo tomo se mantuviese á la altura del anterior, la obra tenía seguro un éxito indiscutible. Tomemos en cuenta la enorme dificultad de la empresa, pero no ocultemos deficiencias que se han de remediar, pues el Padre Blanco dispone de mimbres y tiempo.

Es materialmente imposible, y además inútil, registrar al menudeo toda la obra del Padre Blanco, libro frondoso, de entretrejida ramazón, donde tan pronto nos obstruye el paso la maleza de un seto de espinos como el tronco de un gigante roble, y al lado de las estrellas de primera magnitud hormigüea, con conatos de producir vibraciones luminosas, el polvillo cósmico: en su índice, á pesar de la omisión voluntaria de varios géneros, veo todas las cosas, y algunas más; la división



y clasificación de los incluidos no me satisface, y para proceder con orden necesario emprender una especie de anatomía del índice del tomo; después examinaré dos ó tres capítulos de los que más me interesen, y el resto lo dejaré á un lado, no por desdén, sino porque sólo en otro tomo de iguales dimensiones podría hacerme cargo del contenido de éste.

Después de dos capítulos dedicados á *las nuevas tendencias en la poesía lírica y en la leyenda y á la poesía tradicional andaluza, en su último período* (divisiones que no me parecen ciertamente justificadas, pues pretenden reducir á común denominador poetas tan diferentes en la entraña como Fernández y González y Cañete, que no era tal poeta, mientras el primero lo es de verdad, con brío, color, sonoridad é inspiración robustísima), viene el capítulo consagrado á los *traductores é imitadores de Heine*, donde leo — y ya no vuelve á sonar en todo el índice, — el nombre de Gustavo Becquer. Recuerden que ahora no hago más que la discusión

del índice, y noto la impresión de extrañeza que con razón ha de causar á los admiradores del ensoñador sevillano el que no merezca, como Campoamor, como Tassara y Ruíz Aguilera (estos últimos son dioses menores), un capítulo sólo para él, y no á título de imitador de Heine,—sin perjuicio de examinar las influencias que condicionaron su genialidad, como podrían examinarse las de Espronceda ó Campoamor, y en general las de cuantos han roto con la tradición clásica y cultista de la lírica española.

Si la división ha de ser una división analítica, de verdad, no por *géneros*, sino por *tendencias ó corrientes* (ya no decimos escuelas), apruebo que el Padre titule un capítulo *El neoclasicismo en la poesía lírica*; pero no hallo razón para que los siguientes se encabecen con esta definición ambigua: *El Teatro después del romanticismo*, seguida por *El drama lírico y la zarzuela*. Más extraño considero aún el dedicar un capítulo á un género indefinido, que el Padre llama *prosa*

*ligera*, y donde entran, como en la romana del diablo, los nombres más heterogéneos y los más contrapuestos estilos.— Nada tengo que objetar á la *nueva fase de la novela histórica* y al *Renacimiento de la novela de costumbres*: en cambio, entre los *Cuentos y narraciones cortas* observo que faltan nada menos que los nombres de Alarcon y Pereda, autores que sin duda descuellan tanto, y me inclino á decir que más, en los *cuentos y narraciones cortas* que en las novelas largas; también se omite el de Sellés, el del Doctor Thebussem, el del mismo Padre Coloma, que hasta hace un año sólo cuentos y narraciones cortas había escrito. Nótese que no me contradigo: no hago aquí listas de omitidos, pues á ninguno de estos escritores dejará de consagrar el Padre bastantes páginas en distinto lugar: sólo quiero decir (porque insisto en que estoy registrando el índice) que aparece deficiente un capítulo dedicado á los cuentistas y narradores breves, donde faltan esos nombres, y algunos más, tan necesari-

rios allí. No importa que se remita á otra parte del libro el estudio de los que valen y ahí echamos de menos: no por eso dejará de quedar incompleto el capítulo.

No he de recomendar tampoco la composición del que se titula *Más sobre la lírica contemporánea*. En él se mezclan los nombres respetados de Teodoro Llorrente, Querol, Balart, con los de vates de certamen muy conocidos en el país selettico donde crecen (si he de creer á cierto amigo mío de buen humor) los berros de oro y las escarolas de plata. El capítulo termina con la sección de *Los poetas del Madrid Cómico*. Enhorabuena tengan sección los poetas festivos, que algunos (como Vital Aza) valen por dos ó tres serios: en la patria de Baltasar del Alcázar, de Quevedo y de Gerardo Lobo, por ningún concepto se ha de desdeñar la poesía festiva cuando es buena, claro está, y de cierto el Padre no la desdeña: pero si yo aprobaría que se destinase una sección á la poesía festiva contemporánea en general, no así á la especial del *Madrid Cómico*.

co, que no es sino una de las varias publicaciones satíricas y jocosas, con caricaturas, que ven la luz en España, y que todas se parecen como un huevo á otro huevo. El hecho de ver la luz en este ó aquel periódico no puede servir para clasificar, bajo un tipo común, diversas poesías.

Al llegar á *la novela contemporánea*, censuro que ocupen un solo y mismo capítulo Alarcón y el Padre Coloma, que aun cuando pueden tener tendencias afines y cualidades comunes, representan dos épocas bien distintas. La yuxtaposición de esos dos autores se explica tanto menos, cuanto que aquí la cronología es el guía más seguro y los períodos de la novela española están bien señalados y destacados, la primer etapa con Fernán y los costumbristas propiamente dichos; la segunda, con Alarcón y Valera; la tercera, con los maestros actuales. Para concluir esta disección del Índice (que ya va siendo prolija), añadiré que tampoco juzgo que se puedan distribuir los críticos

en académicos, periodistas y barceloneses. Ya sé yo que el Padre tiene en su cabeza una división más clara y categórica: la de *críticos buenos, medianos y malos*, que es la fundamental á que en última instancia nos atenemos todos. Pero la enseñanza del público que pide á libros como el del Padre guía, consejo y doctrina, exige gran precisión en esto de imponer nombres; pues el fin de los nombres, como dijo quien lo entendía, es "que por medio dellos las cosas cuyos son estén en nosotros", y "traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada en si tiene".

He indicado los que creo lunares del plan general, porque ellos cifran y compendian lo más severo que yo acertaría á decir sobre el libro del Padre Blanco. Ya se colige que, si no estoy conforme con el plan, sería caso maravilloso que lo estuviese totalmente con la distribución de premios y castigos. Sin embargo, en esto podría suceder que no discrepásemos tanto. Casi todas nuestras discrepancias

se originarían de que á un religioso, por tolerante que sea, por sagaz instinto crítico que le adorne, se le imponen fatalmente ciertas apoteosis y ciertos anatemas que nacieron para servir de arma de partido en las columnas de los periódicos políticos, y quedaron ya estereotipados por la superficialidad y la pereza. No puedo atribuir otra procedencia á las apreciaciones que estampa el Padre respecto á la prosa de Castelar, apreciaciones que no sé si vulneran más la admiración que me inspira el ilustre orador por lo sucintas ó por lo injustas. De lesión enormísima se debe calificar aquel parrafillo del capítulo titulado *Prosa ligera*, donde, en nota para mayor dolor, se citan los *Recuerdos de Italia*, libro que firmaría con orgullo Lamartine, y que encierra el estudio sobre *San Francisco y su convento en Asís*, fuente de ensueños para mi imaginación juvenil y recreo constante de mi gusto, ya depurado por la edad... Ciertamente á continuación, y también entre la prosa ligera, se incluye *La Alpujarra*,

perla de Alarcón. No son estos libros *prosa ligera* más que en cuanto no son prosa pesada, y porque en ellos tiende su vuelo la fantasía de escritores y artistas en toda la fuerza del epíteto: las galas de su estilo nacen de algo más hondo que el superficial propósito de amenizar un asunto y entretener al lector; son destello de impresiones profundamente sentidas y mágicamente expresadas, con la intensa vibración de que comunican á la prosa las almas que para el arte son lirás septicórdes. Así han de juzgarse *La Alpujarra* y los *Recuerdos de Italia*, y este libro último lo tengo por más perfecto que *La Alpujarra*, dentro de su vuelo lírico, que hace de él un poema sin rima, pero no sin armonía órfica y misteriosa. Y para que se vea que no me dicta lo que voy escribiendo parcialidad ni interés amistoso por el gran tribuno, añadiré que tampoco á otros autores (alguno de los cuales, Valbuena, v. gr., me ataca en la prensa precisamente estos días) los echaría yo al saco de la prosa ligera. Valbuena, v. gr., ya que le



he nombrado, tiene lugar propio entre los cultivadores de la crítica *formal* y de la sátira.

No pretendo, con lo dicho anteriormente, imponer al Padre Blanco mis gustos, ni siquiera mis admiraciones. Hubiese el Padre escrito un largo estudio donde triturase á su gusto y á su manera el estilo y el género de Castelar, y yo diría que pensábamos de opuesto modo, pero no diría que en la obra faltan algunas páginas indispensables, sustituidas por otras enteramente innecesarias. Si bien lo que prestó mayor relieve á la magna figura de Castelar ha sido la oratoria, ¿cómo podrá desconocerse el influjo ejercido por esa misma oratoria y por los escritos del primer orador de nuestra época en la literatura general? La pompa y el ritmo de su período soberano influyen sobre nuestra lengua y nuestra prosa dondequiera, donde menos supondríamos quizá. No ha muchos días, al terminar Menéndez y Pelayo de leer su elocuente respuesta al discurso de recepción de Barbieri en la Academia

Española, me dijo persona muy calificada: "Note V. cómo se le ha comunicado á Menéndez algo del estilo rotundo y brillante y de las generalizaciones artísticas de Castelar." Y era verdad: sin que existiese imitación; quién lo duda! ni sombra de otras similitudes rebuscadas, que amenguarían el mérito del sabio joven, podía notar un oído fino y experto esas analogías de forma que engendran, por suave é insensible modo, secretos estímulos morales é intelectuales, tan legítimos como poderosos. En eso precisamente consiste la diferencia entre figuras como la de Castelar y otras horrosas y pálidas que el Padre á veces evoca con cierta morosa delectación, de que sospecho que ya estará arrepentido. De las primeras sale una fuerza comunicativa, emana una virtud eficaz: prescindir de ellas es como prescindir de la época que las produjo, ó como practicarle la ablación de algún órgano esencial para la vida. Aun descartando la oratoria, no puede escribirse la historia de las le-

tras españolas desde mediados de este siglo sin tomar en cuenta á Castelar. Entre las muchas sugerencias á que debe hacerse superior, con altiva independencia, el historiador literario, figura en primer término la sugestión de la prensa política, que de quince años á esta parte embiste con irritado oleaje, no sólo contra la personalidad de Castelar, jefe de partido, sino contra la del literato y del artista, el Castelar que concilia las simpatías de toda Europa y de todo el Nuevo Continente americano. Para el historiador literario un escritor es siempre un escritor, grande ó pequeño, y si grande, *ipso facto* venerable. Ya veo que estos son los casos en que el hábito estorba, y también he de reconocer que á tanta parcialidad como el hábito á los monjes, impulsan á los escritores liberales los compromisos de secta ó los compañerismos de redacción.

Pero noto que mi artículo va pareciendo impugnación del libro del Padre, y no es tal mi propósito, ni menos sería justi-

cia, pues hay secciones del libro que casi sin restricciones alabo: por ejemplo, el estudio sobre el *Teatro después del romanticismo*, el cual, dentro de los límites prefijados por el autor, da idea bastante exacta del carácter, condiciones y mérito relativo de nuestros dramaturgos anteriores al romanticismo de Echegaray. Los juicios acerca de Tamayo, Eguilaz, Ayala, Serra y demás autores de ese periodo de transición, son justos, avisados y discretos, y sólo me parece que huelga (dado lo compendioso del estudio mismo) el capítulo entero sobre el drama lírico y la zarzuela. También está bien resumida la que el Padre llama *nueva fase de la novela histórica*, especialmente si eliminamos un tremendo panegírico de *Amaya ó los Vascos en el siglo VIII*, obra ciertamente muy estimable, pero sin condiciones artísticas extraordinarias de esas que pueden asegurar hoy el éxito de una novela histórica (v. gr., *Salambona*, de Flaubert). Aunque el Padre, movido por la simpatía que le infunden junta-

mente el sentido patriarcalista de la obra y las ideas políticas y religiosas del autor dé á entender que se ha cometido con él una injusticia y que *Amaya* merecía más resonancia de la que obtuvo, al final del capítulo el mismo Padre viene á reconocer la razón, diciendo que "la novela histórica apenas tiene hoy vida en España, y el escaso número de ellas que se publican no pasa de ser desviaciones individuales y pasajeras del realismo imperante, consagrado por el ejemplo de los autores y por la afición del público". Estas palabras, que encierran una observación muy exacta, son la mejor respuesta á los encomios de *Amaya* y al "sonrojo" de que las Revistas no le consagrasen mayor espacio y más atención, y sólo se ocupasen de ella "los correligionarios del autor". Más en lo firme está el Padre cuando ensalza á Fernán Caballero: á Trueba en cambio le otorga un lugar que no confirmará el tiempo: la literatura de Trueba, pocos años después de su muerte, ya ha caducado: la de Fernán su-

hirá cuando se coloque en su verdadero lugar á la autora de *La Gaviota*, de quien proceden en varios sentidos muchos de nuestros novelistas contemporáneos.

Algo deja que desear el capítulo titulado *La política y las letras después de la revolución de 1868*; ciertamente ahí es donde convenía remontar más el vuelo, estudiar la Revolución generosamente, y deducir, sin más pasión que la literaria, sus frutos en las letras. A sentencias tan duras y despiadadas como la que el Padre Blanco fulmina sobre el período revolucionario y hace extensiva á la Restauración, juzgando que no hemos debido á estas vicisitudes políticas sino una era de anarquía y casi de disolución intelectual y estética, objetarla yo lo que objetaba un distinguido crítico francés á Bonald, el ardiente apologista del derecho divino: \*Siempre será, por mucho que se apoye en la elocuencia, tarea ingrata y estéril la de obstinarse en censurar obras realizadas por el proceso de las edades, que no hay fuerzas huma-

nas que puedan modificar... Persuadirse de que la sociedad no puede vivir sin instituciones muertas; no creer duradero sino lo fenecido; suponer por los eclipses de la razón humana que se ha de oscurecer sin remedio, es ir de un extremo á otro y añadir á los añejos nuevos males<sup>1</sup>.

Desdeñoso en extremo me parece también el juicio sobre Bartrina, que contrasta con la indulgencia que el Padre manifiesta á Núñez de Arce y á sus imitadores, y la bondad crítica que revela la larga cita del *Triunfo*, de Gabino Tejado. Bartrina, sin embargo, como artista, tiene, á vueltas de sus gravísimos defectos, una originalidad innegable; hay en él ciertas notas amargas que han resonado en el alma moderna, hay lacerías que él ha mostrado con cínico humorismo, como el Job de la leyenda su lepra horrible. A Bartrina no se le puede confundir con la turba-multa: Bartrina tiene fisonomía propia.

<sup>1</sup> G. Merlet: *Tableau de la littérature française*.

Que esta fisonomía sea un *ricтус* sardónico... no lo negaré; pero eso... ni quita ni pone. Sin contar con que para la tesis del Padre, tesis que podremos llamar "del mal de la generación presente," ningún argumento más lucido y sutil que el análisis del alma de Bartrina. Epoca bien dolorosa, por cierto estilo, la que ha podido producir ese cantor "triste como la muerte y la voluptuosidad," según dijo del rey Salomón alguien que lo entendía.—Las páginas dedicadas á *Larmig* sí que me parecen muy sentidas y hermosas, y justa la alabanza de ese poeta religioso, que prueba que en ningún tiempo faltó ninguna cuerda á nuestra lira. ¡Lástima que no haga mención de una de las joyas de *Larmig*, las hermosas *Querrelas del vate ciego!*

Del estudio consagrado á Pedro Antonio de Alarcon y al Padre Coloma, poco he de decir, por lo mismo que en él se me cita reiteradamente, y que acabo de exponer mi juicio sobre estos dos novelistas en recientes publicaciones. El capítulo



consagrado á Valera es de los mejores de la obra; serio y razonado, puede dar idea de la compleja fisonomía de este ático y deleitoso escritor. En el que concierne á Pérez Galdós encontraría yo más reparos, pero sería un rasgo de mal gusto en mí el formularlos, después de oír de boca del mismo insigne novelista "que el capítulo está muy bien, y que le dé las gracias al Padre Blanco de su parte.". No seamos más galdosistas que Galdós...

Las páginas dedicadas á Pereda son también recomendables, aunque extremen algo el encomio, extremo inevitable en el crítico monje, porque Pereda es, al par que un gran artista, una bandera, bandera que el enemigo saluda con respeto... que ahí está lo curioso, y al par honroso, para la crítica extracatólica, verdadera autora de la fama de Pereda, consagrada por el prólogo de Galdós al *Sabor de la Tierruca*.—Por cierto que al tratar esta cuestión y hacerse cargo de algo que yo escribí sobre Pereda antes y después de que saliese á luz *La Mon-*

*talvez*, stampa el Padre Blanco los conceptos siguientes: "Perdóneme la egregia autora de *La cuestión palpitante* que en las páginas de este libro habló del *huerto* de Pereda, *bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres pero huerto, al fin*—ha dicho ella misma—*no extensa llanura ni dilatado parque*: yo no alcanzo á divisar por qué el mérito de una novela ha de agrandarse ó achicarse según los límites del escenario en que se desarrolla, ni, sobre todo, por qué ha de encerrar menores elementos de belleza la perspectiva de las costumbres provincianas, del mar inmenso, de costas y campiñas, tal como revive en las obras de Pereda, que el abigarrado microcosmos de las grandes poblaciones,.—No puedo menos de rectificar, y estoy segura de que para el Padre Blanco será valedera mi rectificación, que ya no me tomo el trabajo de dirigir á ciertos regionalistas ó localistas estultos, de esos que serían capaces de decir como el marsellés del cuento: "*Troun de Dieu!*"

*Si Paris avait la Cannebière... ce serait une petite Marseille!*»

Yo no he dicho jamás que el mérito de una novela se agrande ó achique según los límites del escenario en que se desarrolla. ¿Cómo había de decir tal dislate? En bien reducido escenario se desarrollan la primorosa *Colomba*, de Merimée; la admirable *Hechizada*, de Barbey d'Aurevilly; *Pepita Jiménez* (sin adjetivo), de Valera; *El Niño de la Bola*, de Alarcon; *Madama Bovary*, de Flaubert; *La Asuncena en el valle (Le lys dans la vallée)*, de Balzac; y podría seguir citando títulos y autores ilustres, hasta que se me cansase la mano. Mal podría yo sostener una doctrina que nunca seguí. Por lo mismo que no me precio de gran novelista, se comprende que al escribir una novela he de aspirar á poner todos los medios para añadirle mérito, y no hubiese localizado *El Cisne de Vilamorta* en un poblachón, *Los Pazos de Ulloa*, *La Madre naturaleza*, y *Bucólica* en una aldea, y lo mismo parte de *Una cristiana*. Si su in-

clinación lleva al novelista á retratar costumbres aldeanas y tipos populares, bien hace en obedecerla. Pero el crítico no puede eximirse de tomar nota de esa inclinación, y de advertir, en uso de sus facultades críticas, que el marco de un escenario rural es tan favorable para el *paisajista* y el *costumbrista*, como desventajoso para el *psicólogo*, y que al novelador le hacen grande y excelso, más que las dotes del pintor de costumbres y telones de selva, las de buzo de almas. En el campo hay más *naturaleza* que *hombre*: y el que al campo se reduce, sobre todo con el exclusivismo que tiene demostrado Pereda, mejor tocará el paisaje que la figura, por inevitable ley de las cosas. Este y no otro alcance tenía mi asendereada observación sobre el *huerto*. Por lo demás, ¿quién duda que el villorrio, visto como supo verlo Flaubert, ofrece tanta riqueza psíquica como la más refinada capital? Allá el Dios que reparte los dones artísticos sabrá por qué otorgó á Pereda los suyos, adecuados para el cam-

pestre idilio y la epopeya del mar, más que para el estudio psicológico.

Y esta es mi única rectificación, pues ya me libraré de dejarme llevar á discutir lo que acerca de mí y de mis obras escribe el Padre. En primer lugar, porque me considero muy favorecida con los juicios que le merezco; y en segundo, porque siempre he tenido por sistema dejar, en lo que á mi personalidad se refiere, desembarazado y franco el paso á la crítica, no ya á la muy benévola y delicada del Padre, sino á la más atrabiliaria, descomunada y furibunda. Defiendo mis ideas; mis obras que se defiendan ellas, y si no pueden, señal de que merecen sucumbir. Este es el cariño bien entendido del padre á su progenitura, y no ese celo extremoso que la resguardaría bajo un fanal para que no la diese el aire.

Ya me queda muy poco espacio que consagrar á lo que el Padre dice de nuestra crítica crudita y sabia y de actualidad, y que en general encuentro bastante discreto, pues describe ó caracteriza de

una plumada las figuras de los principales cultivadores de ese ramo ingrato y escabroso.—No diré que entrando en pormenores no encontrase yo bastante asunto de controversia, lo mismo en ese estudio que en todo el libro; pero en el fondo vendrían á reducirse mis objeciones á lo que ya indiqué al hablar del primer tomo: demasiadas figuras secundarias; poca holgura para las principales y para los géneros que se hacinan y se atropellan, debiendo campear aisladamente en cuatro ó seis volúmenes, escritos y publicados en el espacio de dos ó tres lustros lo menos. Esto no implica nada que pueda lastimar al joven historiador; yo reconozco en él bastante acierto en general, elocuencia para expresar la admiración y para formular la censura, donde atraer é interesar al lector en el asunto que trata, y otras muchísimas condiciones que le permitirían, en ese plazo y en esos límites, darnos una obra cercana á la perfección; y si yo no viese en el Agustino estas dotes, me guardaría

de hablarle de plazos, porque hay quien ni en un lustro ni en un siglo hará sino boberías, y el Padre, en un plazo relativamente muy corto, ha hecho *algo* reconocidamente útil, idóneo para despertar el amor á nuestras letras en los países americanos, donde correrá, no sólo en el original español, sino en la traducción inglesa que en Nueva Yorck se prepara, y donde ya tienen noticia del libro por los detenidos análisis que Valera ha enviado á una de las publicaciones más importantes de aquel país. De todas las empresas literarias, el Padre escogió la más dificultosa, y esto, que debe por un lado obligarnos á severo y detenido examen, por otro nos impone, como deber sagrado y de conciencia, el reconocimiento explícito de los méritos contraídos en la labor. Para un alma valerosa es mayor incentivo á este acto de justicia la cerrada tempestad que descargó sobre el Padre con motivo de la publicación del segundo tomo. Se le maltrató como si hubiese cometido algún delito al dedicar su juventud

al estudio de las letras y al trato con Dios, en vez de estragarla en el café, el casino ó el chiscón infame; y así como si declarase á voz en cuello no haber leído á nuestros poetas, novelistas, críticos y autores dramáticos se le trataría de obscurantista y apagaluces, por haberlos leído y juzgado con espíritu general de caridad y muchas veces con entusiasmo apologético, se le llamó sacristancillo entrometido y se le preguntó quién le daba á él, el muy pizpireto, vela en este entierro literario, y cómo el Obispo y el Superior no le quitaban las licencias y le ponían á pan y agua y calabozo siquiera unos meses.— Ya dije, hablando del Padre Coloma, que simpatizó con los *escritores maniatados*, los religiosos, las mujeres, porque necesitan tener doble talento, y tenerlo forrado en suprema energía, para que no les asusten los espantajos que les salen al camino, pegando, como la *fantasma del lugar* del inolvidable D. Ramón de la Cruz,

«unos bultos, á modo  
de una vaca que desuelan.»



Repito lo dicho: el libro es digno de aprecio y vale mucho, sobre todo como señal y prenda, y el autor vale todavía más, claro está, que este primer libro, y lo ha de probar cumplidamente en los venideros.





## CRÓNICA LITERARIA

---

**E**n un mismo día fué recibido el señor Barbieri en la Academia Española y se le hizo á D. José Velarde en el Ateneo honroso funeral.

El discurso de D. Francisco Asenjo Barbieri versó sobre *La música de la lengua castellana*. Tratándose de esta clase de música, no será atrevimiento disentir del parecer del nuevo académico, que conceptúa nuestra lengua nacional musical en alto grado. Dice Barbieri: "Lo primero que llama la atención y causa extrañeza á todo extranjero que pisa nuestro suelo es el tono con que nos expresamos hablando en voz alta, como prueba, no sólo de nuestro carácter meridional y vehemente, sino también de que nuestra lengua es tan rica de sonidos y tan ampulosa, que por esto, sin duda,

la califica un escritor francés de lengua de oradores. „ Esa impresión de extrañeza la he notado yo, sin ser extranjera, en mí misma, al regresar de Francia, de Italia, de Alemania; la lengua española lastimaba los oídos; me parecía dura, recia, llana, apenas matizada ni flexible, en comparación de las que acababa de habituarme á oír. Mi propio dialecto de Galicia es de más varia y melódica condición; adaptación divinamente al canto, y los que acostumbramos á su dulzura la garganta, sufrimos siempre cierta aspereza al plegarnos á la fonética castellana é intentar perder el dejo ó caída gallega. Otros provincianos no son tan escrupulosos, y oímos á los oradores andaluces discursos sope-teados, discursos sorbidos y discursos roncados. ¿No le dice algo al Sr. Barbieri ese hecho significativo, que él mismo nota, de que nuestros predicadores conviertan la melodía de la lengua en monótona salmodia, acentuando de una manera exagerada é iracunda, y nuestros actores pasen de la más campanuda solem-

---

nidad al tono más pedestre y prosaico, y otro hecho curioso, el que se puedan contar por los dedos pulgares los buenos lectores y el que los mejores no sepan desprenderse de la canturía? ¿No le parece al Sr. Barbieri que esto revela en la lengua escasez de facultades musicales y de riqueza de sonidos, ya que para *elevarla* se necesita *hincharla*, como á los globos?

\*  
\* \*

En la bella contestación de Marcelino Menéndez y Pelayo—que fué una calurosa apología, casi un poema ditirámico en honor del académico recibido—cogi al vuelo dos ó tres afirmaciones que me parecen un tanto extremosas, eco de la vehemencia apasionada que domina en el carácter del sapientísimo escritor. Yo creo que no es Barbieri el único representante de la transformación del canto popular en música dramática. Aunque Chapí no hubiese creado más que dos joyas, *La Bruja* y la *Serenata morisca*, habría que saludar en él al finísimo intér-

---

prete del regionalismo en el arte musical. Tampoco sería justo prescindir del popular y fresco Chueca, cuya música lleva motas de barro callejero, y quizá podría yo añadir á éstos y á otros nombres, aquí muy conocidos y estimados, los de algún modesto artista de mi región, el maestro Pascual Veiga, autor de la divina *Alborada*. Los catalanes hablarán de su Clavé, aquel en cuya tumba, en el cementerio de Barcelona, las notas de la melodía que forma el epitafio son flores silvestres. Este movimiento, "expansión misteriosa del genio nacional", no puede personificarse en un solo hombre: se debe á una pléyade ó legión. Esto no tiene que ver con la rica biblioteca que ha sabido reunir el Sr. Barbieri, ni con lo que lleve á ser de su anunciada *Historia de nuestra música y teatro popular durante el siglo XVIII*.

---



## CARIDAD DE LOS AMERICANOS

Y ESPAÑOLES RESIDENTES EN AMÉRICA

---

En el mes de Septiembre, al saberse la terrible noticia de las catástrofes de Almería y Consuegra, y á ruegos del gobernador de Toledo, Sr. Baamonde, dirigí una breve y apremiante carta, que insertó *El Imparcial*, á los españoles residentes en América, y sobre todo á los gallegos, estimulando su caridad á fin de que enviasen socorros. Mi carta llegó tarde para el primer arranque de la incansable generosidad de nuestros compatriotas y hermanos de América : los telegramas habían provocado ya subscripciones y donativos sin cuento. No por eso mis palabras fueron estériles, pues desde Enero y en diferentes plazos he recibido las siguientes cantidades :

1,376 pesetas y 20 cts. de Montevideo,

enviadas bajo la firma de Don Bartolomé Staiáno, tesorero.

887 pts. y 90 cts. de la provincia de Buenos Aires, bajo la firma de la Sociedad coral "La Lira".

2,680 pts. y 65 cts. de Nueva Córdoba, bajo la firma de D. Manuel Perea Muñoz, tesorero.

500 pts. de Iquitos (Perú), bajo la firma de D. Marcial Piñón.

7,067 pts. y 90 cts., de Mercedes (Provincia de Buenos Aires), bajo la firma de D. Manuel A. Bares, presidente.

Total de lo recibido hasta hoy:

12,512 pts. y 65 cts.

Yo no sabré encarecer lo mucho que para mí representan y valen estos donativos, prueba palpable de que en los países de allende los mares donde se habla nuestra lengua, mi voz encuentra eco, y el nombre de la escritora española—como ellos dicen, añadiendo cariñosas hipérbolos que me confunden, y, á qué negarlo, me llenan el alma de alegría—puede

contribuir á despertar el más hermoso de los sentimientos, la más grande de las cristianas virtudes.

Son las cantidades enumeradas (excepto la del Sr. Piñón, que creo donativo individual) fruto de subscripciones en diversos pueblos de las provincias del Uruguay y la Argentina, de modo que suponen un movimiento colectivo: vienen acompañadas de gran número de firmas; cada una de ellas significa un corazón español ó que ama á España con filial afecto. ¡Gracias á todos! No duden que sé comprender cuál es hoy la situación económica de los países sud-americanos, el estado de los cambios, y cuánto aumenta el valor de la dádiva y de la iniciativa de las comisiones.

No he querido aguardar la posible llegada de nuevas remesas de fondos, para dar publicidad á los donativos ya recibidos. En estas cuestiones, toda claridad y exactitud es poca, y yo agradeceré sinceramente que la prensa reproduzca esta breve noticia, ya que sea imposible insertar



los nombres de los donantes. — Así podré yo aguardar con mayor tranquilidad la respuesta á una importante consulta, que voy dirigiendo á los caritativos subscriptores según recibo los fondos, y contestada la cual, procederé inmediatamente al reparto, dando también noticia detallada, por medio de la prensa, de mi gestión, como hice después de los terremotos de Granada. Entre tanto, sepan los que me escuchan allá en América, que su adhesión me conforta y reanima, y es quizá el mejor premio de mis trabajos literarios.





## ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

---

### CIENCIAS

- Gramática francesa elemental*, por D. Arturo Vázquez Núñez.—Un tomo.—Orense, 1891.
- Religión é irreligión*, por Mons. Bougaut, traducción de D. Emilio Villeda Rodríguez.—Tomo vi.—Barcelona, 1892.
- El matrimonio*, por Pedro Rueda.—Tomo 1.—Buenos Aires, 1888.
- Lucubraciones Psicosfísicas*, por J. Rodríguez Alba.—Un tomo.—Madrid, 1892.
- Mi cura de agua*, por Sebastián Kneipp.—Un tomo.—Edición ilustrada.—Madrid, 1892.
- A muerte.—Ensayo social*, por Bernabé Bravo.—Folleto.—Nueva-Yorck, 1891.
- Obreros y burgueses (Diálogos acerca de la cuestión social)*.—Un tomo.—Madrid, 1892.

### CRÍTICA

- Colón y Bobadilla (Una polémica y un boceto*

*dramático*), por Luis Vidart.—Folleto.—Madrid, 1892.

*Bartolomé Leonardo de Argensola*, por el P. Miguel Mir, de la Real Academia Española.—Un tomo.—Zaragoza, 1891.

*Estafeta de los muertos*, por L. Comenge y J. de Letamendi.—Folleto.—Madrid, 1890.

*Nueva estafeta de los muertos*, por el doctor E. Pi y Molist.—Folleto.—Madrid, 1892.

#### MISCELÁNEA

*Siga la fiesta*, por Luis Taboada.—Un tomo.—Madrid, 1892.

*La vida artística*, por Luis de Llanos.—Un tomo.—Barcelona, 1892.

*La autonomía de Cuba*, por Rafael M. Merchán.—Folleto.—Bogotá, 1890.

*Journal des Goncourt*, por Edmundo de Goncourt.—Tomo vi.—París, 1892.

#### NOVELA

*Tristana*, por B. Pérez Galdós.—Un tomo.—Madrid, 1892.

- La Bolsa*, por Julián Martel.—Un tomo.—  
Buenos Aires, 1891.
- El Feudalismo moderno ó Los principios de un cacique*, por Juan Gallardo Lobato.—  
Un tomo.—Madrid, 1892.
- En el Cáucaso*, por el conde León Tolstoy  
(de la *Colección de libros escogidos*).—Un  
tomo.—Madrid, sin fecha.
- Pepinillos en vinagre*, por Manuel Polo y  
Peirolón.—Un tomo.—Valencia, 1891.
- El Amor propio*, por Julio Nombela.—Un  
tomo.—Madrid, sin fecha
- Mis pasiones*, por Bas y Cortés.—Un tomo.  
—Madrid, 1892.
- Nido de hidalgos*, por Ivan Turguenef.—Un  
tomo (de la *Colección de libros escogidos*).  
—Madrid, sin fecha.
- Una novela más*, por J. Valero Martín.—Un  
tomo.—Madrid, 1890.

POESÍA

- Poesías*, por Juan Alcover y Maspons.—  
Tomo 1.—Palma, 1892.
- La invasión*, leyenda histórica, por Carlos  
G. Amézcaga.—Folleto.—Lima, 1891.

*Cactus*, por Carlos G. Amézaga.—Un tomo.

—Lima, 1891.

*El velado Profeta del Korassan*, por Tomás

Moore, traducción de Miguel Sánchez Pesquera.—Un tomo.—Puerto Rico, 1892.

*Cancionero de Príncipes y Señores, recogido de poetas, en su mayor parte inéditos, desde el siglo XVI al XIX*, por D. Juan Pérez

de Guzmán.—Un tomo.—Tirada de 30 ejemplares, que no se venden.—Madrid, 1892.

*Los Pirineos.—Trilogía*, por D. Víctor Ba-

laguer.—Hermosa edición en un tomo.—Barcelona, 1892.



## OTRAS OBRAS

DE

### EMILIA PARDO BAZÁN

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS, Y QUE PUEDEN PEDIRSE A LA ADMINISTRACIÓN DEL «NUEVO TEATRO CRÍTICO», SAN BERNARDO, 37, MADRID.

**MI ROMERÍA.**—Forma un elegante tomo que se vende al precio de 2 pesetas 50 céntimos, y contiene el siguiente índice: *A Roma.*—*La romería en situetas.*—*Una Salve.*—*Viaje de recreo... espiritual.*—*La Noche Buena en Roma.*—*La Iglesia Madre.*—*Güelgos y gibelinos.*—*El fantasma blanco.*—*Los Santos novisimos.*—*Dos muertes.*—*Una audiencia y una grilla.*—*Un cicerone gratis.*—*Jornada florentina.*—*Una visita á San Antonio de Padua.*—*Loreto.*—*Acqua Vergine.*—*Don Carlos.*—*Confesión política.*

**LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA** (segunda edición).—Forma un grueso tomo de 433 páginas, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice.—I. *Idea de este ensayo.*—*La naturaleza.*—*La raza.*—*La historia.*—*La autocracia.*—*El comunismo agrario.*—*Las clases sociales.*—*La servidumbre.*—II. *La palabra «nihilismo».*—*Orígenes de la revolución.*—*La mujer y la familia revolucionaria.*—*«Ir al pueblo».*—*Hertzen y Bakunine.*—*La novela nihilista.*—*El terror.*—*Policia y censura.*—*Orígenes de las letras rusas.*—*El romanticismo: los poetas líricos.*—*El realismo: Nicolás Gogol.*—III. *El poeta y artista Turguenev.*—*«Oblomovismo»: la pereza eslava.*—*El psicólogo y alucinado Dostoyusky.*—*El nihilista y místico, conde Tolstoy.*—*Naturalismo francés y naturalismo ruso.*

**DE MI TIERRA (GALICIA).**—Forma un precioso volumen con portada de lujo, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice:—*Prologo.*—*La poesía regional gallega (Rosalía Castro).*—*El Padre Feijoo y su siglo.*—*La casa solariega de Frijón.*—*Eduardo Pondal.*—*Valentín La mas Carvajal.*—*Benito Losada.*—*El monasterio de Rivas de Sa.*—*San Rosendo y su monasterio, en Celanova.*—*El País de las benditas Almas.*—*El castillo de Sobroso.*—*Marineda.*—*¿Idioma o dialecto?*

**SAN FRANCISCO DE ASÍS (SIGLO XIII).**—Forma dos preciosos volúmenes, y se vende al precio de 10 pesetas en rústica y 12 con tapas de lujo.—Contiene el siguiente índice:—*La Edad Media y el siglo XIII.*—*Primeros años.*—*Aurora de la Orden.*—*El Apostolado franciscano.*—*San Francisco en España.*—*La Orden se constituye.*—*Primer corona.*—*Pasión.*—*Agonía, muerte, resurrección.*—*La Orden Tercera.*—*La Indulgencia de las Rosas.*—*San Francisco y la mujer.*—*San Francisco y la naturaleza.*—*La pobreza franciscana y las herejías comunistas.*—*La inspiración franciscana en las artes.*—*La inspiración franciscana en la ciencia.*—*Los filósofos franciscanos.*—*San Francisco y la poesía.*

# NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Ha entrado en el segundo año esta publicación, *única en su género*, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo de texto *ciento diez y seis páginas*. El NUEVO TEATRO CRÍTICO está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispanoamericano, así como los dramas y comedias que con justicia fijan la atención del público. Las personas deseadas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el NUEVO TEATRO CRÍTICO.

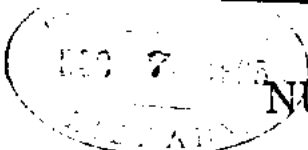
## CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCIÓN

|                                |                      |
|--------------------------------|----------------------|
| Número suelto.....             | <b>1,50</b> pesetas. |
| Subscripción.—España: Un año.. | <b>15</b> "          |
| Colonias y extranjero; fd..... | <b>17,50</b> "       |

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del NUEVO TEATRO CRÍTICO, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y libros, á la señora D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.



NUEVO

# TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

MAYO, 1892.

Núm. 17.

## SUMARIO.

- I.—LA MAYORAZGA DE BOUZAS.
- II.—CARTAS A UN LITERATO JOVEN, III.
- III.—STUART MILL (PRÓLOGO A LA ESCLAVITUD FEMENINA).
- IV.—TRISTANA, NOVELA DE B. PÉREZ GALDÓS.
- V.—CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.



ADMINISTRACIÓN  
 CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
 MADRID



OBRAS COMPLETAS  
DE  
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esmeradamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de la crítica francesa sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de

**TRES PESETAS** en toda España

TOMO IV

LA MADRE NATURALEZA

NOVELA

Los dos tomos de la primera edición en un volumen

**TRES PESETAS Y MEDIA** en toda España.

EN PRENSA EL TOMO V

CUENTOS DE MARINEDA

TOMO VI

ESTUDIOS LITERARIOS

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRAL.

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.



OBRAS COMPLETAS  
DE  
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esmeradamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de la crítica francesa sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de

**TRES PESETAS** en toda España

TOMO IV

LA MADRE NATURALEZA

NOVELA

Los dos tomos de la primera edición en un volumen

**TRES PESETAS Y MEDIA** en toda España.

EN PRENSA EL TOMO V

CUENTOS DE MARINEDA

TOMO VI

ESTUDIOS LITERARIOS

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRAL.

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.



## OBRAS DE LA AUTORA

### NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.<sup>a</sup> edición, un volumen.  
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.<sup>a</sup> edición, un vol.  
LA TRIBUNA, un vol.  
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)  
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.  
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)  
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)  
UNA CRISTIANA, un vol.  
LA PRUEBA, un vol.  
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)  
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA MADRE NATURALEZA, un vol. (3,50 pesetas.)

### CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.<sup>a</sup> edición, dos volúmenes.  
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)  
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)  
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)  
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.  
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)  
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

### VIAJES

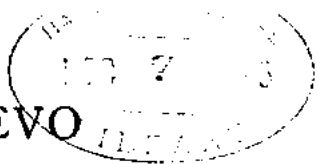
- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)  
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.  
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

### POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

### EN PRENSA

- CUENTOS DE MARINEDA.



NUEVO

# TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

MAYO, 1892.

Núm. 17

## SUMARIO

- I.—LA MAYORAZGA DE BOUZAN.
- II.— CARTAS A UN LITERATO NOVEL. III. ✓
- III.— STUART MILL (PROLOGO A LA ESCLAVITUD FE✓  
MENINAL)
- IV.— TRISTANA, NOVELA DE B. PÉREZ GALDÓS. ✓
- V.— CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL
- VI.— ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

## ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL.  
MADRID

—  
**ES PROPIEDAD**  
—

---

**AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,  
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3.034.**



## LA MAYORAZGA DE BOUZAS

---

No he de ser tan minuciosa y diligente que fije con exactitud el punto donde pasaron estos sucesos. Baste á los aficionados á la topografía novelesca saber que Bouzas lo mismo puede situarse en los límites de la pintoresca región berciana, que hacia las profundidades y quebraduras del Barco de Baldeorras, enclavadas entre la sierra de la Encina y la sierra del Ege. Bouzas, moralmente, pertenece á la Galicia primitiva, la bella, la que hace veinte años estaba todavía por descubrir.

¿Quién no ha visto allí á la Mayorazga? ¿Quién no la conoce desde que era así de chiquita, y empericotada sobre el carro de maíz, regresaba á su Pazo solariego en las calurosas tardes del verano? Ya



más crecida, solía corretear cabalgando un rocín en pelo, sin otros arreos que la cabezada de cuerda. Parecía de una pieza con el jaco: para montar se agarraba á las toscas crines ó apoyaba la mano derecha en el anca, y de un salto ¡pin! arriba. Antes había cortado con su navajilla la vara de avellano ó taray, y blandiéndola á las inquietas orejas del *facatrús*, iba como el viento por los despeñaderos que guarnecen la margen del río Sil.

Cuando la Mayorazga fué mujer hecha y derecha, su padre hizo el viaje á la clásica feria de Monterroso, que convoca á todos los *sportmen* rurales, y ferió para la muchacha una yegua muy cuca, de cuatro sobre la marca, vivaracha, torda, recastada de andaluza — como que era hija del semental del Gobierno.—Completaba el regalo rico albardón y bocado de plata; pero la Mayorazga, dejándose de chiquitas, encajó á su montura un galápago (pues de sillas inglesas no hay noticia en Bouzas). Y sin necesidad de pica-

dor que la enseñase, ni de corneta que la sujetase el muslo, rigió su jaca con destreza y gallardía de centauresa fabulosa.

Sospecho que si llegase á Bouzas impensadamente algún honrado burgués madrileño y viese á aquella mocetona sola y á caballo por breñas y bosques, diría con sentenciosa gravedad que Don Remigio Padornín de las Bouzas criaba á su hija única hecha un marimacho. Y quisiera yo ver el gesto de una institutriz sajona ante las inconveniencias que la Mayorazga se permitía. Cuando la molestaba la sed, apeábase tranquilamente á la puerta de una taberna del camino real, y la servían un tanque de vino puro. A veces se divertía en probar fuerzas con los gañanes y mozos de labranza, y á alguno dobló el pulso ó tumbó por tierra. No era desusado que ayudase á cargar el carro de tojo, ni que arase con la mejor yunta de bueyes de su establo. En las siegas, deshojas, romerías y fiestas patronales, bailaba como una peonza con sus propios jornaleros y colonos, sacando á

los que prefería, según costumbre de las reinas, y prefiriendo á los mejor formados y más ágiles.

No obstante, primero se verían manchas en el cielo que sombras en la ruda virtud de la Mayorazga. No tenía otro código de moral sino el Catecismo, aprendido en la niñez ; pero le bastaba para regular el uso de su salvaje libertad. Católica á macha-martillo, oía su misa diaria en verano como en invierno, guiaba por las tardes el rosario, daba cuanta limosna podía. Su democrática familiaridad con los labriegos procedía de un instinto de régimen patriarcal, en que iba envuelta la idea de pertenecer á otra raza superior, y precisamente en la convicción de que aquellas gentes *no eran como ella*, consistía el toque de la llaneza con que les trataba, hasta el extremo de sentarse á su mesa un día sí y otro también, dando ejemplo de frugalidad, viviendo de caldo de pote y pan de maíz ó centeno.

Al padre se le caía la baba con aquella hija activa y resuelta. El era hombre bo-

nachón y sedentario, que entró á heredar el vínculo de Bouzas por la trágica muerte de su hermano mayor, el cual, en la primera guerra civil, había levantado una partidilla, vagando por el contorno bajo el alias guerrero de *Señorito de Padornin*, hasta que un día le pilló la tropa y le arrojó al río, después de envainarle tres bayonetas en el cuerpo. Don Remigio, el segundón, hizo como el gato escaldado: nunca quiso abrir un periódico, opinar sobre nada, ni siquiera mezclarse en elecciones. Pasó la vida descuidada y apacible, jugando al tute con el veterinario y el cura.

Frisaría la Mayorazga en los veintidós, cuando su padre notó que se desmejoraba, que tenía obscuras las ojeras y maza-dos los párpados, que salía menos con la yegua y que se quedaba pensativa sin causa alguna.—Hay que casar á la rapaza —discurrió sabiamente el viejo;— y acordándose de cierto hidalgo, antaño muy amigo suyo, Balboa de Fonsagrada, favorecido por la Providencia con nume-

rosa y masculina prole, le dirigió una misiva, proponiéndole un enlace. La respuesta fué que no tardaría en presentarse en las Bouzas el segundón de Balboa, recién licenciado en la facultad de Derecho de Santiago, porque el mayor no podía abandonar la casa y el más joven estaba desposado ya. Y en efecto, de allí á tres semanas — el tiempo que se tardó en hacerle seis mudas de ropa blanca, — marcarle doce pañuelos — llegó Camilo Balboa, lindo mozo, afinado por la vida universitaria, algo anemiado por la mala alimentación de las casas de huéspedes y las travesuras de estudiante. A las dos horas de haberse apeado de un flaco jamelgo el señorito de Balboa, la boda quedó tratada.

Físicamente los novios ofrecían extraño contraste, cual si la naturaleza al formarlos hubiese trastrocado las cualidades propias de cada sexo. La Mayorazga, fornida, alta de pechos y de ademán brioso, con carrillos de manzana sanjuanera, decada de bozo en el labio superior, dientes

recios, manos duras, compleción sanguínea y expresión franca y enérgica: Balboa, delgado, pálido, rubio, fino de facciones, bromista, insinuante, nerviosillo, necesitado al parecer de mimo y protección. ¿Fué esta misma disparidad la que encendió en el pecho de la Mayorazga tan violento amor, que si la ceremonia nupcial tarda un poco en realizarse, la novia, de fijo enferma gravemente? ¿O fué sólo que la fruta estaba madura, que Camilo Balboa llegó á tiempo? El caso es que no se ha visto tan rendida mujer desde que hay en el mundo valle de Bouzas.

No enfrió esta ternura la vida conyugal; solamente la encauzó haciéndola serena y firme. La Mayorazga rabiaba por un muñeco, y como el muñeco nunca acababa de venir, la doble corriente de amor confluía en el esposo. Para él los cuidados y monadas, las golosinas y refinamientos, los buenos puros, el café, el cognac traído de la isla de Cuba por los capitanes de barco, la ropa cara, encargada á Lugo. Hecha á vivir con una taza de

caldo de legumbres, la Mayorazga andaba pidiendo recetas de dulce á las monjas; capaz de dormir sobre una piedra, compraba pluma de la mejor, y cada mes mullía los colchones y las almohadas del tálamo. Al ver que Camilo se robustecía y engruesaba y echaba una hermosa barba castaño oscuro, la Mayorazga sonreía, calculando allá, en sus adentros: "Para el tiempo de la vendimia tenemos muñequiño."

Mas el tiempo de la vendimia pasó, y el de la sementera también, y aquél en que florecen los manzanos, y el muñeco no quiso bajar á la tierra á sufrir desazones. En cambio, Don Remigio se empeñó en probar mejor vida, y ayudado de un cólico miserere, sin que bastase á su remedio una bala de grueso calibre que le hicieron tragar á fin de que le devanara la enredada madeja de los intestinos, dejó este valle de lágrimas, y á su hija dueña de las Bouzas.

No volvió de nuevas á la Mayorazga el verse al frente de la hacienda, dirigiendo

faenas agrícolas, cobranza de rentas y tráfago de la casa. Hacía tiempo que todo corría á su cargo; el padre no se metía en nada: el marido, indolente para los negocios prácticos, no la ayudaba mucho: en cambio tenía cierto *factotum*, adicto como un perro y exacto como una máquina, en su hermano de leche Amaro, que desempeñaba en las Bouzas uno de esos oficios indefinibles, mixtos de mayordomo y aperador. A pesar de haber mamado una leche misma, en nada se parecían Amaro y la señorita de Bouzas, pues el labriego era desmedrado, flacucho y torvo, acrecentando sus malas trazas el áspero cabello que llevaba en fleco sobre la frente y en greñas á los lados, cual los villanos feudales. A despecho de las intimidades de la niñez, Amaro trataba á la Mayorazga con el respeto más profundo, llamándola siempre *señora mi ama*.

Poco después de morir Don Remigio, los acontecimientos revolucionarios se encresparon de mala manera, y hasta el valle de Bouzas llegó el oleaje, tradu-



ciéndose en agitación carlista. Como si el espectro del tío cosido á bayonetazos se la hubiese aparecido al anochecer entre las nieblas del Sil demandando venganza, la Mayorazga sintió hervir en las venas su sangre facciosa, y se dió á conspirar con un celo y brío del todo vendeanos. Otra vez se la encontró por andurriales y montes, al rápido trote de su yegua, luciendo en el pecho un alfiler que por el reverso tenía el retrato de D. Cárlos y por el anverso el de Pío IX. Hubo aquello de coser cintos y mochilas, armar cartucheras, recortar corazones de franela colorada para hacer *detentes*, limpiar fusiles de chispa comidos por el orín, pasarse la tarde en la herrería viendo remendar una tercerola, requisar cuanto jamelgo se encontraba á mano, bordar secretamente el estandarte.

Al principio, Camilo Balboa no quiso asociarse á los trajines en que andaba su mujer, y echándose las de escéptico, de tibio, de alfonsino prudente, prodigó consejos de retraimiento ó lo metió todo á

broma, con guasa de estudiante, sentado á la mesa del café, entre el dominó y la copita de cognac. De la noche á la mañana, sin transición, se encendió en entusiasmo, y comenzó á rivalizar con la Mayorazga, reclamando su parte de trabajo, ofreciéndose á recorrer el valle mientras ella, escoltada por Amaro, trepaba á los picos de la sierra. Hizose así, y Camilo tomó tan á pechos el oficio de conspirador, que faltaba de casa días enteros, y por las mañanas solía pedir á la Mayorazga "cuartos para pólvora... cuartos para unas escopetas que descubrí en tal ó cual sitio...". Volvía con la bolsa hueca, afirmando que el armamento quedaba *segurito*, muy preparado para la hora solemne.

Cierta tarde, después de una comida geronimil, pues la Mayorazga, por más ocupada que anduviese, no desatendía el estómago de su marido—; no faltaría otra cosa!—Camilo se puso la zamarra de terciopelo, mandó ensillar su potro montañés, peludo y vivo como un caballo de las

estepas, y se despidió diciendo á medias palabras:

—Vóime donde los Resendes... Si no despachamos pronto, puede dar que me quede á dormir allí... No asustarse si no vuelvo. De aquí, al Pazo de Resende, aún hay una buena tiradita.

El Pazo de Resende, madriguera de hidalgos cazadores, estaba convertido en una especie de arsenal ó maestranza, en que se fabricaban municiones, se *desenferruxaban* armas blancas y de fuego, y hasta se habilitaban viejos albardones, disfrazándolos de sillas de montar. La Mayorazga se hizo cargo del importante objeto de la expedición; con todo, una sombra veló sus pupilas, por ser la primera vez que Camilo dormiría fuera del lecho conyugal desde la boda. Se cercioró de que su marido iba bien abrigado, llevaba las pistolas en el arzón y al cinto un revólver — “por lo que puede saltar,” — y bajó á despedirle en la portalada misma. Después llamó á Amaro y le mandó arrear las bestias, porque aquella tarde “cumplía,

ver al cura de Burón, uno de los organizadores del futuro ejército real.

Sin necesidad de blandir el látigo, hizo la Mayorazga tomar á su yegua animado trote, mientras el rocín de Amaro, rijoso y emberrenchinado como una fiera, galopaba delante, á trancos desiguales y furibundos. Ama y escudero callaban; él, taciturno y zaino más que de costumbre; ella, un poco melancólica, pensando en la noche de soledad. Iban descendiendo un sendero pedregoso, á trechos encharcado por las extravasaciones del Sil — sendero que después, torciendo entre heredades, se dirige como una flecha á la rectoral de Burón, — cuando el rocín de Amaro, enderezando las orejas, pegó tal huida, que á poco da con su jinete en el río, y por cima de un grupo de salces, la Mayorazga vió asomar los tricornios de la Guardia civil.

Nada tenia de alarmantè el encuentro, pues todos los guardias de las cercanías eran amigos de la casa de Bouzas, donde hallaban prevenido el jarro de mosto, la

cazuela de bacalao con patatas, en caso de necesidad la cama limpia, y siempre la buena acogida y el trato humano; así fué que, al avistar á la Mayorazga, el sargento que mandaba el pelotón se descubrió atentamente murmurando: — Felices tardes nos dé Dios, señorita. — Pero ella, con repentina inspiración, le aisló y acorraló en el recodo del sendero, y muy bajito y con llaneza imperiosa, preguntóle:

—¿A dónde van, Piñeiro, diga?

—Señorita, no me descubra, por el alma de su papá que esté en gloria... A Resende, señorita, á Resende... Dicen que hay fábrica de armas y facciosos escondidos, y el diablo y su madre... A veces un hombre obra contra su propio corazón, señorita, por acatar aquello que uno no tiene más remedio que acatar... La Virgen quiera que no haya nada...

—No habrá nada, Piñeiro... Mentiras que se inventan... Ande ya, y Dios se lo pague.

—Señorita, no me descu...

—Ni la tierra lo sabrá. Abur, memorias á la parienta, Piñeiro.

Aún se veía brillar entre los salces el hule de los capotes, y ya la Mayorazga llamaba apresuradamente:

—¿Amaro?

—Señora mi ama.

—Ven, hombre.

—No puedo allegarme... Si llevo el caballo á la yegua, tenemos música.

—Pues bájate, papamoscas.

Dejando su jaco atado á un tronco, Amaro se acercó.

—Montas otra vez... Corres más que el aire... Rodea, que no te vean los civiles... A Resende, á avisar al señorito que allá va la guardia para registrar el Pazo. Que entierren las armas, que escondan la pólvora y los cartuchos... Mi marido, que ataje por la lllosa y que se venga á casa en seguida. ¿Aún no montaste?

Inmóvil, arrugando el entrecejo, ras-cándose la oreja por junto á la sien, clavando en tierra la vista, Amaro no daba

más señales de menearse que si fuese hecho de piedra.

—A ver... contesta... ¿Qué embuchado traes, Amaro? ¿Tú hablas ó no hablas, ó me largo yo á Resende en persona?

Amaro no alzó los ojos, ni hizo más movimiento que subir la mano de la sien á la frente, revolviendo las guedejas. Pero entreabrió los labios y, dando primero un suspiro, tartamudeó con obscura voz y pronunciación dificultosa:

—Si es por avisar á los señoritos de Resende, un suponer, bueno; voy, que pronto se llega... Si es por el señorito de casa, un suponer, señora mi ama, será excusado... El señorito no va en Resende.

—¿Que no está en Resende mi marido?

—No, señora ama, con perdón. En Resende, no, señora.

—¿Pues dónde está?

—Estar... Estar, estará donde va cuantos días Dios echa al mundo.

La Mayorazga se tambaleó en su galápago, soltando las riendas de la yegua, que resopló sorprendida y deseosa de correr.

—¿A dónde va todos los días?

—Todos los días.

—Pero, ¿á dónde? ¿A dónde? Si no lo vomitas pronto, más te valiera no haber nacido.

—Señora ama...— Amaro hablaba precipitadamente, á borbotones, como sale el agua de una botella puesta boca abajo.— Señora ama... el señorito... En los Carballos... quiere decir... hay una costurera bonita que iba á coser al Pazo de Resende... ya no va nunca... el señorito le da dinero... son ella y una tía carnal, que viven juntas... andan ella y el señorito por el monte á las veces... en la feria de la Illosa, el señorito le mercó unos aretes de oro... la trae muy maja... La llaman *la flor de la maravilla*, porque cuando se pone á morir, y cuando aparece sana y buena, cantando y bailando... Estará loca, un suponer...

Oía la Mayorazga sin pestañear. La palidez daba á su cutis moreno tonos arcillosos. Maquinalmente recogió las riendas y halagó el cuello de la jaca, mientras



se mordía el labio inferior como las personas que aguantan y reprimen algún dolor muy vivo. Por último, articuló sorda y tranquilamente:

—Amaro, no mientas.

—Señora ama, tan cierto como que nos hemos de morir. Aún permita Dios que venga un rayo y me parta si cuento una cosa por otra.

—Bueno, basta. El señorito avisó que hoy dormiría en Resende. ¿Se quedará de noche con... esa?

Amaro dijo *que sí*, con una mirada oblicua, y la Mayorazga meditó contados instantes. Su natural resuelto abrevió aquel momento de indecisión y lucha.

—Oye. Tú te largas á Resende á avisar, volando; has de llegar con tiempo para que escondan las armas. Del señorito no dices allí... ni esto. Vuelves, y me encuentras, una hora antes de romper el día, junto al soto de los Carballos, como se va á la fuente del Raposo. Anda ya.

Amaro silbó á su jaco, sacó del bolsillo la navaja de picar tagarninas, y, azuzán-

dole suavemente con ella, salió á galope. Mucho antes que los civiles llegó á Resende, y el sargento Piñeiro tuvo el gusto de no hallar otras armas en el Pazo sino un asador en la cocina y las escopetas de caza de los señoritos, en la sala, arrimadas á un rincón. Aún no se oían en el bosque esos primeros susurros de follaje y píos de pájaros que anuncian la proximidad del amanecer, cuando Amaro se unía en los Carballos con su ama, ocultándose al punto los dos tras un grupo de robles, á cuyos troncos ataron las cabalgaduras.

En silencio esperarían cosa de hora y media. La luz blanquecina del alba se derramaba por el paisaje, y el sol empezaba á desgarrar el toldo de niebla del río, cuando dos figuras humanas, un hombre joven y apuesto y una mocita esbelta, reidora, fresca como la madrugada y sonolienta todavía, se despidieron tiernamente á poca distancia del robledal. El hombre, que llevaba del diestro un caballo, lo montó y salió al trote largo, como quien tiene prisa. La muchacha, después

de seguirle con los ojos, se despezó y se tocó un pañuelo azul, pues estaba en cabello, con dos largas trenzas colgantes. Por aquellas trenzas la agarró Amaro, tapándola la boca con el pañuelo mismo, mientras decía en voz amenazadora:

—Si chistas, te mato. Aquí llegó la hora de tu muerte.

Subieron algún tiempo monte arriba; la Mayorazga delante, detrás Amaro, sofocando los chillidos de la muchacha y sujetándola los brazos. A la verdad, la costurerita hacía débil, aunque rabiosa resistencia; su cuerpecillo gentil, pero endeble, no le pesaba nada á Amaro, y únicamente la apretaba las quijadas para que no mordiese y las muñecas para que no arañase. Iba lívida como una difunta, y así que se vió bastante lejos de su casa, entre las carrascas del monte, paró de retorcerse y empezó á implorar misericordia.

Habrían andado cosa de un cuarto de legua, y se encontraban en una loma desierta y bravía, limitada por negros pe-

fiascales, á cuyos piés rodaba mudamente el Sil. Entonces la Mayorazga se volvió, se detuvo y contempló á su rival un instante. La costurera tenía una de esas caritas finas y menudas que los aldeanos llaman *caras de Virgen*, y parecen modeladas en cera; á la sazón mucho más, á causa de su extrema palidez. No obstante, al caer sobre ella la mirada de la ofendida esposa, los nervios de la muchacha se crisparon y sus pupilas destellaron una chispa de odio triunfante, como si dijese:—“Puedes matarme, pero hace media hora tu marido descansaba en mis brazos.”—Con aquella chispa sombría se confundió un reflejo de oro, un fulgor que el sol naciente arrancó de la oreja menudita y nacarada: eran los pendientes, obsequio de Camilo Balboa. La Mayorazga preguntó en voz ronca y grave:

—¿Fué mi marido quien te regaló esos aretes?

—Sí—respondieron los ojos de vrbora.

—Pues yo te corto las orejas—sentenció la Mayorazga, extendiendo la mano.

Y Amaro, que no era manco ni sordo, sacó su navajilla corta, la abrió con los dientes, la esgrimió... Oyóse un aullido largo, pavoroso, de agonía.

—¿La tiro al Sil?—preguntó el hermano de leche, levantando en brazos á la víctima, desmayada y cubierta de sangre.

—No. Déjala ahí ya. Vamos pronto á donde quedaron las caballerías.

—Si mi potro acierta á soltarse y se arrima á la yegua... la hicimos, señora ama.

Y bajaron por el monte, sin volver la vista atrás.

.....  
.....

De la costurera bonita se sabe que no apareció nunca en público sin llevar el pañuelo muy llegado á la cara. De Camilo Balboa, que no le jugó más picardías á su mujer, ó si se las jugó supo disimularlas hábilmente. Y de la partida aquella que se preparaba en Resende, que sus hazañas no pasaron á la historia.

—S. K. 62—



# CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

## III

**H**ACE V. mal, mi apreciado neófito, en impacientarse porque transcurrió el mes pasado sin carta mía. De la forzada interrupción de esta correspondencia toma V. pié para llamarme, en cierto modo, soberbia y desvaneada, diciéndome en frases que bajo capa de modestia encubren cierta quisquillosidad exigente, que "siente V. no ser una eminencia de las letras, del arte ó de la política, para tener el derecho de exigirme mayor puntualidad".

Sin saberlo me ha dado V. pié y asunto para esta carta, que pensaba dedicar á señalarle á V. cuál debe ser, en mi opi-

nión, su línea de conducta con el público, pero que consagraré á otra cuestión muy interesante al ejercicio de la profesión literaria —el valor del tiempo y cómo debe el literato defender de importunos y entremetidos este tesoro.—Y si V. se da por aludido, peor para V., porque no interpreta bien mis palabras.

Quien haga aplicaciones,  
con su pan se lo coma.

El día natural ¡oh mi desconocido amigo! tiene veinticuatro horas, y la vida del hombre es, por término medio y sacando número premiado, de sesenta á sesenta y cinco años. De estos sesenta y cinco descartemos los de lactancia, niñez, primera educación, ebullición juvenil y asimismo los de la decadencia, enfermedades y cercanía de la muerte. Calculemos veinte para lo primero (ya ve V. que no me excedo, pues fijo la mayor edad del aspirante á literato en veintiuno), y para lo segundo, cinco (tampoco es gran concesión). Quedan cuarenta años de verdadero apren-

dizaje y ejercicio de la profesión literaria. Pero como todo literato es hombre... ¡ó mujer! espero que me concederá V. que en esos cuarenta años puede enamorarse, casarse, tener hijos, verlos enfermos, perderlos, sufrir otras desgracias de familia, reveses de fortuna, quebrantos en la salud, etc., etc. Descontemos, pues, para este presupuesto de imprevistos, bien poco: seis años. Quedan treinta y cuatro. Si suponemos que el literato sale al mundo con el problema económico ya resuelto, entonces no necesitará buscarse, aparte de las letras, el pan de cada día; pero si tiene que componer, según la donosa frase de Ramón Correa, dos novelas diarias, una corta y otra un poco más larga, que se llaman almuerzo y comida, ¿qué menos ha de invertir en la composición de las susodichas novelas que cuatro años de su vida mortal? Y si no necesita dedicarse á esas novelas pedestres del *pot au feu*, es lo mismo, ó es peor, porque la vida social reclama de las personas de posición desahogada mayor sacrificio y de-



rroche de tiempo, y el paseo, el teatro, los convites, los huéspedes, los obsequios recibidos y devueltos, la charla, la higiene, el veraneo, las aguas minerales ó los baños de mar, los viajes de recreo, el sastre, el mueblista... la innumerable caterva de ocupaciones que lleva consigo nuestro complicado vivir actual, robarán al rico más de los cuatro años que otorgo á las trazas del necesitado para remediar su escasez.

Tenemos treinta años. De estos descartemos diez... para dormir. No se ría V.: para dormir: porque el sueño, como nadie ignora, nos sorbe la tercera parte de la vida. Si al sueño acompaña el insomnio, resultado tan frecuente de los trabajos intelectuales y de las penas del alma... entonces bien se puede decir que en la cama transcurre la mitad del vivir humano.—En fin, pongamos que sólo sean diez años de los treinta los perdidos en dar descanso á la mecánica cerebral, y después de todas las cuentas galanas que hemos echado, quedan veinte años á dis-

posición del literato para invertirlos en las cuatro friolerillas siguientes: *leer lo que ha de leer, estudiar lo que ha de estudiar, pensar lo que ha de pensar, y escribir lo que ha de escribir.* ¿Le parece á V. si le vendrán anchos los veinte añitos que mi increíble prodigalidad le otorga?

Pues sobre esos veinte añitos; sobre ese capital único que puede beneficiar el escritor, es sobre lo que giran en descubierto los ociosos y los impertinentes, empeñados en llevarle á la bancarrota. Desde que un escritor logra cierta notoriedad, diariamente y so color de homenaje, ó de ataque, ó de solicitud de protección, ó de consulta, ó de... en fin, ¡de cualquier cosa! ve atacado su tesoro, roído su tiempo, liquidado su haber.—Permitame V. que cite cosas que me suceden á mí misma, pues nada conozco mejor (y es natural) que mi propia historia.

A mí me escriben para que fomente todo lo fomentable y mueva todo lo movable; quieren que yo impulse más que la hélice de un trasatlántico. A mí me

proponen asociaciones, ligas, obras benéficas y maléficas, empresas dignas de Jerónimo Paturot; y entre las dos mil ó dos mil quinientas cartas que por término medio recibo al año, si las hay ingeniosas, bonitas, halagüeñas, oportunas y consoladoras, también las hay dignas de pasar á la estantería de un archivo de curiosidades psiquiátricas, y quedar allí para estudio de las generaciones venideras. Yo no sé si tengo ó no tengo fama de talento, ó si muchas personas juzgan que soy un adoquín que sin permiso del entendimiento escribe por obra y gracia de Dios; y me inclino á creer que, en efecto, gozo más fama de boba que de discreta, porque llueven en mi buzón cartas intentando darme el tan acreditado *timo del entierro*, y hablándome de tesoros ocultos entre peñas y riscos, tesoros que irán á desenterrar dos hombres de buena voluntad si yo les adelanto la friolera de quinientas pesetillas para el viaje...

No entremos en el capítulo de los anó-

nimos, que sería cuento de nunca acabar. Los recibo muy corteses y hasta entusiastas; naturalmente viene mezclado con ellos el fétido barro del arroyo, que los mentecatos me lanzan sin más compensación del gasto del franqueo que mi acostumbrado encogimiento de hombros cuando, muchas veces sin abrir la carta, la echo al cajón... Amenazas y consejos; groserías soeces y delicadas flores; prosa y verso; papel satinado, oliendo á lirio, y estraza manchada con borronazos y cruzada de palotes...; de todo hay en mi colección de anónimos. Y vienen algunos en cifra, otros en idiomas extranjeros, otros ilustrados con viñetas y jeroglíficos, otros en plieguecillos timbrados, desde el timbre modesto de una margarita, hasta el heráldico más empingorotado y reluciente...

Flor de cantueso son, no obstante, los anónimos, al lado de las recomendaciones, con las cuales, si yo tuviese el donaire de Luceño, haría un sainete mucho más nutrido de datos que el suyo. Pare

V. aquí la consideración, porque la cosa lo merece. Dicen que tengo *influencia*, y más me valiera que dijesen que tengo tifus ó sarampión ó algún otro mal pegadizo. A bien que lo del mal podría ser cierto, y lo de la influencia no, ni ese es el camino. ¿Y á santo de qué había yo de tener influencia? ¿Acaso los trabajos literarios, la poca nombradía que una pluma puede conquistar, las simpatías que, revueltas con sus correspondientes antipatías, encuentra á veces el escritor en su camino social, como en los senderos del campo hallamos juntos el cardo y la madre selva, suponen eso que en el lenguaje corriente llaman *influencia*, y que en nuestra sociedad no usufructúan y gozan sino los hombres políticos? ¿Qué rayo de influencia (séame permitido expresarme con tal energía, porque la cosa va tomando proporciones bufas) va á tener una escritora y una dama, que ni es esposa, ni hermana, ni prima, ni amiga estrecha de ningún personaje, para dar destinos, repartir curatos y canonjías, enderezar pleitos, mufir tribunales de

oposiciones, trasladar oficiales, sacar ánimas de presidio y hasta crear nuevas corporaciones, con su plantilla de funcionarios retribuidos por el Estado, como ya se ha pretendido que hiciese? (No lo dude V.; es auténtico: guardo los documentos en mi archivo.)

Si algún servicio puede esperar de un escritor la patria, no es ciertamente el de que se convierta en *factotum*, agente y correveidile, ni que pase su vida escribiendo, en vez de libros, volantes, billetes y protocolos para recibir en contestación B. L. M. de ministros y subsecretarios, con la fórmula oficial "se hará lo que se pueda.". No: yo siento, y V. debe sentir, que no es tal la *misión* del escritor, ni tal el género de consuelo, favor y beneficio que de él han de esperar los que le leen y hacen profesión pública de admirarle. Por poquísimo que un escritor valga, ha de valer más que para andar importunando á los ministros, á fin de „sacar„ una plaza de meritorio... plaza que le será negada, porque ¡para dar plazas

nión, su línea de conducta con el público, pero que consagraré á otra cuestión muy interesante al ejercicio de la profesión literaria—el valor del tiempo y cómo debe el literato defender de importunos y entremetidos este tesoro.—Y si V. se da por aludido, peor para V., porque no interpreta bien mis palabras.

Quien haga aplicaciones,  
con su pan se lo coma.

El día natural ¡oh mi desconocido amigo! tiene veinticuatro horas, y la vida del hombre es, por término medio y sacando número premiado, de sesenta á sesenta y cinco años. De estos sesenta y cinco descartemos los de lactancia, niñez, primera educación, ebullición juvenil y asimismo los de la decadencia, enfermedades y cercanía de la muerte. Calculemos veinte para lo primero (ya ve V. que no me excedo, pues fijo la mayor edad del aspirante á literato en veintiuno), y para lo segundo, cinco (tampoco es gran concesión). Quedan cuarenta años de verdadero apren-

dizaje y ejercicio de la profesión literaria. Pero como todo literato es hombre... ¡ó mujer! espero que me concederá V. que en esos cuarenta años puede enamorarse, casarse, tener hijos, verlos enfermos, perderlos, sufrir otras desgracias de familia, reveses de fortuna, quebrantos en la salud, etc., etc. Descontemos, pues, para este presupuesto de imprevistos, bien poco: seis años. Quedan treinta y cuatro. Si suponemos que el literato sale al mundo con el problema económico ya resuelto, entonces no necesitará buscarse, aparte de las letras, el pan de cada día; pero si tiene que componer, según la donosa frase de Ramón Correa, dos novelas diarias, una corta y otra un poco más larga, que se llaman almuerzo y comida, ¿qué menos ha de invertir en la composición de las susodichas novelas que cuatro añitos de su vida mortal? Y si no necesita dedicarse á esas novelas pedestres del *pot au feu*, es lo mismo, ó es peor, porque la vida social reclama de las personas de posición desahogada mayor sacrificio y de-



roche dé tiempo, y el paseo, el teatro, los convites, los huéspedes, los obsequios recibidos y devueltos, la charla, la higiene, el veraneo, las aguas minerales ó los baños de mar, los viajes de recreo, el sastre, el mueblista... la innumerable caterva de ocupaciones que lleva consigo nuestro complicado vivir actual, robarán al rico más de los cuatro años que otorgó á las trazas del necesitado para remediar su escasez.

Tenemos treinta años. De estos descartamos diez... para dormir. No se ría V.: para dormir: porque el sueño, como nadie ignora, nos sorbe la tercera parte de la vida. Si al sueño acompaña el insomnio, resultado tan frecuente de los trabajos intelectuales y de las penas del alma... entonces bien se puede decir que en la cama transcurre la mitad del vivir humano.—En fin, pongamos que sólo sean diez años de los treinta los perdidos en dar descanso á la mecánica cerebral, y después de todas las cuentas galanas que hemos echado, quedan veinte años á dis-

posición del literato para invertirlos en las cuatro friolerillas siguientes: *leer lo que ha de leer, estudiar lo que ha de estudiar, pensar lo que ha de pensar, y escribir lo que ha de escribir.* ¿Le parece á V. si le vendrán anchos los veinte añitos que mi increíble prodigalidad le otorga?

Pues sobre esos veinte añitos; sobre ese capital único que puede beneficiar el escritor, es sobre lo que giran en descubierta los ociosos y los impertinentes, empeñados en llevarle á la bancarrota. Desde que un escritor logra cierta notoriedad, diariamente y so color de homenaje, ó de ataque, ó de solicitud de protección, ó de consulta, ó de... en fin, ¡de cualquier cosa! ve atacado su tesoro, roldo su tiempo, liquidado su haber.—Permitame V. que cite cosas que me suceden á mí misma, pues nada conozco mejor (y es natural) que mi propia historia.

A mí me escriben para que fomente todo lo fomentable y mueva todo lo movable; quieren que yo impulse más que la hélice de un trasatlántico. A mí me

proponen asociaciones, ligas, obras benéficas y malélicas, empresas dignas de Jerónimo Paturot; y entre las dos mil ó dos mil quinientas cartas que por término medio recibo al año, si las hay ingeniosas, bonitas, halagüeñas, oportunas y consoladoras, también las hay dignas de pasar á la estantería de un archivo de curiosidades psiquiátricas, y quedar allí para estudio de las generaciones venideras. Yo no sé si tengo ó no tengo fama de talento, ó si muchas personas juzgan que soy un adoquín que sin permiso del entendimiento escribe por obra y gracia de Dios; y me inclino á creer que, en efecto, gozo más fama de boba que de discreta, porque llueven en mi buzón cartas intentando darme el tan acreditado *timo del entierro*, y hablándome de tesoros ocultos entre peñas y riscos, tesoros que irán á desenterrar dos hombres de buena voluntad si yo les adelanto la friolera de quinientas pesetillas para el viaje...

No entremos en el capítulo de los anó-

nimos, que sería cuento de nunca acabar. Los recibo muy corteses y hasta entusiasmados; naturalmente viene mezclado con ellos el fétido barro del arroyo, que los mentecatos me lanzan sin más compensación del gasto del franqueo que mi acostumbrado encogimiento de hombros cuando, muchas veces sin abrir la carta, la echo al cajón... Amenazas y consejos; groserías soeces y delicadas flores; prosa y verso; papel satinado, oliendo á lirio, y estraza manchada con borronazos y cruzada de palotes...; de todo hay en mi colección de anónimos. Y vienen algunos en cifra, otros en idiomas extranjeros, otros ilustrados con viñetas y jeroglíficos, otros en plieguecillos timbrados, desde el timbre modesto de una margarita, hasta el heráldico más empingorotado y reluciente...

Flor de cantueso son, no obstante, los anónimos, al lado de las recomendaciones, con las cuales, si yo tuviese el donaire de Luceño, haría un sainete mucho más nutrido de datos que el suyo. Pare

V. aquí la consideración, porque la cosa lo merece. Dicen que tengo *influencia*, y más me valiera que dijese que tengo tifus ó sarampión ó algún otro mal pegadizo. A bien que lo del mal podría ser cierto, y lo de la influencia no, ni ese es el camino. ¿Y á santo de qué había yo de tener influencia? ¿Acaso los trabajos literarios, la poca nombradía que una pluma puede conquistar, las simpatías que, revueltas con sus correspondientes antipatías, encuentra á veces el escritor en su camino social, como en los senderos del campo hallamos juntos el cardo y la madre selva, suponen eso que en el lenguaje corriente llaman *influencia*, y que en nuestra sociedad no usufructúan y gozan sino los hombres políticos? ¿Qué rayo de influencia (séame permitido expresarme con tal energía, porque la cosa va tomando proporciones bufas) va á tener una escritora y una dama, que ni es esposa, ni hermana, ni prima, ni amiga estrecha de ningún personaje, para dar destinos, repartir curatos y canonjías, enderezar pleitos, muñir tribunales de

oposiciones, trasladar oficiales, sacar ánimas de presidio y hasta crear nuevas corporaciones, con su plantilla de funcionarios retribuidos por el Estado, como ya se ha pretendido que hiciese? (No lo dude V.; es auténtico: guardo los documentos en mi archivo.)

Si algún servicio puede esperar de un escritor la patria, no es ciertamente el de que se convierta en *factotum*, agente y correveidile, ni que pase su vida escribiendo, en vez de libros, volantes, billetes y protocolos para recibir en contestación B. L. M. de ministros y subsecretarios, con la fórmula oficial "se hará lo que se pueda.". No: yo siento, y V. debe sentir, que no es tal la *misión* del escritor, ni tal el género de consuelo, favor y beneficio que de él han de esperar los que le leen y hacen profesión pública de admirarle. Por poquísimos que un escritor valga, ha de valer más que para andar importunando á los ministros, á fin de „sacar“ una plaza de meritorio... plaza que le será negada, porque ¡para dar plazas

á ruegos de escritores y sobre todo de escritoras está el tiempo! ¡Qué dirían los caciques, qué las naciones extranjeras!

Yo entiendo que todo esto procede de la falta de iniciativa práctica y el exceso de imaginación que padecen nuestros compatriotas en general. Incapaces de aprovechar los recursos que tienen á su alcance, de crearse su propio destino, sueñan con la intervención del *Deus ex machina*, del milagro, de la fantasía. El milagro, soy yo; yo, el ser misterioso á cuya voz van á allanarse las dificultades, y á virar en redondo la suerte de un individuo ó de dos, ó de ciento. Y todo ¿por qué? Porque he escrito un libro, ó un artículo; porque en literatura se conoce mi nombre; porque el ministro X. ó Z. me deja una tarjeta ó asiste á mi casa una noche de sarao. Siempre el romanticismo, la novela (género Alejandro Dumas ó Ponson du Terrail), en que llega á la corte un hidalgo lógascon, y á la media hora, ó al minuto, por la pícara casualidad de haberse tropezado con la duquesa de Chevreuse,

que va enmascarada, al toque del *cube fuego*, y haberle ella dado dos letritas ó un anillo para la reina, cáttatelo ya metido en la corte, y capitán de guardias, y general, y hasta príncipe...

Crea V. que se impone un estudio serio sobre este fenómeno psicológico tan fácil de observar en España, ó sea la maravillosidad en las recomendaciones. Epístolas recibo yo que son, en ese respecto, documentos inestimables. "Con una carta de V., sólo con una carta, tienen pan mis ocho hijos. ¡Piedad, señora! En V. nada más espera una afligida familia." "Diez renglones de esa mano, y mía es la administración de estancadas de Navalbollo." "Sólo con que vea V. al ilustrísimo señor Obispo, al ministro de Gracia y Justicia, al Provisor, al Nuncio, á S. A. la Infanta y á S. M. la Regente, y les hable al alma, ya me veo disfrutando mi canonjía de Orbajosa." "Bien sé que si V. lo toma con empeño, nada puede negarle el Presidente del Consejo de Ministros. No sirve la modestia: dicho por



V., hecho por él. ¡No faltaba más! ¡Demasiado sabemos los quilates de su *influencia*, y lo imposible de que á V. se le niegue lo que solicite con algún calor! De V. pende mi suerte y mi colocación; porque si tuviesen la desfachatez de no querer atenderla, con la relación de mi historia y servicios que va adjunta haría V. para *El Imparcial* un artículo que levante ampolla, y ya se tentarán la ropa antes de ponerla á V. en el caso de amotinar la opinión pública. „ *Mutatis mutandis*, así me escriben, y aún peor, sólo que debo respetar el secreto de la correspondencia y no indico todo, ni siquiera la mitad. ¡Sería un poema!

En suma, de lo que tratamos aquí es de la cuestión de tiempo disponible. ¿Cree V. que no lo roban estas triquiñuelas? Pues sí lo roban, porque no siempre se les puede dar carpetazo, y algunas veces hasta el ánimo se mueve é interesa, ó por compasión, ó por amistad, ó por el natural deseo de hacer bien, complacer y servir al prójimo que sentimos

los que no tenemos mala entraña. La maravillosidad ajena estimula la poca que reside en nuestro espíritu: esperamos coger de buen humor al alto personaje, y con sincerísima voluntad le buscamos, le citamos, le escribimos... Cualquiera que sea el fruto (esto de fruto es figura retórica) de nuestro empeño, el resultado positivo es que hemos invertido tiempo, y en ese tiempo podríamos estudiar, escribir... ó soñar en dulce pereza, lo cual vale más todavía.

Porque sepa V. ¡oh necito! que he omitido en el presupuesto de tiempo ese importantísimo renglón de la holganza, y ganas me entran de decir que ninguno tan indispensable para el artista. Hay que dedicar todos los años, todos los meses y aun todos los días, algo al descanso y al recreo del cuerpo, al ensueño apacible, plácido, hasta trivial; hay que ir de tiendas, ó coger flores, ó cuidarlas y arreglarlas en un jarrón, ó pasear, ó beber aire, ó irse de excursión, ó comer fresa; en fin, hay que hacer mil tonterías, cosas

sin ninguna significación intelectual, cosas sencillas y buenas como las que hace cualquier burgués, porque las impone la necesidad de ejercicio y las pide el equilibrio mental: ellas restituyen al literato la elasticidad perdida y dan nuevo tono á la fibra relajada. Si nos quitan esta superfluidad, esas horas en que ningún cuidado, ninguna preocupación deben tener acceso; si no defendemos ese bien tan real y positivo de gozar lo que Aristóteles llamó el bien supremo, el vagar, el ocio, somos perdidos: el torbellino nos arrastra, la hora no nos pertenece, y vamos como una arista de paja á consumirnos estérilmente, ó, como la hoja seca, á danzar según el viento que sople... Si algún día llega V. á ser *célebre* (¡poco significa aquí esta palabra!) resista V., acórácese, defienda su pereza... Ella es la madre del trabajo.

Respete V. el mío, aunque nada vale, y conténtese con que le escriba, no cuando *pueda*, sino cuando me plazca...





## STUART MILL <sup>1</sup>

---

**H**ALLÁBAME en Oxford el año pasado mientras celebraba sus sesiones la *Asociación británica para el adelanto de la cultura*, y entre los contados estudiantes que aún quedaban, topé con un inglés, hombre de buen entendimiento, de esos á quienes se les habla sin ambages. Llevóme por la tarde al nuevo Musco, henchido de ejemplares curiosos; allí se dan series de lecciones, se prueban nuevos aparatos; las señoras asisten y se interesan por los experimentos, y el último día, llenas de entusiasmo, cantaron el *God save the queen*. Admiraba yo aquel celo, aquella solidez mental, aquella organización científica, aquellas suscripciones voluntarias, aquella aptitud para la

<sup>1</sup> Prólogo al tomo II de la Biblioteca de la Mujer.—*La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill.—próximo á ver la luz.

asociación y el trabajo, aquel vasto mecanismo que tantos brazos impulsan, tan adecuado para acumular, contrastar y clasificar los hechos. Y, sin embargo, en medio de la abundancia noté un vacío: al leer las reseñas y actas, parecieronme las de un congreso fabril; ¡tantos sabios reunidos sólo para verificar detalles y trocar fórmulas! Creía yo escuchar á dos gerentes que discuten el curtido de la suela ó el tinte del algodón: faltaban las ideas generales...

„Quejéme de esto á mi amigo el inglés, y, á la luz de la lámpara, en medio del alto silencio nocturno que envolvía á la ciudad universitaria, los dos investigábamos la razón del fenómeno.

„Un día me atreví á proferir: — Es que carecen Vds. de filosofía, es decir, de lo que llaman metafísica los alemanes. Tienen Vds. sabios, pero no tienen Vds. pensadores. El Dios de los protestantes es una rémora: causa suprema, por respeto á él nadie razona sobre las causas. Nunca un monarca consintió que se examinasen

sus títulos para reinar. Vds. poseen un Dios-monarca útil, moral y conveniente; le profesan Vds. cordial afecto; temen Vds., si le tocan, debelar la moral y la Constitución. Por eso abaten Vds. el vuelo y se reducen á las cuestiones de hecho, á disecciones al por menor, á trabajos de laboratorio. Herborizan y cogen conchas. La ciencia está decapitada; pero ¿qué importa? la vida práctica sale ganando, y el dogma queda incólume.

— « Ahí verá V. — contestó pausadamente mi amigo—lo que son los franceses. Sobre un hecho forjan una teoría general. Aguárdese V. veinte años, y encontrará en Londres las ideas de París y de Berlín.—Bueno, las de París y de Berlín; ¿pero qué tienen Vds. en pensamiento original?—Tenemos á Stuart Mill.—¿Y quien es Stuart Mill?—Un político. Su opúsculo *De la libertad* es tan excelente, como detestable el *Contrato Social* de su Rousseau de Vds.—Son palabras mayores.—Pues no exagero: Mill saca triunfante la independencia del individuo, mien-

tras Rousseau implanta el despotismo del Estado.—En todo eso no veo al filósofo; ¿qué más ha hecho el tal Stuart Mill? —Eleva á la economía política á la mayor altura de la ciencia, y subordina la producción al hombre, en vez de subordina el hombre á la producción.—El filósofo no ha salido todavía. ¿Que más, qué más?—Stuart Mill es un lógico profundo.—¿De qué escuela?—De la suya. Ya he dicho á V. que era original.—¿Hegeliano?—¡Quiá! Es hombre de datos y pruebas.—¿Sigue á Port Royal?—Menos: como que domina las ciencias modernas.—¿Imita á Condillac?—No señor. En Condillac sólo se aprende á escribir bien.—Entonces, ¿cuáles son sus númenes?—En primer lugar Locke y Comte, después Hume y Newton.—¿Es un sistemático, un reformador especulativo?—Le sobran para serlo cien arrobas de talento. Camina paso á paso y sentando la planta en tierra. Sobresale en precisar una idea, en desentrañar un principio, comprobarlo al través de la complejidad de los casos, re-

futar, argüir, distinguir. Tiene la sutileza, la paciencia, el método y la sagacidad de un leguleyo.—Bueno, pues está V. dándome la razón: leguleyo; es decir, pariente de Locke, de Newton, de Comte y de Hume... filosofía inglesa. ¿No ha tenido una idea de conjunto?—Sí.—¿Una idea propia, completa, sobre la naturaleza y el espíritu?—Sí, y lo voy á demostrar.»

Al frente de este prólogo he querido intercalar el fragmento de la famosa *Historia de la literatura inglesa*, de Taine, fragmento que forma parte del larguísimo estudio consagrado á Stuart Mill en el tomo de *Los Contemporáneos*. Porque tan expresivo trozo me ahorra todo panegírico del autor de *La Esclavitud femenina*, y contiene el más alto encomio que hacerse puede del escritor y el pensador. Ante el espectáculo majestuoso de la próspera nación inglesa, que señorea los mares y lleva á los últimos confines orientales y occidentales del mundo la energía de su raza y la expansión de su comercio; ante las riquezas



del emporio londonense y la activísima y bullidora vida fabril de Manchester y Liverpool; ante el poderío, la ciencia, el orgullo, el dominio, la atlética constitución de esos tres reinos que van al frente de la civilización de Europa, Taine echa de menos *una cabeza...* un pensamiento humano, un vuelo de águila, un rayo de luz intelectual... y esa cabeza es la de Stuart Mill, y ese rayo de luz brota de su pluma.

Ni es Taine el único que tan eminente papel reconoce á Stuart Mill. Odysse Barrot, en su *Historia de la literatura contemporánea de Inglaterra*, le consagra estas frases: "John Stuart Mill es el piloto intelectual de nuestro siglo, el hombre que contribuyó, más que otro alguno de esta generación, á marcar rumbo al pensamiento de sus contemporáneos. Quizá no ha inventado nada, no ha creado sistema alguno, y la mayor parte de sus ideas fundamentales se derivan de sus predecesores; pero lo ha transformado todo, y ha cambiado la dirección de la gigantesca nao del humano espíritu." Aun cuando la

---

importancia del autor del *Sistema de lógica deductiva é inductiva* es uno de esos datos de cultura general ya indiscutibles, no está de más el recordarlo en el momento presente, cuando ofrezco á los lectores españoles la versión de la obra tal vez más atrevida é innovadora de Stuart Mill, ó sea el *Tratado de la esclavitud femenina*.

Juan Stuart Mill nació en Londres el 20 de Mayo de 1806, siendo su padre Jacobo Mill, historiador de las Indias y autor del *Análisis del entendimiento*. La ley de transmisión hereditaria, que Juan Stuart Mill había de comprobar y fundar con gran aparato de razones, tuvo en él patente demostración: fué un pensador hijo de otro pensador profundo, y original, aunque incluido entre los discípulos de Bentham. La educación de Stuart Mill, tal cual la refiere en sus *Memorias*, se debió á aquel padre ilustre, más bien que á pedagogos y catedráticos. Cuando el chico sólo tenía seis años de edad, escribía su padre á Bentham: "Haremos de él

nuestro digno sucesor. „ Juan fué el alumno predilecto de Bentham y de Say; mamó por decirlo así, con la leche, la economía política. Serio, práctico, resuelto á ganarse con su trabajo la vida, aceptó un empleo en la Compañía de las Indias, y en el puesto permaneció treinta y cinco años. Antes de ir á la oficina dedicábase al estudio, y aprendía lenguas vivas y muertas, filosofía, administración; en verano, sus apacibles aficiones le acercaban más á la naturaleza; excursionaba á pié, como buen inglés, y recogía plantas y hierbas, y hacía experimental su conocimiento de la geología y la mineralogía, porque Stuart Mill no comprendió nunca á los sabios de gabinete. Al mismo tiempo fundaba una asociación filosófica, que se reunía en casa de Grote, el futuro historiador de Grecia, y colaboraba en varias publicaciones, y se estrenaba en debatir los problemas económicos, con un *Ensayo sobre los bienes de la Iglesia y las Corporaciones*. Poco después algunos artículos su-

yos sobre Armando Carrel, Alfredo de Vigny, Bentham, Coleridge y Tennyson, cuya gloria fué el primero á vaticinar, le ganaron lucido puesto entre los criticos, y otros titulados el *Espíritu del siglo* hicieron exclamar á Carlyle, que vivía solitario en Escocia: "Aquí asoma un místico nuevo." Llega después la era de los grandes trabajos: en 1843 publica el *Sistema de lógica*, y en 1848, los *Principios de economía política*; en 1858, el *Ensayo sobre la libertad*; en 1861, las *Consideraciones sobre el Gobierno representativo*; en 1863, el *Utilitarismo*; en 1865, el estudio sobre el *Positivismo y Augusto Comte*, y después el estudio sobre *La filosofía de Hamilton*, y, por último, en 1869, *La Esclavitud femenina*, corona de su vida y de su labor filosófica, porque las interesantísimas *Memorias* son obra póstuma: no aparecieron hasta 1873, seis meses después del fallecimiento de Stuart Mill.

Hasta aquí la biografía externa del filósofo, tal cual la refieren los historiadores

literarios. La biografía interior es aún más fecunda en enseñanzas, más viva, más interesante para el que guste de estudiar los repliegues del corazón, y sobre todo, se relaciona íntimamente con *La Esclavitud femenina*. El mismo Stuart Mill la deja esbozada á grandes rasgos en sus *Memorias*, con esa decencia, moderación y dignidad que es nota característica de su estilo y honor de su elevado espíritu. Tratemos de imitar su ejemplo, y ojalá lo que escribimos con sentimientos tan respetuosos sea leído con los mismos por las gentes de buen sentido moral y recta intención.

Contaba Stuart Mill veinticinco años, cuando—son sus palabras—formó el amistoso lazo que fué decoro y dicha mayor de su existencia, al par que origen de sus más escogidos pensamientos y de cuanto emprendió para mejorar las condiciones de la humanidad. "En 1830—añade—es cuando fui presentado á la mujer que después de ser veinte años mi amiga, consintió al fin en ser mi esposa. — No demos

aquí al dulce nombre de *amiga* el sentido más que profano que tiene en nuestra habla castiza; entendámoslo sin reticencia, porque la obligación general de pensar caritativa y limpiamente, sube de punto al tratarse de dos seres humanos de tan alta calidad moral como Stuart Mill y la señora de Taylor. He aquí cómo pinta á esta señora el gran filósofo: "Desde luego parecióme la señora de Taylor la persona más digna de admiración que he conocido nunca. Ciertamente no era todavía la mujer superior que llegó á ser más adelante, y añadiré que nadie, á la edad que ella tenía entonces, cuando por primera vez la vi, puede alcanzar tanta elevación de espíritu. Diríase que por ley de su propia naturaleza fué progresando después, en virtud de una especie de necesidad orgánica que la impulsaba al progreso, y de una tendencia propia de su entendimiento, que no podía observar ni sentir cosa que no fuese ocasión de aproximarse al ideal de la sabiduría. Ello es que, cuando la conocí, su

rica y vigorosa naturaleza no tenía otro desarrollo sino el habitual del tipo femenino. Para el mundo, era la mujer linda y graciosa, adornada con sorprendente y natural distinción. Para sus amigos, ya aparecía revestida de sentimiento intenso y profundo, de rápida y sagaz inteligencia, de ensoñadora y poética fantasía. Habíase casado muy niña con un hombre leal, excelente y respetado, de opiniones liberales y buena educación; y si bien no tenía las aficiones intelectuales y artísticas de su mujer, encontró en él un tierno y firme compañero, y ella por su parte le demostró la más sincera estimación y el más seguro afecto en vida, consagrándole en muerte recuerdo perseverante y cariñoso. Excluida, por la incapacidad social que pesa sobre la mujer, de todo empleo digno de sus altísimas facultades, repartía sus horas entre el estudio y la meditación y el trato familiar con un círculo selecto de amigos, entre los cuales se contaba una mujer de genio, que ya no existe.

„Tuve la dicha de ser admitido en este

---

círculo, y pronto observé que la señora de Taylor poseía juntas las cualidades que yo no había encontrado hasta entonces más que distribuidas entre varios individuos... El carácter general de su inteligencia, su temperamento y su organización, me impulsaban entonces á compararla con el poeta Shelley; pero respecto á alcance y profundidad intelectual, á Shelley (tal cual era cuando le arrebató prematura muerte), le considero un niño en comparación de lo que llegó á ser andando el tiempo la señora de Taylor. Si la carrera política fuese accesible á la mujer, su gran capacidad para conocer el corazón humano, el discernimiento y sagacidad que demostró en la vida práctica, la aseguraban puesto eminente entre los guías de la humanidad.

Estos dones de la inteligencia estaban al servicio del carácter más noble y mejor equilibrado que jamás encontré. En ella no había rastro de egoísmo, y no por efecto de imposiciones educativas, sino por virtud de un corazón que se identifi-



caba con los sentimientos ajenos y les prestaba su energía propia. Diríase que en ella dominaba la pasión de la justicia, á no contrarrestarla una generosidad sin límites y una ternura que siempre estaba dispuesta á derramar. A la más noble altivez unía la modestia más franca, ostentando al par sencillez y sinceridad absoluta *con los buenos*. La bajeza, la cobardía, la causaban explosiones de sumo desprecio; encendíase en indignación cuando veía acciones de esas que revelan inclinaciones brutales, tiránicas, vergonzosas ó pérfidas. Sin embargo, sabía distinguir muy bien entre las faltas que son *mala in se* y las que son únicamente *mala prohibita*; entre lo que descubre el fondo de maldad del carácter y lo que sólo entraña desacato á lo convencional...

„No era posible que se estableciese contacto psíquico entre una persona como la señora de Taylor y yo, sin que me penetrase su benéfico influjo; mas el efecto fué lento, y corrieron años antes que su espíritu y el mío llegasen á la perfecta comu-

nión que al cabo realizaron. Yo salí ganando en la transmisión recíproca, aun cuando ella me debió apoyo en ideas y convicciones que sola se había formado. Los elogios que á veces escucho por el espíritu práctico y el sentido de realidad que diferencia mis escritos de los de otros pensadores, á mi amiga los debo. Las obras más que ostentan este sello peculiar, no eran más solamente, sino fruto de la fusión de dos espíritus. Verdad que el influjo de la señora de Taylor, aun después de que esta señora rigió el progreso de mi entendimiento, no me hizo cambiar de dirección, pues coincidíamos.

Coincidían sin duda alguna aquel hombre y aquella mujer, en quienes las dos mitades de la humanidad, separadas en cuanto al alma por una mala inteligencia ya secular y crónica, parecían haberse reunido por vez primera sin ningún género de restricción ni limitación mezquina, funesta y triste. Este ideal de unión entre varón y hembra no será más estético, pero quizás es más moral y fortale-

cedor que otro ideal ya muerto, expresado por el poeta de *La Vita nuova* al decir de su *Beatrice*:

*Tanto gentile e tanto onesta pare  
la donna mia, quand' ella altrui saluta,  
ch'ogni lingua divien tremando muta  
e gli occhi non ardiscon di guardare.*

.....

*E par che della sua labbia si muova  
Uno spirto soave e pien d'amore,  
Che va dicendo al anima: sospira.*

No se crea que ingiero aquí por casualidad los nombres de Dante y Beatriz Portinari. Es que acudieron á mi memoria y se grabaron en mi pensamiento mientras leía las páginas consagradas por Stuart Mill á su compañera. En la historia de los sentimientos amorosos (démosles su verdadero nombre, que nada tiene en este caso de equívoco ó denigrante, al contrario) los del poeta florentino hacia la *gentil donna* me había parecido siempre que sobresalían por su encanto, elevación y delicadísimo y quintesenciado linaje. Confieso que de algún

---

tiempo á esta parte he modificado mi opinión, y las reflexiones sobre el caso de Stuart Mill y la señora Taylor confirman esta evolución de mis ideas, que trataré de explicar.

No comprendia yo, en aquellos tiempos en que el amor dantesco se me figuraba la más exquisita flor del sentimiento sexual, que el amor dantesco es precisamente la negación de la suma de ideal posible en ese sentimiento potentísimo que rige á los astros en su carrera y conserva la creación. El amor de Dante á Beatriz condensa toda la suma de desdenes, odios, acusaciones y vejámenes que la antigüedad y los primeros siglos, cristianos de intención, pero aún no penetrados del espíritu cristiano más generoso y puro, acumularon sobre la cabeza de Eva. Considerad, en efecto, que el gran poeta gibelino—mientras cantaba y lloraba y suspiraba á Beatriz en las *tersine* de la *Divina Comedia*, en los sonetos de la *Vita nuova*, en las páginas del *Convito* y del *Canzoniere*—tenía su mujer propia.

legítima, Gemma Donati, y en ella le nacía dilatada prole. Los que con más detenimiento y seriedad han estudiado la vida y los escritos del Alighieri, se inclinan á la opinión de que Beatriz, es decir, la Beatriz del poeta, nunca existió, siendo mera creación alegórica, figura soñada, en que bajo forma de mujer quiso el poeta representar la teología, la filosofía, la idea platónica... todo menos un ser real, una mujer de carne y hueso. Sería muy curioso cotejar el amor fantástico de Dante por la imaginaria *Bice*, y el de Don Quijote por la no menos imaginaria *Dulcinea*. Ambos amores, ó si se quiere, accesos de calentura poética, son formas de una idealidad que busca en la abstracción y el símbolo lo que no quiso encontrar en la realidad y en la vida. Poetizaban aquellos insignes artistas á la mujer, como poetizamos al árbol, á la fuentequilla, á la pradera, al mar, que sabemos que no nos han de entender, porque no tienen entendimiento, ni nos han de corresponder, porque no están organizados para eso, y

así es nuestra propia alma la que habla al mar y la que en la voz del mar se responde á sí misma. Fisiológica y socialmente, Dante tuvo mujer, puesto que vivió en connubio y engendró legítimos sucesores; espiritualmente no tuvo mujer el cantor de Beatriz, ni acaso imaginó nunca que pudiese existir otro modo de consorcio entre varón y hembra sino ese: unióse con el ser inferior para los fines reproductivos y la urdimbre doméstica, y para el eretismo de la fantasía, el ejercicio de la razón, el vuelo de la musa, la *virtú del cielo*, el *raggio lucente*, todo lo que se refiere á las facultades superiores y delicadas — arte, estética, metafísica—para eso un fantasma, porque el hombre no puede comunicar tales cosas con mujer nacida de mujer.

Stuart Mill y los que como él piensan y sienten (¡cuán pocos son todavía!) han traído al terreno de la realidad lo que Dante y el caballero manchego, y la infinita hueste de trovadores y soñadores de todas las edades históricas situaron en las

nubes, ó por mejor decir, escondieron y cerraron en los interiores alcázares del alma, sedienta de venturas que nunca ha de probar. Stuart Mill deja traslucir en algunos pasajes de *La Esclavitud femenina* el alto valor de la nueva conquista, de la hermosa reconciliación que procura para todos y ha logrado para sí; verbigracia, cuando dice: "¡Cuán dulce pedazo de paraíso el matrimonio de dos personas instruidas, que profesan las mismas opiniones, tienen los mismos puntos de vista, y son iguales con la superior igualdad que da la semejanza de facultades y aptitudes, y desiguales únicamente por el grado de desarrollo de estas facultades; que pueden saborear el deleite de mirarse con ojos húmedos de admiración, y gozar por turno el placer de guiar al compañero por la senda del desarrollo intelectual, sin soltarle la mano, en muda presión sujeta! No intento la pintura de esta dicha., Dicha, añado yo, que no estuvo al alcance de Dante ni de ningún poeta antiguo ni moderno, pero

que disfrutó sin tasa el enamorado de la señora de Taylor.

Casi medio siglo después de haberla conocido, unióse Stuart Mill en matrimonio á la mujer, "cuyo incomparable mérito,, escribe el filósofo, "y cuya amistad fueron manantiales de donde brotó mi dicha y donde se regeneró mi espíritu, por espacio de tantos años en que ni se nos ocurrió que pudiésemos llegar á juntarnos con lazo más estrecho. Por más que en cualquier época de mi vida yo hubiese aspirado ardientemente á fundir mi existencia con la suya, ella y yo hubiésemos renunciado eternamente á tal privilegio, antes que deberlo á la prematura muerte del hombre á quien yo sinceramente respetaba y ella tiernamente quería. Mas sobrevino este triste acontecimiento en Julio de 1849, y no vi razón para no extraer de la desgracia mi mayor ventura, añadiendo á la red de ideas, sentimientos y trabajos literarios que venía tejiéndose desde tiempo atrás, una nueva y fuerte malla que ya no se rompiese nunca. ¡Sólo



siete años y medio gocé esta dicha! No encuentro palabra que exprese lo que fué para mí el perderla, ni lo que es aún... Vivo en absoluta comunión con su recuerdo.,,

Cierto: Stuart Mill no fué uno de esos viudos de sainete que se enjugan las lágrimas del ojo derecho, mientras con el izquierdo hacen guiños á una muchacha; no lloró á su mujer derramando ríos de tinta, mientras el corazón reía á nuevos halagos. De los quince años que sobrevivió Stuart Mill, no pasó ninguno sin que dedicase varios meses á vivir en Aviñón, donde su mujer está enterrada; y al objeto adquirió una casita próxima al cementerio, desde cuyas ventanas vela la tumba. Ni viajes, ni luchas políticas y parlamentarias, ni grandes y asiduos trabajos económicos y filosóficos, atenuaron la viveza del recuerdo y del dolor. Sus biógrafos nos dicen que recorrió Italia, Grecia, Suiza, muchas veces á pié y herborizando, pero sin encontrar entre las flores y plantas que prensaba entre la do-

---

ble hoja de papel, la preciosa florecilla del consuelo, recogiendo en cambio los *no me olvides* de la eterna anyoranza... Cercano ya el término de su vida mortal, volvióse á Aviñón para morir cerca de la amada y dormir á su lado para siempre... Yo no sé si esto es poesía, aunque me inclino á que sí, y muy bella; pero puedo jurar que esto, ¡esto sí!, es matrimonio... himeneo ascendido de la esfera fisiológica á la cima más alta de los humanos afectos.

Repito que nunca con mayor razón que en el caso singularísimo de Stuart Mill, se impone el deber moral de no nutrir el pensamiento en la ponzoña de la malicia. A varón tan justo, tan sincero y tan noble, no haremos mucho en creerle por su honrada palabra, no viendo en su trato con la señora Taylor, hasta la muerte del primer esposo, sino lo que el mismo Stuart Mill declara esplicitamente que había: un lazo de incomparable amistad. "Nuestra conducta durante aquel período," — dice textualmente— "no dió el más mínimo pretexto para suponer otra cosa que la ver-

dad: que nuestras relaciones eran tan sólo las que dicta un vivo afecto y una intimidad fundada en confianza absoluta. Porque si bien es cierto que en cuestión tan personal no juzgábamos que fuese obligatorio acatar las convenciones sociales, en cambio creíamos que era deber nuestro no atentar en lo más mínimo al honor del señor Taylor, que era también el de su esposa.»

Se me dirá que siempre son sospechosas tales amistades. No lo negaré, pues cabe la sospecha en todo, y un conterráneo de Stuart Mill, Shakespeare, dijo por boca del mayor celoso y desconfiado: "Aunque fueses limpia como la nieve, no evitarás la maledicencia." Sólo que, en historias como la que voy refiriendo, las sospechas más siniestras nacen siempre en los espíritus más corrompidos. El que no es capaz de comprender que dos seres humanos de distinto sexo se reúnan sino para un solo fin, tal vez delata, sin darse cuenta de ello, su verdadero estado de conciencia: exhibe imprudente un espejo,

---

en cuya luna se copia la máscara bestial del sátiro.

En la amistad de Stuart Mill y la señora Taylor bien patente está el fin á que cooperaron, reuniendo sus esfuerzos intelectuales y beneficiándolos mutuamente. "El primer libro mío,—dice Stuart—" en que fué marcada y notoria la colaboración de mi mujer, son los *Principios de Economía política*. El *Sistema de Lógica* no le debe tanto, excepto en los detalles de composición, punto en que me ha sido muy útil para todos mis escritos cortos ó largos, con sus observaciones llenas de penetración y sagacidad. Pero cierto capítulo de la *Economía política*, que ha ejercido sobre la opinión más influencia que el resto del libro, el que trata del "Porvenir de las clases obreras", ese pertenece por completo á mi mujer... Durante los dos años que precedieron á mi retiro del empleo que desempeñé en la Compañía de las Indias, mi mujer y yo trabajamos juntos en mi obra *La libertad*. Al subir las gradas del Capitolio, en Enero

de 1853, fué cuando se nos ocurrió la idea del libro. Lo escribimos, y ya escrito, de tiempo en tiempo lo remirábamos, lo releíamos, calculando y pesando cada frase...

En vista de todos los antecedentes de este gran cariño y de estos pensamientos gemelos, ya adivino ¡oh lector! que crees descubrir los móviles que impulsaron al filósofo más ilustre de la Inglaterra contemporánea á escribir la obra cuya traducción te ofrezco, ó sea *La Esclavitud de la mujer*. Imaginas que la pasión y la devoción infundida por la señora Taylor son origen de este libro extraño, radical, fresco y ardoroso, que en nombre del individualismo reclama la igualdad de los sexos, y que con el más exacto raciocinio y la más apretada dialéctica pulveriza los argumentos y objeciones que pudiesen oponerse á la tesis. Pues bien, lector, te equivocas, como yo me equivoqué al pronto, por fiarme de apariencias y no recordar que los caracteres enteros y los entendimientos bien lastrados son siempre clave de sí propios, y no pueden men-

---

tirse ni engañarse abrazando sin convicción opiniones ajenas, ó posponiendo la convicción íntima y sagrada al interés personal. Stuart Mill ni pensó ni escribió *La Esclavitud femenina* por instigación de la señora de Taylor; lo que hizo fué ligarse más y más á la señora de Taylor cuando hubo visto que, aunque esclava por la ley, como las demás de su sexo, tenía el alma independiente, digna de la libertad. Esplicitamente lo declara el filósofo: oigámosle.—“ Los progresos espirituales que debi á mi mujer no son del género que suponen los mal informados. No faltará quien crea, verbigracia, que la energía con que abogué en favor de la igualdad de los sexos en las relaciones sociales, legales, domésticas y políticas, fué inspirada por la señora de Taylor. Nada de eso: por el contrario, esta convicción mía fué de las primeras que se me impusieron espontáneamente cuando principié á estudiar las cuestiones políticas, y el calor con que la expuse despertó desde luego el interés de la que había de ser mi espo-

sa. Sin duda que antes de conocerla, mi opinión sobre la mujer no pasaba de ser un principio abstracto. No veía yo ninguna razón plausible para que las mujeres estuviesen sometidas legalmente á otras personas, mientras no lo están los hombres. Hallábame persuadido de que sus derechos necesitaban defensores, y que ninguna protección obtendrían mientras no disfrutasen, como el hombre, el derecho de hacer las leyes que han de acatar. La comunicación de la señora de Taylor me hizo comprender la inmensa trascendencia y los amargos frutos de la incapacidad de la mujer, tal cual he probado á mostrarlos en mi *Tratado de la Esclavitud femenina.*»

Me siento doblemente dispuesta á creer que preexistía en el ánimo de Stuart Mill el orden de ideas que expone en su libro, porque yo he visto y conocido por experiencia un caso muy análogo. Mi inolvidable padre, desde que puedo recordar cómo pensaba (antes de que yo pudiese asentir con plena convicción á su

pensamiento), profesó siempre en estas cuestiones un criterio muy análogo al de Stuart Mill, y al leer las páginas de *La Esclavitud femenina*, á veces me hicieron con dolorosa alegría reminiscencias de razonamientos oídos en la primera juventud, que se trocaron en diálogos cuando comenzó para mí la madurez del juicio. No se impute á orgullo filial (que sería después de todo harto disculpable) lo que voy diciendo, pues respeto las jerarquías y no intento dar á entender que mi padre estaba á la altura de un gran filósofo célebre en todo el mundo. Adornaban á mi padre clarísima inteligencia y no común instrucción; mas donde pudiesen faltarle los auxilios de ambos dones, los supliría el instinto de justicia de su integro carácter, prenda en que muchos le igualarán, pero difícilmente cabrá que le superen. Guiado por ese instinto, juzgaba y entendía de un modo tan diferente de como juzga la mayoría de los hombres, que con haber tratado yo después á bastantes de los que aquí pasan por supe-



riores, en esta cuestión de los derechos de la mujer rara vez les he encontrado á la altura de mi padre. Y repito que así le oí opinar desde mis años más tiernos, de suerte que no acertaría á decir si mi convicción propia fué fruto de aquélla, ó si al concretarse naturalmente la mía, la conformidad vino á corroborar y extender los principios que ya ambos llevábamos en la medula del cerebro.

Lo que acabo de escribir—no sin lágrimas nuevas en mis ojos que ya juzgaba secos—tampoco significa que las ideas de mi padre y las mías fuesen exactamente las que Stuart Mill defiende y expone con tal precisión, tan contundente lógica, tal adivinación de las objeciones y tal estrategia para prevenirlas y desbaratarlas. Es imposible estar de acuerdo en todo con ningún libro, ni aun con el Evangelio; lo cual no quita que el Evangelio sea la pura verdad, de piés á cabeza; sólo que nuestro entendimiento no abarca entera esa verdad. Hay varios puntos en que yo disiento de Stuart Mill, ¿qué importa? en

---

el conjunto me parece que palpita una gran rectificación de errores, y se desprenden fecundísimas enseñanzas.

No me lisonjeo de que esté preparado el terreno donde han de germinar. No negaré que en las naciones más adelantadas de Europa sorprenden al pronto los progresos materiales obtenidos en lo que va de siglo; mas no guardan relación con los progresos morales, y el cambio en la condición de la mujer, hasta el límite que la equidad y la razón prescriben, es ante todo y sobre todo un progreso moral, difícilísimo de plantear en el día, según reconoce y pone de manifiesto Stuart Mill, en distintos pasajes de su libro.

Difícil, tardío, comprado á precio que sólo podemos conocer los que hemos de pagar completo el escote... y no obstante, seguro, ya indicado por síntomas de esos que apunta el diestro observador como infalibles. Precisamente el libro nuevo que acaba de caer sobre mi mesa de escritorio, acreciendo la pila ingente de los

que esperan turno para pasar al índice ó á las notas del NUEVO TEATRO CRÍTICO, es uno del Sr. Labra, donde encuentro un nutrido estudio, titulado *La dignificación de la mujer*, del cual, si me lo permitiesen los límites y la índole de este prefacio, entresacaría yo algunos de los muchos y elocuentes datos que encierra, y son prueba palmaria de que ningún esfuerzo se pierde; de que lo que está en la conciencia individual más educada y más inteligente, estará pronto en la conciencia general ilustrada, después en la conciencia universal, y, por último, ó mejor dicho á la vez, en la costumbre, en el arte, en las leyes, en la constitución de los Estados y en esa regla moral humana que se ven torzados á acatar hasta los malvados y los injustos por naturaleza. No importa que haya salido fallida la profecía de Víctor Hugo, cuando anunciaba que el siglo XIX emanciparía á la mujer, como el XVIII emancipó al hombre. Mero error de cálculo de tiempo.

Volviendo á Stuart Mill, porque no es

mi ánimo anticipar endebles raciocinios cuando vais á apreciar los suyos, de hierro batido y acero bien templado, diré que su campaña no ha sido estéril, y que ya puede contársele entre los mayores bienhechores de la mujer en el terreno positivo. Cuando en 1867 presentó á la Cámara de los Comunes el proyecto de ley pidiendo para la mujer el derecho de sufragio, la minoría que votó con él fué lucida é imponente, y general la sorpresa de sus adversarios viendo que no podían tildarle de extravagancia. Desde entonces crecieron de año en año los partidarios de los derechos políticos de la mujer, y entre ellos descollaron figuras como la de Benjamin Disraeli, que votó con **Stuart Mill, y Gladstone.**

Doblemente beneficiosa fué la obra de Stuart Mill en su patria, puesto que ¡singular anomalía! la mujer inglesa era, hasta estos últimos tiempos, una de las peor tratadas por la legislación. El estudio de Labra nos lo dice: "La ley antigua, pero no lejana, autorizaba al marido para

castigar á la esposa, y aquél respondía de los delitos de ésta cometidos en su presencia. Los bienes de la mujer casada eran inalienables, aun contando con su voluntad, y no había que pensar en que ella pudiera reservarse la disposición de su hacienda, ni hacer suyos los gananciales. Unicamente el padre tenía potestad sobre sus hijos, y la mujer abandonada carecía del derecho de pedir alimentos. La investigación de la paternidad estaba absolutamente prohibida, lo mismo que el ejercicio de la tutela por la mujer. No existía garantía alguna contra la seducción de la menor desamparada, y en el taller de la fábrica obscura y malsana se sacrificaba silenciosamente la salud y el pudor de la obrera, peor retribuida y más desconsiderada que el varón.

„A partir de 1870, y sobre todo desde 1882 y 86, las cosas se han arreglado de un modo perfectamente contrario, completándose estas reformas con las leyes especiales de protección del trabajo de la mujer, singularmente en las minas...

Además, la reforma pedagógica británica de 1870 ha dado á la mujer una autoridad extraordinaria en el círculo docente... Con estos trabajos hay que relacionar los novísimos realizados principalmente en el Reino Unido para obtener, de un lado, mayor rigor de los Códigos contra la seducción y el atropello de mujeres, y de otra parte un aumento de la edad garantizada por la ley contra las tentativas de corrupción de menores... Singularmente en algunas comarcas de Inglaterra, la influencia electoral de la mujer es creciente. No se trata ya del beso otorgado por aquella perfumada y delicadísima duquesa al burdo tabernero en cambio del voto decisivo para unas elecciones británicas. En uno de los periódicos más preocupados contra las novísimas pretensiones femeninas—en el *Scotchman*—yo he leído estas frases: “Se trata, ó de renunciar al auxilio de la mujer para la impulsión de nuestras ideas políticas, ó de dejarlas la entera responsabilidad de sus actos; y como no podemos excluirlas de

„la carrera política, es necesario que „aceptemos la alternativa.„ Esto se decía casi al propio tiempo que lord Salisbury, primer ministro del Reino Unido de la Gran Bretaña, exclamaba: “Espero seriamente que se aproxima el día en que „gocen las mujeres el derecho de votar, „pues no veo ningún argumento para rehusárselo.„

Mientras los Salisbury y los Gladstone de España, — los que trajeron á nuestra patria á tan floreciente y próspero estado con su acierto en llevar el consabido timón, — se divierten un rato á cuenta de las utopías de esos ministros soñadores que rigen á la nación inglesa sin conseguir ponerla á nuestra altura de felicidad y prestigio, yo presento á mis compatriotas á Stuart Mill, el individualista, y no tardaré en presentarles á Augusto Bebel, autor de *La Mujer ante el socialismo*.



## TRISTANA <sup>1</sup>

---

**E**N medio del alboroto producido por el estreno de *Realidad*, cayó *Tristana* como en un pozo, rodeada de sepulcral silencio. Así en periódicos como en conversaciones literarias, casi puede decirse que no ha sonado el nombre, el asunto ni la tendencia de la última novela de Galdós. Y aun cuando no creo que *Tristana* deba incluirse en el número de las mejores novelas de Galdós, y quizá pueda calificarse de bastante inferior con respecto á otras recientes, todo lo que este autor y media docena más de autores españoles que yo me sé den á luz, merecerá siempre atento examen, porque si el entusias-

<sup>1</sup> *Tristana*, novela, por B. Pérez Galdós.—Un tomo, Madrid, 1892.



mo tiene su hora y su sazón ante las obras maestras, la consideración no está sujeta á altibajos, ni puede influir en ella una diferencia de cantidad y calidad inevitable en quien escribe y publica muchos libros y no deja pasar año sin rendir cosecha.

El asunto de *Tristana* cabe en un puño, y la trama puede decirse que es nula. Un Tenorio ya decadente, casi retirado á cuartel de inválidos, D. Juan López Garrido, acepta la tutela de la hija de su amigo Reluz, huérfana ya y sin amparo en el mundo; se la lleva á vivir consigo, y la seduce, adhiriéndose como la hiedra á su última conquista. La equívoca posición de la señorita de Reluz la obliga á permanecer en el retiro; no obstante, un día encuentra por casualidad al joven pintor Horacio, y el idilio comienza, primero tímido y suave, después apasionado y ardoroso. El viejo galán y tirano doméstico de *Tristana* olfatea sin tardanza lo que ocurre, y al pronto quiere tomar medidas violentas, si bien después adopta un sis-

tema mixto de aparente tolerancia y solapada oposición con que aspira á desorganizar el amorío y desunir la pareja. No hubiesen bastado para conseguirlo todas sus tretas y artimañas; pero vienen en su ayuda dos casos fortuitos: la ausencia de Horacio y la enfermedad de Tristana, un horrible tumor blanco por el cual tienen que amputarla una pierna. Lejos el amante y mutilada la señorita, el amor muere de muerte natural; Horacio toma mujer, y la cojita Tristana, despojo infeliz de la adversidad, se salva en las áridas playas del amor senil de su rancio seductor, con el cual acaba por casarse á última hora, sin ilusión alguna, por conveniencia y cansancio. "¿Eran felices uno y otro? Tal vez..." pone el autor á guisa de corolario de la novela.

Conste que no desaprucho la sencillez de la trama. Muchísimas novelas, de las mejores que conozco en la literatura universal, son de trama excesivamente sencilla. Aquí, el decir de una novela que "apenas tiene asunto," sucle envolver una

censura disimulada, como si calificasen ya de anodina ó inocente la obra. Protesto contra este sentido, y protesto más fuerte aún contra otra especie que no diré que echó á volar, pero sí que adoptó sin distingos mi buen amigo el Sr. Altamira: la de que no tienen miga los asuntos amorosos, ó al menos no tienen tanta como los sociales, políticos, filosóficos, religiosos, científicos, económicos, etc., etc. Si ahondamos (y ahondar es ley) los asuntos amorosos diría yo que tienen más miga que ningunos. En el modo de tratarlos, es decir, en la habilidad, ingenio y felicidad del autor, está el toque. Por otra parte, en la cuestión de asunto también hay que distinguir cuidadosamente entre el asunto interno y el externo, entre lo que *acontece* y lo que *permanece*, entre lo que se ve y lo que se esconde, pero pueden adivinar los iniciados...

Por eso declaro que á *Tristana*, á pesar de su sencillez de asunto, aún le sobra parte de él: para el asunto interno no hacia falta Horacio, ni la ausencia de Horacio,

ni la pierna cortada, porque el asunto interno en *Tristana* no es realmente ni la seducción de *Don Lope*, ni el enamoramiento de Horacio, ni la ruptura, ni el casamiento final... El asunto interno de *Tristana*, asunto nuevo y muy hermoso, pero imperfectamente desarrollado, es el despertar del entendimiento, la conciencia de una mujer sublevada contra una sociedad que la condena á perpetua infamia y no le abre ningún camino honroso para ganarse la vida, salir del poder del decrepito galán, y no ver en el concubinato su única protección, su apoyo único. -- Si esta idea, -- que en *Tristana* aparece embrionaria y confusa, al través de una niebla, como si el novelista no se diese cuenta clara de la gran fuerza dramática que puede encerrar, -- se destacase con la precisión y vitalidad que ostentan el asunto interno de *El Amigo Manso* y los caracteres de *Fortunata y Jacinta*, *Tristana* sería quizá la mejor novela de Galdós.

Por desgracia falta esa unidad, ese vi-

gor, ese aplomo que dan la certeza y el desco de expresarla, en la historia de la señorita de Reluz, especialmente desde la segunda mitad de la novela, que visiblemente decae y queda muy por bajo de la primera, atropellándose para traer el episodio final de la operación quirúrgica y sus consecuencias decisivas del porvenir de Tristana. Los primeros capítulos confieso que me hacían concebir esperanzas brillantes. La situación estaba planteada con rapidez y firmeza, como de mano de maestro, y entonada con algunos brochazos á lo Velázquez la jugosa y castiza figura del buen hidalgo, al cual "ó había que matarle, ó decirle Don Lope". No menos sentida y expresiva la cabeza de su víctima, la señorita de Reluz, la "dama de papel", que, "en opinión del vulgo circunvecino, no era hija, ni sobrina, ni esposa, ni nada del gran Don Lope; no era nada y lo era todo, pues le pertenecía como una petaca, un mueble ó una prenda de ropa... ¡y ella parecía tan resignada á ser petaca y siempre petaca!". En

esta unión ilícita del maduro galán con la linda muchacha, el drama verdadero, el conflicto de conciencia, tiene que surgir al punto mismo en que Tristana conozca la indignidad de su situación, y por salir de ella se arroje á una lucha desigual, pero que por lo mismo puede rayar en sublime. El capítulo II de *Tristana*, y ya hasta que empieza el episodio de los amores con Horacio, son un manantial de esperanza: apunta allí una novela fuerte y rara, de primer orden, un bellissimo caso psicológico. Tristana cuenta veintiún años ya, y á esta edad principian á despertarse en ella los anhelos de independencia "con las reflexiones que embargaban su mente acerca de la extrañísima situación social en que vivía," (supongo que Galdós no la califica de extrañísima porque no sea frecuente, sino porque, en efecto, es extraña ante la razón). Hay algo de sagrado en esa crisis del alma de Tristana, que sacudiendo su irreflexión y pasividad muñequil, sin ideas propias, sustentada por las proyecciones del pensar ajeno, florece de

improvisado como planta vivaz y se llena de ideas, en apretados capullos primero, en espléndidos ramilletes después; que se siente inquieta, ambiciosa de algo muy distante, muy alto, y que á medida que se cambia en sangre y medula de mujer la estopa de la muñeca, va cobrando aborrecimiento y repugnancia á la miserable vida que lleva en poder de Don Lope Garrido.

Sola, retirada, sin confidentes, sin desahogo ninguno, Tristana confía sus aspiraciones nuevas ¿á quién? á la criada Saturna. ¡Donosos parrafeos los de la romántica señorita y la maciza fámula! Saturna, con su sentido práctico de dueña marrullera, advierte á Tristana de los riesgos que corre. "¿Sabe la señorita como llaman á las que sacan los piés del plato? Pues las llaman, por buen nombre, *libres*... Si ha de haber un poco de reputación, es preciso que haya dos pocos de esclavitud. Si tuviéramos oficios y carreras las mujeres, como los tienen esos bergantes de hombres, anda con Dios.

Pero, fijese, sólo tres carreras pueden seguir las que visten faldas: ó casarse, que carrera es, ó el teatro... vamos, ser cómica, que es buen modo de vivir, ó...» Y contesta tristemente la señorita: "Ya sé, ya sé que es difícil eso de ser libre... y honrada. ¿Y de qué vive una mujer no poseyendo rentas? Si nos hicieran médicas, abogadas, siquiera boticarias ó escribanas, ya que no ministras y senadoras, vamos, podríamos... Pero, cosiendo, cosiendo... Calcula las puntadas que hay que dar para mantener una casa... ¡Ay, pues si yo sirviera para monja, ya estaba pidiendo plaza en cualquier convento! Pero no valgo, no, para encerronas de toda la vida. Yo quiero vivir, ver mundo y enterarme de por qué y para qué nos han traído á esta tierra en que estamos. Yo quiero vivir y ser libre..."

En este diálogo se cifra lo que debfa ser, en mi concepto, asunto fundamental de *Tristana*. Engolosinado por tales preludios, cree el lector que va á presenciar un drama trascendental; que va á asistir



al proceso libertador y redentor de un alma, de un alma que representa millones de almas oprimidas por el mismo horrible peso, á sabiendas ó sin advertirlo.. No es así. Cuando creemos que va á principiar el combate, aparece Horacio, una intriga amorosa como otra cualquiera, y Tristana se entrega á la pasión con un ímpetu que yo no negaré que sea cosa muy natural, pero que no tiene nada que ver con la novela iniciada en las primeras páginas del libro. La lucha por la independencia ya queda relegada á último término; puede decirse que suprimida. Ni aun tenemos ocasión de presenciar otro género de lucha, la lucha por la libre elección amorosa. Don Lope, que al principio parece un esclavo del punto de honra, un galán calderoniano, modo de ser muy conforme con su avellanada y varonil hermosura de personaje del cuadro de *las Lanzas*, y que se prestaba admirablemente para realzar con el contraste la figura de su rebelada pupila, se va convirtiendo poco á poco en un héroe *psi-*

cológico moderno, francés, á lo Pablo Bourget, un hombre contemporizador y escéptico, que tolera lo que no puede evitar, seguro de que las circunstancias y el tiempo le devolverán su presa, y conforme con ser *le plus heureux des trois*. Deja correr el torrente amoroso de Tristana y Horacio, y la señorita de Reluz no necesita lidiar para conseguir, á falta de completa rehabilitación, ese género de dignidad inseparable de los sentimientos sinceros y los afectos desinteresados y profundos.—De suerte que el autor, después de que nos ha desorientado en el carácter y papel de Tristana, vuelve á desorientarnos en el de Don Lope; creíamos (y no era culpa nuestra el creerlo, porque fundamento no nos faltaba) que iba á presentarnos Galdós el terrible conflicto del hombre antiguo y el ideal nuevo, el choque de la coraza y la locomotora, y sólo encontramos un viejo condescendiente y terco á la vez, *muy truchimán*, una niña encandilada por un hombre bastante vulgar, y una historia inexpresiva que se

desenlaza por medio de un suceso adventicio, de una fatalidad física, análoga á la caída de una teja ó al vuelco de un coche. —Entiéndase que ni niego la verosimilitud de la historia, ni menos dudo de que con esos elementos y otros aún más ínfimos, puede Galdós entretener, interesar, conmover, hacer pensar y sentir, porque yo creo que Galdós es capaz de sacar novela de un trozo de sílex ó de una madeja de esparto. Lo único que significan mis censuras (pues no niego que lo sean) es que *Tristana* prometía otra cosa; que Galdós nos dejó entrever un horizonte nuevo y amplio, y después corrió la cortina.

Probablemente toca gran parte de culpa, en esta insuficiencia de *Tristana*, á *Realidad*, obra dramática que, si no me engaño, preocupaba á su autor precisamente en los momentos en que crecía el montón de cuartillas de la novela. La obra de arte es celosa: pide para sí sola todas las energías y fuerzas vitales y creadoras del cerebro. Nótese que el primer tercio

de *Tristana* es superior al segundo, y éste al último, de donde puede inferirse que, según iba apoderándose *Realidad* del espíritu de Galdós, la novela se hacía más borrosa, la idea primera se desvanecía, y quedaba sólo... lo que nunca puede faltar en obras de tal pluma... pero ni un ápice más.

El maestro de nuestra fábula novelesca no necesita que pongamos sordina á nuestra opinión; ahí va lisa y llana, como él tiene derecho á oirla. De poner sordina no la pondría yo por él, sino por esa casta de cuervos literarios que al menor pretexto olfatean cadáver, y para quienes todo lo que no sea subir al empíreo es bajar al profundo infierno, y el cuadro de Ribera ó de Goya que no ocupe el primer puesto en la jerarquía de los del mismo autor, ya es un chafarrinón de Orbaneja. Yo no sé si renegar de los tales cuervos, porque acaso no es inútil su graznido: tal vez puede estimular y sacar chispas del genio. Lo cierto es que aquí la palestra literaria no es estadio olímpico, sino pla-

za de toros: al que sale bien de la suerte, apoteosis; al que se resbala, naranjas y denuestos; pero el caso es que los primeros espadas no varían de una corrida á otra; con naranjazos y toques de cencerro, ó con cigarros y palmas, ellos son siempre los mismos; apostaré algo á que ni chulillos, ni mulilleros, ni monos sabios, sustituirán á *Lagartijo*, aunque llegue á ser más viejo que un palmar; y en cuanto al público de los tendidos, á ese tan pródigo de injurias, á ese que harta de "cobardes," á los diestros que tienen su cuerpo tatuado á puras cornadas... claro está que ese sí que nunca bajará á la arena. ¡Hombre, ni que decir tiene! (Lector, permíteme que mantenga el estilo á la altura del simil.)





## CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL

### I

Libros nuevos dignos de mención: *La Pasión*, por el P. Ollivier.—*La Vida artística*, por Luis Llanos.—*Pepinillos en vinagre*, de M. Polo y Peyrolón.—*Los Cuentos del vtuac*, por Federico Urrecha.—*Los Estudios sociales*, de Labra.—*La Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América*.—*La Colección de libros escogidos*.—*Las Estafetas de los muertos*.

**E**STOY siempre en deuda y rezagada en cuestión de libros, y si los meses de verano no me sacan de apuros, no sé como haré para liquidar. Deseo echar una ojeada á la literatura extranjera, pero hace tiempo que no me lo permite la española, que en lo que va de año ha cundido mucho. Por eso, de la mayor parte de las obras que se publican, tengo que contentarme con decir media docena de palabras, una especie de extracto de juicio.

Hay una clase de libros que no miente bulla, que tiene su público especial, que nace y vive á la sombra y penetra en las familias menos dadas á la lectura: me refiero á los libros de índole religiosa. Y, sin embargo, entre esos libros de que por lo regular se hace caso omiso, los hay de verdadero valor é interés, así literario como histórico.—Uno acaba de traducirse al castellano, cuya lectura me ha interesado mucho. Titúlase *La Pasión*, y es obra del dominico Padre Ollivier. El Padre Ollivier, que narra hora por hora y minuto por minuto el drama del Gólgota, no es un inspirado ni un vidente; al contrario, otorga muy mediano crédito á las revelaciones de las videntes y extáticas como Santa Brígida, la venerable de Ágreda y la madre Emmerich, á quienes cree inspiradas por el arte. El Padre Ollivier se apoya en la historia, en la arqueología, en la numismática, en las Escrituras, en los historiadores latinos y hebreos: en suma, se apoya en todos los datos que pueden ayudar á formar un es-

tudio sólido sobre la Pasión de Cristo.— Y algunas páginas de su libro—por ejemplo, la de la Crucifixión—dan frío en los huesos.



*La vida artística*, de Luis de Llanos, es una nueva señal de la ductilidad y variedad de facultades de este artista, tan conocido y querido en Italia como en España. Luis de Llanos dibuja al carbón, pinta á la acuarela, al aguazo, al óleo; lo mismo improvisa la *manchita* encantadora que estudia la gran composición del tapiz ó del lienzo; al mismo tiempo es un perfecto *causeur*, instruído sin pedantería, curioso sin minuciosidad, gráfico sin pesadez, alegre sin chocarrería y fácil y gracioso sin insulsez ni repetición de chistes. Su conversación enseña, sobre todo en crítica artística, y su entusiasmo tiene una virtud comunicativa y animadora. Pues estas mismas cualidades, que forman el conjunto de una naturaleza ar-



tística exuberante y poderosa, son las que brillan en su libro. No conozco obra que más exacta y fielmente encarne á su autor. Parecíame estar oyéndole, y viendo sus donaires, y disfrutando sus serias y provechosas observaciones sobre arquitectura, pintura antigua y moderna, monumentos romanos, bellezas de Nápoles y de Asfs... Creo que no puedo hacer mejor elogio del libro de Luis de Llanos, mezcla singular de novela y autobiografía, espejo y joya á la vez.



Aunque se me enfade Valbuena, yo he leído con gusto *Pepinillos en vinagre*, de Polo y Peyrolón. Los artículos y cuentos de que se compone el libro del profesor de Valencia, á más de estar bien escritos, son entretenidos, y algunos, como *La oración de la gilana*, me han hecho reir sabrosamente. Este modesto escritor, que apenas lucha por la vida... literaria, no tiene detrás de sí á una trilogía de

provincias, como Trueba logró tener; en la sierra de Albarracín no hay regionalismo, y por eso el nombre de Polo y Peyrolón suena tan poco. No le igualo á Trueba; pero, á la verdad, no veo esa distancia tan enorme...

\*  
\* \*

Los *Cuentos del vivac*, de Federico Urrecha, son dignos de figurar al lado de la patética y dolorosa literatura militarista que en Francia representan Daudet, Coppée, Lemonnier, los autores de las *Veladas de Médan*. Nótese que en España es nueva esta nota sentimental; nuestras letras son recias y duras como el carácter castellano que en ellas ha predominado siempre, y la ternura de los *Cuentos del vivac*, que los convierte en alegato á favor de la paz perpetua, tiene mucho de nuevo y original, una emoción elegíaca, á la cual los españoles encontramos sabor femenino. Yo creo que este libro señala á Urrecha su puesto propio entre

nuestros cuentistas. Ya se lo había manifestado de palabra, y yo no tengo dos pareceres, uno verbal y otro escrito. Los *Cuentos del vivac* me parecen hermosos y muy sentidos, con finura modernista y nerviosa.

\*  
\* \*

De los *Estudios sociales* de Labra poco he de decir, pues bien doy á entender la estimación con que los he recibido al extractar parte de uno de ellos en el prólogo á *La Esclavitud femenina*, de Stuart Mill.—No menos oportuna es la publicación emprendida por un editor, que es á la vez un bibliófilo rebuscador é infatigable que se ha formado á sí propio, sin aulas, estudios ni maestros. Me refiero á la *Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América*, y en que ya figura la *Conquista del Perú*, por Xerez; el *Descubrimiento del gran río de las Amazonas*, por Acuña; el *Tratado del origen de los indios*, por Rocha, y ahora

la discutida *Historia de Colón*, escrita por su hijo D. Hernando, y otros dicen que atribuida, sin fundamento, al hijo del descubridor, aunque la opinión hoy más corriente y valedera es á favor de la completa autenticidad de tan curiosa é importante biografía, que á pesar de la natural y excusable parcialidad es un tesoro, además de estar escrita con clásica elegancia y pureza. Gran valor y arrojo supone el determinarse á reimprimir libros de esta índole. Ojalá el Centenario—en que tantas esperanzas se fundan, y que acaso las defraude, en gran parte al menos—recompense algún tanto los sacrificios del editor de la *Biblioteca americana* (que así la hubiese titulado yo, porque tengo horror á los epígrafes largos).



Mayor importancia general ofrece la *Colección de libros escogidos*. Esta representa el movimiento literario moderno, es decir, lo más selecto, lo más renom-

brado, lo que en alas de la fama se difunde por todo país culto. Es realmente la flor y nata de las letras extranjeras lo que incluye esa *Colección*, elegida con tan delicado tino, y que, principiada no hará medio año, ya llega al tomo xxiii. Sólo el esmero con que de ella se excluye la broza literaria, las obras inferiores, explica tan rápido incremento y tal popularidad, pues en los escaparates de las librerías madrileñas no vemos los autores (algo celosos y envidiosos, francamente), más que hiladas de tomos de la afortunada *Colección*. ¡Y qué mucho, si en los países americanos donde se habla nuestra lengua todavía se venden más los autores franceses que los castellanos, y una traducción de Maupassant corre más que un libro nuevo de Pereda! La *Colección de libros escogidos* nos perjudica; pero la imparcialidad nos obliga á declarar que en ella no hay nada inferior ó mediano. Son las obras maestras de Tolstoy, de Zola, de Turgueuf, de Renán, de Daudet, de Balzac, de los grandes maestros

contemporáneos... Hay que armarse de paciencia y reconocer el valor de esa Biblioteca, que pronto abarcará la *Suma literaria* de nuestro siglo.

A los aficionados á rarezas bibliográficas y singularidades médicas y literarias, les recomiendo las dos *Estafetas de los muertos*.

## II

Observación á un discurso de Menéndez y Pelayo.—  
Velarde y su fama póstuma.—No estoy escribiendo  
ningún drama.—Porvenir del Nuevo Teatro Cómico.  
—¿Guido ó Guy?—Párrafo teatral.

No quiero que se me pase por alto (pues las afirmaciones de Menéndez y Pelayo nunca deben caer en saco roto) la que formuló al contestar á Barbieri, diciendo que un novelista, un orador, un poeta, fácilmente adquieren la notoriedad, mientras los eruditos andan postergados y olvidados. Yo creo que esta afirmación puede volverse del revés como un guante, y probaré á demostrarlo. Para que un no-

velista, un orador ó un poeta consigan la *verdadera notoriedad*, la que dura y perdura y se traduce en evidente y constante favor del público, es preciso que sus méritos sean reales y efectivos. El novelista, el orador, el poeta y también el autor dramático, tratan de asuntos en que todo el mundo pica y quiere entender y hasta poner reparos y defectos con implacable severidad. Desnudos ante la multitud, novelistas, poetas y oradores son examinados, analizados, depreciados y despreciados por cada quisque, pues, como decía el bueno de Feijóo, no hay más severo censor de un libro que el que no sabe escribir una carta. No sólo los entendidos, sino los rúbulas, la baja chusma intelectual, tienen derecho á poner peros y manzanas y á publicar en las resonantes hojas periódicas todo ese frutero. El erudito, atacado por la jauría, puede defenderse, porque como no debe afirmar sino basándose en el documento "vivo y presente", con exhibirlo le bastaría para confundir á sus detractores. Al

artista no se le concede el derecho de defensa; sería impertinente vanidad, pretensión ridícula, que su autor defendiese una obra de arte. La que sale triunfante de la prueba puede decir con orgullo: "Algo soy y algo significo realmente."

En cambio la fama del erudito, suavemente esparcida, bisbisada al oído por amigos ó colegas, va acreditándose sin discusión. Nadie, por lo regular, se toma el menor interés en ciertos puntos concretos de erudición, y el que acota uno puede estar cierto de que ya reina sin rival, á no surgir alguno tan inesperado como lo sería la aparición de un megaterio en los jardines del Retiro. Y si surge, y los dos eruditos se enzarzan, y se tiran los trastos, el público, que oye de lejos el ruido de la gresca, por rehuir el trabajo de enterarse, prefiere encogerse de hombros y decir: "¡Qué par de sabios! ¡Mire V. que se derrocha sabiduría en esa discusión!". De la novela famosa más reciente todo el mundo pensará algo, malo ó bueno; en cambio, de las últimas investigaciones



comparativas sobre las *naves caudicariae* y los *myoparones*, juzgo piadosamente que nadie se atreve ni á sospechar cómo andan. Me ha sorprendido la afirmación de Menéndez y Pelayo, precisamente cuando con beneplácito general el artista que hay en él va sobreponiéndose al investigador.



Lo que voy á añadir confirma lo dicho en los párrafos anteriores. Ahí está Velarde, un poeta que no careció de amigos, de ensalzadores; Rafael Calvo leyó sus poemas en la escena, sirviéndole de hilo para comunicarse con el alma del pueblo; las damas de alto copete le sonreían; el rey Alfonso XII sabía de memoria trozos de sus composiciones, y los recitaba; Cánovas, que es una potencia, le protegió y dió impulso; la colonia bética, que es numerosa, le endiosó; el Ateneo, nuestro primer centro intelectual, no le escatimó su benevolencia; la Academia ya tenía las puer-

tas entreabiertas para recibirle; en *La Ilustración española y americana* encontró su casa propia, según declara el mismo periódico. Fallece Velarde, y el Ateneo congrega, para honrar su memoria, á todo un Parnaso: Zorrilla, Manuel del Palacio, Ferrari, Cabestany, Fernández Shaw, y, para la oración fúnebre, Balart; y el retrato del muerto luce corona de laurel, y se llenan las tribunas... Pues con todo eso, el libre examen, el inflexible espíritu crítico del público (que los eruditos no temen), muerde ya, como el ácido en la plancha de acero, en la fría apóteosis; el entusiasmo falta hasta en los mismos oficiantes, y el mediocre poeta andaluz queda tal vez más muerto en espíritu que antes...



¿De dónde habrán sacado los noticieros que yo estoy escribiendo un drama con destino á no sé qué teatro?

Supongo que del hecho de que asistí á

dos ó tres ensayos de *Realidad* en la Comedia. Y como no he de andar molestando continuamente á los diarios con rectificaciones, he dejado correr la bola y decir chistes sobre el asunto, y he agradecido los buenos augurios y las palabras animadoras. La verdad es que soy cobarde para eso de las tablas y las candilejas, y que precisamente la resolución de Galdós de hacer teatro será parte á que yo reflexione mucho más de lo que siempre reflexionaría antes de lanzarme á empresa tal. Hoy menos que nunca—hasta por falta de tiempo—puedo yo pensar en semejantes aventuras.



Otra rectificación dedicada á los bondadosos lectores del **TEATRO CRÍTICO**, que han tenido la galantería de alarmarse porque algún diario anunció la próxima desaparición de esta Revista que están Vds. leyendo.—El **TEATRO CRÍTICO** saldrá sin interrupción alguna (á no enfermarme

yo de cuidado) hasta el número de Diciembre del presente año de 1892.—En verano, lejos de retrasarse, se adelantará, á fin de que yo pueda tomar mis aguas y reposar un poco. Lo más probable es que en Enero de 1893 la publicación continúe, con la modificación siguiente: en vez de doce números al año, daré seis, algo más nutridos, correspondientes á los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril, Noviembre y Diciembre, únicos en que hay en nuestra patria movimiento literario y teatral. Tendrá este arreglo, para mí, la ventaja de dejarme medio año libre, pues con el sistema actual me encuentro demasiado sujeta á una labor, no extensa, pero periódica, y por periódica, abrumadora; y para el subscriptor, la de que, aun cuando aumente lectura á los cuadernos, la subscripción le costará más barata... y leerá menos prosa mía. Ya sé que mis bien educados lectores protestarán contra esto último... Muchas gracias.



¿Por qué le sonará mal á Mariano de Cavia el que se diga y escriba *Guido* de Maupassant, en vez de *Guy*? ¿No se ha dicho siempre *Guido* de Lusignan, *Guido* Reni? Pues, ¿á qué tenemos de pronunciar ahora ese *Guy*, que parece un gipio de cante flamenco?

¿No reza la Gramática de la lengua castellana, por la Real Academia Española, que es barbarismo "escribir y pronunciar como en el idioma á que pertenecen, voces que ya se han castellanizado, como *Bordeaux* por *Burdeos*, *London* por *Londres*, etc.?" Pues siempre se ha dicho *Guido* por *Guy* en castellano, y yo no tengo ni el mérito de una innovación racional y cómoda para la laringe.



Pensaba hablar largamente, en esta crónica, de la reaparición de *Las vengadoras*; pero á última hora me dicen de la imprenta que ya no cabe más que un párrafo, y en un párrafo tampoco tiene cabida lo mucho bueno que pienso del

drama de Sellés. Para poca salud más vale ninguna, es decir, en este número. En el de Junio pienso incluir una revista dramática donde explique cómo, por qué y hasta qué punto apruebo *Las vengadoras*; revista que será una ojeada retrospectiva al movimiento dramático de esta azarosa temporada. Los meses de verano son propios para este balance ó inventario de ganancias y pérdidas, y sobre todo para darse cuenta de las leyes que anuncian para lo venidero los fenómenos observados ya, y cuya significación no se ve clara todavía.





## ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

### CIENCIAS Y ESTUDIOS SOCIALES

- Dr. Gaspar Gordillo Lozano: *La Metafísica y las Ciencias naturales*.—Folleto.—Madrid, 1891.
- Nilo María Fabra: *Problema social*.—Segunda edición.—Un tomo.—Madrid, 1892.
- Rafael María de Labra: *Estudios de economía social*.—Primera serie.—Un tomo.—Madrid, 1892.
- Luis Orrego Luco: *El gobierno local y la descentralización*.—Un tomo.—Santiago, 1890.
- Modesto Martínez y Gutiérrez Pacheco y Angel Pulido Fernández: *Discursos leídos en la Real Academia de Medicina*.—Folleto.—Madrid, 1892.
- José Sánchez Somoano: *Gimnástica escolar*.—Tomo 1.—Madrid, sin fecha.
- Valerio Cervera: *La justicia social*.—Folleto.—Madrid, 1892.

## HISTORIA

- Soledad Acosta de Samper: *Biografías de hombres ilustres y notables de Colombia.*—Un tomo.—Bogotá, 1883.
- Idem: *Biografía del General Joaquín París.*—Folleto.—Bogotá, 1883.
- Idem: *Los piratas en Cartagena.*—Crónicas histórico-novelescas.—Un tomo.—Bogotá, 1886.
- M. Pardo de Andrade: *Los guerrilleros gallegos de 1809.*—Tomo I, y xxx de la «Biblioteca Gallega».—La Coruña, 1892.
- Cesáreo Fernández Duro: *Pinzón en el descubrimiento de las Indias.*—Un tomo.—Madrid, 1892.
- Espinosa y Quesada: *Cosas de España.*—Un tomo.—Edición de bibliófilo.—Sevilla, 1892.
- D. Fernando Colón: *Historia del almirante de las Indias.*—Segundo volumen.—Tomo vi de la «Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América».—Madrid, 1892.
- Cesáreo Fernández Duro: *Nebulosa de Colón.*—Un tomo.—Madrid, 1890.
- Rdo. P. Ollivier: *La pasión.*—Ensayo histórico.—Traducción del Dr. D. Joaquín To



rres Asensio.—Un tomo en folio, ilustrado con grabados.—Madrid, 1892.

## CRÍTICA

- Melchor de Palau: *Acontecimientos literarios*.—Cuaderno séptimo.—Madrid, 1892.  
 Mercedes Cabello de Carbonera: *La novela moderna*.—Estudio filosófico.—Lima, 1892.  
 El P. Miguel Mir: *Bartolomé Leonardo de Argensola*.—Un tomo.—Zaragoza, 1891.  
 Journal des Goncourt: *Mémoires de la vie littéraire*.—Deuxième série.—Troisième volume.—Un tomo.—París, 1892.  
 Ernesto Renan: *Mi infancia y mi juventud*.—Tomo XIX de la « Colección de libros escogidos ».—Madrid, sin fecha.

## MISCELÁNEA

- E. Martín Contreras: *El 1.º de Mayo*.—Drama social.—Un tomo.—Madrid, 1892.  
 José Sánchez Somoano: *Ensayos literarios*.—Un tomito.—Madrid, 1892.  
 Mosén Jacinto Verdaguer: *Diario de un peregrino á Tierra Santa*.—Tomo LVII de la « Biblioteca selecta ».—Valencia, 1892.  
 Francisco Giner: *Estudios sobre artes industriales*.—Un tomo.—Madrid, 1892.

## NOVELA

Víctor Cherbuliez: *Miss Rover*.—Tomo xviii de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.

Conde León Tolstoy: *La Muerte*.—Tomo xx de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.

Edmundo y Julio de Goncourt: *Germinia Lacerteux*.—Tomo xxi de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.

• Alfonso Daudet: *La Evangelista*.—Tomo xxii de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.

Federico Urrecha: *Cuentos del Vivac*.—Ilustraciones de Angel Pons.—Un tomo.—Madrid, 1892.

Fernán Rosa: *Vejeces*.—Un tomito.—Sevilla, 1892.

Heraclio Pérez Placer: *Contos, leyendas é tradiciós*.—Un tomo.—Orense, 1891.

Luis de Llanos: *La vida artística*.—Memorias de un pensionado en Roma.—Un tomo.—Barcelona, 1892.

B. Morales San Martín: *La alcaldesa*.—Un tomito.—Valencia, 1892.

Soledad Acosta de Samper: *Una holandesa en América*.—Un tomo.—Curazao, 1888.

Francesco Pometti : *Redenzione*.—Un tomito.—Siena, 1891.

## POESÍA

M. V. : *Ante la muerte*.—Folleto.—Quito, 1891.

Renato Morales : *Luç blanca*.—Folleto.—Arcquipa, 1889.

Francisco Gras y Elías : *Capullos y besos*.—Folleto.—Barcelona, 1892.

José Sánchez Somoano : *Versos trasnochados*.—Tercera edición.—Un tomito.—Madrid, 1892.

Renato Morales : *Soledad*.—Folleto.—Arcquipa, 1891.



BIBLIOTECA DE LA MUJER

DIRIGIDA POR

## EMILIA PARDO BAZÁN

---

SE HA PUBLICADO EL PRIMER TOMO

*Vida de la Virgen María, según la Venerable de Agreda*, con Prólogo de E. Pardo Bazán.

Lujoso volumen, al precio de **tres pesetas** en toda España. (La primera edición se halla agotada ya.)

---

PARA SALIR EL TOMO II

*La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill, con extensa biografía y juicio crítico sobre este eminente filósofo inglés.

---

EN PRENSA EL TOMO III

## NOVELAS DE DOÑA MARIA DE ZAYAS

---

Seguirán á estos tomos: en la SECCIÓN SOCIOLOGICA, *La mujer ante el socialismo*, por Augusto Bebel.—En la PEDAGÓGICA: *La institución de la mujer cristiana*, por Luis Vives.—En la HISTÓRICO-BIOGRÁFICA: *Madama de Maintenon*, por el P. Mercier, de la Compañía de Jesús; *Los amores de Goethe*, por Blaze de Bury.—*Memorias de Madama de Staël*.—En la NOVELESCA: *Adam Bede*, por Jorge Elliot.—En la RELIGIOSA: *Vida de Santa Marcela* (Una dama romana del siglo IV), por el P. Pauthe.—Y otras que se anunciarán á su tiempo.

# NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

---

Ha entrado en el segundo año esta publicación, *única en su género*, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo de texto *ciento diez y seis páginas*. El NUEVO TEATRO CRÍTICO está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispanoamericano, así como los dramas y comedias que con justicia fijan la atención del público. Las personas deseadas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el NUEVO TEATRO CRÍTICO.

---

## CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCIÓN

---

|                                |               |
|--------------------------------|---------------|
| Número suelto.....             | 1,50 pesetas. |
| Subscripción.—España: Un año.. | 15     "      |
| Colonias y extranjero; id..... | 17,50     "   |

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del NUEVO TEATRO CRÍTICO, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y libros, á la señora D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.

NUEVO  
TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO II.

JUNIO, 1892.

Núm. 18.

SUMARIO

- I.—LOS HUEVOS ARREPAFADOS (CUENTO).  
II.—DON FRANCISCO DE QUEVEDO, CON OCASIÓN DE UN  
LIBRO RECIENTE. (1.º)  
III.—CARTAS A UN LITERATO NOVEL. (3.º)  
IV.—REVISTA DRAMÁTICA.  
V.—MÁS SOBRE LA CARIDAD DE LOS ESPAÑOLES Y AME-  
RICANOS RESIDENTES EN AMÉRICA.  
VI.—INDICE DEL SEMESTRE.



ADMINISTRACIÓN  
CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
MADRID

OBRAS COMPLETAS  
DE  
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esmeradamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de la crítica francesa sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de

**TRES PESETAS** en toda España

TOMO IV

LA MADRE NATURALEZA

NOVELA

Los dos tomos de la primera edición en un volumen

**TRES PESETAS Y MEDIA** en toda España

TOMO V

CUENTOS DE MARINEDA

**TRES PESETAS** en toda España.

EN PRENSA EL TOMO VI

POLÉMICAS Y ESTUDIOS LITERARIOS

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRAI..

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

COMPTON  
DE  
ARNO  
1871  
PALEST  
que  
e  
m  
1871  
EX  
7  
NGULE  
FA  
EX  
ULLI  
re  
Depo  
ALE  
1871  
Depo  
DA  
1871  
1871





OBRAS COMPLETAS  
DE  
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esmeradamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de la crítica francesa sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de

**TRES PESETAS** en toda España

TOMO IV

LA MADRE NATURALEZA

NOVELA

Los dos tomos de la primera edición en un volumen

**TRES PESETAS Y MEDIA** en toda España

TOMO V

CUENTOS DE MARINEDA

**TRES PESETAS** en toda España

EN PRENSA EL TOMO VI

POLÉMICAS Y ESTUDIOS LITERARIOS

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRAI..

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.



—  
**ES PROPIEDAD**  
—

---

**AGUSTIN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,  
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 8.074.**

( 1 2 3 )  
NUEVO

# TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

---

AÑO II.

JUNIO, 1892.

Núm. 18

## SUMARIO

- I.—LOS NUEVOS ARREFALFADOS (CUENTO).
- II.—DON FRANCISCO DE QUEVEDO, CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE. (1.ª)
- III.—CARTAS A UN LITERATO NOVEL. (4.ª)
- IV.—REVISTA DRAMÁTICA.
- V.—MÁS SOBRE LA CARIDAD DE LOS ESPAÑOLES Y AMERICANOS RESIDENTES EN AMÉRICA.
- VI.—ÍNDICE DEL SEMESTRE.

## ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
MADRID

## OBRAS DE EMILIA PARDO BAZÁN

### NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.<sup>a</sup> edición, un volumen.  
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.<sup>a</sup> edición, un vol.  
LA TRIBUNA, un vol.  
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.  
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)  
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)  
UNA CRISTIANA, un vol.  
LA PRUEBA, un vol.  
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 ptas.)  
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 ptas.)  
LA MADRE NATURALEZA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3,50 ptas.)  
CUENTOS DE MARINEDA, un vol. (3 ptas.)

### CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo xiii), 2.<sup>a</sup> edición, dos volúmenes.  
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 ptas.)  
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (5 ptas.)  
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 ptas.)  
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA. (Agotada.)  
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)  
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO.  
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)  
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

### VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 ptas.)  
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.  
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

### POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

### EN PRENSA

- POLÉMICAS Y ESTUDIOS LITERARIOS.



## LOS HUEVOS ARREFALFADOS <sup>1</sup>

---

Qué compasión de señora Martina la del tío Pedro el carretero! Si alguien se permitiese el desmán de alzar la ropa que cubría sus honestas carnes, vería en ellas un cónclave, un sacro colegio, con cardenales de todos los matices, desde el rojo iracundo de la cresta del pavo, hasta el morado oscuro de la madura berenjena. A ser el pellejo de las mujeres como la badana y la cabritilla, que cuanto mejor tundidas y zurradas más suaves y flexibles, no habría duquesa que pudiese apostárselas con la señora Martina en finura de cutis. Por desgracia, no está bien demostrado que la receta de la zurra apro-

<sup>1</sup> Este cuento se ha publicado hace tiempo en *Los Lunes de El Imparcial*. Recuerde el lector que las diez y seis páginas de aumento gratuito no han de ser orzosamente inéditas.

veche á la piel ni siquiera al carácter femenino, y la esposa del carretero, en vez de ablandarse á fuerza de palizas, iba volviéndose más áspera, hasta darse al diablo renegando de la injusticia de la suerte. ¿Ella qué delito había cometido para recibir lección de solfeo diaria? ¿Qué motivo de queja podía alegar aquel bruto para administrar cada veinticuatro horas ración de leña á su mitad?

Martina criaba los chiquillos, los atendía, los zagaleaba; Martina daba de comer al ganado; Martina remendaba y zurcía la ropa; Martina hacía el caldo, lavaba en el río, cortaba el tojo, hilaba el cerro, era una esclava, una negra de Angola... y con todo eso, ni un solo día del año le faltaba en aquella casa á San Benito de Palermo su vela encendida. En baide se devanaba los sesos la sin ventura para arbitrar modo de que no la santiguase á lampreazos su consorte. Procuraba no incurrir en el menor descuido; era activa, solícita, afectuosa, incansable, la mujer más cabal de toda la aldea.

No obstante, Pedro había de encontrar siempre camino para el vapuleo.

Solfa Martina desahogar las cuitas y penas domésticas con su compadre el tabernero Roque, hombre viudo, de tan benigno carácter como agrio y desapacible era el de Pedro. Ofa Roque con interés y piedad la relación de la desdichada esposa, y se desvivía en prodigarla sanos consejos y palabras de simpatía y compasión.

“Aquel Pedro no tenía perdón de Dios en tratar así á la comadre Martina, que después de haber echado al mundo cinco rapagones, era la mejor moza de toda la aldea y hasta, si á mano viene, de Lugo. Y luego tan trabajadora, limpia como el oro, mansita como el agua. ¡Ah, si él hubiese tenido la fortuna de encontrar mujer así, y no su difunta, que gastaba un geniazo como un perro!”, Martina entonces rogaba al compadre que intentase convertir á su marido, que le hablase al corazón; y el tabernero prometía hacerlo con mucha eficacia y alegando mil razones persuasivas.—Pero, compadre, escuche y



perdone—interrogaba la pobre apaleada.—¿Qué quejas da de mí mi marido?—Como quejas, nada; fantesías, antojos, rarezas... Qué el caldo estaba salado, y á él le gusta con poca sal... Que el pan estaba medio crudo... Que le faltaba un botón al chaleque...—Yo me emendaré, compadre... A fe que de hoy en adelante no ha de notar falta ninguna.—Y en efecto, redoblando el cuidado y el cariño, Martina se descuajaba por quitar pretexto á las atrocidades de su hombre.

La casa marchaba como trompo en uña: la comida era gustosa, dentro de su pobreza; los suelos andaban barridos como el oro, y ni con poleas y cabrias se podían arrancar los botones del *chaleque* del tío Pedro. Así y todo, éste encontraba ingeniosos recursos en que fundar la consuetudinaria solfa. Por poco que duerma la buena voluntad, anda más despierta la mala, que nunca pega ojo.

Sin embargo, como también las costillas doloridas y brumadas infunden sutileza, Martina, á fuerza de paciente estudio, de

hábil observación, de minuciosa solicitud y de eficaz memoria, llegó á amoldarse á los menores caprichos, á las más ridiculas exigencias de su cónyuge, bailándole el agua de tal manera, que el tío Pedro no acertaba ya á buscar salida para enfadarse. Mas no era hombre de tropezar en tan poco, y he aquí lo que discurrió para no dar reposo á la estaca.

Consistia generalmente la cena de los esposos en una taza de caldo guardado de mediodía, y unos huevos fresquitos, postura de las gallinas del corral. Deseosa de complacer al amo y señor, Martina se esmeraba en variar el aderezo de estos huevos, presentándolos unas veces fritos, escalfados otras, ya pasados, ya en tortilla. Pero el tío Pedro empezó á cansarse de tales guisos y á pedir, con sus buenos modos de costumbre, que se los variasen: y una noche que gruñó y renegó más de la cuenta, su mujer se atrevió á decirle con gran dulzura:

—Hombre, ¿qué guiso te apetece para los huevos?

La respuesta fué una terrible guantada, mientras una voz cavernosa decía:

—¡Los quiero arrefalfados! ¡Arrefalfados!

Con el dolor y el susto, Martina no se atrevió á preguntar qué clase de aderezo era aquel; pero á la noche siguiente preparó los huevos por un estilo que le había enseñado una vecina, ex-cocinera de un rico hacendado lugués.

El plato trascendía á gloria cuando entró el carretero muy mal engestado y se sentó sin contestar á su mujer, que le daba las buenas noches. Con mano trémula depositó Martina sobre el artesón que servía de mesa el apetitoso guiso... Y su marido ¡siniestro presagio! callado, fosco, sin soltar la aguijada con que picaba á los bueyes de su carreta. Al divisar el guiso, una risa diabólica contrajó su rostro; apretó la vara y levantándose terrible, exclamó:

—¡Condenación del infierno! ¿No tengo dicho que los quiero arrefalfados?

A estas frases siguió un recio varazo

en las espaldas de Martina, seguido de otro que se quedó un poco más cerca del suelo; y tal fué la impresión, que la infeliz hubo de exclamar con voz de agonía:

— ¡Váleme, San Pedro! ¡Váleme, San Pablo!

Algún efecto produjo en el carretero la invocación, porque conviene saber que en la parroquia se profesaba devoción ferviente á las imágenes de estos grandes Apóstoles, dos efigies muy antiguas que adornaban la iglesia desde tiempo inmemorial. Pero poco duró el respeto religioso, pues el marido, volviendo á enarbolar la vara, alcanzó á su mujer de un varazo en la cintura, tan recio y cruel, que Martina hubo de echar á correr, exclamando:

— ¡Ay, ay, ay, ay!... Socorro, vecinos... Que me mata este hombre.

Disparada como un venablo atravesó la aldea, hasta refugiarse en la taberna del compadre Roque, á quien encontró disponiéndose á atrancar la puerta, porque á semejante hora de la noche no contaba ya con parroquianos. Causóle gran

sorpresa la llegada repentina de la comadre, y viéndola tan sobresaltada y fatigosa se apresuró á brindarla "una pinga, que no hay otra cosa como ella para espantar los disgustos." Bebió Martina, y ya más confortada, refirió, entre hipo y sollozos, la tragedia conyugal. "Mire, ahora sí que estoy convencida de que aquel infame no tiene temor de Dios, ni caridad, ni vergüenza en la cara, y tira á acabar conmigo, á echarme á la sepultura...

„Que me reprendiese y me pegase tundas cuando notaba faltas, andando... Pero tenérselo todo á voluntad, matarme á hacerle bien la comida y todos los menesteres, y ahora inventar eso de los huevos arrefalfados, que un rayo me parta si sé lo que son... Compadre, por el alma de quien tiene en el otro mundo me diga qué son esos huevos...„

—Nunca tal guiso oí mentar, comadre —respondió el tabernero ofreciendo á la desconsolada otra *pinga*.—Es una bribonada de ese mal hombre, porque no encuentra chatas que poner y quiere arrear-

le. A fe de Roque que ha de llevar su mercedo. Comadre, déjeme á mí: V. calle y haga lo que yo le diga. Y ahora no piense en volver allá hasta mañana por la mañana...

— ¡Asús bendito!

— Lo dicho, no vuelva... Quédese aquí, que mal no le ha de pasar ninguno — profirió el tabernero mirándola con encandilados ojos. — Cena para los dos la hay, y más un vino de gloria, y castañas nuevas. Que no lo sepa en la parroquia ni el aire... En amaneciendo se va á su casita. Guíese por mí; descanse en el compadre Roque. Que me muera si dentro de dos ó tres días no ha de estar aquel brutón más amoroso que la manteca. Ya me dará las gracias.

— ¿Y si pregunta?...

— Ya arreglaremos lo que se ha de contestar... V. sosiegue, que yo tomo el negocio de mi cuenta.

Tan cansada, dolorida, asustada y hambrienta estaba Martina, que se dejó conencer, y saboreó el mosto y las tempr-

neras castañas. Antes de ser de día, envuelta en el *mantelo*, llamaba con temor á la puerta de su casuca. El corazón le pegaba brincos, creyendo sentir ya en sus hombros el peso de la tranca, ó en los carrillos los cinco mandamientos del indignado esposo. ¡Cosa rara, y explicable, sin embargo, por ciertas corrientes psicológicas á que obedecen las oscilaciones del termómetro conyugal! El tío Pedro la recibió con una cordialidad gruñona que en él pudiera llamarse amabilidad y galantería. “Mujer ó trasno, ¿de dónde vienes? Como vuelvas á marcharte así, ya verás... ¿Onde dormiste?,” “En el monte.”

“¿En el monte, condenada?,” “Por cierto, junto al puente, donde está la tejera de Manuel.” “El díaño que te coma, ¿y allí, qué cama tenías?,” “Las espinas de los tojos, mal hombre; pero Dios consuela á los enfelices y castiga á los sayones rematados como tú; ya te llegará la tuya, verdugo.” “Demasiado hablas,”—refunfuñó el carretero, queriendo desplegar gran

Escarmentailo un poco, para que sepa cómo duele.

Al paso tardo de los bueyes, que mugían de nostalgia conforme se acercaban al establo, adelantaba el tío Pedro por el caminito estrecho y escabroso que limitaba de una parte el monte y el río Miño de otra. Apuraba al ganado, porque sin explicarse la razón, aquel día deseaba verse en su hogar despachando su cena, y la noche se había entrado muy pronto, como que corría entonces el solsticio de invierno. El carretero aguijaba á la yunta con la misma vara que le había servido para medir el costillaje de su esposa el día anterior. La luna, asomando por entre negros nubarrones, alumbraba medrosamente el paisaje, el agua triste del río, el monte próximo, los árboles decalvados por la estación invernal. Un estremecimiento de pavor heló el espíritu del carretero al acercarse al puente y ver blanquear las tapias de la tejera en la falda de la colina. De repente el carro se detuvo, y al resplandor lunar, dos figuras tre-



neras castañas. Antes de ser de día, envuelta en el *mantelo*, llamaba con temor á la puerta de su casuca. El corazón le pegaba brincos, creyendo sentir ya en sus hombros el peso de la tranca, ó en los carrillos los cinco mandamientos del indignado esposo. ¡Cosa rara, y explicable, sin embargo, por ciertas corrientes psicológicas á que obedecen las oscilaciones del termómetro conyugal! El tío Pedro la recibió con una cordialidad gruñona que en él pudiera llamarse amabilidad y galantería. “Mujer ó trasno, ¿de dónde vienes? Como vuelvas á marcharte así, ya verás... ¿Onde dormiste?,” “En el monte.”

“¿En el monte, condenada?,” “Por cierto, junto al puente, donde está la tejera de Manuel.” “El diaño que te coma, ¿y allí, qué cama tenías?,” “Las espinas de los tojos, mal hombre; pero Dios consuela á los enfelices y castiga á los sayones rematados como tú; ya te llegará la tuya, verdugo.” “Demasiado hablas,”—refunfuñó el carretero, queriendo desplegar gran

aparato de enojo, pero subyugado indudablemente por el tono y acento de su mujer. "¿Quién te ha dado ese gallo que traes?", "Quien puede.", "Como yo sepa que andas en chismes con las vecinas y aconsejándote de brujas...te he de brear.", "No fué bruja ninguna, ladrón; no fué sino Dios del cielo, que ya se cansa de aguantar tus perradas..." "Mismamente Dios te vino á ti con el recadito.", "Dios, no; pero San Pedro y San Pablo, si; que los vi tan claros como te estoy viendo, y con la mar de angelitos alrededor, y unas caras muy respetuosas, y unas barbas que metían devoción; y me dijeron que ya te ajustarán las cuentas por estarme crucificando.", "A callar y á tu obligación, lenguatera.", Atónita Martina de ver que su tirano no pasaba á vías de hecho, obedeció y se ocupó en labores domésticas, mientras el carretero, algo cabizbajo y mohino, preparaba su carro para acarrear leña á Lugo.

El mismo camino tomó el tabernero Roque, y apenas llegado á la ciudad, se

dió á buscar á un su amigote, barbero por más señas, con quien celebró misterioso conciliábulo; y entre tajada de bacalao y copa de aguardiente, trazaron la broma que habian de ejecutar aquella misma noche. Para el objeto se procuraron una sábana blanca, una manta colorada, dos barbas postizas, dos pelucones de cerro y una linterna. La hora del anochecer sería cuando tabernero y barbero se apostaron cerca del puente, por donde el carretero tenía que pasar á la vuelta con el carro vacío. Ya se habían disfrazado los dos cómplices, riendo á carcajadas y auxiliados por Martina, que ajustó al uno las barbas largas y el manto rojo de San Pablo, y al otro la sábana y el pelucón del primer pontífice. Y cuando ambos Apóstoles, empuñando sendos garrotes, ó mejor dicho, claveteadas *mocas*, se ocultaron á corta distancia del puente, Martina tuvo un escrúpulo, y les dijo con suplicante voz:

—No me manquéis á mi hombre, que al fin él es quien gana el pan de los rapaces.

Escarmentailo un poco, para que sepa cómo duele.

Al paso tardo de los bueyes, que mugían de nostalgia conforme se acercaban al establo, adelantaba el tío Pedro por el caminito estrecho y escabroso que limitaba de una parte el monte y el río Miño de otra. Apuraba al ganado, porque sin explicarse la razón, aquel día descaba verse en su hogar despachando su cena, y la noche se había entrado muy pronto, como que corría entonces el solsticio de invierno. El carretero aguijaba á la yunta con la misma vara que le había servido para medir el costillaje de su esposa el día anterior. La luna, asomando por entre negros nubarrones, alumbraba medrosamente el paisaje, el agua triste del río, el monte próximo, los árboles decalvados por la estación invernal. Un estremecimiento de pavor heló el espíritu del carretero al acercarse al puente y ver blanquear las tapias de la tejera en la falda de la colina. De repente el carro se detuvo, y al resplandor lunar, dos figuras tre-

mendas, saliendo de la sombra que proyectaba el arco del puente, se plantaron en mitad del camino. Eran los mismos Apóstoles del retablo de la iglesia, San Pablo con sus barbas hasta la cintura y su manto colorado, San Pedro rechoncho y calvo, con su cerquillo de rizos y su blanca túnica sacerdotal. Sólo que en vez de la espada y las llaves, los apóstoles enarbolaban cada tranca que ponía miedo, y á compás las dejaban caer sobre los lomos del cruel esposo, gritando para animarse más al castigo:

—;Pega tú, San Pedro!

—;Pega tú, San Pablo!

—;Estos son los huevos...

—Arrefalfadoos!

.....

El carretero se arrastró hasta su casa gimiendo, sin cuidarse de carro ni de bueyes. Llevaba las costillas medio hundidas, la cabeza partida por dos sitios, la cara monstruosa. Quince días pasó en la cama sin poderse menear. Hoy anda como

si tal cosa, porque los labrigos tienen piel de sapo; y lo único en que se le conoce que no pierde la memoria de la zurra es en que, cuando Martina le presenta cariñosamente el par de huevos de la cena, preguntándole si "están á gusto," él contesta aprisa y muy meloso:

—Bien están, mujerina; de cualquier modo están bien.





## DON FRANCISCO DE QUEVEDO

CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE (1).

### I

Nuestra decadencia.—Por qué dura la popularidad de Quevedo.—Mocedades.—Aventuras.—Período de privanza con el grande Osuna.—La conjuración de Venecia.—Quevedo en desgracia.—Nueva y brillante etapa de favor.—Santa Teresa y Santiago.—Confiamiento.—Vuelta á la corte.

**E**L libro de donde voy á destacar la figura de un escritor que sigue siendo popularísimo en España dos siglos y medio después de muerto, se ha publicado seis años hace, y, sin embargo, dudo que haya perdido, no ya la actualidad, sino la virginidad ante la crítica española. No tengo noticia de que nadie haya emitido parecer sobre el *Quevedo* de Merimée, y así lo

(1) *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo* (1590-1645), par E. Merimée, Docteur en lettres, maître de Conférences à la Faculté des Lettres de Toulouse.—Un tomo en folio.—Paris, 1866.

doy y diputo por novísimo y flamante, considerando que el período de juventud no puede ser el mismo para una novela que para un tan completo estudio crítico, biográfico y bibliográfico. Esto baste á explicar por qué, contra mi costumbre en el **NUEVO TEATRO CRÍTICO**, vuelvo atrás la vista y tomo en cuenta el *Quevedo*, ó, por mejor decir, me apoyo en él (sin desatender el estudio de D. Aureliano Fernández-Guerra) para escribir sucintas reflexiones sobre la vida del Luciano español.

Ante todo diré que las breves páginas dedicadas por el autor francés á prefacio de su libro, infunden en mi alma patriótica melancolía. " Aunque las literaturas extranjeras—dice Merimée—solicitan hoy más que nunca la atención de los literatos y la curiosidad del público, la española es víctima de cierto género de desdén, y no sirve reponerse contra este prejuicio. Los que de letras españolas tratamos, vamos escaseando cada día más: nuestros nombres caben holgadamente en



un renglón... Mis compatriotas prefieren atenerse al perentorio dictamen del Persa de Montesquieu, repitiendo con él que no hay en España sino un libro bueno, y es el que demuestra la necesidad de los restantes... Dolorosa es ya la noticia del juicio que, según Merimée, merecemos á los franceses (y yo, de lo que aprendí cuando residía en Francia, deduzco que Merimée no exagera); pero detrás viene el trago más amargo, y es que según el mismo sabio hispanófilo, nuestra decadencia política corre parejas con la literaria, y ni de la una ni de la otra se ve el fin; la gloria de nuestras letras ha naufragado al par que nuestra grandeza, y no volverá á salir á flote; nuestra misma habla, aunque no se le pueda regatear cierta riqueza y energía, cae en el olvido, como lengua de tribu salvaje, y ya el que emprende estudiar un punto de nuestra historia literaria es explorador de ruinas, donde sólo moran la lechuza y el cárabo...

¡Triste, muy triste, si no tuviésemos para consuelo negativo la afirmación rei-

terada de la decadencia general latina, y para consuelo afirmativo, más noble y alto, la esperanza legítima que deben infundirnos los setenta millones de almas que aquende y allende el mar hablan esa lengua, en Francia sentenciada á muerte! Rechacemos, pues, la copa de acíbar, y discurremos sobre la eminente y singular personalidad literaria que con tan claro método y tal riqueza de conocimientos analiza Merimée.

Muchas y muy complexas son las causas que influyen en la persistencia de la popularidad de Quevedo, y de la indulgencia y cariño con que por lo regular se le sigue juzgando, mientras se despliega cierta severidad para calificar la vida privada de Miguel de Cervantes, y se estigmatiza con infamantes censuras todo un aspecto de la de Lope de Vega. Como el espacio de estas páginas me impone en primer término el deber de condensar, reduciré las múltiples razones de la viva simpatía que aún despierta Quevedo, á tres solas y principales: primera: Que-

vedo, aunque tan cortesano y palaciego, tiene la habilidad de representar *la literatura de oposición*, cara á nuestro indisciplinado espíritu; segunda: Quevedo, á pesar de su actitud de satírico sustigador, apenas emite una idea nueva; no se aparta un ápice, en lo esencial, del común sentir del vulgo nacional de su tiempo, que es todavía el de mucha parte del vulgo del nuestro; tercera: Quevedo, aunque siempre rondó al pié del trono y en la antesala de los favoritos, ni desempeñó altos puestos de esos que concitan la envidia, ni granjeó extraordinarias riquezas, y terminó su existencia sufriendo *persecución por la justicia*, lo cual es ya una aureola aquí en España, donde (no sin razón) tememos á la *justicia* más que á los malhechores. Por estas tres causas Quevedo ha sido absuelto, ó, mejor dicho, no ha sido examinada rigurosa é implacablemente su conducta, á pesar de que, si le aplicamos el microscopio con el cual se han registrado otras biografías de escritores, no quedará del todo bien parada la mora-

lidad del filósofo estoico y agudísimo poeta.

Conozco que la afirmación, así descarada y en abreviatura, sale áspera, hierre y lastima; y, no obstante, del libro de Merimée y aun del estudio de D. Aureliano Fernández-Guerra, leído entre líneas, se infiere lo que en cifra acabo de indicar.—Ya me parece oír la protesta, que se alza siempre que en la vida del hombre que fué alta gloria nacional aparecen manchas más ó menos sombrías. ¿A qué rasgar el velo del santuario? ¿No fuera mejor respetar lo que sólo pertenece al sagrado de la conciencia ó á los misteriosos repliegues del corazón del hombre, "selva de espesura", como dijo Alfonso el Sabio? ¿Qué vamos ganando con adquirir la triste persuasión de que siempre dominan el barro y la escoria en la masa de que somos hechos?

La verdad—contesto yo—tiene de suyo tal fuerza, hermosura y virtud, que nunca se le debe cerrar el camino, pues rara vez deja de contener en su cristalino

pomo esencia de enseñanza. Por otra parte, en Quevedo apenas hay *vida privada* propiamente dicha. Dificilmente se encontrará escritor que más intervenga en la vida pública de su siglo: sus yerros son propiamente los de su época, y por eso mismo encierran elocuente lección y doctrina para nosotros, pues antes que datos para el conocimiento de un individuo, lo son para el de una sociedad. Ni aun solamente por tal concepto es la vida moral de Quevedo significativa, sino también porque la evolución de su carácter ofrece el espectáculo edificante de un espíritu que con los años se fortalece y acendra, y llega por fin á manifestar resplandores de belleza, dejando precipitarse al fondo los impuros residuos de bastardas pasiones. Demostración consoladora de que las grandes inteligencias se remedian á sí mismas, sin otra medicina que la experiencia y la reflexión, y mientras la colectividad descende (como sucedía en tiempo de Quevedo), ellas solas ascienden hacia la luz y el bien.

D. Francisco de Quevedo era por su linaje y familia un hidalgüelo de gotera (á pesar del famoso y disputado señorío de la Torre de Juan Abad); su padre y madre ejercieron cargos domésticos en la casa Real, porque ya comenzaba para los nobles la infausta era de la servidumbre palatina. El admirador de Epicteto creció entre las faldas de las camare-  
ras. Observa Merimée que Quevedo no evoca jamás los recuerdos de sus primeros años; la observación es aplicable á casi todos los escritores de entonces, rudamente viriles y ajenos á este lirismo de la infancia que hoy ablanda los corazones y que el gran Shakespeare (escritor humano *completo*) hizo vibrar en algunas de sus tragedias. La infancia, para aquellos siglos españoles, era cosa risible: «viruelas, baba y moco.». Con oportunidad cita Merimée la única poesía de Quevedo en que hay reminiscencias infantiles: el romance que empieza así:

« Paríome adrede mi madre:  
¡Ojalá no me pariera!

Aunque estaba, cuando me hizo.  
De gorja naturaleza...»

pues el tal romance justifica el dicho del erudito francés, que ó nunca estampa Quevedo el nombre de las personas más allegadas, ó lo estampa en lugar y tono inconvenientes; véase una muestrecilla:

« Murieron luego mis padres,  
Dios en el cielo los tenga,  
Porque no vuelvan acá  
Y á engendrar más hijos vuelvan.»

Si consideramos que hoy — cuando los amantes del tiempo viejo lloran perdida la santa autoridad paternal — nadie se atrevería á hablar en ese tono de la muerte de sus padres, quizá nos parezca que el nivel moral ha subido.

Aunque el Sr. Fernández-Guerra habla de la adelantada orfandad de Quevedo y explica su libertinaje precoz por la falta de madre que vele en la infancia y que encamine la juventud y siembre en los corazones la semilla del amor puro, la verdad es que, según documento que el mismo Fernández-Guerra exhibe, tenien-

do Quevedo diez y ocho años le vivían aún su madre y dos hermanas, por lo cual hay que atribuir las apicaradas costumbres de la mocedad de Quevedo á cierta conformidad entre su temperamento y el medio ambiente de Alcalá de Henares, donde terminó sus estudios principados con los jesuitas. Es el vivir de Quevedo en Alcalá muy semejante á las "escenas de la vida de Bohemia," tantas veces narradas por los escritores del moderno romanticismo, con la diferencia característica de que en el bohemio hay lirismo, ensueño é ideal—cosas todas que en Quevedo ni buscadas con candil se encuentran.—En cambio, si el "capigorrón," de Quevedo entretenía con sus diabluras á los escolares, haciendo donaire del vicio y gala de la travesura, la verdad es que batía bien el cobre del estudio, adquiriendo fortísima cultura en filosofía, teología, humanidades y lenguas clásicas, con aquel anhelo hidrópico de adquisición intelectual que distingue á las magnas figuras del Renacimiento.



Cuando Quevedo deja las aulas, no sólo se lleva ese enorme lastre (á trechos útil y á trechos embarazoso para el escritor propiamente dicho), sino que hay en su alma un caudal de desilusión y de amarga ciencia experimental: la materialidad y venalidad del amor, el trato con pelanduscas y busconas, las fáciles aventuras; el roce con la turba escolar, con los famélicos porcionistas y los cínicos sopistas rotos y mugrientos, todo fué parte á imprimir al ingenio de Quevedo una dirección peculiar que indudablemente respondía á secretas afinidades de su espíritu. En medio de aquel truhanesco concepto de la vida, dos nociones muy elevadas surgían incólumes: la sinceridad y vigor de los estudios, y el valor, probado en lances de espada de que diariamente eran testigos las callejuelas de Alcalá. En ambos puntos sobresalió Quevedo, y en el valor fué extremado siempre, caso raro en escritor procaz y satírico.

Muerto Felipe II, cayó en poder de su débil hijo el pesado cetro de la vasta

monarquía española, que ya menguaba y decaía de su esplendor con pavorosa rapidez. Las letras, en cambio, nunca habían florecido con tanta lozanía; la cantidad y calidad de sus cultivadores obligan á inclinar la cabeza ante el primer período literario del siglo xvii. ¿Qué estrella regia entonces nuestros destinos para que así, apretados como árboles en floresta, surgiesen genios tan milagrosos—poetas, dramaturgos, novelistas, historiadores? Ni pudo sofocarlos el vicioso matorral de medianías—porque entonces era moda escribir, y escribían los ministros, los príncipes, los magnates, las damas y los religiosos, en espera del advenimiento del monarca llamado á engrosar la lista de *ingenios de esta corte*.—No obstante—advierte con mucha sagacidad Merimée—bajo el influjo de causas profundas que se enlazan con la misma historia de España, asoman ya signos inequívocos de cansancio, de senilidad precoz; el pensamiento desmaya, el ingenio se agota, la originalidad se pierde, y la ri-

queza de la forma no logra encubrir la inopia del fondo. El ideal católico y monárquico, preparado por la laboriosa y austera gestación de la España de la Edad Media, ha brillado de pronto con la riqueza de colores del iris, y ya se disipa, dejando tras sí la negrura del horizonte y la caliginosa densidad del ciclo. Quevedo, que es uno de los talentos más ricos de savia de aquel período, es á la vez uno de los que más visiblemente presentan el signo de su caducidad.

A los veinticuatro años, Quevedo goza ya de reputación por versos festivos y humoradas en prosa, y su activa correspondencia con el viejo y eminente humanista Justo Lipsio prueba que las aficiones serias y cultas no le abandonaban en tan peligrosa y crítica edad. No por eso era su vida de mayor recogimiento que en Alcalá, sino que entretejía los estudios con los placcres de la disipación. Mientras filosofaba á lo burlesco en los *Sueños*, reñía á estocadas en la calle Mayor con el capitán Rodríguez, y recorría

en persona "el mundo por dedentro," y la "casa de locos de amor." Por entonces ya trataba Quevedo de buscar árbol que le diese sombra,—protección y arrimo de magnates, necesaria, no sólo para medrar, sino para no ser arrollado en la lid cortesana,—dedicando al "grande Osuna," sus versiones de Anacreonte: en breve, confiado á D. Pedro Girón el virreinato de Sicilia, salta Quevedo camino de Italia, á reunirse con el ilustre magnate y poner tierra en medio, no sólo por el duelo con el capitán Rodríguez y el lance contra varios enemigos en la calle de Francos, sino á causa de otra riña de origen muy loable, pues lo tuvo en defender Quevedo á una dama desconocida contra un mal caballero que en público la abofeteó.

Corta es por entonces la residencia de Quevedo en Italia: muy luego vuelve á España y hace ejercicios filosófico-rurales en los llanos de Montiel, donde se asienta la Torre de Juan Abad. En la plenitud de su vida y de su exuberante edad

viril, mal podría sentir Quevedo (aunque su naturaleza fuese contemplativa, que no lo era) el precio de la dulce paz y serenidad aldeana. Lo único que nota con prosaica lucidez, son las ventajas prácticas de la vida del campo: la bolsa que engorda, el cuerpo que se repone y fortalece, el tiempo que sobra, y el gustoso sabor de las villanas sayazas, que visten carnes frescas y sin afeite, mozas sanotas y baratas de conquistar, pues para ellas supone un pellizco lo que para las cortesanas un diamante: (y perdone el lector la ordinariéz de la égloga, que no es culpa mía si Quevedo hallaba incentiva esa sencillez *rusticana*, no siempre perfumada, á falta de almizcle, con el buen olor del aseo). Mas la temporada de retiro, de escritos pios, cuidados profanos y reparo de la hacienda que determinó la estancia de Quevedo en la Torre de Juan Abad, no podía ser muy duradera: al poco tiempo, renegando ya de sus geórgicas, volvióse á Sicilia, donde le esperaban muchos y muy dramáticos sucesos.

Era el grande Osuna hecho de molde para entenderse y convenirse en genio y humor con D. Francisco de Quevedo; así le retrata Merimée: "Su expeditivo método de administrar justicia; su afición á bur-las y engaños reideros; su desprecio de los convencionalismos burgueses; en una palabra, la mezcla de extravagancia y buen sentido que se advierte en todos sus actos, presentan con el carácter y las ideas de Quevedo similitudes que explican la simpatía que les unió desde un principio y perseveró hasta el fin. La compañía de Quevedo no era solamente deleitosa y recreativa para el virrey, sino que el poeta celebrado de todos los ingenios madrileños comunicaba brillo á la reducida corte de Palermo ó de Nápoles. El Duque también picaba en poeta, y sobre todo en Mecenas de literatos, sabios y artistas: Quevedo fué, como dice con sumo acierto el escritor francés, su ministro de Fomento literario. Paremos la atención en este período de la vida de Quevedo, que es quizá el menos conocido

de su historia, y, sin embargo, uno de los que mejor descubren y retratan sus aptitudes y su carácter.

Como brazo derecho del duque de Osuna, Quevedo fué encargado de la importante comisión de pasar á Niza á explorar las voluntades de aquellos moradores, deseosos de ponerse bajo el protectorado de España. Alborotados los ánimos, el secretario del duque de Saboya había sido asesinado y arrastrado por las calles: mas no era Carlos Manuel hombre que se dejase burlar y quitar de entre las manos el poder supremo, y pidiendo refuerzo de tropas que trajo su hijo el príncipe Tomás, ejecutó tremenda justicia y degüello de sospechosos. Hallábase Quevedo de *ocultis* en Niza: temió el emisario de Osuna que recayese la venganza sobre la familia que le hospedaba, y huyó por mar á Génova, salvando, á la vez que su persona, la del hijo é hijas de su huésped.—Poco después, el Duque, deseoso de obtener el virreinato de Nápoles, confió á Quevedo el cargo de gestionarle tan

elevado puesto en la corte de las Españas; y el satírico que había de fustigar el cohecho y la venalidad de las costumbres políticas, llevó plenos poderes para untar los carros, aunque ya estaban "más untados que brujas.". Suerte común de todo satírico que no sea un santo como Jacopone de Todi: condenar vicios en que él mismo se revuelca.—Fué el tal viaje de Quevedo á España asaz peligroso: á su paso por el Rosellón, prendiéronle tres veces. Llevaba consigo el *Donativo ó Servicio* para el Rey. "Recibiéronle en la corte—escribe Merimée—con los miramientos debidos al portador de cuatro millones y medio.," Entregado el grueso confite regio, comenzó la distribución de grajeas, ó dígase el sistema de soborno: la ralea cortesana se arroja sobre la presa: Quevedo escribe al virrey que los hombres se han vuelto rameras, y que sólo los tiene quien los compra, desde el confesor del Rey Fray Luis de Aliaga, hasta el duque de Uceda y el altivo marqués de Siete Iglesias. Quevedo, con el



epigrama en los labios, mete el brazo hasta el codo en la podredumbre, y compra, no conciencias (pues no las había), sino voluntades, mientras en su alma se acumula la hiel satírica, que, como veremos, sólo espera sazón oportuna de rebozar. Osuna triunfa: suyo es el virreinato de Nápoles.

Ocurre por entonces algo que sugiere á Fernández-Guerra una frase durísima para Quevedo, frase que trasladaré íntegra, porque yo no acertaría á decir nada que tan claramente demostrase la sequedad de corazón que en el Luciano español se advierte. "Embebecido Quevedo con la batahola de negocios, manejos y cábalas, vió caer en el sepulcro, desde el olvido y la pobreza, al anciano venerable á quien debió el mayor cariño y en cuyas obras tantas veces tomó vuelo; al manco sano, al escritor alegre, al regocijo de las musas, á la más grande gloria del ingenio humano; y el cortesano que se deshizo en alabanzas junto al féretro de un adinerado poeta *culto*, no tuvo ni si-

quiera una flor que arrojar sobre la tierra que oprimía los restos de Miguel de Cervantes Saavedra.», Y por si no basta, añade el sabio colector y corrector de la edición de Quevedo: «A fuer de político mafioso é interesable, fué menos descuidado en estrechar desde Madrid los vínculos de amistad que le unian en Sicilia con tan ilustres personajes como...» (Aquí una lista de gente copetuda, de esa cuyo trato solían entonces y suelen ahora frecuentar los vividores.)

Encargado ya el Duque del virreinato de Nápoles, le vemos compartir con Quevedo una racha justiciera, visitando las prisiones y administrando justicia con ese criterio expeditivo y radical tan simpático al pueblo. La consigna era entonces captarse simpatías, y Quevedo, en quien dominan más la inteligencia y la ambición que la codicia, se presta admirablemente á ese fin. No es seguro que Quevedo saliese de la nueva etapa con las manos horras y limpias—ni la costumbre autorizaba ciertamente tales derro-

ches de integridad catoniana;—pero sí que fué beneficiosa su gestión en la averiguación de los fraudes á la hacienda Real, que hoy llamaríamos *filtraciones*. De todas suertes, va mucha diferencia de Quevedo gobernante á Quevedo autor de *La política de Dios*.

Si en esto se prestó Quevedo á las miras del grande Osuna, tampoco anduvo remiso en asociarse á su vida privada, asaz más libre y rota de lo que convenría á hombre colocado en tan alto solio. Misteriosas aventuras nocturnas y públicos galanteos escandalosos fueron el tributo que pagó la fogosa complexión de Quevedo al aire muelle y tibio de Nápoles. Aquella amistad íntima y estrecha entre poeta y magnate se completó, cual la del duque de Sessa y Lope, por medio de la confianza y mancomunidad en negocios de galantería, mancomunidad que siempre humilla algún tanto al establecerse entre el superior y el subordinado, aunque las ideas del siglo xvii fuesen en este punto bastante menos rígi-

das que las admitidas hoy. Lo único que me mueve á advertir esta similitud entre Quevedo y Lope, es el anatema fulminado contra este último, acusado de tercera vergonzosa cuando el Sr. Barbieri publicó su correspondencia; el mismo anatema lanzado contra Quevedo por el libelista Fulvio Valerio.

Bullía entonces en la mente de Osuna el deseo de echar por tierra el señorío marítimo de la república veneciana. Quevedo se adhirió á este plan con el mismo ardor que á todas las empresas de su dueño, y ejerció misión diplomática cerca del Papa, y tornó á Madrid con buena provisión de unto dorado, á fin de hacerse los lares propicios. Fué su viaje no menos arriesgado que el primero, y su estancia en Madrid otro chapuzón en el cielo de aquel cohecho descaradísimo; una distribución de ducados á derecha é izquierda, una lluvia de oro que recogieron en sus arremangadas faldas las impúdicas Danaes de la corte. Entre chirigota y chirigota, Quevedo va untando el carro,

como si tuviese vocación especial para este ministerio.

Servicio que no sé si llame propio de conciencia más elástica, fué el que pres-  
tó Quevedo con objeto de facilitar el  
enlace del marqués de Peñafiel, hijo del  
duque de Osuna, con la hija del duque de  
Uceda, boda muy conveniente á la seguri-  
dad del turbulento virrey. Es el caso que  
el joven marqués andaba prendadísimo  
de cierta doña Julia, y negábase á dar su  
mano á la hija del favorito. Parvidad de  
materia para los escrúpulos que se gas-  
taban entonces: Quevedo trazó el rapto  
de la dama—por más señas que costó dos  
mil ducados—y doña Julia desapareció de  
Madrid, y su enamorado, á la fin y á la  
postre, llevó al altar á la señorita de  
Uceda.

En esta época de la vida de Quevedo  
(digo el tiempo de su absoluta privanza  
con el grande Osuna) hay tal plenitud, tal  
riqueza épica, que aun comprendiendo  
que no siempre se puede cohonestar ante  
la moralidad la conducta de Quevedo,

también creo que el hombre superior que interviene como actor principal en casos tales, ha de salir de ellos dueño de un caudal riquísimo de experiencia, y además grandemente corroborado en voluntad y energía. ¿Donde hay interés mayor que el de la lucha secreta, cuerpo á cuerpo, entre Quevedo y la república veneciana, á quien Fernández-Guerra califica de "república ramera," y que, ramera ó no, cruel y falsa, romántica y misteriosa, me parece siempre una hermosísima Salomé del Ticiano, que fascina la imaginación y los sentidos del artista?—El hidalgo español (pero un hidalgo español podía en el siglo xvii emprenderlo todo) osaba poner asechanzas al poderío de la reina del Adriático, de la cual dijo (con admirable penetración de la pérfida duplicidad, del caracter de *abismo del mar* que distingue á Venecia en la historia) que era "el chisme del mundo y el azogue de los principes; una república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar; más dañosa á los amigos que á los enemi-

gos, y cuyo abrazo es una guerra pacífica.

Cuando Quevedo regresó á Italia, cumplida su segunda comisión de *untos* en Madrid, la gente andaba alborotada contra los españoles, por los manejos de Venecia y del duque de Saboya. Llovían libelos y proclamas, y Merimée supone con razón que en esta guerra de pluma no había de quedarse atrás Quevedo. Quedan de entonces escritos y papelones á favor de España, donde se cree reconocer las huellas de la pluma del "poeta de cuatro ojos".—Poco se tardó en pasar de las palabras á las obras.—A fines de Mayo de 1618, Quevedo entraba disfrazado en Venecia, en momento tan crítico y arriesgado, que de los secretos cónclaves de los Diez y de la fértil imaginación de un fraile (no sin algún fundamento que prestarían los hechos) salía la célebre conjura de Venecia, cantada por Saint-Real. En la plaza de San Marcos, la brisa marina oreaba racimos de ahorcados; las mudas paredes de los horribles calabozos

subterráneos, ó *pozos*, parecían estremecerse con los gemidos de las víctimas hacinadas allí; en las canales flotaban cadáveres, y Jacques Pierres, metido en un saco, era arrojado al fondo del mar.—Este lujo de terror tenía por objeto desbaratar el complot que se suponía fraguado contra la ciudad de los Dogos por España y el virrey de Nápoles. Quevedo debió su salvación en tan extremo peligro á aquello mismo que ha salvado y salvará su gloria en el terreno de las letras: á un disfraz picaresco y popular, á los andrajos de mendigo con que se vistió y que burlaron á los esbirros encargados de co-serle á puñaladas. El consejo de los Diez hubo de contentarse con quemar á Quevedo en efígie, en la plaza pública.

Respecto á lo que hubiese de verdad en la tal conjura, considero que anda más cerca de la razón Merimée que Fernández-Guerra, pues este último cree que fuese todo pura invención ó ardid del gobierno de la "república ramera," y aquél hace la natural objeción de que, si



no había sombra de ningún manejo sospechoso por parte de Osuna, mal se explica la presencia de Quevedo en Venecia, disfrazado y cubierto de harapos, en momentos tan críticos. Punto es este que tenía, según afirma Merimée, la virtud de volver al locuaz y desenfadado Quevedo mudo como la tumba. Lo más probable parece que no era el Gobierno español, sino Osuna mismo, por miras particulares, quien algo urdía contra el veneciano poder. "Quevedo—añade Merimée—pudo entonces haber sido víctima de la imprudente ambición de su amo...," Vieja historia de los instrumentos demasiado dóciles, de la masa sobrado dúctil en manos de los poderosos. Si en ella imprimen hierro de hostia, santificanla; pero ¡ay si en ella quieren marcar signo de infamial— Ya por entonces no germinaba, sino que bullía en el cerebro de Osuna la idea que expresó un aristocrático poeta, diciendo:

«Fue tan humilde, que el Rey  
le dió oficio de virrey,  
y aspira á dos letras menos»

En los conatos de independencia de Osuna no puede decirse, sin embargo, que, como en el obscuro negocio de la conjura, le auxiliase Quevedo; antes parece que desde el punto en que se hicieron sospechosos á España los manejos y armamentos del virrey de Nápoles, enfrióse algún tanto su amistad con el poeta. Comisionado éste por tercera vez para defender al Duque y sostener su influencia en Madrid, no tarda mucho en sustituirle nuevo emisario, y así concluye la historia de una privanza florida en la copa y amarga en la raíz, como suele ser el favor dispensado por los príncipes y magnates de la sociedad á los príncipes y magnates del ingenio. "Después de cinco años de servicios; después de tanta negociación importante y tanto riesgo corrido; después de haber aventurado vida y honra, volvía (Quevedo) mal visto de los gobernantes, abandonado de su protector, perseguido por odios implacables y dejando en pos de sí, en tierra italiana, fama de audaz aventurero, de esos que

lo mismo sirven para un fregado que para un barrido. ¡Bien cara pagaba Quevedo la admiración de algunos académicos *ociosi* de Nápoles, y la trivial cortesía del Padre Santo!

Este período de la vida de Quevedo, que termina con su destierro á Uclés y su confinamiento á la Torre de Juan Abad, es sin duda alguna el que más pone de manifiesto la inconsistencia de su carácter. Adaptándose siempre á la voluntad de Osuna, Quevedo soborna é intriga, si sobornar é intrigar le mandan; cultiva el placer y la disipación, si el Duque está de humor de solazarse, y se disfraza para misteriosas conjuras si el Duque siente prurito ambicioso. En una sola cosa no se desmiente ni se contradice: en el desahogo del ingenio y en el denuedo y bizarria con que se juega la vida. Y esto es, no ya lo bastante, sino lo que sobra para hacernos simpática la personalidad del "brazo derecho" del grande Osuna.

El confinado que se consumía en la Torre de Juan Abad vió lucir aurora de nue-

va esperanza cuando bajó al sepulcro el pío Felipe III y se inauguró el reinado de Felipe IV de la extraña y dramática manera que refiere Fernández-Guerra, después de narrar cómo vino á tierra el valido duque de Uceda, cómo D. Rodrigo Calderón entregó su cuello al verdugo y los poetas lloraron como cocodrilos al que vivo habían comido, según frase de Quevedo. "Estrépito de cerrojos y cadenas; tropel de alguaciles, estoques y alabardas, cercando casas de próceres y ministros, ó llevándolos por las calles públicas en mitad del día, alternaron con las fiestas y vltores de un pueblo que saludaba el sol de un nuevo reinado." Quevedo lo saludaba también. En desgracia bajo Uceda, iba á gustar otra vez con Olivares las dulzuras del cortesano favor. "Quevedo no perdió el tiempo: apenas llegaba á la Torre de Juan Abad la noticia magna, y ya dedicaba á Olivares la *Politica de Dios*, que tenía manuscrita. El poner bajo la égida del nuevo favorito un tan violentísimo ataque contra los favoritos, era ar-

did juntamente mañoso y osado. La fecha del libro hacía imposible todo error: las alusiones críticas no podían referirse al nuevo gobierno; y con todo eso, el autor adoptaba más diestras precauciones: celebraba, como Tácito, la bonanza de los tiempos, y se congratulaba de que, al fin y al cabo, sería libre el pensar y el decir, ¡caso en España raro y venturoso!

Muy poco después comentaba Quevedo la carta del rey D. Fernando el Católico y la enviaba á D. Baltasar de Zúñiga, con deliberado propósito (en este particular están conformes Fernández-Guerra y Merimée) de atizar la persecución contra el cardenal duque de Lerma, persecución que bien podía acabar en el cadalso. ¡Rasgo ingrato que pinta la apasionada y borrascosa índole de Quevedo! Además, la paráfrasis terminaba en postulación. Quevedo pedía se le alzase el entredicho. La obra aduladora se completó en los *Anales de quince días*, tan distantes de la noble y severa imparcialidad del historia-

dor, á pesar de las protestas de "intención desinteresada y ánimo libre."

Merimée nota sagazmente la suma habilidad con que sabe Quevedo expresarse respecto del prendimiento del duque de Osuna, á fin de no quedar mal con él y quedar todavía mejor con los que le prendieron; y también nota cómo en los *Anales* formula implícitamente contra el Duque graves é insidiosos cargos. Verdad que esta culpa supo Quevedo purgarla exhalando, al morir el Duque, aquel elegiaco clamor:

«Faltar pudo su patria al grande Osuna  
Pero no á su defensa sus hazañas:  
Diéronle muerte y cárcel las Españas,  
De quien él hizo esclava la fortuna...»

La rara franqueza y humor de Quevedo se transparentan en la carta con que remite al duque del Infantado los *Anales*. "Vea vuecelencia—le dice—si algo puede perjudicar á mi libertad, y táchelo de prisa antes que se trasluzga y me pretendan aumentar el peso del infortunio; que si bien es de gloria el martirio, aún no deseo

la palma. Y haga porque vaya pronto á servirle, no sea que se quede sin criado, porque de puro guardado se apolille, ó porque me aficione tanto á la clausura, que acabe en fraile quien nació para diablo. Confía sólo en vuecelencia este triste pájaro, que mal avenido con jaula propia, desea ir á acariciar á su amo., Nadie negará que esto más parece filosofía cínica que filosofía estoica. Y sin embargo, el que por rasgos de esta especie condene á Quevedo á perpetua bajeza, errará; pues una de las condiciones de aquel hombre singularísimo es la movilidad, la aptitud para lo grande como para lo mínimo.—Tantas gestiones y esfuerzos no quedaron estériles. A poco fué llamado á Madrid para declarar en la causa del duque de Uceda, con su casa por cárcel, y á la postre salió el único absuelto y libre de cargo.

Lo que había conseguido ya era la indulgencia, mas no el favor, que se hacía esperar, y cuya llegada apresuraba Quevedo con gran derroche de ingenio y tinta.

Nuevamente alejado de la corte, y apenas salvado de las tercianas y las barberiles sangrías que estuvieron á punto de enviarle al otro barrio, sacó de su redoma al nigromante Villena para hacerle vaticinar, con el advenimiento de Felipe IV, el siglo de oro.

«Y en estos tiempos que ensarto  
Veréis (maravilla extraña)  
Que se desempeña España  
Solamente con un *quarto*...»

El mismo deseo de calentarse al rayo del sol naciente dictó aquella bellísima y tan conocida *Epístola satírica y censoria*, comentario, en cincelados versos, de la pragmática relativa á la reforma de los trajes y supresión del lujo. Cuando un insigne poeta moderno español, D. Gaspar Núñez de Arce, habla de esta epístola como de un acto de independéncia y suprema energía, diciendo que «la generosa musa de Quevedo se desbordó como un torrente, llena de denuedo viril, manifiesta lo que puede el espejismo de la imaginación, al considerar la obra de arte



aislada y fuera del ambiente y las circunstancias que la inspiraron; pues cabalmente la famosa sátira, lejos de ser

«Arranque de dolor, de ese profundo  
Dolor que se concentra en el misterio»

ni mucho menos

«Cauterio  
Que aplicó sollozando al patrio imperio  
Miseró, desangrado y moribundo»

fué solamente, en sus propósitos, uno de tantos memoriales para lograr salir del confinamiento y entrar en Palacio y en la gracia del valido.

“El período—escribe Merimée—comprendido entre el primero y el segundo destierro de Quevedo, es una de las épocas más felices y brillantes de su vida. En condiciones tan propicias para desarrollar y exhibir sus cualidades como sus defectos, su ingenio, excitado por el aplauso, estimulado por la crítica, brota omnilateralmente, y pasa sin esfuerzo de los romances de germanía, juegos del vocablo y agudezas, á la poesía clásica;

del memorial histórico á las comedias. Era entonces cuando á la posada de Don Francisco concurrían todos los grandes y príncipes de la corte; cuando no hubo señor en España que con extraordinarias demostraciones no le honrase. A esta época de Quevedo, en la corte de Felipe IV, es á la que suelen hacer referencia las anécdotas, rasgos, humoradas y chascarrillos, en su mayor parte apócrifos, donde juega papel principal el maleante, travieso y cachidiabólico hidalgo, "flor de socarrones," según le llamaban sus enemigos.—Entre las malas notas que tenemos que dar á Quevedo durante su campaña cortesana, descuella la de haber abogado por el absolutismo monárquico contra las libertades forales, con ocasión del viaje regio á las provincias de Cataluña y Aragón. Al mismo tiempo andaba muy engolfado en disputar el patronato de España á Santa Teresa de Jesús, y mantenérselo á Santiago Apóstol: ardentísima controversia, en que gastó Quevedo no poco primor de pluma y gran ri-

fuerzo de teológica erudición. “Si ha de decirse todo — añade Merimée— sospecho que el enemigo de las mujeres no pudo ver sin cierto despecho involuntario la apoteosis de una mujer, por noble que fuese, y este sentimiento asoma la oreja al través de sus protestas de admiración por la Reformadora del Carmelo., No es pequeña gloria, entre las glorias altísimas de Santa Teresa, la de haber puesto freno á la lengua del autor de *Su espada por Santiago*. El discípulo de los jesuitas hubo de contenerse y hablar de Santa Teresa con reverencia profunda.— De todas suertes, la gresca promovida por la disputa entre santiaguistas y terecianos fué tal, que por ella comenzó á palidecer nuevamente el astro de Quevedo. Eran el Conde-Duque y el Rey partidarios de la Doctora de Ávila: mas no debió de ser este el único ni siquiera el principal motivo del destierro de Quevedo, sino, como piensa acertadamente Fernández-Guerra, que los muchos émulos del poeta procuraron persuadir al favorito

de que la péñola del satírico no permanecería muda en medio del hambre y desorden general que ocasionaba la mala administración de la monarquía.—Quevedo fué confinado otra vez á sus señorios de la Torre, pero el litigio del patronazgo estaba ganado: la Santa Sede confió al Apóstol del blanco corcel y la fulmínea espada, al Hijo del Trueno, la protección de las Españas: militares y no literarios eran nuestros númenes.

Por entonces comenzaba á templarse para el infortunio el ánimo de Quevedo. Con más conciencia y sinceridad que la vez primera aceptaba la soledad, y así escribía á su amigo Lucas Van Torre: "*Hic dierum vita producitur, horarum sensim labentium cursus astimamus, pretium tempori ponimus, famas facili et abundanti cibi vincitur...*", que son las mismas ventajas materiales advertidas y apreciadas ya en su primer época de vida campestre; pero añadía: "refúgiome como en seguro puesto en la doctrina estoica, de miedo á que la adhesión á cosas acce-

sorías venga á turbar la tranquilidad de mi alma. » Esta vez dice la verdad: Quedo se aproxima al puerto, sin llegar á él todavía.

Vuelto á llamar á la corte, encontró oposición más recia y desencadenada que nunca. Había sembrado vientos, y cosechaba tempestades: había esgrimido la sátira y el libelo, y con sátiras y libelos le apedreaban sus enemigos. El desconocido licenciado *Laureles*—tal vez el mismo que con el nombre de *Avellaneda* ocupa un puesto no despreciable en nuestras letras, como sombra del cuerpo de Cervantes—le decía que ya era hora de recoger velas, de imitar á Lope y de no vivir “sacrilegamente”, y, al mismo tiempo, Pacheco de Narváez denunciaba sus obras á la Inquisición. Entre tanto él defendía la administración del favorito ó ridiculizaba á los cultistas, ensañándose con Góngora. Y mientras andaba envuelto en estas lides, y el irritado embate de sus émulos socavaba los cimientos de su fortuna, el capricho de una noble dueña —

la condesa de Olivares — preparaba á Quevedo el misógino, á Quevedo el mo-  
fador de la santa coyunda, á Quevedo el  
bufón contra el Sacramento del matrimo-  
nio, á Quevedo el *semicapro*, un hogar,  
un lazo eterno... ; Quevedo iba á casarse!  
Creo que aquí bien podemos agregar la  
clásica frase: “capítulo aparte merece”.





# CARTAS

A UN LITERATO NOVEL

## IV

**S**i fuese verdad, ¡oh neófito!, que mis cartas le sirven á V. de guía y de faro, las entendería V. con mayor sutileza y no me dirigiria preguntas tan ociosas como aquella á que casi casi no debiera yo contestar. ¿No tiene algo de inocente, en los tiempos que corremos, inquirir si puede suceder que tanto como se conspira contra el tiempo del escritor, se conspira contra su bolsillo, en mayor proporción de lo que suele conspirarse contra el de los demás ciudadanos?

Rey es el poeta, ha dicho Heine. Rey será, puesto que el cisne de Dusseldorf lo afirma, pero rey sin *lista civil* pagada en oro, en plata ni en cobre. La ciega muchedumbre entiende que en esta rea-

leza poética, como en las efectivas, ha de tomarse al pié de la letra aquello de la munificencia y del agujero en la mano. Ciertamente ignoro las rentas de que V. dispone; pero aun cuando fuesen dobles que las del acaudalado Vanderbilt, ó como se llame el Creso de Norte América, yo le fío á V. que las despabilaría en un decir Jesús si pensase acceder á la cuarta parte de las apremiantes y desgarradoras solicitudes que recibe al año un escritor de algún renombre. ¡Peregrina ilusión de óptica! ¿Por qué esperarán de nosotros dinero? Con que tengamos el necesario para vivir decorosamente, ya hacemos más que hicieron las nueve décimas partes de los poetas y de los que no lo son.

Hay algo de humillante para nosotros en el asalto perpetuo dirigido contra nuestra bolsa. Somos como aquel que poseyendo ó creyendo poseer un cofrecillo lleno de perlas y otro henchido de garbanzos, viese que todo el mundo le suplicaba la leguminosa y nadie las perlas



en que cifraba su orgullo. Nos gustaría que nos pidiesen ingenio, ilustración, discreción, pareceres acertados, páginas bellas, y sazonadas razones y decires, porque eso es lo que aspiramos á dar sin tasa, y en eso, y no en el caudal, ha de basarse la fama que conquistemos. Y cuando no se acuerdan de las perlas y nos echan memoriales por un garbanzo, por un duro ó por un billete de á veinticinco pesetas, se nos llevan (dígase la verdad) veinticinco mil demonios de á caballo.

He oído referir una conocida anécdota sobre un caso acaecido años hace, y se la contaré á V. por si no la sabe, pues viene aquí como anillo al dedo.—Frecuentaba cierto banquero el trato de algunos literatos jóvenes, bohemios por humorada y afición y listos por naturaleza; asistía á sus conciliábulos, solazábase con su charla, refa sus donaires, saboreaba sus ocurrencias y aprendía tal vez en sus discusiones. Había durado ya bastante tiempo esta amistad, cuando uno de los ingenio-

sos pobretes, viéndose en apuro, solicitó del banquero un préstamo, que éste le negó, alegando que no tenía disponible la suma.—Poco después banquero y literato se encontraron en la calle, y el segundo, como de propósito, miró al primero sin saludarle.—“¿Por qué no me saluda V.?—preguntó el millonario.—Porque no me trato con estafadores—respondió el escritor.—¿Estafador yo? Va V. á explicar ahora mismo...—Vaya si lo explicaré. Dos años hace que estamos aguantando á V. unos cuantos muchachos de chispa. Ya sabíamos que no brillaba V. ni por despejado, ni por gracioso, ni por sabio, pero le creíamos rico, y V. aparentaba serlo. Como el día en que recurrimos á su bolsillo resulta V. tan pobre como nosotros, no cabe duda que nos ha tenido V. engañados, estafándonos nuestro trato y amistad.”

No deja de parecerme justa la protesta del bohemio, y volviéndola por pasiva, digo que nos estafa el que donde sólo se ha de buscar el oro del entendimiento

busca un filón de oro monetizable. No; por ahí no se ha de intentar nuestra explotación; el que lo intenta, nos injuria, aunque de un modo indirecto, aplicando el ánfora griega á menesteres de cocina.

Si á V. le llegase á suceder lo que á mi me está sucediendo, averiguará todos los días varias veces que hay por el mundo un sujeto (ó *sujeta*) que no tiene el gusto de tratar á V., pero que allá hace diez años vivía en la misma calle, ó que ha nacido en el mismo pueblo ó en la misma provincia donde rodó la cuna de V., no menos áurea y ebúrnea que la de Elio Adriano ó Silio Peregrino; ó que es (el sujeto en cuestión) primo del hermano del cuñado del portero del señor gobernador de Marinada, ó algún otro título parecido á éstos y que invoca el pedigüño para hacer valer sus derechos á la especial benevolencia de V. (aunque también los hay que se dejan de chiquitas y de títulos). El consabido individuo está perfectamente enterado de que V. une, á un talento colosal, el corazón más blando, magná-

nimo y generoso, y además (aunque esto por sabido debería callarse) un caudal que me rfo yo de Rotschild. El individuo no ignora tampoco que V., por la insignificancia de mil pesetas arriba ó abajo, es incapaz de dejarle en el atolladero, renunciando á salvar á una familia que tiene puesta en V. su esperanza. Bajo el sobre que contiene esta postulación, irán también papeletas de empeño, cédulas de vecindad, certificaciones de buena conducta, licencias del servicio militar, y á veces hasta correspondencia de familia... Todo un expediente del cual, en opinión del individuo, debe V. enterarse de la cruz á la fecha, para quedar cerciorado de la imprescindible necesidad con que llama á las puertas de su bolsillo de V....

Cuéntase de cierto ministro español, que le asediaba día y noche, sin dejarle respiro, el más pelma y mosca de los pretendientes, siguiéndole á la salida de su casa, por la calle, en paseo, en el zaguán del ministerio, á las puertas de Palacio, y hasta por otros rincones donde los propios

ministros gustan de defender las dulzuras del incógnito.—La misma tenacidad del pretendiente tuvo la virtud de endurecer el corazón del alto funcionario, que se propuso castigar tanta impertinencia con perpetua cesantía (pues el porfiado era un cesante). De pronto parecieron suavizarse los rigores del asedio, y el perseguido dejó de ver en todas partes, como sombra de su cuerpo, al insufrible tábano. Una noche, ó mejor dicho, una madrugada, llamaron á la puerta del ministro con al-dabonazos descomunales, y un hombre allanó la morada, diciéndose portador de urgentísimo pliego. No se atrevieron los criados á arrostrar la responsabilidad de no despertar á su amo, y éste tuvo que dejar de un salto las ociosas plumas, y salir á ver si ardía Madrid. ¡Qué cara debió de poner al encararse con su eterno cesante, que le presentaba el memorial sempiterno! “ ¡Es esta la urgencia, grandísimo pillor! „—bufó el despertado.—“¿Y le parece á Vucencia poco urgente que yo me muera de hambre? „—respondió el so-

carrón del pretendiente con humilde sonrisa, adivinando que, cuando el ministro no le había roto la cabeza de un palo, era segura ya la credencial.

Cada vez que leo en un sobre muy relleno y muy regado de arenillas la palabra "Urgente," me acuerdo de la frase del tábano. Ello es que ni se me ocurre dudar de la urgencia con que todos piden: yo no creo en pobres falsificados, ni en necesidades fingidas, y oigo con escepticismo profundo las historias de pordioseros que ocultan en su jergón caudales para comprar media docena de casas en Madrid. En mi concepto, el que implora socorro es siempre un menesteroso, háyanle traído al caso de serlo desventuras ó culpas, fatalidades ó errores. Sobran en el mundo holgazanería y vicios, pero también calamidades y encarnizamientos de la suerte; y aunque todo mortal la ha tenido una vez por lo menos en la mano y la ha dejado huir, no por esta falta de previsión y aptitud para la vida práctica le van á sentenciar sus prójimos á abandono perpetuo.

Lo que pasa es que en esto de socorrer al prójimo nadie puede exceder la medida de sus fuerzas, sobre todo cuando no tiene por exclusivo fin en la vida la caridad. El que diese á tontas y á locas, presto se vería en el caso de pedir para sí; además, dando á ciegas, daría mal y sin fruto. Quien se dedica á la caridad, ya llega á hacer de ella un estudio científico-experimental, y sabe dónde y cómo puede emplearse con mayor beneficio, no sólo material, sino moral, para sus semejantes. Nuestra *misión*, ¡oh neófito! no es ejercer la beneficencia, sino escribir, si podemos, algunas páginas hermosas que hagan vividero nuestro nombre. No por eso ha de estar cerrado nuestro corazón á la piedad, ni sordos á la compasión nuestros oídos. Podemos y debemos sembrar algún bien; el error es creer que, por el hecho de producir unas cuantas obras literarias mejores ó peores, nos obligamos á constituirnos en bienhechores universales. El que el ruido de nuestra fama ó familia llegue á los últimos confines de

nuestra patria, ó acaso se difunda bastante más lejos, por algunos puntos de Europa y por la América española, no implica el que haya de abarcar nuestra caridad el mismo radio que nuestra fama. No diré, como el personaje de Gavarni, que la caridad sea un lujo superior á nuestros medios; pero sí que ha de existir siempre enorme desproporción entre nuestros medios y nuestra nombradía, por misérrima que fuese, y que la voluntaria equivocación de nuestros tábanos consiste en no echar tan sencilla cuenta, y no comprender que cunde más un nombre que un bolsillo.

V. dirá que todo esto de la caridad, los medios y los tábanos, no tiene gran cosa que ver con la literatura propiamente dicha. Ya sabe V. que mis cartas versan sobre lo que podemos llamar *conducta literaria*. El literato ha menester combatir el exagerado altruismo y refugiarse en una especie de egoismo artístico, que no es el de Goethe, ni el de nadie, sino el que dicta meramente el instinto de la de-



fensa individual. ¡Ay de quien presente el pecho desnudo en esta lucha cuerpo á cuerpo de la colectividad contra el individuo! ¡Es tan grato, tan fácil, tan adecuado á la condición del poeta y del soñador acceder á toda súplica! Yo tengo á San Martín por hombre práctico hasta la dureza: partir la capa es un acto de resistencia y previsión: todo el que ha nacido artista, por su gusto, la daría entera, quedándose arrecido en mitad de Diciembre.

¿No ha oído V. por ahí la vulgaridad de que la persona dotada de inteligencia y aptitudes artísticas nace condenada á no tener capa, ni camisa, en todos los días de su vida mortal? De la misma índole que este prejuicio es el de que los genios han de ser viciosos, ó enfermizos, ó dementes. Ejemplos hay de tales casos, y con ejemplos todo se prueba, hasta que el día es noche, pues lo es durante los eclipses de sol; pero yo, que no veo la vida al través de gafas ahumadas, nunca he consentido en que los genios, ingenios y talentos hayan

de ser naturalmente de peor condición que los idiotas, necios y bolonios. Infinitos viciosos he conocido, que se caían de puro simples; dementes que se iban solos al tonticomio, y sujetos enfermizos á quienes debía prodigar sus cuidados el Director de la Escuela de Veterinaria. Con la prodigalidad y el desorden financiero pasa lo mismo. Si sólo se arruinasen los artistas de verdad... ¡cuán pocas quiebras habría por el mundo!

No niego la poesía propia de *Kean*, ó *Genio y desorden*: sin embargo, encuentro tan poética ó más que la vida del héroe de Alejandro Dumas, la existencia fecunda y sana del hombre que trabaja, piensa, siente, conserva su salud, goza y liba la miel de las cosas, sabe reservarse horas para sí mismo, para cultivar sus aficiones intelectuales ó artísticas, y domina la grave, la terrible cuestión del dinero, haciendo de éste su siervo y no su señor feudal, como viene á ser para los derrochadores. El que á nadie debe, y por consiguiente á nadie defrauda; el que no atesora, pero

tampoco despilfarra caudal ; el que se impone la obligación de no gastar más de lo que puede y de sujetarse á la *vil prosa* de la realidad económica... ese, y solo ese, es el que puede llevar en sí, como flor en el ojal, un poco de poesía que nunca magullarán, con sus pesuñas de cerdo, las brutales exigencias de la necesidad...

Ya me parece que no necesita V. más para comprender muy bien y atenerse mejor á mis instrucciones en esta materia, al parecer baladí, y en efecto trascendentalísima,—la que más influye en nuestro destino social. Sin embargo, como el exclusivismo no me aqueja, tengo que añadir que voy refiriéndome á la poesía y felicidad individuales, pero que no he de negar la felicidad y poesía colectivas que debemos á algunos perdularios rematados como Heine, Musset, Becquer, Byron, Espronceda, etc. De Becquer, por ejemplo, me contaron no hace mucho un rasgo que demuestra su carencia absoluta de sentido práctico. Hallándose sin blanca, y habiendo recibido impensadamen-

de una regular suma, la gastó casi toda en adquirir una alfombra de terciopelo de cuatro dedos de alto para su sala, cuyo mobiliario se reducía á una mesa paticoja y dos sillas desfondadas ó poco menos. Con el pico sobrante de la alfombra compró el poeta una arquilla ó caja de caudales; lo malo fué que ya no tenía qué guardar en ella, y que á los dos días, como ni la alfombra ni la caja podía echar las al puchero, hubo que empeñarlas ó malvenderlas para traer comestibles y poner la olla á la lumbre... Ahora bien: á los que leemos los versos de Becquer, no nos quita ni un átomo del goce que en ellos encontramos el suceso de la caja y de la alfombra. Al contrario: quizá nos **estimula con cierto picor de humorística melancolía**, semejante á la dulce excitación de tristeza que causan las dos ó tres primeras copas de Champagne. Seríamos unos ridículos comineros si seriamente reprobásemos el modo de proceder de Becquer. Si V. se siente Becquer... haga lo que guste, neófito; empeñe hasta la

respiración, débame á mí, débale al señor Bañer, débale al Banco Hipotecario, débale al Preste Juan de las Indias, porque todos le deben á V., y si no creen que le deben, ni notan la falta... ¡ay de ellos, infelices, que pasaron por este mundo como si no pasasen!

En cambio, si no es V. un Becquer, ni mucho menos (¡y por desgracia no lo será V.), pórtese como un rapaz formalcito, como persona seria, y agradecérselo hemos.





## REVISTA DRAMÁTICA

---

Don José Echegaray. *El Hijo de Don Juan*.—*Sic vos non vobis*.—Don Angel Guimerá: *Judith de Wesp*.—Don Eugenio Sel'és: *Las Vengadoras*.—Don Federico Urrecha: *Tormento*.—Algunas exhumaciones del teatro antiguo y del teatro romántico: *La Vida es sueño*, *La Niña doña*, de Lope de Vega.—*El Zapatero y el Rey*, *Traidor, Inconfeso y mártir*, de Zorrilla.—Potpourri sobre el mismo asunto.

**S**E me ocurre encabezar esta Revista con una cita de Alfredo de Musset: la primer estancia á la muerte de la Malibran:

*Sans doute il est trop tard pour parler encor d'elle:  
depuis qu'elle n'est plus quinze jours sont passés,  
et dans ce pays-ci quinze jours, je le sais,  
font d'une mort récente une vieille nouvelle.*

Aquella niña curiosa que se empeñaba en saber el paradero y destino ulterior de las lunas viejas, podría preguntar, con más discreto propósito, qué se hacen aquí

las discusiones teatrales de la temporada, aun no bien abren sus cálices de nieve la celinda y el mundillo, y apenas los primeros soplos bochornosos y cálidos del verano empujan á la gente á balnearios y playas. Esa condición tiene el teatro, que acalora, pero de un modo transitorio, ni más ni menos que los lances de otros espectáculos de orden inferior, á los cuales en algo ha de parecerse, siquiera en lo de estar sujeto al voto de la colectividad. Este ya ha sido pronunciado respecto á las obras estrenadas en todo el invierno, y es en cierto modo (*secundum quid*, como dicen los estudiantes de teología) inapelable. El fallo en última instancia del historiador literario sería hoy prematuro. Por eso habrá de quedarse el mío entre verdes y maduras, lejos del agraz y de la pasa, y como sepa y pueda, que no hay mejor.

Todas las consideraciones que me impone el nombre egregio de Don José Echeagaray, no bastan á quitarme de la pluma que su drama *El Hijo de Don Juan* no fué

de mi agrado. Conozco que estoy obligada á fundar este juicio, y ahí entra lo pe-  
liagudo y difícil. ¿Por qué no apruebo *El  
Hijo de Don Juan?* ¿Es por haber tomado  
alguna idea ó escena del drama de Ibsen  
*El Espectro del pasado?* ¿Es por que en  
él (el de Echegaray, digo) hay tesis filo-  
sófica, intención científica, determinismo  
ó cosa parecida? ¿Es porque carece de  
acontecimientos, de *crescendo*, de próta-  
sis y catástrofe, según entendía estos  
lances dramáticos el saladísimo pedan-  
tón de Moratín? ¿Es porque el papel del  
protagonista casi llena con perpetuo mo-  
nólogo la obra? ¿Es por los tonos sombríos  
que la oscurecen? ¿Es por dos ó tres rasgos  
que descubren más al artista fecundo é  
imaginativo que al observador esclavo  
de la realidad (verbigracia, el acceso de  
locura pronosticado á hora fija por los  
médicos?) ¿Es por todas estas cosas juntas?

No lo sé, ni me doy cuenta clara de ello;  
porque si considero aisladamente cada  
objeción de las que podrían ponerse á  
la última obra de Echegaray, veo que se-



ría aplicable, no sólo á otras producciones del mismo autor por las cuales se ha granjeado universal nombradía y aplauso, sino á preciosas joyas del arte dramático, desde los tiempos de Anaxipo, Anaxándrides, Eupolis... y demás dramaturgos de la edad pretérita (como dijo Don Hermógenes) hasta nuestros días. ¿Que el drama de Echegaray tiene reminiscencias del de Ibsen? En primer lugar, Echegaray nos lo advirtió de antemano; pero que no nos lo hubiese advertido: ya sabemos cómo anduvieron de originalidad absoluta Shakespeare y Calderón. ¿Que hay tesis filosófica? También en *O locura ó santidad*, por no aludir á *Hamleto*, ni á *La Vida es sueño*. ¿Determinismo? El determinismo, bajo el nombre de *ananké ó fatalidad*, es el númen de la tragedia griega. ¿Tonos sombríos, perpetua angustia en el espíritu del espectador? No es más risueño ni más apacible *El gran Galeoto*, capolavoro ante el cual es preciso inclinarse.

A veces me dan ganas de creer que los

críticos (ó como se nos llame) nos quebramos ya de sutiles. El empeño de buscar para todo razones puntiagudas y hondas, nos lleva á desatender las explicaciones naturales y sencillas. La más natural de todas es la imposibilidad de que un autor de siempre en el clavo. Ese diantre de clavito de oro tiene una cabeza diminuta: para asestar bien el martillazo se requiere estar de vena; dos ó tres golpes con suerte no son grano de anís: Echegaray ha clavado y remachado firme en otras ocasiones; no le exijamos que siempre remache. Yo sostengo que la desigualdad entre obra y obra es infinitamente mayor en Lope de Vega, por ejemplo, que en ningún autor moderno. El fecundísimo Fénix no por eso se creería aminorado. No en balde, al escribir *El Castigo sin venganza*, le añadió el siguiente subtítulo: *Cuando Lope quiere... quiere*. La igualdad ó regularidad puede darse allí donde no se necesite, como elemento primario, la inspiración artística: esta consideración basta y sobra para que se com-

prenda por qué *El Hijo de Don Juan* no me satisfizo.

De ahí á que yo condene el que uno de los pocos autores españoles con fuerzas para probar caminos los pruebe y los registre, y emprenda todo género de tentativas para reanimar nuestra escena y explotar la mina de su propio talento, va gran distancia. Echegaray hace muy bien en *colombisar* (perdonen el verbo), y puede que, buscando el Catay, tope con las costas de América. Busque nuevas rutas; preparadas tiene las manos el público para aplaudir al más discutido, pero también al más alentado de los dramaturgos españoles.

Otro de los derroteros nuevos de Echegaray, en este invierno, fué el de la comedia plácida, rural, idílica (que de todo esto, y también mucho de *féerie*, tiene *Sic vos non vobis*). Tal vez el fracaso del drama influyó en la severidad excesiva con que se recibió la comedia. No es mi intento probar (á ejemplo de Don Hermógenes) "que es un acéfalo insipiente cual-

quiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas,; no vaya á salir algún avinagrado Don Pedro con la pata de gallo de que "por ser V. el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable,." Sólo diré que si Echegaray, en vez de escribirla de prisa y á modo de *interludio*, la hubiese querido perfilar, con bien poco trabajo resultaría una comedieta primorosa. El primer acto produce grata impresión de placidez, frescura y calma. Los otros dos decaen, y se me figura que pudo Echegaray sostenerlos, acaso sin más arbitrio que reducirlos á uno solo. Sea como quiera, la obra no merece desdén ni acritud. Es un ensayo que muestra aspectos, hasta hoy desconocidos, del alto ingenio de Echegaray.



El éxito de *Mar y cielo* habia animado á Don Angel Guimerá á probar otra vez fortuna en el escenario de un teatro ma-

o

tritense. La elección del segundo drama tal vez no fué acertada; *Judit de Welp* es obra de poeta más que de dramaturgo conocedor de la escena y domador de la tierra-público. Desde que leí la obra en catalán, tuve para mí que no pelecharía en castellano, y estas no son profecías de Nostradamus, pues dos días antes del estreno lo dije en letras de molde (si bien en tal sitio y de tal modo, que mis vaticinios no pudiesen influir ni en un solo espectador siquiera). Confirmóse mi temor cuando asistí al ensayo general. Comprendí que, aparte de toda apreciación sobre el valor de *Judit de Welp* como obra artística y en el conjunto del teatro de Guimerá, había ciertas dificultades de índole especialísima, que no perjudicándola para el lector, habían de dañarla mucho ante el espectador. Así como otros autores pecan de difusos, Guimerá se pasa de conciso: las frases de sus personajes parecen algunas veces fórmulas algebraicas del sentimiento, de la pasión ó del raciocinio. Escribe á chispazos, y por poco que

el actor se descuide en dar relieve y subrayar con claridad la réplica que le toca en el diálogo, el espectador se queda á obscuras, y como no entiende, se impacienta y fastidia. Añádase á la dificultad de la concisión de Guimerá la del retorcimiento de algunas frases, impuesta al muy discreto traductor por la tiranía del dichoso verso libre, suelto ó blanco, y tendrán Vds. á la mitad ó á las dos terceras partes del público en ayunas del argumento. — No se basaba éste, además, en sucesos familiares aun para la gente poco versada en historia, sino que se situaba en uno de los períodos más nebulosos de la de Francia, en la decadencia de la dinastía carlovingia ó carolingia (cuyos personajes, vistos así en la escena, tienen al pronto cierta semejanza con reyes de bastos y sotas de oros). Mientras *Mar y cielo* suscitaba en nuestros espíritus reminiscencias de cosas de ayer, de piraterías argelinas, lances de corsarios, novelas de Cervantes y problemas de unidad religiosa que aún se

agitan hoy, el mundo semi-bárbaro evocado por Guimerá está tan fuera del horizonte de la cultura general, como fuera del círculo de lectura más frecuente en España están las narraciones de Thierry ó la *Gesta* de Rolando.

Para animar esos borrosos fantasmas de la historia y que vuelvan á vestirse de carne, se necesita un esfuerzo mucho mayor y una racha de inspiración más ardiente y viva que para otros asuntos. Así y todo, el público manifestará siempre ante las edades evaporadas cierta extrañeza y recelo, con algo del dolor que causa la comprobación de la propia ignorancia, porque es una mala nueva para un hombre la de que hay puntos históricos de los cuales él no tenía ni noticia y sobre los cuales pueden hacerse dramas. Aun admitiendo los tiempos carolingios en la escena, paréceme á mí que Guimerá, en *Judit de Welf*, podría haberlos *humanado* más. Sin duda que en la vida y carácter del hijo y del que no sé si llame nieto de Carlomagno, así como en *Judit*,

hay un drama real y terrible. Ludovico Pío ó el *Bondadoso*, era, como dice de él Michelet, el bienaventurado en quien fenecen las dinastías entronizadas por la violencia: con los ojos puestos en el cielo no veía las impurezas del mundo. Pero un día tentóle el diablo (que tiene para probar á los justos especial permisión) por el camino de la ventura lícita y consagrada por la Iglesia; y habiendo perdido á su primera mujer, que no era amable, convocó á las hijas de los grandes del reino y arrojó el pañuelo á la más bella—Judit de Welp.—A las dotes de la hermosura añadía Judit de Welp otras más raras: las del entendimiento y la cultura literaria y científica; cosa no tan sorprendente si se considera que las tradiciones clásicas nunca perecieron del todo, ni en los tiempos más caliginosos de la Edad Media. Judit amaba la poesía, las canciones, la música, la gente caballeresca y pulida de Aquitania: era erudita con ribetes de artista; en cambio su marido, tétrico (pues dicen los cronistas que



nunca se le vió reír), pasaba el día en oración. Entre la Augusta y el Orozco de la dinastía carolingia, el drama estaba planteado desde los primeros instantes: y el drama vino, con los amores de Bernardo, duque de Septimania, de los cuales afirmó la malicia que había sido fruto Carlos *el Calvo*, el héroe de Guimerá. Los hijos del primer matrimonio trataron á Ludovico Pio como las ingratas hijas del rey Lear al pobre viejo, y Carlos *el Calvo*, el retoño del pecado, llegó, andando el tiempo, á asesinar al duque Bernardo por su propia mano, diciéndole, según refiere antigua crónica benedictina, que Guimerá consultó: "Muere, tú que manchaste el tálamo de mi padre."

Como se ve, no es asunto y tela lo que falta; Guimerá sólo eligió, para su obra, la última parte de la historia tremenda: el parricidio. Para ello ha necesitado cambiar el carácter humanísimo y casi moderno de Judit de Welp en otro bien distinto y más abstracto, haciendo de Judit una mujer cuyos remordimientos llegan

al fanatismo; una mujer escrupulosa y contrita hasta un grado pueril, y que por no decir una palabra ocasiona una cáfila de horribles males, muertes, crímenes y asolamientos. No dice á Bernardo que Carlos es su hijo, por lo cual Bernardo alza el puñal sobre él y le persigue de mil maneras; no dice á Carlos que Brungilda es su hermana, por lo cual Carlos se empeña en llevarla al altar; no dice á Carlos que Bernardo es su padre, por lo cual Carlos le apuñala. No será agradable confesar tales historias; pero entre una confesión, ó por lo menos una indicación, y varias catástrofes, ninguna mujer del carácter y entendimiento de Judit de Welp vacila.—Ni es, pues, la Judit histórica la que vemos, sino una Judit inventada.

De todos modos, esto no fué lo que impidió al público *entrar* en el drama de Guimerá, pues el público nada sabía de Judit. Repito que no entendió el argumento la mitad de los espectadores; repito que nadie comprendió por qué suce-

día casi nada de todo aquello. Por su parte, los actores—á excepción de Ricardo Calvo y Donato Jiménez—hicieron lo posible para que se entendiese menos cada vez, declamando bajo y confuso y no matizando sus réplicas.

De otras causas que se han alegado para explicar el por qué no aprobó á *Judit de Welp* el público de la corte, diré lo menos posible, pues creo que es una cuestión en que se ha extraviado bastante el criterio, produciéndose una serie de malas inteligencias de una y otra parte. No negaré que las palabras atribuidas á Guimerá en un banquete (y digo *atribuidas*, porque el poeta afirma que no pronunció tales palabras) no contribuyesen á predisponer en contra suya á alguna parte de la prensa, y hasta me aseguró persona fidedigna que un exiguo grupo quería hacer el día del estreno manifestaciones de desagrado. Pero á ese grupo se le pararon los piés: no llegó á entrar en el teatro; y el verdadero público, el desinteresado, el sin malicia, iba, como siempre, deseoso

de aplaudir y hasta dispuesto, con cierto simpático puntillo de caballerosidad, á demostrar, aplaudiendo, que no se pagaba de chismes. Si *Judit de Welp* llega á gustar, la ovación á Guimerá hubiese sido mayor aún que en *Mar y cielo*. No lo dude el insigne poeta, y de ningún modo se aparte con desvío de este terreno, donde ya ha cosechado laureles.



Loado sea Dios, que puedo hablar de un drama vencedor: refiérome á *Las Vengadoras*, de Eugenio Sellés, que mal recibidas hace años por un público que las juzgó en demasía escabrosas, han tenido hoy completo éxito (por lo menos lo que aquí puede llamarse tal, aunque sea bien poco y bien irrisorio, comparado con lo que por éxito se entiende en otros países).

Yo prescindo de esto del éxito, y considero *Las Vengadoras* como si las

hubiese visto yo sola, y digo que son muy contados los dramas del teatro moderno que me satisfacen tan completamente como el de Sellés: al decir *teatro moderno*, pienso sobre todo en el francés y especialmente en el de Alejandro Dumas. Si *Las Vengadoras* hubiesen brotado de la pluma que trazó *El Demi-monde*, ocuparían un puesto honroso al lado de aquella perla de las comedias de costumbres.

A propósito de *Las Vengadoras* se ha hablado mucho de naturalismo y de *nuevos moldes*, influyendo á mi modo de ver en este juicio, la arraigada aprensión de que si ocurre el lance entre gente de vida airada, naturalismo tenemos. En cuanto á lo de los *nuevos moldes*, precisamente el drama de Sellés me parece á mi perfectísima aplicación, no de esos *nuevos moldes* sobre los cuales había tanto que hablar que será mejor no hablar nada, por lo menos ahora, sino de los moldes delicados, pero bien conocidos, del teatro francés, diestramente adaptados á la escena española en esta

obra y alguna más que pudieran citarse (como la *Consuelo*, de Ayala). Para elogiar *Las Vengadoras* todo cuanto merecen, yo tengo que hacer una operación mental: suponer que son de Dumas y que se estrenan en la *Porte Saint-Martin*. Claro está que sólo echo de menos en el drama de Sellés el *etnicismo*; con *transportarlas*, ya he removido la objeción y ya disfruto plenamente.—Los tipos y costumbres que retrata Sellés en su drama no diré que sean completamente inconcebibles en tierra española, por más que no son comunes, pues sin negar que aquí, como en todas partes, se paga tributo al vicio y se quema incienso en aras de la Afrodita venal, generalmente son otros los ritos, otras las sacerdotisas y muy diferentes los templos. Sin embargo, es tan licito al autor estudiar el caso general como el caso raro y hasta el caso único. La heroína del drama de Sellés (figura admirable, siempre que le demos por fondo el bulvard de Capuchinos ó Italianos, ó las fulgentes

vidrieras de la *Maison Dorée*) puede haber existido en Madrid, pero nunca será madrileña neta, como la infeliz de la Peri. La heroína de Sellés, refinada, elegante, distinguida, culebreadora, engatusa-bobos, semi-filósofa, se despega del horizonte de nuestra capital, que es un honrado poblachón; el lugar más grande de la Mancha. Si á casa de la Peri va la esposa legítima reclamando á su descarriado marido, apuesto algo bueno á que Leonorilla, afirmando la mano en la cadera y entornando los ojos, sale con el arranque de magnanimidad de restituírsele y aun de darle dinero encima. ¡Ah! Leonorilla no será nunca una *vengadora*. El tipo de Teresa pide la sequedad, el sentido práctico y la quintesenciada marrullería de la mujer francesa.—Sellés confiesa también lo singular del tipo, y que "ha refinado un ejemplar común, pasándolo deliberadamente por un tamiz de seda."

Es cuanto puedo objetar al drama de Sellés. Una vez admitida Teresa y reconocido el fin del drama que se reduce

á demostrar que cada cual muere por donde pecó,—hay que decir sin reparo que el desarrollo de esa idea en forma dramática se acerca á la perfección suma. El drama es un primor de factura, y si hoy admitiese nuestra indisciplina *modelos*, cabría que llamásemos á *Las Vengadoras* modelo de dramas. La acción, bien trabada, llena de interés y vitalidad, y sin embargo, sencilla, se desenvuelve con armoniosa plenitud y sabia gradación, en tres actos de extensión proporcionada, ni lánguidos ni tampoco agitados convulsivamente. El autor no echa en olvido el *ne quid nimis* en la distribución del elemento cómico: hay sazonado chiste, suma pulcritud *literaria* (literaria, entiéndase bien), y á esto se debe el que hoy pasen, sin irritar al público, escenas fuertísimas, las más acentuadas quizás del teatro moderno español. Ha llegado el público á tolerar y hasta á aplaudir el acto primero y el segundo de *Las Vengadoras*, á fuerza de habilidad en el autor. La cultura no está en lo que se dice ó hace en escena, sino



en el modo de hacerlo y decirlo. En este particular son, lo repito, un modelo *Las Vengadoras*. Yo no las he visto ni leído en su forma primera, la que tenían cuando fracasaron: no sé si el autor las ha retocado mucho ó poco; pero dudo que pudiese ser mayor la crudeza de algunas escenas, por otra parte cinceladas como joyas.

Esto del cincel no significa exceso de adorno ni derroche de pensamientos puntiagudos. El arte más exquisito es el más sobrio, y en *Las Vengadoras* la forma es sobria, á pesar de que están muy bien parladas y pensadas con fino ingenio. En cuanto á los caracteres, el de la protagonista (admitida la singularidad de la figura en estas tierras) es el mejor, el completo y significativo. Su víctima, el esposo infiel, vale mucho menos, y le desdeñaríamos si le encontrásemos en sociedad, pero no debemos desestimarle en la obra dramática, porque el dramaturgo no puede prescindir de la masa de gente sin carácter, campo social donde crece y

se propaga la mala hierba del vicio. Como el protagonista del drama de Sellés andan por ahí muchísimos hombres, presa natural de la *vengadora*. Para los caracteres enteros y las inteligencias superiores, no existen *vengadoras*, claro está, en el sentido de elemento desorganizador de la vida, la salud ó la conciencia. Esto disminuye algún tanto la importancia de la sátira que en *Las Vengadoras* se encierra. Los conflictos dramáticos más altos y sublimes son los que pueden producirse en almas superiores (v. gr., el conflicto de *Otelo*, el de *Hamleto*, y para citar obras modernas, los de *El Gran Guleto*, *Consuelo*, *Realidad*...) Por eso, en *Las Vengadoras*, lo digno de admiración y aplauso es, más que la sátira social, la perfección de la forma (entendiendo el concepto de *forma* con gran amplitud). Así y todo, suscribo la afirmación de que, por solo ese drama, Sellés merece figurar entre nuestros mejores dramaturgos. No hace muchos meses que estampaba yo aquí el nombre del autor de *Las Veng.*

*doras*, con motivo de una vacante en la Academia de la Lengua; y hubo quien se me atufó, tratando á Sellés peor que si fuese algún Don Eleuterio Crispin de Andorra. No tardaron mucho *Las Vengadoras*, rompiendo el largo silencio é inacción de Sellés, en arrancar á la prensa unánime clamoreo de aprobación.

Mis ocupaciones me han impedido asistir á una de las contadas representaciones que, por ser fin de temporada, alcanzó *Tormento*, de Federico Urrecha. En la imposibilidad de hablar por cuenta propia, hube de asesorarme con una pareja de *críticos incipientes* que viven conmigo, y que, más afortunados que yo, lograron ver la comedia. Estos críticos son mis dos chiquillas, Blanca y Carmen, y su juicio fué decisivo y compendioso. Las dos, con unanimidad ejemplar, que deberíamos imitar los mayores, declararon "que era muy honito," y que "habían llorado mucho." En prueba, vi sus pañolitos arrugados y húmedos. Es cuanto sé de *Tormento*.



Vico en la Princesa y Ricardo Calvo en el Español, se han complacido (y nos han complacido) exhumando algunas joyas del teatro antiguo y del neo-romántico de Zorrilla. Recuerdo que en la representación de *Traidor, inconfeso y mártir*, que fué un triunfo para Vico, me manifestó Castelar que se encontraba "como el que toma un baño de ambrosía." Y en efecto, yo también notaba un goce divino, aristocrático, oyendo lenguaje tan castizo, rico y jugoso, saboreando aquel fraseo noble, caballeresco, apasionado y culto, aquella evocación de la historia y la leyenda que aún vive en nuestras almas y que sólo necesita el conjuro de la poesía para levantarse revestida de todos sus prestigios y encantos... Las mismas impresiones sentí en *El Zapatero y el Rey*, obra que ojalá se pudiese exornar con todo el aparato conveniente y plegue á Dios que la veamos desempeñada por una compañía igual, toda buena. Mil veces he pensado que el único placer extraordinario para el cual yo ambiciona-

ría ser rey ó archimillonario Fúcar, sería poseer y costear un teatro como el del suicida de Baviera, pero donde se rindiese culto, no á la música, sino á la declamación; un teatro donde los mejores actores, pagados á peso de oro, representasen los mejores dramas conocidos en el mundo, desde el repertorio de Esquilo y Sófocles, hasta el de Tamayo y Echegaray. Las dos columnas del edificio serían naturalmente Shakespeare y nuestros clásicos, Lope, Tirso, Calderón. ¡Qué noches tan hermosas y cuán envidiable recreo! Y yo no sería exclusivista, como el loco-Rey. No; yo (siempre millonaria, por supuesto) dejaría entrar gratis, por turno, á la gente pobre y humilde, y repartiría flores y confites en los entreactos, para que las damas de la *high life* se dignasen sentar la planta del zapatito de raso en unos palcos desde los cuales no se oye á ningún tenor... a ver si así la afición á las buenas comedias se aclimatava aquí tan presto como la del juego de pelota...

Como mi aspiración no lleva trazas de realizarse, hube de contentarme con ver *La Vida es sueño*, puesta en escena del modo que aquí se acostumbra, y *La Niña boba*, representada con gracia y donaire, pero evocando en mí el recuerdo ¡ay! de Matilde Díez, que bordaba la deliciosa comedia de Lope.



Sí, sí, mi Sr. D. Pedro: no niego que V. tendrá razón, y que "un Gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una nación los progresos de la literatura", estará dispuesto á hacer algo en favor de la dramática... Aunque no sé qué es eso que puede hacer en pro de la dramática un Gobierno ilustrado. ¿Subvencionar? Ahí es nada lo del ojo. ¿Mandar á la gente que llene el teatro con puntualidad todas las noches?...

Ya sé que V. juzga muy severamente á los autores y á los actores más todavía.

Ya sé que V. cree que el arte dramático está por los suelos, y que la decadencia de *nuestra Talla* (¿no se dice así?) es lastimosa. Ya sé que, como además es V. un tantico puritano, ha dado en la flor de escandalizárseme de ciertas escenas de ciertos dramas. Ello es que V., por unas cosas y por otras, no quiere ver el teatro ni de cien leguas; y si todos le imitasen, no entiendo cómo se las arreglaría este Gobierno ni otro más ilustrado para evitar la agonía de la escena española.

Créame V., Sr. D. Pedro: al que se ahoga, no apretalle más la soga. ¿Que el teatro se muere? Pues yo tengo para mí que no le mata ni la falta de ingenios ni la de representantes, sino la frialdad, el desvío del público... sobre todo, de la parte *directiva* del público (*directiva* en esas cuestiones, que son más de moda que de arte.) Aquí no hay dinero ni humor sino para el Real, en invierno, y ahora, en verano, los frontones. El Real de Madrid prolonga la temporada doble que el Imperial de San Petersburgo; oficial y filar-

mónicamente, los magnates madrileños son más ricos que los boyardos. Aquella sima melódica de la plaza de Isabel II se traga, se sorbe el dinero de todos los elegantes, y de cuantos lo quieren parecer, sin haberlo sido nunca. El caso es que el Real, en su género (exceptuando la orquesta, que es excelente, y algún cantante de primera línea que de higos á brevas se digna dejarse oír), anda tan desconcertado como los demás teatros: tiene unas coristas y unas bailarinas respetables por su ancianidad, y unas decoraciones como las del *Orfeo*, de Gluck, en que los Campos Eliscos están representados por un telón de selva virgen con lianas y cocoteros; permítense rasgos de chocante impropiedad y *sans façon* en trajes y accesorios; saca unos coros no mejor ataviados ni más pulcros que los del Teatro de Marineda; además, el repertorio del Real varía poquísimo: hay nuevos y gigantescos desarrollos del arte musical, verdaderas minas artísticas, que aquí ni se sospechan; de Wagner apenas se co-



nocen dos ó tres óperas; de la moderna escuela francesa, poco ó nada... Pues por este espectáculo deficiente, monótono y (en cuanto á la *mise en scène*) indigno muchas veces de una capital como Madrid, arruinanse los bolsillos, despuéblanse los salones (empezando por el más alto, que es el de una casa muy grande de la plaza de Oriente) y sucumbe en el olvido... ¡peor todavía!, bajo el peso del desdén, la gloria de Lope, Moreto, Rojas, Alarcón...

¿Recuerda V. cómo procedió el bondadoso Luis XVI para acreditar en Francia la modesta y útil importación de Parmentier, que iba á salvar del hambre á millones de seres humanos? El sucesor de San Luis lució en el ojal de su casacón, un día de besamano, la rústica flor de la patata...

Aunque nuestra dramaturgia fuese comparable, en lo tosca y fea, á la flor de la patata (calcule V. si es hipótesis), vería V. cómo prosperaba si la prendiesen en su pecho damas ilustres á las cuales sigue una cohorte de otras damas que llevan en

pos muchísimos caballeros, y así sucesivamente...



Sí, ya aburre; pero conste que yo no hablé de ello más que una vez y en pocas líneas, y no vuelvo á hablar ahora, en otras pocas, sino porque *La Correspondencia*, padeciendo un error, me atribuye y pone en mis labios frases y proyectos de Echegaray. Siento desmentir al señor redactor del popular diario, que refiere un diálogo mío con el autor de *El Gran Galeoto* en el cuarto de la señorita Guerrero: diálogo hubo, pero los planes de comedia rústica é idílica pertenecen al Sr. Echegaray, que los realizó con *Sic vos non vobis*, y yo sólo dije allí, en conversación particular, lo mismo que después en letras de molde; que si bien he pensado muchas veces, como todos los literatos, en la posibilidad de escribir para el teatro, ningún proyecto especial tuve este invierno respecto al

sunto. El hecho de escribir ó no nada importa, pero sí mi veracidad, que debo dejar en su punto. Ni es que extraña la confusión de *La Correspondencia*, pues sé que no hay cosa más difícil que repetir con exactitud una conversación oída. Por lo regular sucede lo que ha sucedido ahora; repetirla vuelta del revés.

En el artículo de *La Correspondencia* á que me refiero se me supone enojada por la noticia de mis planes teatrales. Sería muy risible, si fuese cierto, semejante enojo mío. ¿Qué ofensa entraña la noticia? Ninguna; hasta podría halagarme, pues me supone una aptitud más, y una aptitud de que probablemente no me ha dotado el cielo. — Si rectifiqué la tal noticia, fué por no tener tiempo de contestar á varias cartas, muy amables y lisonjeras, donde se me preguntaba el por qué, el cuándo y el cómo de mi primer salida en busca de aventuras dramáticas.

Lo cierto es que me parece sumamente difícil y meritorio hacer algo pasadero, tolerable, para el teatro. ¿No es cierto,

---

Sr. D. Pedro de Aguilar, que tengo razón? Como si lo viera: si yo pretendiese arrostrar las candilejas, V. me desanimaría, diciéndome con su rudeza honrada que "el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos,, y que lo que necesita no es uno más, sino "una reforma fundamental en todas sus partes..."





## MÁS SOBRE LA CARIDAD

DE LOS AMERICANOS Y ESPAÑOLES RESIDENTES  
EN AMÉRICA

**A** las cantidades que en el número de Abril declaraba haber recibido, á consecuencia de mi carta dirigida á *El Imparcial*, para alivio de las tremendas desgracias acaecidas en Septiembre de 1891 en Consuegra y Almería, tengo que añadir otra que llegó con posterioridad, y es la siguiente:

De la Asociación española de Socorros mútuos (Uruguayana), 3,210 pesetas, bajo las firmas del Director D. Vicente Giralt, el Secretario D. Benito Valls y el Presidente D. José Majá.

Sumado este donativo con los recibidos anteriormente, hace un total de 15.722 pesetas con 65 céntimos.

---

A todos los generosos donantes que me confieren la honra de ser su limosnera he dirigido una consulta, cuya respuesta aguardo para proceder al reparto. Dos de las Asociaciones que remitieron fondos han contestado ya; la una lo hace por conducto del Sr. D. Rogelio Martínez, importador, en Nueva Córdoba, disponiendo que la suma de dos mil seiscientos ochenta pesetas con que contribuyeron los neo-cordobeses se distribuya en las ciudades inundadas, llenando necesidades que puedan existir en las familias de Consuegra y Almería, aunque esas necesidades no tengan su origen en las catástrofes pasadas, si bien los neo-cordobeses preferirían atender especialmente á las desventuras de la inundación. En el número próximo del **NUEVO TEATRO CRÍTICO** espero poder dar cuenta exacta del cumplimiento de estas instrucciones.

La otra sociedad que me contesta es *La Lira*, de Ramallo, por conducto del señor D. M. Lagoa. Esta sociedad entiende que, habiendo remanente de la suscrip-

ción nacional, y remanente que bastaría para reedificar bastante más de lo que arruinó la riada, procede reservar el donativo para la primer calamidad nacional que ocurra, y que desgraciadamente no se hará esperar mucho, si juzgamos por lo que menudean. El donativo de *La Lira* será en este caso el primero ó uno de los primeros, y por consiguiente, de los más eficaces, hasta como ejemplo. Aguardo con temor, y pidiendo á Dios que tarde en presentarse, la ocasión de ejecutar lo dispuesto por *La Lira*.

Y perdonen los lectores del NUEVO TEATRO CRÍTICO el espacio que robo á las crónicas y á la vaga y amena literatura con mi cuenta corriente de la caridad. Difícilmente conseguiría yo que ningún periódico diario de gran circulación publicase estas brevísimas notas, porque los diarios rinden parias á la actualidad, y si hace nueve meses tomaban como pan bendito todo lo referente á Almería y Consuegra, hoy regatearían el terreno á este asunto — y es natural, y no lo digo en

---

son de protesta. — El único medio de que yo ejerza mi gestión con la claridad y exactitud necesaria, es apelar á las páginas del NUEVO TEATRO CRÍTICO, donde en todo tiempo pueda constar lo recibido y lo hecho para corresponder á la noble confianza depositada en mí.







## ÍNDICE

DEL PRIMER SEMESTRE DEL AÑO 1892.

---

### ENERO.

I. Crimen libre (cuento).—II. Pedro Antonio de Alarcón: los viajes, los artículos de costumbres, la crítica, las poesías, el drama.—III. Del amor y la amistad (á pretexto de un libro reciente).—IV. La Fe, novela de Armando Palacio.—V. Revista de teatros.—VI. Crónica literaria.—VII. Índice de libros recibidos.

### FEBRERO.

I. Cuento de Navidad: La Noche Buena en el Limbo.—II. Cartas á un literato novel: (1.<sup>a</sup>)—III. La Venerable de Agreda.—IV. Un drama psicológico en la historia: doña Juana la Loca, según los últimos documentos.—V. Crónica literaria y teatral.—VI. Índice de libros recibidos.

---

**MARZO.**

I. El mechón blanco (cuento).—II. Cartas á un literato novel: (2.<sup>a</sup>)—III. Un monje historiador de las letras contemporáneas: el P. Blanco García: (1.<sup>a</sup>)—IV. Una opinión sobre la mujer (El discurso del Marqués del Busto en la Academia de medicina).—V. Crónica literaria.—VI. Los estrenos.—VII. Índice de libros recibidos.

**ABRIL.**

I. ¿Cobardía? (cuento).—II. Realidad, drama de Don Benito Pérez Galdós.—III. Un monje historiador de las letras contemporáneas: el P. Blanco García: (2.<sup>a</sup>)—IV. Crónica literaria.—V. Caridad de los españoles y americanos residentes en América.—VI. Índice de libros recibidos.

**MAYO.**

I. La Mayorazga de Bouzas.—II. Cartas á un literato novel: (3.<sup>a</sup>)—III. Stuart Mill

(Prólogo á La Esclavitud femenina).—IV. Tristana, novela de B. Pérez Galdós.—V. Crónica literaria y teatral.—VI. Índice de libros recibidos.

JUNIO.

I. Los huevos arrefalfados (cuento).—II. Don Francisco de Quevedo, con ocasión de un libro reciente: (1.ª)—III. Cartas á un literato novel: (4.ª)—IV. Revista dramática.—V. Más sobre la caridad de los españoles y americanos residentes en América.—VI. Índice del semestre.



# BIBLIOTECA DE LA MUJER

DIRIGIDA POR

## EMILIA PARDO BAZÁN

---

Interesantísima colección donde irán publicándose cuantas obras puedan servir para completar el conocimiento científico, histórico y filosófico de la mujer en todas las épocas y en todas las literaturas.

### TOMOS PUBLICADOS

#### I. (Sección religiosa.)

*Vida de la Virgen María*, según la Venerable de Ágreda. (La primera edición se halla agotada ya.)

#### II. (Sección sociológica.)

*La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill, con extensa biografía y juicio crítico sobre este eminente filósofo inglés.

#### III. (Sección literaria.)

*Novelas escogidas de Doña María de Zayas.*

Seguirán á estos tomos: en la Sección biográfica, *Madama de Maintenon*, por el P. Mercier, de la Compañía de Jesús. — *Memorias de Madama de Stael*. — En la histórica: Las mujeres de la revolución francesa: I. *Las realistas*. — II. *Las republicanas*. — En la pedagógica: *La Institución de la mujer cristiana*, por Luis Vives. — En la novelesca: *Adam Bede*, por Jorge Elliot. — En la religiosa: *Vida de Santa Marcela* (una dama romana del siglo iv), por el P. Pauthe. — En la sociológica: *La Mujer ante el socialismo*, por Augusto Bebel. — Y otras que se anunciarán á su tiempo.

La BIBLIOTECA DE LA MUJER se publica en elegantes tomos, con portada á dos tintas. Precio de cada tomo, *tres pesetas* en toda España.

Los pedidos á la Administración de las obras de Emilia Pardo Bazán, Ancha de San Bernardo, 37, principal, y en las principales librerías.

# NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

---

Ha entrado en el segundo año esta publicación, *única en su género*, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo de texto *ciento diez y seis páginas*. El NUEVO TEATRO CRÍTICO está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispanoamericano, así como los dramas y comedias que con usticia fijan la atención del público. Las personas deseadas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el NUEVO TEATRO CRÍTICO.

---

## CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCIÓN

---

|                                   |               |
|-----------------------------------|---------------|
| Número suelto.....                | 1,50 pesetas. |
| Subscripción.—España: Un año. . . | 15            |
| Colonias y extranjero; id.....    | 17,50         |

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del NUEVO TEATRO CRÍTICO, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y libros, á la señora D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.





**ÍNDICE**  
**DEL PRIMER SEMESTRE DEL AÑO 1892.**

---

**ENERO.**

I. Crimen libre (cuento).—II. Pedro Antonio de Alarcón: los viajes, los artículos de costumbres, la crítica, las poesías, el drama.—III. Del amor y la amistad (á pretexto de un libro reciente).—IV. La Fe, novela de Armando Palacio.—V. Revista de teatros.—VI. Crónica literaria.—VII. Índice de libros recibidos.

**FEBRERO.**

I. Cuento de Navidad: La Noche Buena en el Limbo.—II. Cartas á un literato novel: (1.º)—III. La Venerable de Agreda.—IV. Un drama psicológico en la historia: doña Juana la Loca, según los últimos documentos.—V. Crónica literaria y teatral.—VI. Índice de libros recibidos.

---

**MARZO.**

I. El mechón blanco (cuento).—II. Cartas á un literato novel: (2.<sup>a</sup>)—III. Un monje historiador de las letras contemporáneas: el P. Blanco García: (1.<sup>a</sup>)—IV. Una opinión sobre la mujer (El discurso del Marqués del Busto en la Academia de medicina).—V. Crónica literaria.—VI. Los estrenos.—VII. Índice de libros recibidos.

**ABRIL.**

I. ¿Cobardía? (cuento).—II. Realidad, drama de Don Benito Pérez Galdós.—III. Un monje historiador de las letras contemporáneas: el P. Blanco García: (2.<sup>a</sup>)—IV. Crónica literaria.—V. Caridad de los españoles y americanos residentes en América.—VI. Índice de libros recibidos.

**MAYO.**

I. La Mayorazga de Bouzas.—II. Cartas á un literato novel: (3.<sup>a</sup>)—III. Stuart Mill



(Prólogo á La Esclavitud femenina).—IV. Tristana, novela de B. Pérez Galdós.—V. Crónica literaria y teatral.—VI. Índice de libros recibidos.

JUNIO.

I. Los huevos arrefaldados (cuento).—II. Don Francisco de Quevedo, con ocasión de un libro reciente: (1.<sup>a</sup>)—III. Cartas á un literato novel: (4.<sup>a</sup>)—IV. Revista dramática.—V. Más sobre la caridad de los españoles y americanos residentes en América.—VI. Índice del semestre.



## BIBLIOTECA DE LA MUJER

DIRIGIDA POR

# EMILIA PARDO BAZÁN

---

Interesantísima colección donde irán publicándose cuantas obras puedan servir para completar el conocimiento científico, histórico y filosófico de la mujer en todas las épocas y en todas las literaturas.

### TOMOS PUBLICADOS

#### I. (Sección religiosa.)

*Vida de la Virgen María, según la Venerable de Ágreda.* (La primera edición se halla agotada ya.)

#### II. (Sección sociológica.)

*La Esclavitud femenina,* por John Stuart Mill, con extensa biografía y juicio crítico sobre este eminente filósofo inglés.

#### III. (Sección literaria.)

*Novelas escogidas de Doña María de Zayas.*

Seguirán á estos tomos: en la Sección biográfica, *Madama de Maintenon*, por el P. Mercier, de la Compañía de Jesús. — *Memorias de Madama de Stael.* — En la histórica: Las mujeres de la revolución francesa: I. *Las realistas.* — II. *Las republicanas.* — En la pedagógica: *La Institución de la mujer cristiana,* por Luis Vives. — En la novelesca: *Adam Bede,* por Jorge Elliot. — En la religiosa: *Vida de Santa Marcela* (una dama romana del siglo IV), por el P. Pauthe. — En la sociológica: *La Mujer ante el socialismo,* por Augusto Bebel. — Y otras que se anunciarán á su tiempo.

La BIBLIOTECA DE LA MUJER se publica en elegantes tomos, con portada á dos tintas. Precio de cada tomo, tres pesetas en toda España.

Los pedidos á la Administración de las obras de Emilia Pardo Bazán, Ancha de San Bernardo, 37, principal, y en las principales librerías.

# NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

---

Ha entrado en el segundo año esta publicación, *única en su género*, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo de texto *ciento diez y seis páginas*. El **NUEVO TEATRO CRÍTICO** está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispanoamericano, así como los dramas y comedias que con usticia fijan la atención del público. Las personas deseadas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el **NUEVO TEATRO CRÍTICO**.

---

## CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCIÓN

---

|                                |               |
|--------------------------------|---------------|
| Número suelto.....             | 1,50 pesetas. |
| Subscripción.—España: Un año.. | 15            |
| Colonias y extranjero; id..... | 17,50         |

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del **NUEVO TEATRO CRÍTICO**, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y libros, á la señora D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.







3 2044 012 470 969







3 2044 012 470 969



